Hugo Noël Santander Ferreira es escritor, cineasta y ensayista. Su obra abarca narrativa, ensayo, poesía y teatro, con más de sesenta publicaciones en distintos géneros.

Entre sus libros destacan laa novelas Andes Gótica, Idilios Peligrosos y El Planeta Asesino y Yo, Petrus Romanus, así como los poemarios Himnos a la Muerte y América de Norte a Sur.

Ha escrito y dirigido largometrajes y documentales, entre ellos Hamlet Unbound y Manatí: retrato de un pueblo subdesarrollado y feliz. Es titular de un MFA en Cine y Artes Mediáticas por Temple University (Estados Unidos).

Su escritura se caracteriza por la articulación entre observación social, profundidad ética y una reflexión constante sobre la condición humana, el desplazamiento y la dimensión espiritual de la experiencia contemporánea.

Durante décadas, el llamado Sueño Americano ha funcionado como una promesa móvil: una idea que precede a quienes la persiguen y se instala en las ciudades antes de que lleguen sus habitantes. Nuevas tardes en Manhattan observa ese sueño en funcionamiento, no como mito ni como consigna, sino como experiencia cotidiana.

La novela sigue a un conjunto de personajes que habitan los márgenes visibles e invisibles de una gran ciudad: inmigrantes, intelectuales desplazados, trabajadores precarios, mujeres que negocian su autonomía, hombres que buscan sentido en medio del cansancio. A través de ellos, el libro construye un retrato íntimo de la vida urbana contemporánea, donde el trabajo, el afecto, la fe, la memoria y la ley se entrecruzan de forma constante.

Lejos de ofrecer fórmulas de éxito o relatos edificantes, esta obra puede leerse como un manual realista: muestra trayectorias, decisiones y consecuencias; expone los costos —materiales, morales y emocionales— de habitar un sistema que exige adaptación permanente. Cada escena revela cómo la ciudad redefine lo que creemos posible, deseable o justo.

Con una prosa que combina observación social y resonancia poética, Nuevas tardes en Manhattan propone una meditación serena y profunda sobre identidad, desplazamiento y supervivencia moderna. Un libro para quienes saben que emigrar no es solo cambiar de lugar, sino aprender a habitar de nuevo el tiempo, el cuerpo y la conciencia.

Nuevas Tardes en Manhattan

Hugo Noël Santander Ferreira

EDITORIAL
SANTALEY

Hugo Noël Santander Ferreira

Nuevas tardes en Manhattan

Manual del Sueño Americano

Editorial Santaley - Libro electrónico e impreso
Edición original, 2025
Consultoriasstanley@gmail.com
Bucaramanga, Colombia

Hugo Noel Santander Ferreira © 2025

Este libro, o cualquier parte del mismo, no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin la autorización expresa por escrito de la editorial, excepto para el uso de citas breves en una reseña.

ISBN: 9798241376886
Diseño de portada y contraportada
© Leyla Tobías de Santander
Diseño interior del libro virtual e impreso por Leyla Tobías de Santander.
Fotografía de Hugo Noël Santander Ferreira
Impreso y digitalmente originado en Colombia

Todos los derechos reservados

Luego presionó el pomo de la puerta sagrada,
diciendo: "Entra, pero ten en cuenta
que quién mira hacia atrás vuelve al principio¨

Purgatorio, IX, 130-132

Índice

Un manual realista para los inmigrantes que viajen en busca del Sueño Americano 9

I. Hudson 13

II. Diamante 41

III. Brooklyn 62

IV. Clase 100

V. Juicio 132

VI. Muerte 156

VII. Multa 180

VIII. Miranda 201

IX. Trama 225

X. Corte 249

XI. Barbacoa 281

XII. Manhattan 300

Un manual realista para los inmigrantes que viajen en busca del Sueño Americano

El llamado Sueño Americano ha sido, durante décadas, una promesa móvil: una idea que viaja más rápido que las personas y llega antes que ellas a las ciudades que habrán de habitarlas. Mito persistente y consigna eficaz, sobrevive como una expectativa concreta de trabajo, seguridad, reconocimiento y futuro. *Nuevas tardes en Manhattan* se aproxima a ese sueño observándolo en funcionamiento, en la vida diaria de quienes lo persiguen con disciplina, fe, astucia y cansancio. Por ello, este libro puede leerse como un manual realista: prescribe caminos al interior de cada personaje y despliega escenas formadas en pasados arduos; no promete resultados, sino que expone costos —los de la desilusión y también los de la ilusión— aceptando, como lo formulara Menandro, que no vivimos como queremos, sino como podemos. Es un libro que comparte experiencias con la agudeza propia de los grandes novelistas.

En las páginas que siguen, el lector entra en una geografía humana donde se encuentran la memoria y el porvenir, la identidad y el desarraigo, la fe y la supervivencia cotidiana. La novela se construye como relato coral y como testimonio íntimo: un mapa de quienes llegan a una ciudad deslumbrante con la voluntad de rehacer su vida y descubren, a la vez, trabajos arduos, alianzas frágiles, afectos intensos y decisiones cuyas consecuencias son inmediatas y determinantes.

La obra se articula desde un centro simbólico que

orienta toda su respiración narrativa: el sueño recurrente del autor en el que Manhattan es sacudida por una gran explosión. Esa visión —vivida como presagio insistente— probó ser una intuición histórica y espiritual. La novela ha perdurado desde su escritura gracias a su percepción de las tensiones invisibles que atraviesan la relación de poder entre el ciudadano legal y el ilegal, fuente de desigualdades acumuladas y de vidas que sostienen la ciudad desde la sombra: sin crédito, discretas, disciplinadas. En ese horizonte, la escritura se vuelve una forma de atención lúcida: atender lo que la metrópoli no enuncia, lo que el inmigrante aprende a callar para perseverar, lo que el cuerpo comprende cuando el idioma, la ley y la costumbre convierten la existencia en examen permanente.

La prosa mantiene una cadencia reflexiva y contenida, pero el mundo que representa posee una densidad moral y material ineludible. La novela se adentra en zonas donde la vida migrante se ve obligada a negociar decisiones límite, vínculos bajo presión y formas de exposición íntima que forman parte del mismo paisaje que la fe, la solidaridad y la memoria. Nada aparece como artificio ni como espectáculo: todo responde a la lógica de una experiencia vivida.

Desde ahí se despliega el recorrido de Claudia Angelina de las Penas, cuya travesía es física, emocional y espiritual. Claudia llega a Nueva York con la determinación de interrumpir un pasado que la persigue y se enfrenta a una realidad compleja: la promesa de prosperidad convive con la intemperie afectiva; la libertad con la disciplina; la abundancia visible con la economía mínima del día a día. Su mirada permite recorrer Manhattan y sus bordes no como postal, sino como experiencia habitada: turnos largos, silencios compartidos, vínculos que se tensan y se reconfiguran.

Junto a ella aparece Mario, marcado por un pasado

político turbulento y por una doble identidad que intensifica su fragilidad. Su tránsito por el metro —juglar urbano, trabajador invisible, conciencia en disputa— abre uno de los ejes más profundos del libro: la elaboración del sentido cuando la fe, la culpa y la necesidad dialogan. Mario encarna la redención entendida como trabajo interior y como responsabilidad; su impulso de escribir y pensar no elude la dureza del presente, la atraviesa.

Todd introduce otra dimensión decisiva del Sueño Americano: la relación entre ideas y vida, entre contrato social y afecto. Profesor de filosofía, marcado por la discapacidad y por una lucidez incisiva, Todd se mueve entre el acuerdo práctico y la implicación emocional. Su vínculo con Claudia ilumina una constante del libro: la negociación entre lo que se desea y lo que se pacta para sobrevivir, entre el amor y las formas legales que prometen amparo.

Alrededor de ellos, una galería de personajes —Helena, Clitemnestra, Cassandro, Orlando, Eduardo, Constantino— otorga textura y densidad. Helena aporta el filo ideológico de una época: el de la experta paternalista que, desde su posición en una ONG, delimita lo decible y lo permitido, convirtiendo a los inmigrantes en piezas funcionales de un engranaje moral. Clitemnestra encarna la energía contradictoria de la ciudad; Cassandro introduce la música como memoria y destino. Cada figura suma una perspectiva sobre la experiencia migrante y amplía el alcance del relato.

La prosa que los acompaña sostiene un equilibrio singular: realismo de calle y resonancia poética; observación social y dimensión simbólica; crónica urbana y meditación interior. La novela avanza entre barrios, trabajos, documentos y espacios privados, y a la vez reflexiona sobre la fragilidad humana, la tentación, la fe y el modo en que una ciudad redefine lo que creemos merecer. Esa convergencia convierte el libro en experiencia estética y en conocimiento

compartido.

Late aquí una vocación comparativa que enlaza territorios y culturas: Bucaramanga como raíz y memoria activa; Oporto y Lisboa como estaciones de aprendizaje; Philadelphia, Manchester y Besançon como huellas de un recorrido interior. En esa línea resuena la enseñanza de Baldomero Sanín Cano, para quien el escritor debía ser también viajero, atento a los vínculos entre sociedades y lenguajes, capaz de convertir el desplazamiento en comprensión y solidaridad. *Nuevas tardes en Manhattan* participa de esa tradición: observa, compara, registra y acompaña.

La novela fue impresa en Colombia por la Universidad Industrial de Santander en 2000 y luego en España por editorial La Buganville, en el contexto posterior a los eventos del 11 de septiembre. Su reedición en 2025 dialoga con un presente marcado por nuevas olas migratorias, por debates persistentes sobre pertenencia y legalidad, y por un interés renovado en la literatura latinoamericana que aborda el desplazamiento como condición vital y no como abstracción.

Varias de las reflexiones aquí expresadas fueron enviadas al autor en una carta de Katty Paternina, personaje de su documental *Manatí, retablos de un pueblo subdesarrollado y feliz* (2005).

Cito sus palabras finales:

No dejes que declinen las tardes.
Muchos disfrutamos con la puesta del sol
y hay todavía muchas tardes por sorprendernos.

Leyla Margarita Tobías Buelvas
Sincelejo, diciembre de 2025

I. Hudson

El ascenso hacia la noche se cernió sobre el río Hudson a través de la ventana del metro, y desde el agua turbia, en donde los rascacielos se opacaban sobre su reflejo, las sombras del ocaso circundaron a Claudia Angelina de la Penas. El chirrido de los discos metálicos sobre el riel caló sus huesos como la nueva del deceso de un pariente, y prensando sus manos sobre sus muslos distinguió la convulsa hilera de vivencias empañadas por su ausencia.

Al caer reconoció los bancos de fibra de vidrio blanco, cortejo fúnebre e inanimado, asientos gastados por el reposo de los mismos transeúntes.

El sitio en donde habría de morir, siete años después de su llegada a América la víspera de un once de septiembre, ya no la conmovió tanto como el ocaso del día en que celebró su primer contrato legal de empleo en los Estados Unidos. Atrás quedaron las noches de insomnio en su pequeña alcoba de Bucaramanga, las imprecaciones de su abuela, las vejaciones de la aduana vanguardista y las injusticias de la familia Allen.

Tuvo ante sí el rostro delirante de Fernando, su primer marido, quien desalentado culpaba a los Estados Unidos de la quiebra de sus negocios, seis meses después del proceso de desertificación económica.

—Ese país se ensaña contra nuestra miseria —lamentaba su cónyuge una tarde en que Claudia lo consolaba en el gesto habitual de sus brazos—. Mis hijas volverán a codearse con la plebe. Después de tantos años de alcurnia me veo obligado a internarlas en una escuela pública. ¿Quién lo creería? Terminarán casándose con empleados.

Dos semanas más tarde Claudia lo persuadía para que la enviase a Nueva York, donde ella se instalaría para que Fernando emigrase hacia fin de año con sus hijas. Su relación se disolvió al cabo de ocho meses, y cuando ambos se encontraron de nuevo en Bogotá fue sólo para diligenciar los trámites de su divorcio. Fernando se presentó con una adolescente de busto ostentoso. Como empleado del gobierno su salario era inferior al que Claudia devengaba en ese entonces en los Estados Unidos como sirvienta doméstica. Claudia los invitó entonces a un restaurante sobre la carretera que conduce al poblado de la Calera. Sentada de cara al panorama enrarecido de Bogotá, Claudia presenció y envidió los manoseos impúdicos entre su antiguo marido y su púber amante, apenas consolada por la duda de que éstos fuesen tan apasionados como afectados. Entonces la vida parecía fustigarla. Al retornar al hedor de las letrinas de Manhattan Claudia evitó deprimirse insuflando nuevas esperanzas; algún día obtendría su residencia permanente, se decía.

Su perseverancia fructificó con su primer empleo, el anhelado trabajo estable que amilanaría sus pensamientos más angustiosos, en adelante apenas estremecidos por las altas cuotas mensuales de sus tarjetas de crédito.

Fernando, como casi toda la gente de la cual ella había dependido alguna vez en Colombia, la había desengañado. Su voz adquiría un tono estridente en las noches, casi artificial. Desterrada, Claudia superponía las calles de las primeras ciudades sobre el espiral de meses repetidos en su calendario. Colores y líneas superpuestas creaban una multitud de muecas que daba prioridad a las más recientes:

—Aunque más congestionado —se decía al contemplar el horizonte curvo, casi esférico, de las calles de Manhattan—, el tráfico de Wall Street está mejor organizado que el del parque Santander en Bucaramanga.

O bien:

—En Bogotá la gente aún trabaja como esclavos —señalaba a su amiga Helena cuando la oía jactarse de que en Estados Unidos se podía subsistir con una posición cómoda frente al ordenador.

Las opiniones de Fernando eran rebasadas por el estilo conciso del inglés de los telenoticieros y la precariedad de la jerga puertorriqueña del arrabal, dialectos que la habían introducido a una sociedad indolente de cifras estadísticas. La cura a su hastío abundaba en los centros comerciales o en los juegos de palabras de los comediantes, héroes de crímenes confesos a través de los canales de televisión por cable.

Cierto día Todd le dijo que nuevas modas de pensamiento tomaban ventaja sobre su pasado, idea que la inquietó por algunos días.

—No soy menos colombiana cuando me tiño el cabello —replicaría Claudia con sorna—. Cuando aprobé mi primer año de estudios, a los seis años de edad, mis condiscípulas me observaron horrorizadas. No podían comprender cómo la niña más emprendedora, la más creativa, y por ende, la más anárquica, podía sobrevivir a las pruebas académicas. Aunque indisciplinada, conozco mis obligaciones.

—Tus recuerdos hacen parte de un país que ya no existe —repuso Todd—. Tu cambio ha ocurrido de manera imperceptible.

—Tal vez este exilio me haya curado de tanto fraternalismo. De cualquier modo, no tienes por qué deleitarte con mis traumas. Espero no haberte ofendido.

—Como amante de la verdad jamás me ofendo.

—¿Te ofenderías si supieras lo que he especulado sobre el modo en que arruinaste los huesos de tus piernas?

Todd no había vuelto desde entonces a pronunciarse al respecto.

Aquel jueves Claudia sacudió su cabeza con malestar. Junto a ella una muchacha con tocadiscos en la oreja susurraba canciones en italiano o portugués a la par que acariciaba a un gato oculto en su maleta. El animal restregó su hocico contra la lona y la miró de soslayo. Claudia mantuvo su mirada desafiante pensando que los gatos, animales inofensivos de la naturaleza, descubren, imitan y comunican mejor que cualquier mascota la jactancia de sus amos. La bisabuela de Claudia quebraba la espina dorsal de los gatitos que invadían sus cultivos de maíz. Lo hacía de un modo natural, casi con gracia, como quien parte una rama seca en dos partes iguales. Los cuerpos eran enterrados en el jardín, como fertilizantes de las hortalizas causa de sus partidas. Hacía unos días escuchó la historia de un hombre que purgaba un año en prisión en Illinois por haber descerebrado a un perro. Todd asoció la condena con cierta comedia antigua en la cual un hombre era juzgado y ajusticiado por haber hurtado a un perro un salchichón[1]. El humor, afirmó Todd una vez interrumpiendo su ensimismamiento, cuando no se trata de un indulto amistoso es un abuso.

En aquel entonces la mayor preocupación de Claudia era la de recibir su Número de Seguridad Social, documento imprescindible para que la administración de Fawl's de Queens firmase su contrato de trabajo. Claudia se regodeó comparando su nuevo ingreso con el salario mínimo que estaría devengando como empleada de la agencia de viajes *Luft Avec Earth* de Bogotá. Las inquietudes y aflicciones de los años pasados podrían compensarse con una facilidad que la acuciaba. Para el siguiente invierno Claudia habría recibido la misma suma de dinero que le habrían pagado en Colombia

[1] "Los Caballeros" de Aristófanes (N. del E.)

a lo largo de una década.

Una gaviota cruzó grávida los cielos. Claudia tarareó una canción en español y otra en inglés. Su cabello castaño, reflejado en la ventana del metro, se había desteñido hasta adquirir un tinte rubio. Espigada, de ojos claros y con acento neoyorkino, Claudia había terminado por sucumbir a las pálidas preferencias de sus superiores.

Como cada tarde observó las demás caras resignadas de los pasajeros del metro. Su ensimismamiento dio cabida a los ocho años en que Claudia trabajó limpiando casas de familia. Había ejercido otro tipo de labores esporádicas, pero el aseo era la única labor que la había proveído de un ingreso permanente. Entre las cloacas de Long Island y Manhattan Claudia había sido oprimida varias veces. Sus confidentes la instaban a que demandase a sus provocadores, pero Claudia se abstenía temerosa de sufrir represalias aún mayores por parte del gobierno. Al llegar a Nueva York, siguiendo el consejo de Fernando, invirtió su dinero fotocopiando un millar de panfletos en donde ofrecía sus servicios como empleada doméstica. Durante seis meses había sido contratada por Mrs. Allen para que le asease su casa dos veces por semana. Esta señora de caderas anchas y piernas zambas cohabitaba con sus dos hijos, uno de ellos parapléjico, en una mansión de siete alcobas sobre *Belt Park Avenue*. Su marido trabajaba con una agencia del gobierno y a menudo viajaba al extranjero. Aunque el trabajo era extenuante, los pagos semanales eran justos y oportunos. Al comienzo todos los miembros de la familia Allen la habían acogido sin discriminarla por su ilegalidad. Cierta tarde, Claudia, en un afán por mejorar su nivel de conversación en inglés encomió la bondad de Mrs. Allen.

—Tengo suerte de trabajar aquí —le dijo—. Conozco a otras empleadas domésticas que son ultrajadas por sus patrones.

—Embustes —Mrs. Allen refunfuñó—; la violación es un crimen federal que se paga con dos lustros.

—La ley traiciona a los inmigrantes ilegales con impunidad.

Mrs. Allen dilató sus pupilas y osciló su cabeza hacia adelante y hacia atrás.

Al día siguiente Mrs. Allen le pidió a Claudia que limpiara y organizara el sótano, una mazmorra atiborrada de guantes de béisbol mohosos, aparejos de navegación oxidados, balones de baloncesto, balompié y balonvolea desinflados, raquetas de tenis podridas, cañas de pescar de grafito, guantes de boxeo, ganchos de alpinismo desdentados, paracaídas ahuecados por el comején y otras jarcias que sin haber sido jamás empleadas eran preservadas por la familia Allen como recuerdo de posibles competiciones premiadas. Claudia obedeció perpleja, preguntándose si Mrs. Allen le pagaría una suma adicional por su diligencia. Durante una semana lidió con miríadas de cucarrones, cucarachas, pulgas, arañas y termitas que la arremetían ante la destrucción de sus camadas. Un jueves Claudia trabajó sin pausa hasta concluir con aquella limpieza innecesaria. Agotada y sudorosa le pidió a Mrs. Allen que le permitiese ducharse en su sala de baño antes de su partida. Sus esfuerzos habían descontrolado su itinerario rígido. Sin disponer del tiempo necesario para regresar a su apartamento a purgar su piel de los miasmas del sótano Claudia debía presentarse a las diez a trabajar en un edificio de Manhattan. Mrs. Allen asintió con un gesto atosigado que Claudia no captó. Apresurada entró al baño al final del corredor.

Mientras se secaba escuchó golpes intermitentes sobre una superficie de madera. Se apresuró y ciñendo su cuerpo con una toalla estampada con un mapa del estado de Georgia apoyó su cintura contra la pared bajo la regadera.

Al entreabrir la puerta vio a Larry, uno de los hijos de Mrs. Allen, quien la insultó por ocupar su baño privado. Claudia se justificó, más él la interrumpió vociferando que por su causa él llegaría tarde a la cita que había concertado con los miembros de su cofradía cervecera, todo por causa de una suramericana alienada. Claudia caminó ofuscada de vuelta al baño, con la intención de tomar sus ropas y vestirse en cualquier otro sitio. Al momento de alcanzar su sostén la puerta se cerró con estrépito. Giró jadeante junto al tanque del inodoro. Ante sí Larry se desabrochaba el cinturón de sus pantalones.

—¡Latina! —exclamó Larry entornando sus labios con desprecio.

La presión de sus botas sobre sus espaldas la arrojó de bruces sobre el suelo de granito. Al gritar tuvo ante sí dos cilindros de vidrio insertados en la porcelana baja del bidé. Las manos de su atacante, como dos tenazas sobre sus tobillos la obligaron a retorcerse boca abajo.

Con desesperación resignada alargó sus manos crispadas sobre los cilindros. Al aferrarlos el cristal cedió sin resistencia. Alentada contorsionó su brazo hacia atrás sobre sus nalgas. El cilindro aceleró su movimiento elíptico hasta estrellarse sobre el cráneo de su oponente.

El rostro pálido de Larry se hincó sobre el baldosín. Cayó de rodillas con su pene erecto y alzando sus manos palpó el sitio de su herida. Claudia tomó sus prendas y salió del baño ante los ojos amedrentados de su atacante.

Al día siguiente Claudia se abstuvo de regresar a casa de Mrs. Allen; una semana más tarde, mortificada por su violencia y atemorizada por sus consecuencias, Claudia telefoneó a su antigua patrona para disculparse y asumir su castigo. Apenas la hubo saludado Mrs. Allen la inquirió sobre las razones de su ausencia. Claudia titubeó una justificación improvisada y su patrona la conminó a que

regresase a despolvar su casa. Persuadida de que el brote de violencia en el baño había sido acallado por su hijo y ante su necesidad de trabajo Claudia reasumió sus antiguos quehaceres.

A su regreso los miembros de aquel clan, incluyendo a Larry, la indeterminaron con la misma cordialidad de los meses anteriores. Trabajó sin contratiempos por una semana, al cabo de la cual Mrs. Allen le anunció que no recibiría su paga acostumbrada. En adelante, alegaba, debido a ciertas dificultades económicas que experimentaba a causa de la telaraña electrónica sólo podría reunir el montante de su sueldo cada dos meses. Claudia consideró el abandono definitivo de su trabajo, pero ante el temor de perder el dinero de la semana anterior no tuvo otro remedio que aceptar sus nuevas condiciones. Dos meses pasaron y Mrs. Allen apenas le entregó una tercera parte de su salario, prometiéndole un pago acumulado para el fin del próximo bimestre. El plazo expiró y Mrs. Allen le anunció con ceño desafiante que no le pagaría. Claudia enmudeció. La matrona añadió que bien podía reclamar su salario a los zánganos suramericanos que con el dinero de sus impuestos se refocilaban en las cárceles del estado.

Para entonces Claudia había sido contratada como aseadora de planta de las oficinas de un edificio en Manhattan. Su jefe, Rómulo, un peruano que se expresaba con una voz límpida, la recibió con frases incomprensibles.

—*Guten Tag, Fräulein! Die Gegenwart eines Gedankens ist wie die Gegenwart einer Geliebten*[2]. Es un pensamiento en uno de los tantos idiomas que estudió en mis tiempos libres. Te llamaré Paloma, ya que el nombre de Colombia me recuerda

[2] ¡Buenos días Señorita! La presencia de un pensamiento es como la presencia de un amante.

inmerecidamente de un corsario del siglo quince. *Colombus*, en latín paloma.

Claudia había rehuido desde entonces de la compañía de Rómulo, quien la intimidaba con la monotonía de sus monólogos, continuamente salpicados con palabras y expresiones foráneas. Se acomodó con rapidez a su nuevo empleo. La semilla del resentimiento, no obstante, germinó contra la familia Allen durante las semanas venideras. Claudia veía a su antigua patrona a la merced de un violador. Asumiendo la identidad del sádico, Claudia engatillaba un revólver sobre la frente de su víctima, quien, arrodillada sobre el tapete, vertía gruesas lágrimas sobre sus mejillas. Su obsesión apenas amainó la tarde en que Claudia compró por un dólar una caja surtida con cien postales navideñas. El sol quemaba la piel sobre las calles de un bazar de gangas de la comunidad cubana. Claudia transcribió las direcciones que guardaba en su vieja libreta de teléfonos sobre sus sobres y se encaminó hasta la estación postal para enviarlas a diversos sitios en Colombia. Sobre su reverso se jactó de haber sido contratada en una panadería como jefe de personal. Temía que sus noches en vela, arrastrando de baño en baño los utensilios de limpieza en un carro impecablemente blanco despertara el desprecio de sus allegados.

—¿Es usted hispánica? —alguien le preguntó al salir de la estación postal.

Claudia asintió con desconfianza. Descubrió a una mujer alta de ojos celestes encuadrados en unas gafas doradas, cabello castaño, piernas zambas y caderas macizas. Su rostro pálido y pecoso se contrajo sobre sus labios delgados.

—Mi nombre es Helena —la mujer ofreció una de sus manos con desgano aristocrático—. Hago parte de la SODAW, Sociedad Para la Defensa de las Mujeres Abusadas por sus Esposos.

—No me diga —Claudia sacudió su mano macilenta. A su lado un perro respingó encadenado por su cuello a las muñecas de su ama—. Creo que usted ha dado con la persona equivocada.

—Créame que quiero ayudarla. ¿Está usted casada?

—No —Claudia observó su anillo de compromiso—. Me he divorciado; guardo este anillo como un recuerdo que me aleja de gente inoportuna.

Al caer la tarde ambas mujeres desmenuzaban piernas de gallina frita entre los dedos de sus manos en un restaurante con vista al costado sur del puente de la Reina.

—Este año queremos ayudar a quienes vienen a trabajar a los Estados Unidos —decía Helena—. Yo soy de Utah, un estado bastante difamado por sus costumbres patriarcales; un flagelo del cual usted seguramente ya habrá oído. Hace un año mis padres querían casarme con un hombre polígamo y acaudalado. La boda estaba casi preparada cuando a Dios gracias conocí una de las mujeres de esta Sociedad. Al comienzo descreí de sus ideas. Uno no puede imaginarse este mundo sin hombres, pero al cabo me persuadieron de la conveniencia de sus propósitos. Escapé de mi pasado para llegar a esta ciudad, donde el gobierno me otorga cuarenta mil dólares por año. Una miseria. Esos cerdos de Washington apenas nos proveen con el dinero suficiente para mantenerse en pie.

—Ese salario bastaría para alimentar a una familia de seis personas en la costa del Caribe.

—No estamos en la costa —Helena recordó un poema afroamericano que refutaba el conformismo.

—Mi labor consiste en socorrer a mujeres maltratadas por sus esposos —añadió—. Una empresa difícil. Estamos convencidas de que cada mal debe ser extirpado de raíz. Queremos convencer a las mujeres de la inconveniencia de casarse o de tener hijos antes de que cumplan sus cuarenta

años.

—Para mí una familia es indispensable.

—Para copular —rechistó Helena haciendo gala de su sinceridad anglosajona—, pero un consolador puede reemplazar a cualquier hombre con mayor eficacia.

Helena extrajo de su cartera un cilindro de caucho, del mismo grosor del cilindro de vidrio que Claudia había usado para defenderse de su atacante en casa de la familia Allen. Claudia dejó de atender las palabras de Helena para considerar que los gérmenes enfermos de aquel continente civilizado pasaban ante sí como marionetas de trapo frente a un biombo de madera. Su interlocutora le resultaba tan atrevida y válida como insensata e impracticable.

—No soy lesbiana —argumentaba—. No porque guarde prejuicios, sino porque las mujeres no me atraen. Será porque, como lo diría Mrs. Lee, los hombres crean el mundo para que se les ame.

Claudia quiso despedirse harta de aquella retahíla aparentemente indecorosa. Su interés aumentó, sin embargo, cuando Helena le propuso que se desposara con un paralítico con el fin de obtener su ciudadanía estadounidense.

—No es justo que trabajes a la merced de tantos hombres.

Aunque Helena pareció incapaz de proveer a Claudia de un marido inmediato, su amistad se afianzó durante los meses siguientes.

—Tendrás papeles falsos por una temporada —le dijo Helena un día entregándole un cartera con los documentos de una prostituta—. En cuanto a tu cónyuge tendrás que esperar hasta dentro de un año.

Claudia se contentó con su nueva identidad, hasta cuando se vio amenazada por las autoridades del departamento de inmigración. Entonces Helena le presentó

a Todd, un profesor de filosofía de 54 años, cojo, con muletas, dispuesto a firmar su acta de casamiento por una suma de dinero "insignificante". Así él mismo la había calificado, añadiendo que su verdadera motivación era filantrópica. La primera compulsión que Claudia tuvo hacia Todd fue de repudio; sus labios sesgados preludiaban aberraciones sexuales, sus manos flácidas su petulancia, su espalda semiredonda su indolencia. Claudia sonrió, sin embargo, apremiada como estaba por solucionar su situación laboral.

—Aunque no dudo que puedas conquistar a algún latino —Helena le aseguró al despedirla.

Poco después, en efecto, en vísperas de su connubio, Rómulo la telefoneó importunándola a altas horas de la madrugada.

—No me gustan las mujeres anglosajonas—le dijo—. Son insípidas, no saben cocinar y si se les toca sin permiso se quejan hasta berrear. No te cases por interés, paloma mía. No lo hagas. Siempre he querido desposarme con alguna de mi raza. No te costará nada; ambos podremos regresar a la casa de mis padres en Lima. Son muy tradicionales.

—Yo no lo soy —le replicó Claudia—, ¿por qué no se casa usted mejor con una peruana?

—¡Se han revolucionado! —su compañero la espetó—. Las ciudades las envician. Busco a una mujer de talante hogareño, de aquellas que están más interesadas en copiar nuevas recetas de ensaladas que en preguntarlas.

—Ni tan siquiera lo conozco.

—Podemos vernos mañana después del trabajo.

—Mañana tengo una cita con mi prometido —replicó Claudia airada antes de colgar el auricular del teléfono.

—Hiciste bien—le dijo Helena al enterarse de aquella propuesta—. Ese tipo de mequetrefes sólo buscan seducir a las ingenuas. Y aun si fuese sincero (supongamos), en caso

de que haya algún pleito judicial tú no tienes el talante para granjearte las simpatías de un juez. Con el tiempo aprenderás. Este país es de las mujeres. Tendrás que aprender nuestra legislación; es lo más convincente.

—Ya todo está dispuesto.

—*Good girl!* Las bodas con los intelectuales son las más seguras; ellos saben guardar su palabra. Le das tu dinero y él continúa sus estudios. Habrás oído de esas mujeres que vienen de Ucrania o de las Filipinas. Encuentran a hombres de sentimientos rosados, quienes se tornan perversos en menos de un año. Las violan a costa de su secreto. Todd es un hombre bueno; inválido, además. Respeto tu libre albedrío, pero deja que te diga que hiciste bien renunciando a la propuesta de tu patrón. Por mil dólares no tendrás que soportar un abuso de tres años, una humillación que te estigmatizaría de por vida.

La boda se llevó a cabo en menos de quince minutos, en un pequeño despacho decorado con banderas de los Estados Unidos. A la salida un hombre con bigote puntiagudo los invitó a que se tomaran una fotografía bajo un arco engalanado con piezas de encaje. Queriendo animar la farsa Helena se encaramó sobre una banca para arrojar puñados de arroz sobre los desposados. Sus esfuerzos desatinados dieron sobre un guardia obeso y malhumorado, quien para eliminar los granos de arroz colados entre sus ropas tuvo que desnudarse de su cintura para arriba. Luego de reprender a Helena y de decomisarle su bolsa de arroz el gendarme le señaló con gesto altanero un letrero grabado sobre papel cartulina, el cual rezaba en español y en inglés:

Prohibido arrojar arroz a los novios

Claudia se acostumbró a visitar a su marido tres veces por semana. Cultivando su amistad se enteraría de que su

esposo por conveniencia vivía una relación tortuosa con Ximena, una moza chilena que aprobó la boda de su novio para en menos de tres horas derrochar en un casino de Atlantic City los mil dólares que Claudia pagó por su himeneo. Luego de varias disputas y reconciliaciones superficiales Ximena abandonó a Todd por un motociclista que atravesaba las costas norteamericanas de este a oeste vendiendo barbitúricos. Todd resistió incólume a su desprecio. En un principio dijo a Claudia que él ya había previsto su ruptura con Ximena, y que como Sade viviría solo los últimos años de su vida. Claudia lo consoló confesándole su reciente fracaso sentimental con un lujurioso. Así conversaron hasta la madrugada, al cabo de la cual ambos habían relatado sus enamoramientos y despechos; confesión precipitada de su atracción mutua. Claudia comprendió las miradas tímidas de Todd y luego de besarlo, al cobijo de una madrugada, hicieron el amor a un ritmo vergonzosamente lento. Antes de regresar a su apartamento Claudia tartamudeó a Todd que pese a lo ocurrido ella no podía amarlo. Su afecto estaba sujeto a Constantino, el libertino que la frecuentó por un tiempo y al que no había vuelto a ver en más de un año. Todd pareció comprenderla y ambos se despidieron prometiendo reencontrarse sin compromisos.

Meses más tarde, luego de haber salvado las interrogaciones del departamento de inmigración de los Estados Unidos, Todd le pidió a Claudia que vivieran juntos.

—No tuve que mentir. Dije que te amaba. Sé que el matrimonio no es sino otra institución burguesa donde dos desgraciados se compadecen mutuamente, pero en tal caso jamás he conocido a una mujer tan plena de compasión. No quiero forzarte, pues soy incapaz de quebrar mis principios.

—Me cuesta trabajo acostumbrarme al hedor de un nuevo amante —replicó Claudia con intención

ponzoñosa—. Necesito pensar.

—Si piensas demasiado te traicionarás a ti misma. O me amas, o no me amas. Eso es todo. Cualquier otro tipo de consideraciones no deja de ser sospechoso. Estoy cansado de tanta mujerzuela enamorada de mi cuenta bancaria.

—Entonces, ¿me devolverás el dinero? —Claudia bromeó impúdica.

—Con esos mil dólares sobornaste a mi enamorada —replicó Todd con sequedad repentina—. ¿No crees?

Claudia asintió sin esforzarse por descifrar la vaguedad de su comentario.

—Siempre tengo la razón —repuso Todd—. Es el mundo quien se equivoca.

Después de varias semanas divagantes Claudia declinó su propuesta, no tanto, ella lo creía, por un impulso moral católico que negaba la fornicación, como Todd diría, sino por consideración a Clitemnestra, su compañera de cuarto argentina, con quien compartía un apartamento pequeño en el barrio Queens, junto a Roosevelt Boulevard.

—Hemos firmado un contrato por seis meses más; yo le aseguré que no la dejaría sola; Clitemnestra no domina bien el inglés.

—Su castellano bastará para que sobreviva de bar en bar —Todd replicó viperino—. Por lo demás, Clitemnestra es ya una mujer adulta. En los Estados Unidos la unión familiar o la filantropía está mandada a recoger para que la incineren. Tú no puedes vivir en función de cualquier emigrante que venga a visitarte. Una vida ya es más que suficiente. Por otra parte, no hay peor ofensa que el paternalismo. Si tú la ayudas demasiado, Clitemnestra te lo agradecerá con una traición. Pero te comprendo. Si no quieres vivir conmigo, lo mejor será que no me visites de nuevo.

—Te equivocas —Claudia se excusó temerosa de que Todd tomase algún tipo de represalias legales—. Me gustaría

visitarte de vez en cuando. Es sólo que no quiero apresurarme.

—No quiero masturbarme cuando estés ausente; las mujeres abundan.

Luego de un debate prolongado Todd acabó por doblegarse ante la voluntad de su esposa, más por complacencia que por convicción. Antes habituado a culpar a las mujeres con motivos desconcertantes, como crueldad o venganza contra el sexo masculino, su soledad lo compungía a moverse con cautela.

—De acuerdo —dijo sonriente—No veo porque no he de vivir separado de mi esposa.

Claudia durmió aquella noche con Todd sin reparar en su ironía. A la mañana siguiente recordó en sus sueños un rostro de su infancia.

—¿Ya te he contado la historia de Joaquina? —Claudia preguntó a Todd antes del desayuno.

—Algo me dijiste. La niña que cometió suicidio.

—Anoche la vi, caminando enfrente de mi ventana. Su abuelo la conducía amarrada de un collar, como a un perro. Había olvidado esa imagen. Ahora es clara. El color de su traje era amarillo quemado. El lazo, de fique. Así la vi dos días antes de ingerir aquella botella de veneno. Ella me observaba con tristeza, pero con un dejo de esperanza en sus pupilas que me indujo a creer que ya ella desde entonces consideraba el suicidio. Aunque la gente dijo que no fue eso propiamente, pues el veneno contra las cucarachas no mata a las mujeres. La finada estaba tan nerviosa que se ahogó al dejar que el líquido viscoso penetrara en sus pulmones. Su cuello estaba lacerado por el nudo de la soga.

—Como el perro faldero de G. Waters.

Claudia miró a Todd estupefacta.

—La mascota de la actriz de la obra de teatro que vimos hace unos meses.

Claudia no habló más al respecto. Concluyó que Todd habría de hastiarse de la crudeza de la vida en Colombia.

"La mente desata sus jaurías al cobijo de una noche, Claudia había escuchado a Fernando decirle alguna vez, luego de haberla despertado de una pesadilla, apañando los recuerdos atrofiados con la bruma de las ciénagas presentes".

Más aún, Claudia se preguntaba a menudo si todas sus confesiones sobre la brutalidad de los soldados, el abuso de los políticos y el maltrato a los niños no serían aprehendidas por Todd como meras figuras metafóricas. Ella rechazaba la idea de que sus recuerdos fuesen alterados, aunque aceptaba la posibilidad de que la imagen pasajera de una obra de teatro hubiera sido recobrada en su memoria junto a sus días con Joaquina.

Aquella mañana misma Claudia había ojeado los avisos clasificados del New York Times.

—Pierdes tu tiempo —le había dicho Todd ventoseándose en su lecho—, para cuando recibas el SS ya habrán contratado a algún inepto.

—Aun así quiero estar al tanto del mercado de trabajo —repuso Claudia malhumorada. A menudo se entretenía con obras inútiles capaces de alentar sus esperanzas.

Se percató de que la oferta de empleo no era escasa. Pensó en presentarse a alguna entrevista de trabajo con su SS falso, pero ante las perspectivas de una acusación desistió de su idea. Durante ocho años había estado en peligro de ser deportada. Su impostura se había encarnado en Sally Herryll, una prostituta del Bronx, miembro conspicuo de la cofradía de Helena. En menos de una semana Claudia había sido contratada en una venta de rosquillas. Al cabo de tres meses concebía ya la idea de olvidar su propio nombre, cuando fue reconocida por uno de los clientes del local.

—Hola Claudia. Te habrás casado, supongo. Veo que

te llamas Sally. Podría pensar que te has casado. Pero no veo el anillo matrimonial en tus dedos. No soy papista, pero sé que todas las latinoamericanas lo son.

Claudia observó la lengua de aquel hombre saltando lasciva sobre sus labios y sintió que la sangre escapaba de su cuerpo.

—Buenas tardes, Mr. Allen.

—Llámame Larry —exclamó el cliente observándola de pies a cabeza—, pero no te pongas tan nerviosa. Mi madre te ha estado buscando. Luego de que te fuiste sufrió un ataque de trombosis y hasta llegamos a pensar que había sido a causa de tu escape. Tuvo suerte de ser operada por el mejor neurocirujano de Manhattan. Te recuerda con frecuencia y dice que quiere pagarte una deuda. Tal vez te convenga pasar mañana por la mañana por nuestra casa. Creo que de ese modo yo también podré reivindicarme. La vida entre rosquillas ha de ser miserable. No importa cuántos cuidados se tomen, siempre hay ratas. Renuncia y encomiéndate a nuestros cuidados. Organizo un negocio de jardinería con mi padre por estos días. Como demócratas de cepa no discriminamos. Contratamos a trabajadores centroamericanos. Exigen menos dinero, jamás se quejan y su raza es menos perezosa que la nuestra. Nos satisface saber que jamás nos demandarán ante el gobierno por daños y perjuicios; son agradecidos, incluso cuando pierden uno o dos dedos en la podadora. Con el tiempo les ofreceremos una tarjeta de residencia estadounidense. Tenemos un tío que anda envuelto en la política. No me malinterpretes. Sé que durante mi juventud fui atrevido y licencioso, pero ahora ando en busca de una enamorada de porte sumiso. Aquí corres el peligro de que algún envidioso te reconozca y te denuncie a las autoridades.

Al día siguiente Claudia se ausentó de su trabajo. Un temor febril la enclaustró en su cuarto, donde se dejó aturdir

por las imágenes y los sonidos de los comerciales de la televisión. Durante dos días se alimentó de agua y latas de atún. Ayunó hasta el cuarto día, cuando el hambre la obligó a salir en busca de una lonja de pan. A su regreso recibió una llamada de una compañera paraguaya, quien la previno para que no volviese a su trabajo, pues ya varios individuos elegantes habían estado preguntándola. Claudia corrió hacia el espejo luego de colgar el auricular. Su desolación menguó ante la imagen de su cuerpo demacrado, como a los once años, cuando su jovialidad se disipó ante el espejo sobre el retrete. Ocurrió una tarde antes de la cena, luego de haber perdido en su colegio una competencia ciclística ante sus condiscípulas. Claudia entró a la casa de baño sudorosa, meó y antes de salir fue sorprendida por su propia mirada ante el espejo. Se acercó y vio a un rostro diminuto cubierto por una piel flácida y pálida. Reconoció en aquella imagen su propio ser. Su piel era un camuflaje del cual no podría escapar. Sus venas y sus huesos una masa orgánica a la cual debía resignarse. Palpó su cutis como a menudo lo había hecho con sus senos. Retrocedió atemorizada ante la certeza de que lo que ella era, su conciencia, estaba confinada a las pequeñas dimensiones de un organismo. Oprimida, el mundo, antes tan extenso como su mirada, se reducía a la animalidad de un cuerpo. Acuciada, ante sí misma, Claudia se sentó sobre la mica del inodoro; habiendo evacuado sus intestinos fue hasta casa de Helena en busca de consejo.

Al verla su amiga le preguntó con preocupación si estaba enferma. Claudia repuso que sólo estaba tratando de adelgazar.

—No te preocupes —Helena la tranquilizó al saber de sus recientes desventuras laborales—. Hemos procedido con cautela. Aun así, en caso de que te descubran, no les permitirás que te deporten. Pasarás una temporada en prisión, pero luego tendrán que liberarte.

—No estoy dispuesta a soportar más abusos —Claudia sollozó—. Preferiría volver a Colombia.

—No les darás ese gusto —Helena la abrazó—. Una de las mujeres de nuestra Asociación administra una empresa de textiles. Hablaré con ella para que te emplee. Entre tanto adelantaré las gestiones de tu matrimonio.

Afortunadamente Claudia había dado la dirección de Helena como suya en la venta de rosquillas. Su último salario fue decomisado por dos hombres elegantes, como su amiga paraguaya le habría de contar meses más tarde. Corroborando su información bancaria los gendarmes dieron con Helena, quien, sin dejarse amedrentar por su actitud soberbia los recibió sin alterarse. En menos de media hora los oficiales inoportunos se despidieron ocultando sus sospechas.

Claudia pasó entonces a trabajar en la industria textil como curtidora de cueros, un oficio pesado y mal remunerado al que se adecuó al cabo de dos meses. Su renuncia sólo tuvo efecto un día de nómina, cuando, gracias a las diligencias de Helena, Claudia pudo reunir la cantidad de dinero suficiente para desposar a su marido. Para una mayor contrariedad su tarjeta del número de Seguridad Social no llegó hasta tres meses después de su boda ficticia. Supeditada a los avatares postales e incapaz de apostar su matrimonio a una llamada telefónica, Claudia optó por roerse las uñas con sus dientes. El plazo máximo de entrega estipulado por la ley era de apenas seis semanas.

—Tienes que descontar la semana del día de acción de gracias —Clitemnestra la había consolado.

Al mismo tiempo nuevas preocupaciones se cernían sobre la vida doméstica de Claudia. Desde hacía un mes Clitemnestra había comenzado una relación con Cassandro, un americano de ascendencia vietnamita. Al comienzo Claudia se había interesado en el pasado de Cassandro, pues

su familia había escapado de Saigón durante la guerra de Kissinger. Desposeídos de sus bienes y de su cultura, su padre, Kuhn-Sue, supo costear la educación de sus tres hijos. Después de obtener un préstamo del gobierno, Don Kuhn se había comprado una grúa y arrendado un lote en los confines de Harlem. Pocos meses después los Sue amasaban una pequeña fortuna, fruto de la perspicacia de Don Kuhn, quien enganchaba cualquier auto que violara las leyes de estacionamiento en la parte baja de Manhattan. Las multas variaban entre doscientos y quinientos dólares, y la mitad debía ser paga a la alcaldía de Nueva York. Don Kuhn devino un ciudadano apreciado por el jefe de la policía local, un oficial de apellido Jones, quien durante los veinticuatro años en que el negocio de los Sue había prosperado, no había recibido quejas de parte de las víctimas del enganche. Cassandro alegaba que su padre sabía utilizar su conocimiento y su ignorancia del inglés. Cuando alguien reclamaba su inocencia, Don Kuhn desatendía sus razones refugiándose en su acento asiático. Algunas víctimas, o violadores de la ley, como Don Kuhn los llamaba, se alteraban y lo insultaban, pero entonces don Kuhn les replicaba con un acento escocés que si la persona en cuestión no pagaba la multa inmediatamente, él añadiría una demanda por comportamiento agresivo contra los funcionarios públicos. Los Sue, desde luego, no trabajaban directamente con el Estado, pero el tono de voz de Don Kuhn bastaba para arredrar a los damnificados. Cassandro, sin embargo, había contrariado a su padre a lo largo de los últimos diez años. Su inclinación por la música había desconcertado a sus progenitores, quienes ambicionaban para todos sus hijos un futuro en los negocios o en las lucrativas carreras de la informática o la medicina. Mientras sus hermanos habían continuado estudios superiores en el campo de la Administración Cassandro se había matriculado a

regañadientes en la facultad de jurisprudencia. Con el tiempo había desistido de la idea de emprender estudios clásicos de composición y había optado por conformar un grupo de música alternativa. Sus padres aplaudieron su decisión persuadidos de que la música sería el pasatiempo de los años universitarios de su hijo. No obstante, a medida que los meses pasaban Cassandro descubrió la incompatibilidad entre la memorización de las leyes y la interpretación de la música ligera. Al final aprendió a desconfiar del sistema social que extinguía su vocación. Influido por las ideas de sus compañeros del grupo musical, quienes tomaban cursos en los departamentos de Feminología y Africanología, Cassandro vio en su familia la institución que quería domeñar sus aspiraciones y anquilosar su pensamiento. Las frustraciones del grupo de música piedrapicada dieron cabida a las drogas y a la pobreza, y a través de ellas al odio. Luego de que sus padres cancelaran la matrícula de su segundo año de derecho Cassandro había anulado su inscripción y obtenido una devolución del ochenta por ciento del valor de su matrícula en efectivo. Con aquel dinero se había comprado una nueva guitarra electrónica y una bicicleta, con las cuales había viajado por un mes a Cuba. A su vuelta, sin dinero, había permanecido impávido al escuchar las reprensiones de sus padres.

—¡A Cuba! —Don Kuhn había exclamado—. Si el FBI nos llama, juro que no les ocultaremos nada. ¡Prefiero a un hijo en la cárcel de los Estados Unidos que a un hijo en una tumba comunista!

—¡Ya sé que también prefieres a una hija jodiendo con un canalla de la Ford! —Cassandro había replicado, refiriéndose a su hermana, quien se había comprometido con un ingeniero.

—¡A mi regreso encontré a mi familia subyugada por el eurocentrismo! —Cassandro diría a Claudia una semana

apenas después de conocerla—. En Asia se come con la boca abierta, para ventilar los alimentos. Eso choca a los anglosajones y a los latinoamericanos, pero si vivimos en un país multicultural, como los carteles de las campañas presidenciales dicen, ya es hora de que comamos boquiabiertos sin que se nos repruebe con la mirada. ¡Qué sorpresa me llevo cuando mi hermana Sue me dice cierta tarde que debo prepararme a comer con la boca cerrada porque su novio viene a cenar!

Clitemnestra observó el progreso de la amistad entre Claudia y Cassandro primero con reserva, luego con celos, y finalmente con animosidad. El punto álgido de su infelicidad llegó luego de que Cassandro descubriera la colección de discos compactos de música clásica de Claudia.

—¿Tú crees que Claudia los colecciona porque es culta? —Clitemnestra exclamó furiosa, interrumpiendo los encomios de Cassandro y las sonrisas de Claudia—. ¡Pues no! ¡Ella los escucha para relajarse cada vez que ha limpiado el estiércol de los baños de Manhattan!

A pesar de sentir una ira afín a la de los campesinos de Cimitarra, la población del departamento de Santander en Colombia, camada de bandoleros sanguinarios, Claudia reprimió su ofensa en un gesto anonadado. El escozor de su cohabitante tomaba un tinte inverosímil.

—En todo caso es una buena colección —Cassandro balbuceó conciliatorio.

Aconteció dos días después de que Claudia declinara la propuesta de Todd. Al día siguiente Cassandro y Clitemnestra la saludaron apenas. Claudia infirió que lo mejor sería permanecer separada de ambos por algún tiempo. Dado que Cassandro acostumbraba dormir con Clitemnestra casi todas las noches, Claudia se mudó al apartamento de Todd por quince días. A su regreso Cassandro deambulaba por la cocina ostentando una tanga

que apenas encubría sus órganos genitales. Claudia tomó nota de la limpieza impecable del apartamento, pero así mismo de la dislocación de su menaje, enseres que Clitemnestra detestaba, quizá porque Claudia los había comprado en las gangas de los mercados de pulgas domingueros o recogido en sus paseos de fin de verano a lo largo de Soho, cuando los estudiantes y profesores remataban a precios módicos sus muebles sobre las aceras.

—Hola Cassandro —dijo Claudia concentrando su atención en sus piernas desnudas—, veo que estás muy cómodo.

—No sabía que vendrías tan pronto —había sido el vago comentario de Cassandro, quien inmediatamente se había recluido en el cuarto de Clitemnestra.

Claudia se deleitó imaginando a Clitemnestra sorprendiéndoles en aquella situación; sus celos la inducirían a representar los cuerpos de su novio y de su compañera acoplándose a hurtadillas antes de su llegada. Empero, Cassandro no le atraía lo suficiente como para apaciguar su malestar por su falta de intimidad. A solas en su alcoba recordó a Constantino y a Fernando, un hombre al que no amaba, pero cuya memoria la enervaba; se representaba a sí misma la imagen de su madre haciendo el amor con él, para ella reemplazarla en los embates convulsionados de su cintura.

Poco tiempo después Claudia sorprendió a Clitemnestra y a Cassandro copulando en la terraza. Aunque ambos cubrían su cuerpo con batas, aquel encuentro la enfureció. Enardecida los calumnió con los epítetos de meretriz y drogadicto. Esta vez los pómulos de Clitemnestra y Cassandro enrojecieron y ambos vocalizaron disculpas en varios idiomas. A medida que los días pasaban, Claudia se sintió más y más una extraña en su propia casa. Cierta noche descubrió que varios de sus discos compactos habían

desaparecido; al día siguiente los encontró sobre su armario. Clitemnestra y Cassandro notaron su malestar y cierta noche trataron de entablar con ella una conversación cordial. Contritos hablaron de la vida contemporánea, sin espacio, donde cada cual debía habituarse a sorprender a sus vecinos y a ser sorprendido por éstos en situaciones embarazosas. Cassandro bromeó sobre su predilección por la pornografía y Claudia respondió hosca, prevenida como estaba por Helena contra aquel comercio solapado de mujeres vejadas, recientemente encubierta con una prole de directoras que prometían menoscabar de los hombres y asentar la dignidad de la mujer en filmes así mismo denigrantes. Reconoció un creciente repudio por Clitemnestra y por Cassandro. Se preguntó a sí misma si había adquirido un humor de solterona y su mejor remedio sería el incrementar sus encuentros con Todd, o si extrañaba la dependencia de Clitemnestra, ahora compartida con Cassandro. Su relación se deterioraba. Como su cohabitante, Clitemnestra solía pedirle consejo sobre sus paseos por Manhattan. Claudia la orientaba condescendiente corrigiendo además sus tartamudeos ingleses. Ahora Clitemnestra, respaldada por Cassandro, se atrevía incluso a instruirla:

—No se dice you will decide it, sino that's up to you to decide.

Claudia asentía invariablemente, más perturbada por el lenguaje soterrado de quien corrige a su antiguo profesor, una manera de proclamar que lo que aprendió bajo su tutela fue baladí, que por la supremacía del argot estadounidense sobre el amaneramiento literario.

Todd escuchó sus quejas con paciencia, haciendo más tarde uso de ellas para reincidir en sus propósitos.

—Quiere adoptar nuestro *modus vivendi* —decía—, con más entusiasmo que su propio enamorado. La ofensa es una virtud mesopotámica; aquí somos demasiado flemáticos.

Nuestra hipocresía es menos hosca, más civilizada. Como lo había previsto, Clitemnestra quiere injuriarte. Haces parte de un pasado vergonzoso. Personas así se aíslan, felices de dejar desagradecimiento a su alrededor. O quizá tú seas quien quiera ahondar este conflicto para culpar a tus allegados. De cualquier modo, insisto, lo más conveniente sería que la dejaras y convivieras conmigo.

Claudia emitió un gemido sin acceder a su demanda. Además de los penosos prejuicios que guardaba contra los inválidos, un descubrimiento reciente la había conminado a alejarse de su esposo. Mientras se alojaba en el apartamento de Todd Claudia descubrió en el cajón de un escritorio un trozo de papel periódico que promocionaba encuentros casuales con mujeres despechadas. Cuatro números estaban inscritos en los márgenes del documento. Con impertinencia azarosa Claudia telefoneó a una de los números impresos. Una voz pregrabada le pidió un código de acceso. Claudia marcó uno de los números inscritos. Al cabo de diez minutos de tentativas frustradas Claudia obtuvo control sobre una caja de mensajes privada. Allí escuchó las voces de cuatro mujeres que parecían sostener algún tipo de relación íntima con Todd. Claudia recreó en su imaginación otras amistades de su esposo, prostitutas y aberrados solitarios que lo visitarían con frecuencia clandestina.

—No puedo salir corriendo al primer problema que se me presente —Claudia se excusó—. Los enamorados van y vienen. Sólo las verdaderas amigas permanecen, aún en el repudio. No puedo pensar lo que sería de Clitemnestra si ese muchacho la abandonase.

—Patrañas —replicó Todd decepcionado—. Pero no creas que te recrimino. Como cualquier enamorado me encuentro a tu merced. Si al menos pudiese caminar con dignidad.

Cierto jueves a mitad del camino en el metro Claudia

escuchó la voz de un hombre que cantaba una melodía criolla:

Las estrellas hubieran auspiciado nuestro encuentro
Las noches nuestros besos, besos nuestra eternidad

Ante la ausencia de Constantino Claudia sintió un antojo súbito de telefonear a Bogotá. Una ilusión vana. Hacía más de dos años que Claudia no recibía noticias de Fernando. Azuzada por una melancolía esporádica Claudia representaba a su padrastro y amante como su consejero. Pero Fernando ya no la amaba, ni tan siquiera la apreciaba. La última vez que habló con él Claudia se vio en la necesidad de responderle que no tenía dinero disponible, lo cual no era cierto, pues su crédito le hubiera permitido enviarle los mil quinientos dólares que él le pedía prestados. Claudia quiso convencerse de que su antiguo marido no la apreciaba por un empréstito. Fernando quebró el tono de su voz describiendo los tormentos de sus deudas, y luego de susurrar una frase cordial se despidió añadiendo que Claudia no debía derrochar su dinero en cuentas telefónicas.

Los tejados de las casas de Queens desfilaban a sus pies, sucesión de superficies rojas y azoteas decoradas con improperios pintados con aerosol. El metro se detuvo y Claudia se apeó con rapidez. Un hombre con una guitarra la siguió al descender los peldaños metálicos y Claudia sintió su mirada a sus espaldas mientras esperaba sobre la acera el cambio de la luz del semáforo.

"Iberoamericanos sucios", se dijo recordando los piropos obscenos y las miradas atrevidas de los hombres de habla hispana de Queens.

Los automóviles se detuvieron sin que Claudia pudiese atravesar la calle; el brazo del hombre con su guitarra se aferraba al suyo. Claudia intentó gritar o golpear a aquel

desconocido, pero al enfrentar unos ojos rasgados Claudia dejó las calles gastadas de Queens para abandonar su cuerpo adolescente y trémulo a las miradas de los vecinos del Diamante.

—¿Mario? —Claudia murmuró al chasquido del metro sobre el riel.

II. Diamante

Ambos se acercaron a los arbustos sin savia, levantando restos de boñiga seca adheridos al pavimento. En la distancia la línea del desierto se quebraba en los terrenos erosionados que pendían sobre varios ranchos de cartón. Estructuras metálicas de edificios abandonados en su construcción titilaban sobre la aridez de un paisaje inmenso como astillas de vidrio sobre un manto de tela perforada. Hacia el levante el viaducto, trozo de concreto cercado por rejas blancas, se alzaba sobre los tugurios como una dentadura sostenida en vilo por altas columnas de concreto crudo.

Mario se acurrucó frente a una cerca de alambre de púas y con ambas manos arrancó varias hojas de higuerillas secas. Rastrillándolas con sus piernas las agrupó junto a un pedazo de cartón añadiendo manojos de helechos maduros. Claudia, también acurrucada, enzarzaba entre tanto sus hendiduras. Mario entonó una canción de Jorge Negrete e hincándose sobre su morral deportivo desplazó su cacerola percudida sobre la hojarasca. Escarbando el polvo con sus uñas extrajo varias piedras que dispuso bajo su cuenca; ésta se tambaleó varias veces hasta que Mario logró mantenerla en equilibrio. Claudia tomó una botella de aceite y vertiéndola sobre la cacerola cegó a Mario con el candor reflejado por un haz solar. Él trastabilló hasta caer de bruces sobre el polvo. Junto a ellos las ramas de los arbustos de estropajo, aleteadas por el viento, se desperezaban hasta arañar suavemente sus espaldas. Mario raspó la cerilla contra la superficie rugosa de la roca. Las hojas se contagiaron de un fuego que creció rápidamente hasta treparse en las ramas deshidratadas de estropajo. Claudia se levantó alarmada; Mario brincó y

reculó hasta un sitio desprovisto de follaje, de donde tomó un tizón de madera abandonado. Enarbolándolo en ambos brazos azotó con él las ramas candentes, pero ya el fuego se propagaba ladera abajo; de la montaña hacia la quebrada. Claudia lo tomó del brazo para guiarlo de vuelta a la avenida. Ambos corrieron asustados, temerosos de ser avistados por los vecinos en su fuga. A sólo doscientos metros las casas blancas del barrio descubrían sus primeras ventanas.

—¿Cómo dormiste anoche? —escuchó Claudia desde su alcoba.

Afuera un camión engranaba sus mecanismos. Las últimas imágenes de la noche acabaron en la quebrada bajo el puente, en cuyas aguas las torres de Bucaramanga se diluían, destruidas bajo el ímpetu del fuego.

—Son las siete y media. ¡Ya verás lo que pasa si no te deshaces de la basura!

Claudia cruzó descalza los interiores de su casa. Detrás del jardín "Guardián", el perro de Doña Lucía, la miró con tristeza, como cada mañana, para luego acercarse al árbol de mango a drenar sus riñones.

La basura transpiraba aromas de fruta podrida. Ya en la acera alcanzó a ver el camión recolector que viraba hacia el barrio San Luis. Claudia perforó la bolsa y evacuó sus aguas estancadas. Guardián ladró lastimero, y se acercó a mear sobre sus piernas. Claudia lo vio retorcerse con su vejiga seca sobre cuatro patas enclenques.

Años más tarde, un día de cielo encapotado, poco antes de su graduación, y dos días después de la muerte de Doña Lucía, Claudia se vengaría de los atrevimientos de Guardián. Entonces el tráfico de la avenida se había intensificado con la expansión urbana. Claudia caminaba de vuelta hacia su casa, calzando unas botas de cuero grueso, cuando escuchó como cada tarde los ladridos del can. No había transeúntes sobre los andenes, y la casa de Doña Lucía estaba

desocupada. Dominada por una furia primitiva, franqueó la reja, se dirigió hacia el perro encadenado y sin reparar en su aspecto endeble por los años lo arremetió a patadas contra la pared. Al principio Guardián había aceptado el desafío, pero luego de morder infructuosamente el cuero, aulló como soldado herido. Claudia se apiadó del animal y se volteó descubriendo la presencia de un vendedor de seguros, quien, desde el portón opuesto, la observaba morboso.

El sol se trepaba sobre las nubes indicando las siete y media. Ahora podía volver a casa o esperar a que el camión de la basura regresara del barrio San Luis y se detuviese a dos bloques de su casa, junto a la tienda de Doña Carmenza. En cualquier caso, Claudia sería reprendida. Como la calle estaba casi desierta y el sol titilaba entre las nubes, Claudia decidió caminar con la bolsa tres cuadras hacia su derecha. A mitad del camino una figura que cruzaba la acera opuesta la buscó.

—La basura ya pasó —dijo Mario con sorna—. Usted debería acostumbrarse a dejarla sobre la vía peatonal desde la noche anterior.

—Cuando lo hago los mendigos rasgan las bolsas en busca de comida. A la mañana siguiente la acera apesta y debo lavarla con detergente.

Claudia inclinó su mirada sobre un camino de hormigas culonas trazado sobre el suelo. Aquella no era la época de verlas fuera de sus colonias. Recordó a la profesora Marina, quien atribuía los trastornos del clima a las explosiones atómicas que los estadounidenses y los franceses desencadenaban sobre las islas del océano pacífico.

—Tengo que deshacerme de esta mugre a como dé lugar —repuso Claudia impaciente, evidenciando su desinterés por su encuentro.

Mario llevaba en sus manos una bandeja cóncava de plástico rojo. Claudia levantó los ojos y vio en ella un hueso carnudo y pedazos de hígado envueltos en plástico. El rostro

de Mario colindaba con la silueta de la torre de la iglesia cercada por andamios de construcción. Vidrios gigantes de colores vivos eran instalados por un par de obreros desde hacía tres años.

—Los cristales son soberbios, mejores que los de cualquier iglesia de Le Corbusier —dijo Mario en tono festivo—, el cura dice que la torre será inaugurada esta semana.

—¿Sin friso? ¿Sin pintura?

—El dinero del bazar no alcanzó para costear los acabados. Tal vez la recubran para el año entrante.

Desde su comienzo, cinco años atrás, la iglesia conservaba su fachada desnuda. El rojo de los ladrillos había sido apenas cubierto por gotas gruesas de cemento y brea. Claudia recordó, no obstante, la blancura interior de la cripta, donde cada primero de enero su madre la llevaba a visitar los restos de su padre. Acongojada ante su ausencia Claudia oraba por el perdón de sus excesos delante de un cuerpo emparedado. Torturada por su canibalismo la noche en que su madre y sus parientes exhumaron el cadáver de su padre del cementerio central, Claudia se preguntaba a menudo si éste podría entrar al paraíso sin una migaja de carne. A sus cinco años Claudia huyó del cortejo fúnebre para regresar fascinada a la estancia que le revelara el cráneo descarnado de su procreador. Una hoja de papel periódico extendida como una mancha húmeda y gelatinosa permanecía entonces como único vestigio de su desentierro. Claudia se agachó y extendiendo su mano sobre su superficie recogió un trozo minúsculo de carne putrefacta. La prensó entre sus dedos con curiosidad infantil, y persuadida de que el conocimiento vedado de su origen podría compensarse con un pedazo de carne, la engulló.

—Técnicamente, la pintura no es más que un acabado exterior —agregó Mario.

Claudia frunció su boca apática.

—Sin embargo, los acabados, poco funcionales como son, toman hasta el cuarenta por ciento del presupuesto total de cada construcción. Mi padre, sin embargo, apenas le cobra al cura los gastos de la materia prima.

—Mi abuela dice que tu familia se ha enriquecido evadiendo impuestos.

—Envidias locales. Ahora el gobierno quiere sacarnos los ojos. La competencia es más dura. No faltan los comerciantes pícaros que lavan el dinero del narcotráfico con la complicidad del gobierno —Mario bajó sus ojos sin parpadear. Una hilera negra se contorneaba sobre el suelo—. ¡Hormigas culonas!

Claudia volvió su rostro hacia el poniente, preguntándose si el fuego del día anterior se había propagado o no. Ni la prensa ni la radio se habían pronunciado al respecto, y hasta el atardecer Claudia había observado el horizonte sobre el monte sin haber descubierto vestigios de humaredas.

—Mejor me voy, no vaya y pierda al camión de la basura de nuevo —Claudia se disculpó sin atreverse a preguntarle a Mario sobre el incidente del día anterior.

Mario contrajo desdeñoso su cerviz.

—Será estúpido dejarlas aquí para que alguien más se lucre con ellas.

—No le estoy pidiendo que me acompañe, Mario. Usted puede recogerlas. Si además de la cabeza les corta las patas Doña Carmenza se las comprará.

Mario sacó el trozo de hígado de su bolsa de plástico, y goteando la sangre depositada sobre el prado comenzó a recolectar las hormigas. Dejando a un lado los machos se ensañó con las hembras, bichos de entre dos y tres centímetros de largo. Haciendo uso de sus dedos como pinzas de cirujano Mario principió a descabezarlas a

pellizcos y a introducirlas aún convulsas en su bolsa. La operación, no obstante, era engorrosa. Se decidió entonces a embutirlas vivas y completas en la bolsa. Claudia, inmovilizada, comparó los convites de su escuela, celebrados a costa del sacrificio de una sola res, con la masacre de tantas hormigas culonas, pérdida incesante de vidas que apenas podría servir de aperitivo para un comensal individual.

—Mejor las frito y las vendo yo mismo en el mercado —agregó Mario—. ¡Son inofensivas! Es fácil reconocerlas por sus alas extendidas y su abdomen abultado.

Mario gruñó, levantando a su vez su mano izquierda. Una hormiga pellizcó su piel morena. Claudia se agachó y extirpó el insecto separando su cabeza del resto del cuerpo. Mario lamió su herida con su lengua y con gesto repuesto se concentró de nuevo en su recolección.

—Es el macho adulto —dijo con respiración entrecortada—, él también puede extender sus alas.

—La picada es un gaje del oficio, ¿no es así?

—Al menos no es venenosa.

Claudia retomó su camino luego de que Mario la observase de hito en hito. Al dejarlo se preguntó contrariada si no debía encargarle algunas hormigas para su abuela; tal vez así la contentaría para que no la regañase por su tardanza.

Avanzó hasta la tienda de Doña Carmenza, junto a la cual lanzó la bolsa de basura sobre un contenedor de desperdicios. Su caída desbandó a una camada de moscas imprevistas, quienes organizándose en tropel invadieron los predios de la tienda para posesionarse de los cuerpos destripados de cuatro marranos, diez gallinas, seis pavos y media ternera.

—¿Qué se creyó que es esto? ¿Una cloaca? —preguntó desde la tienda Doña Carmenza, una mujer de carnes fofas y cachetes rollizos.

Claudia reconoció a sus espaldas a varias de sus vecinas,

matronas de senos enjutos por el amamantamiento prolongado de sus críos. Algunas enarbolaban sus abanicos contra las moscas desbandadas; otras, sin perder su garbo, se mantenían en fila a la espera de ser atendidas.

Claudia se disculpó diciendo que el camión recolector de la basura arribaría luego de terminar su circuito a lo largo del barrio San Luis.

—Eso ya lo sé —replicó Doña Carmenza—. Pero el camión ya pasó.

Claudia vio en la distancia a Mario discutir con dos gigantes. Tan pronto como Doña Carmenza le dio la espalda Claudia se encaramó sobre el contenedor, tomó la bolsa y atravesando la calle la dejó caer sobre el andén opuesto. Corrió un breve trecho y al volver junto al nido de hormigas distinguió los rostros iracundos de Franco y Orlando, dos de los integrantes de una de las pandillas locales: Los Lindos.

—Y usted, ¿qué quiere? —inquirió Franco, un rubio de ojos inflamados.

—¡Ella es testigo de que yo descubrí este nido de hormigas a solas! —respondió Mario iracundo.

—Usted se calla, Pantera —agregó Orlando en tono amenazante—. Denos las hormigas si no quiere que lo pateemos ahora mismo.

Franco tomó a Mario de su camisa, pero éste se desprendió en la agilidad de una cabriola y levantando la bolsa amenazó mediante un gesto con dejar escapar a las hormigas.

—Déjenlo en paz o llamo a la policía —Claudia vociferó amenazante.

Orlando sonrió con desprecio, e ignorando su presencia se abalanzó sobre Mario.

—¿Por qué no busca líos con alguien de su tamaño? —Mario lo espetó, y arrugando sus labios con desprecio añadió:

—¡Mandril!

Orlando rememoró su escuela primaria, cuando diez años atrás sus profesoras lo izaban semidesnudo bajo la copa de un árbol de aguacate a articular sonidos guturales y a rascarse la corona de su cabeza ante los aplausos y gestos obscenos de sus condiscípulos. La imprecación de Mario confirmaba la vigencia de su denigración prematura y el renovado desprecio de una joven generación de advenedizos que poco o nada conocían sobre su pasado. Al eco de las risotadas de aquellas mujeres morenas que acusaban en sus pecas los signos indelebles de un primate, Orlando pateó a Mario sobre su abdomen. Su víctima rodó retorcida sobre el suelo. Antes de que Franco le arrebatase la bolsa de hormigas Mario la rasgó de un jalón. Los insectos se escaparon y encontraron apoyo sobre el rostro de Orlando.

Franco observó impotente como algunas hormigas macho pellizcaban el cutis de su camarada. Fruncido por el dolor Orlando se empellaba contra un poste eléctrico.

Claudia se abalanzó sobre Mario y cubriéndolo con sus brazos quiso protegerlo de la furia de sus victimarios. Ya para entonces Franco, amedrentado por la disposición de los elementos naturales en su contra se alejaba en pos de su patrón.

—¡Usted puede ir comprando su lápida, Pantera! —exclamó Orlando con temor supersticioso.

—¡La próxima vez que vengan les pondré las hormigas en el culo! —Mario gritó antes de que la pareja de cofrades doblase en la esquina.

De vuelta a casa Claudia insistió en diligenciar una demanda contra los dos pandilleros en la estación local de policía.

—Será una pérdida de tiempo—explicó Mario con desaliento—. El sargento Forero es amigo de Mandril. Ambos se reúnen a jugar cartas los fines de semana por la

noche. A veces incluso escuchan música revolucionaria y se emborrachan.

—Iremos a otra estación. Ahora ambos querrán una revancha.

—Sabré cuidarme —replicó Mario amedrentado—. Los Corosos me protegerán una vez se enteren de mi hazaña.

Mario se refería a la pandilla del barrio más temida por Los Lindos. Ambos grupos habían sostenido recientemente una riña por la ciega Dalia, ninfa tartamuda de escasa comprensión, quien, despreciada por sus padres y vecinos, buscaba la compañía lujuriosa de grupos de adolescentes ociosos. Los Lindos se habían llevado la peor parte de la trifulca.

—Los Corosos no son buena compañía tampoco —replicó Claudia—. Son gente resentida. Parecen hampones.

—No lo parecen; lo son. Pero no hay nada que temer. Operan y atracan en los barrios pudientes, ¿no lo sabías?

Claudia quiso inquirir si la codicia fomentada por sus hurtos no terminaría volviéndose en su contra, más urgida como estaba por regresar a su casa asintió sin agregar palabra.

Dos semanas más tarde se enteró que Los Corosos le habían robado a Mario un par de zapatos deportivos.

—Fue el pago que me pidieron por su protección —Mario le explicó cabizbajo sin querer explayarse en el asunto.

Desde entonces ambos se encontraron con mayor frecuencia. Cierto día Doña Engracia, la abuela de Claudia, flageló a su nieta enfrente de Mario con una vara de bambú por haberle desteñido uno de sus trajes. Mientras ambos conversaban, Claudia, sin percatarse del tiempo estipulado en la etiqueta cosida en sus pliegues, remojó el vestido dentro de un platón con blanqueador por casi dos horas. Aquel incidente introdujo a Mario a la vida doméstica de

Claudia.

—Si veo a ese muchachito de nuevo por aquí —dijo Doña Engracia a Claudia señalando a Mario con su vara de bambú—, iré a hablar directamente con su padre para que lo zurre. Ya estoy muy vieja para tener que criar bisnietos bastardos.

Huérfana de padre, la madre de Claudia la había dejado al cuidado de su abuela desde pequeña. Excusada por un maltrato hereditario, Doña Engracia acostumbraba azotar a Claudia todos los lunes. Sus motivos eran los más variados; desde una limpieza imprecisa hasta un recado telefónico retardado. Cuando los motivos escaseaban Doña Engracia revisaba los cuadernos de clases de Claudia. Desde su niñez su caligrafía era estevada y pese a su tenacidad tratando de enderezarle sus dedos, sus manos la constreñían a una escritura desigual. Luego de cerciorarse de sus trazos chuecos su abuela la flagelaba aduciendo que la buena letra se adquiría con sangre.

En Bogotá, años más tarde, luego de haber sobrevivido a un accidente automovilístico la doctora del hospital militar tomó y palpó sus manos con curiosidad profesional.

—Sus dedos están atrofiados —dijo—, los pulgares fueron dislocados por un traumatismo que usted recibiría a los tres o cuatro años. Me imagino que su habilidad para la pintura o las artes manuales ha de ser limitada.

—Escribo palabras deformes —Claudia replicó angustiada.

—No es para desesperarse. Dé gracias a Dios, pues, aunque de manera burda, sus dedos se han adaptado a los trabajos más diversos.

Claudia quiso telefonear a su abuela para comunicarle el fundamento absurdo de sus zurras: un deseo de venganza disuelto en pálidas consideraciones. Doña Engracia reposaba senil en una alcoba sórdida. Dominada por una

sensación pusilánime infirió que la verdad no habría en modo alguno remediado los lunes infelices de su pubertad.

El comportamiento de Doña Engracia también había sido una advertencia para que Claudia cortase su relación con Mario de raíz. Ambos concertaron entonces encuentros furtivos en su casa los sábados en la tarde. Desde las seis hasta las nueve, Doña Engracia salía para jugar al naipe con sus amigas, miembros destacadas del grupo de caridad "Viudas Rosadas".

La clandestinidad de sus encuentros dio pie a un noviazgo casual. Ambos fritaban un plátano maduro en la cocina, comentando el reciente escándalo en la escuela local, cuando Los Corosos fueron sorprendidos en su salón de clases por la directora enseñándose sus órganos genitales los unos a los otros. Claudia se disponía a lavar los cuchillos, mas Mario insistió en fregarlos. En medio de esta refriega concertada ambos se abrazaron torpemente, y luego de varias miradas furtivas se besaron emulando los ademanes de los actores de cine en boga. Sus bocas se apretaron la una contra la otra sin intercambiar saliva. A sus doce años Claudia concebía la unión sexual extramarital propia de las prostitutas y adúlteros. Durante los meses de su corto noviazgo, ninguno de los dos se atrevería a rebasar el contacto de un beso prolongado.

Un sábado Mario encontró la puerta de la casa de Claudia abierta de par en par. Guiado por un sollozo estentóreo Mario atravesó la sala y salvando las escaleras franqueó el umbral del pasillo hasta abrir la puerta del cuarto de Claudia. Allí ella, desnuda, vendaba una herida en su muslo que sangraba.

Mario la contempló con reverencia. La piel de Claudia era bañada por la luz del atardecer, dándole un tinte dorado y uniforme. Sus cabellos negros caían acariciándole su espalda.

Dos hoyuelos se dibujaban gráciles entre su torso y sus caderas. La escisión de sus nalgas se hundía hasta oscurecer su piel, vedando el contorno de su intimidad a nuevas miradas. Mario sintió un deseo creciente de abrazarla, pero el goteo de la sangre sobre las baldosas lo contuvo. Levantó su mirada y descubrió los senos de Claudia que se dibujaban oblicuos sobre su costado. Retrocedió un paso fijando sus ojos en las raíces de su cabellera.

—Mi profesor de gimnasia la llamó a decirle que yo había olvidado adrede mi vestido de baño —Claudia explicó—. Yo le dije a mi abuela que me apenaba enseñar a mis compañeras las pústulas de mis piernas. Pero ella me flageló vociferando:

—¡Así aprenderás lo que es una pústula, so exagerada!

Claudia buscó a Mario de soslayo.

—No se apene —añadió.

—¿Su madre sabe de estos maltratos? —Mario preguntó indeciso a Claudia.

—Mi madre no quiere verme —tartamudeó Claudia—. Se casó con un señor de Bogotá, diez años más joven que ella, y vive con tres niños que no conozco.

Mario se concentró en el aspecto de un hombre de bigote espeso que transportaba a tres niños en un auto azul oscuro. Su turbación se disipó, y avanzando hacia la ventana tomó una camisa blanca que ondulaba sobre un perchero. Cubrió con ella la espalda de Claudia. Desde su postura descubrió sus pezones, que como dos ojos lastimeros lo observaban.

—Mi padre también me golpeó durante muchos años —dijo Mario girando lentamente sobre sí —pero ahora se ha calmado. Será desde que su negocio mejoró.

Mario se arrellanó en la cama, frente a Claudia. La herida era corta, pero profunda. Varios arañazos la circundaban. Una botella con agua oxigenada, una bolsa de

plástico transparente con algodón y unas tijeras yacían sobre el suelo. Mario notó sin sorpresa que la sangre aún no coagulaba.

—Debemos ir al centro de salud del barrio San Martín.

Se refería al tugurio de invasión edificado bajo el viaducto. Claudia negó sacudiendo su cabeza hacia un costado. Prendió entre sus dedos la botella con agua oxigenada y obstruyendo parte del orificio circular con un dedo vertió el líquido en su herida. Una miríada de pequeñas burbujas emergió desde la sangre de la herida, la cual se dilató en su aspecto bilioso hasta adquirir un matiz rosáceo.

—Cada sábado ella se emborracha y al volver a casa me levanta de la cama para golpearme —dijo Claudia ocultando un rostro contraído por la congoja—. Ella dice que yo le causo muchos problemas y que soy una vaga, pues los profesores le dan quejas mías, pero en la escuela me va bien. He obtenido las notas más altas.

—Esa anciana es una pervertida —musitó Mario—. Ya le daré quejas al padre Méndez. Él sabrá reconvenirla.

Mario se refería al sacerdote de la parroquia del barrio Diamante. Su tierna enamorada necesitaba consuelo, como una condenada que se apacigua al oír invectivas contra sus verdugos.

—Eso sólo la enardecerá.

—Mejor que nada. ¿Desde cuándo su abuela la trata de esa manera? —Mario preguntó.

—Desde que mi mamá se deshizo de mí —respondió Claudia incierta.

—¿Cómo va la herida?

—Ya cerró.

—Deberíamos coserla. El agua oxigenada deja cicatrices abultadas.

—No vale la pena preocuparse por una cicatriz de más.

Mario observó el sexo de Claudia, que se abría ante sí

con un desacato propio a la inocencia. Desde hacía un año se masturbaba hojeando una revista pornográfica, y la asociación del rostro obsceno de las modelos con el aire casto de Claudia lo desconcertó.

—Por mi parte —se aventuró a relatar con displicencia—, puedo recordar mi primer castigo como si hubiera ocurrido esta mañana. Yo sería apenas un lactante cuando mi padre me puso a andar sobre la mesa de planchar.

—¿Cómo puedes acordarte de algo que ocurrió hace tanto tiempo? —preguntó Claudia cerrando su herida con un copo de algodón. Su rostro se ruborizó al descubrirse semidesnuda. Deslizó hacia afuera un cojín debajo del armario a su derecha y tomando dos toallas las enredó en torno a las áreas descubiertas de su cuerpo.

—Sería un sábado en la tarde cuando mis padres volvieron a casa de la iglesia —Mario musitó desviando su mirada, en un intento tardío de solidarizarse con el recato de su amiga—. Yo tendría uno o dos años, pues apenas aprendía a caminar. Al llegar a la cocina mi mamá me colocó sobre la mesa del comedor, y luego de dar algunos pasos me lancé al vacío…

—Creí que había sido tu papá… —Claudia lo interrumpió.

—Todo a su tiempo —dijo Mario esbozando con sus manos hacia abajo un gesto de impaciencia—. Ella me recogió en el aire, como acostumbraba, y yo le pedí con gestos que me devolviera a la mesa. Ella lo hizo, y el juego se repitió varias veces. Digo el juego porque a mí me agradaba la sensación de sentirme en el aire cayendo entre sus brazos. No recuerdo cuánto tiempo permanecí saltando. Tal vez ella se cansaría, o tal vez mi padre se impacientaría con mis niñadas; el caso fue que cuando yo le pedía a mi mamá que continuara el juego, mi papá me amenazó diciendo:

—Si quiere andar sobre la mesa, tiene que cuidarse de no caer, porque su mamá no lo va a recoger de nuevo.

Yo lo miré festivo y oscilando mi cabeza hacia abajo asentí con un gesto, aunque no comprendí el significado de su advertencia. ¿Cómo podía hacerlo, cuando nadie nunca antes me había amenazado? Esta vez él me colocó sobre la mesa. Yo giré mi cuerpo inmediatamente hasta marearme. Sentí caer y me lancé al vacío.

—Lo del mareo, ¿fue a propósito?

—Creo que sí. Ahora hablo de mí mismo como si fuera un extraño. Todo ocurrió por un capricho infantil. ¿Si ha observado usted de qué manera los niños se engañan a sí mismos cuando quieren satisfacer un capricho?

—A menudo me engaño a mí misma durante mis pesadillas.

Mario asintió sin comprender la relación entre las pesadillas de Claudia y el enfurecimiento de su padre.

—El caso es que antes de caer al suelo mi padre me atajó en vilo. Yo reí, pero sus ojos chispearon energúmenos, como dos antorchas que tantas veces desde entonces me amenazarían. Al primer golpe grité y busqué a mi madre, pero ya ella me recriminaba con palabras que no recuerdo sino por su ceño fruncido.

El silencio entre los dos dejó escuchar las voces de los niños que jugaban sobre el parque transversal, extendido entre las dos avenidas principales. Mario fijó sus ojos en el alféizar de la ventana, buscando otro recuerdo que los rescatase de la nostalgia en que se habían sumido.

—Hay un tiempo en el que uno cree que es siempre posible acudir a alguien —repuso.

—Son incidentes de los que uno no puede olvidarse —dijo Claudia con voz áspera—. Lo mejor será planear lo que haremos esta tarde.

Mario se levantó y esbozando una sonrisa forzada se

acercó a la ventana. Afuera las nubes rodaban pesadas sobre el manto grisáceo del firmamento. Claudia observó su cuello ondulante, y su espalda que se arqueaba en signo interrogante ante la luz. Quiso desmentirle sus consejos y recostarlo en su regazo. Pero ya el atardecer se extinguía tenuemente a través de la ventana.

—Tienes que irte. Mi abuela regresará pronto.

Mario se despidió, volvió a su cuarto y agazapándose bajo su edredón concilió el sueño preguntándose cuántas veces más habría Claudia de ser lacerada por su abuela.

Más tarde ambos supieron que aquel encuentro no había pasado desapercibido a los vecinos. El martes Doña Eufrosina fue a la casa de Don Mario José a anunciar que si ella veía a Mario merodeando de nuevo por sus predios le arrojaría un caldero de agua hirviendo.

—¡Si a mi hijo le ocurre un rasguño! —Don Mario José la había espetado—. Ya sabré a quién enviar al hospital psiquiátrico.

—¿Con esos maricas? ¿Cómo no? Sepa que ahora que lo conozco ya, su hijo no me preocupa; a él le falta la hombría necesaria para cortejar a una doncella. El epíteto de hombre se lo dejo a mi marido Cesorio, y a todos los godos y liberales de la guerra de los mil días.

—¡Cuándo todo se arreglaba a puño y machete! ¡Por eso habrán perdido a Panamá!

—¡Con honor, viejo miserable! ¡Cobardes de su calaña nos tienen tan jodidos como estamos! Nadie aquí, ¿me oye? Nadie se ha olvidado de su ignominiosa deserción en Corea.

—¿Y es que acaso usted me cree tan estúpido como para sacrificar mi vida para que los gringos nos compren unas bananas?

—¿Además de todo guerrillero? ¡A usted su madre no lo parió! ¡Lo cagó!

Guiados por el alboroto, algunos vecinos se

congregaron en torno a la puerta de los Suárez. Doña Isabel, madre de Mario, avanzó desde el pórtico con mirada arrebatada.

—¡Enhorabuena, Doña Eufrosina! —exclamó adelantando a su marido—. Ya es tiempo de que su hija le corte su lengua pérfida recluyéndola en un ancianato.

—¡No me obligue a escandalizarla, Doña Isabel!

—¿No fue usted la que me telefoneó hace tres semanas para informarme que había visto a mi marido dirigirse a los moteles baratos de Girón con una meretriz?

—¡Así fue! ¡Ella misma me lo dijo! —exclamó Doña Carmenza desde el zaguán.

Los vecinos murmuraron ante los ojos atónitos de Doña Eufrosina.

—¡Pues sepa, anciana deslenguada, que esa prostituta era su esposa, y de que yo lo llevaba de regreso al hospital San Juan de Dios!

De vuelta a su casa Doña Eufrosina se había desquitado de aquel debate inoportuno contra la espalda de su nieta. A oscuras en su alcoba Claudia decidió que lo mejor sería alejarse de Mario por un tiempo.

El siguiente sábado Claudia ignoró los sucesivos timbres a la puerta de su casa. El lunes ni tan siquiera parpadeó cuando Mario la interceptó a la salida del colegio.

—¿Qué le pasó? —preguntó Mario perplejo.

—Mi abuela me prohíbe que lo vea.

—Sí, pero…

La duda en los ojos de Claudia instó a Mario a que insistiese.

—Vámonos caminando —propuso.

Claudia reflexionó algunos instantes. Tendría que cruzar el puente del viaducto, algo que siempre había evitado. Ante la mirada persistente de Mario, Claudia asintió con un gesto.

Ambos caminaron en silencio desde la Puerta del Sol hasta el viaducto. Allí Mario se detuvo y mirando muy abajo, donde un barrio de invasión se dibujaba, le preguntó a Claudia si había pensado alguna vez en el suicidio.

—Dios me libre… —Claudia respondió meditabunda—. Me condenaría al infierno.

—¿Y sí el infierno no existe?

—Eso me lo preguntarás después de muerta.

Claudia descubrió el tránsito intermitente de buses, camiones y automóviles, latas sobre ruedas que a sus espaldas pasaban como una estampida de bestias salvajes.

—Cada semana dos personas se arrojan desde aquí abajo. No lo hacen del otro lado, pues se desplomarían sobre la cancha de balompié donde los niños, los vagos y los desempleados, es decir, los desempleados del barrio de invasión, juegan. Maximiliano el lotero y Julia, la mamá de Joaquina, fueron los primeros en volar abajo, una semana después de su inauguración.

Claudia tuvo la impresión de ver a los dos amantes cayendo en vilo boca abajo hacia los abismos, ingrávidos, cogidos de la mano. Ambos eran venerados en el barrio con simpatía, incluso por su abuela, quien durante su apresurado entierro se había atrevido a manifestar que ambos pecadores se querían.

—Lo harían por salir en la página roja del periódico —replicó Claudia.

—Eso dice Doña Carmenza, y la gente la secunda, pero debe haber otros motivos. Julia los tenía; apenas tenía veinticinco años cuando se casó con su marido sexagenario.

Un buitre cruzó el espacio, desde los tejados de las casas de cartón, sobre las calles de polvo, hasta la vegetación frondosa alrededor de la quebrada de aguas negras. La mirada de Claudia cayó con él bajo el cielo que se empinaba sin nubes en el azul profundo del mediodía.

—Leí en el periódico que Bucaramanga es la ciudad donde más suicidios adolescentes ocurren en todo el país.

—Nunca he pensado en atentar contra mi propia vida —Claudia repitió.

Los autos cruzaban incesantes a un metro a sus espaldas. La estrechez de la acera y la baja altura de la baranda que los separaba del vacío le producían vértigo.

—¿Podemos irnos? —inquirió.

—Hace unos años creí que todos los niños iban al paraíso; entonces pensé en matarme.

—Niñerías —Claudia advirtió el primer contagio de cierta fascinación por el vacío. Había escuchado a su abuela decir alguna vez que el movimiento no existía. Que el universo era una yuxtaposición caprichosa de imágenes inmóviles que los sentidos concatenaban recreando una vaga sensación de realidad. La caída de un cuerpo, una pesadilla o un dolor urticante serían meras impresiones destinadas a ser rebasadas por una nueva serie de impresiones. La muerte, por lo tanto, sería una mera interrupción de la tiranía de los sentidos; la liberación de la esclavitud del movimiento y la posibilidad de recorrer todas las vivencias personales en un mismo instante.

—Por eso me gusta leer la Biblia en la ceremonia litúrgica de los domingos —decía Mario—. Leí también que los Mayas eran indulgentes con los suicidas; por eso desaparecieron antes de la llegada de los españoles.

—No hay punto de comparación. Usted es un católico, ¿no lo es? —preguntó Claudia apelando a su instinto de supervivencia.

Mario no respondió. Sus ojos intentaban aferrar ahora, perdidos, la exuberancia del paisaje en perspectiva descendente. Terrones de tierra a punto de desmoronarse quebraban la línea del horizonte, formando cuencas sobre la tierra, impregnando sobre el paisaje un manto mórbido de

calaveras incrustadas sobre el polvo, las unas adosadas junto a las otras. Claudia encaminó sus piernas temblorosas hacia el terraplén más cercano y casi sin aliento salvó el puente unos doscientos metros adelante. Corrió a lo largo de un pequeño camino de herradura que atravesaba un lote abandonado, sollozando, arrepentida de aquella caminata con Mario.

"Al menos", se dijo, "ahora tengo razones para abandonarlo".

Miró su reloj: no había tomado el autobús, y aunque se había ahorrado algún dinero su abuela la regañaría por almorzar a deshoras.

Los encuentros entre ambos púberes se hicieron menos frecuentes desde aquella tarde, y cuando el azar los propició fueron breves y distantes. Con el tiempo su relación se redujo a un cordial saludo, aunque Claudia nunca dejó de exaltarse ante su encuentro. En 1977 la madre de Claudia murió a causa de un atentado terrorista en Bogotá. Claudia asistió con su abuela al sepelio, y allí conoció a su padrastro, Fernando, quien la invitó a viajar a Bogotá para vivir con él. Luego de una negativa prudente, Claudia aceptó ante el anonadamiento de sus parientes.

La última vez que supo de Mario fue a través de las noticias de la prensa. En 1983 el ejército lo sindicaba de pertenecer al ALIC (Alianza de Liberación Campesina). Un mes más tarde la esposa de un ministro era secuestrada en las afueras de Bogotá. Una escuadra del ejército persiguió y acorraló a su víctima y a los cuatro victimarios. De acuerdo con el informe de noticias transmitido a través de la televisión, los secuestradores habían asesinado a la cónyuge del político a sangre fría, y luego de exclamar arengas soviéticas cada uno se había dado muerte por su libre albedrío. Años después de que este relato nefasto se escribiera, el nombre de Mario era aún execrado por la

prensa.

III. Brooklyn

La palidez de la tarde se aferraba a túmulos de arreboles y una luz lívida se colaba a través de las hileras de carros que transitaban el espacio contraído de las calles de Queens.

Mario y Claudia caminaban despacio, indolentes al paso ansioso de los peatones.

—¿Escribes poemas al destierro?

—Escribía. Me harté de cantarle a mis cuitas. Pero, claro, la gente se esfuerza por compadecer a quienes han sufrido rarezas. Es una manera de ahogar sus miserias. Ahora sólo me interesa terminar mi libro.

—¿Sobre qué?

—Cuentos y ensayos. Estudio teología desde hace un tiempo.

Claudia recordó las ironías de Todd contra aquella reliquia filosófica.

—No pensé que un comunista escribiese sobre Dios —había oído que los estudiantes de la Biblia y el Corán sufrían de esquizofrenia metafísica; conversaciones nocturnas con los emisarios de Dios que culminaban en revelaciones moralizantes.

—Escribo sobre mí mismo —Mario extrajo una libretica celeste del bolsillo trasero de su pantalón—. Quería dejar constancia de mis años en el exilio. Pero con el tiempo, casi sin darme cuenta, el rostro de Dios se fue delineando a través de mis escritos. En las páginas de esta libreta trazo mis ideas más inmediatas

Claudia la abrió y descubrió un relato de varias páginas titulado "La definición de Dios".

—¿Qué es esto? ¿Un cuento?

—Un misterio que descifra el misterio más grande del universo —Mario anunció encogiéndose en sus hombros.

Claudia se sentó intrigada sobre el borde de un pequeño muro, frente a una vitrina de cosméticos. La insignificancia de su interlocutor crecía con sus pretensiones.

"A menos que Dios fuese definido, en una palabra —Claudia leyó—, aquella tarde la estatua de Thor atravesaría los caminos de los poblados contiguos y la sangre impoluta de los cristianos abonaría el valle congelado del Danubio.

"Ulfilas contrajo su espalda y avanzó a través del campamento. La humedad distinguía las siluetas arrogantes de los guerreros y los siervos, quienes doblegando sus cinturas se desplazaban fuera y dentro de las chozas de sus amos en silencio. El rocío de la mañana se deslizaba sobre las hojas de los robles cayendo sobre un lodo endurecido por la nieve.

"Al salvar un charco sus manos se aferraron del manto desteñido envuelto sobre su torso. Acostumbrado a la inclemencia del invierno, cada noche Ulfilas lavaba los quistes que el barro formaba sobre su atuendo. Años atrás, antes de partir de Capadocia después de la invasión bárbara de los Ostrogodos, su manto aún era rojo, y el brillo de la tela sobre su cuerpo bajo el sol imperial despertaba la admiración de los jóvenes soldados. La peste y la ausencia de sastres en las zonas glaciales de Germania le habituaron a pensar que el tiempo forja el sentido de las palabras de Dios, y que la vanidad de sus años mozos había sido una preparación saludable para la vergüenza. Acá, olvidado por el género humano, cumplía una obra evangelizadora sin gloria. Los arduos años consagrados al estudio del Griego se habían desvanecido en la tosquedad de una lengua a la que había llamado teutónica, y el estilo conciso de Sófocles y Aristóteles había desaparecido ante el engalanaje de los poemas trasalpinos.

"Pesadas nubes bajo el sol oscurecían la mañana. Vio a Baronius cruzar el sendero empedrado, en dirección al riachuelo, portando dos cántaros de barro, uno bajo cada brazo. Ulfilas lo saludó inclinando su cabeza con vehemencia y le preguntó si podía acompañarlo a ejecutar sus gajes. Baronius aceptó de buen agrado; Ulfilas era un misionero y su presencia apaciguaba la humillación de los nobles romanos que, como Baronius, habían sido capturados y esclavizados tras la primera destrucción de Mántua.

"—¿Cómo va la educación del Amo del mundo? —preguntó Baronius jadeando, abriendo su boca como un perro.

"—El libro de las revelaciones de San Juan lo ha impresionado, aunque los primeros pasajes lo aburrieron. Quiere una respuesta para esta tarde.

"—¿Una definición de Dios?

"—Menos retórica que el "Soy el que Soy" del Pentateuco . De otro modo habremos de escoger entre la apostasía o el martirio.

"—Dios procurará.

"Atravesaron las puertas de la ciudad y se internaron en la espesura del bosque. Una angustia llama otra angustia, y Ulfilas revivió Capadocia, cuando su nombre fue despreciado por los patricios y las familias nobles. Acusado de herejía fue humillado por el obispo, quien lo obligó a ocultarse en las catacumbas, bajo los sótanos de la familia Saturnina. Su retiro había sido prolongado por dos años, hasta el asedio de las huestes de Fritiguerno, quien salvó a la ciudad bajo la condición de que ésta le entregase a un traductor de la Biblia como esclavo. Octavia Saturnina lo delató oportunamente, temerosa que sus hijas fuesen violadas y vendidas como siervas a reyezuelos foráneos. Contrario a sus temores el campamento godo lo recibió

como a un apóstol del Mesías. Conminado por el hambre espiritual de aquellos guerreros Ulfilas fue apaciguado con la compañía de Silvia, una joven esclava que le fue ofrecida como esposa y los presentes materiales de Fritiguerno. Entonces había emprendido la ambiciosa tarea de traducir la Biblia al hosco idioma de los teutones. A lo largo de varios meses había recopilado los cantos góticos en folios que le servirían para enumerar las voces, los tiempos, los modos, las declinaciones, las conjunciones y las palabras de una nueva gramática. Lejos de Roma Ulfilas ya había agudizado su entendimiento a través del nuevo testamento: cartas y evangelios que había memorizado ante el temor de un juicio eclesiástico.

"Llegaron a una quebrada de aguas transparentes, en donde Baronius sumergió sus jarros. De vuelta a la ciudad Ulfilas, tal y como lo esperaba, escuchó una vez más los clamores de la gleba, miserables encadenados que imploraban protección a los cielos desde las torres de las murallas empedradas. Baronius le decía que dieciséis años atrás él disfrutaba de una corte de esclavos que lo escoltaba desde los baños públicos de Caracala hasta los campos circundantes de la vía Julia, en Roma, sitio en donde un cortejo de siervos lo esperaba para cazar el jabalí. Luego de la conquista de Atanárico su vida había dado un vuelco denigrante, amortiguada apenas por los preceptos del nuevo testamento y los sermones contemplativos de su pastor.

"A principios del invierno Ulfilas había recibido una epístola del obispo Auxentius, quien lo excomulgaba por la impía omisión de los cuatro libros de los Reyes en su Biblia teutónica, prueba fehaciente de su reincidencia en el pecado capital de la pereza. Ulfilas había suprimido aquellos pasajes escabrosos en un esfuerzo por apaciguar la violencia de sus prosélitos. Sin inquirir en los medios por los cuales el obispo de Constantinopla había adquirido el conocimiento de una

lengua tan distante, Ulfilas replicó que su único propósito era el de domar el belicismo de los godos, pueblos edificados en los vaivenes de su vida migratoria, apenas persuadidos por el Pentateuco y los evangelios del poder omnipresente de Dios, capaz de escindir los mares, detener la órbita del sol y curar a los leprosos.

"La servidumbre es la vida que Dios me ha dado, decía Baronius. Los afanes como anfitrión durante mi juventud, y el ocio de mi vida adulta, son deplorables, y están supeditados a los ademanes afeminados de la vida romana. Aquí tengo una familia y con los años me he ganado el respeto de mi señor, quien me convida a sus cacerías.

"Ulfilas lo despidió bendiciéndolo a las puertas de la ciudad.

"Desayunó frugalmente en su alcoba leche con miel y pan con frutas secas antes de volver a su puesto de trabajo, en donde Hunérico transcribía incansable las páginas del libro de Job.

"Comprobó que su pulso era normal; confiaba en que Dios los guiaría a un buen terreno. Sus misivas al emperador Valencio eran apremiantes; en ella describía las guerras intestinas entre Fritiguerno y Atanárico. Su labor misionera había fructificado al cabo de diez años, más los preceptos de Jesucristo habían amainado tan solo por un tiempo la furia de sus feligreses, ahora avivada por una violencia intestina. Las espadas escaseaban y la labranza se había propagado a lo largo del norte de Italia, campos en donde los matemáticos contabilizaban treinta mil diáconos y cinco mil monjes bajo su jurisdicción; siervos, mujeres y niños excluidos.

"La descripción vívida de sus conquistas espirituales le habían granjeado la admiración del emperador, quien desatendiendo las anatemas del obispo de Constantinopla le enviaba presentes y lo invitaba a poblar las faldas espesas de las montañas mesiánicas.

"Luego de varias escaramuzas las huestes de Atanárico se habían apoderado de los fuertes y las posiciones estratégicas de los godos. Fritiguerno había sido empalado luego de su derrota sobre las planicies de Placencia, y una larga lista de mártires era transcrita con esmero en folios dorados por su secretario. Atanárico desconocía la clemencia, pero la erudición de Ulfilas, a quien su pueblo debía el arte de la escritura, había pospuesto su sacrificio. Después de haber cumplido un ayuno de cuarenta días, Ulfilas le había implorado semidesnudo que les permitiese a él y a los miembros de su iglesia emigrar hasta los confines del imperio griego. Atanárico se había recluido con sus sacerdotes, quienes aplazaron su respuesta hasta que, instigado por Recaredo, el sacerdote superior de Thor, Atanárico había optado por desafiar a Ulfilas con un acertijo.

"—¿Quién es Dios? —le había preguntado—. Si la respuesta es lúcida Thor le permitirá un pasaje libre hasta los confines del emperador Valencio.

"En su estudio observó las letras griegas que se sucedían sobre el papel las unas a las otras, creando entre los renglones figuras tan misteriosas como las siluetas de las nubes: θ, ψ, θ, ψ, θ, ψ, θ, ψ, θ, ψ.

"Aquella tarde Ulfilas organizó en piedras inscritas el nombre griego de Thor sobre el suelo: Θοσ, y lo contrapuso a su escritura rúnica Ψοσ y a otros símbolos que tomó al azar. Al reordenar las vocales y las consonantes la palabra δολοσ apareció inscrita a los pies de Atanárico, quien apenas pestañeó cuando Ulfilas tradujo su significado: esclavo. Las consonantes restantes descubrieron un sonido inteligible en griego, el cual, no obstante, Atanárico y los sacerdotes aprehendieron como la voz teutónica que supedita la valentía al temor de caer en mansedumbre. Ulfilas trazó una línea alrededor de todas las piedras, descubriendo una figura cuneiforme que se acoplaba sobre sí misma. Eliminando las

consonantes y trazando de nuevo su contorno, la figura se redujo a la mitad de su extensión primitiva.

"Todas las formas acaban en sí mismas, dijo Ulfilas. Hoy la forma de Dios se ha cerrado sobre la estatua de Thor y la de Thor sobre el nombre de Dios. La línea de tu gloria y de tu dios sólo se puede prolongar con nuestro exilio, o reducir con nuestra muerte.

"Ulfilas caminó sobre el polvo, y Atanárico emitió un gemido. Sobre la arena todas las palabras, líneas y pisadas habían dibujado un rostro, el de Atanárico.

"Los sacerdotes de Thor cedieron confundidos ante su respuesta y una migración multitudinaria abandonó las planicies italianas para radicarse en los fértiles campos de las praderas de Escitia. En menos de dos generaciones la estirpe goda, cultivada en la Biblia de Ulfilas, fue convertida al cristianismo y las efigies de madera de Thor fueron incineradas, destruidas o abandonadas por los nuevos prosélitos de Cristo.

"Los historiadores escriben que Ulfilas inculcó una superstición propicia en el ánimo inconstante de Atanárico. Más plausible, y no menos laudable, es la hipótesis de que la comparación entre la vida de un esclavo que asume su sujeción y descree de su próspero pasado, y una figura caprichosa trazada en la arena, esto es, en la página de un libro sesgado por palabras, revelaron a Atanárico y a los sacerdotes de Thor la ductilidad de Dios, capaz de adaptarse a los caprichos más egoístas de los reyes para la protección de sus creyentes.

"Los evangelios articulan las acciones aparentemente casuales o contradictorias de Cristo durante un día determinado. Ulfilas, su discípulo a través de su consagración teológica, ponderó igualmente la variabilidad divina, la cual se acomoda sin aprehensión lógica a las afirmaciones y a las contradicciones de los hombres, las

religiones y los días."

Claudia encaró a su interlocutor con escepticismo.

—Creo que antes de discutir la existencia o la inexistencia de Dios —acotó Mario—, debemos definirlo.

—El estilo es intrincado, pero la historia, aunque interesante, no deja de ser didáctica. ¿Quieres decir que Dios es lo que queramos que sea?

Mario asintió forzando su cabeza hacia abajo y levantándola con parsimonia.

—Todos los escritos son didácticos. La mayoría repiten lo que ya sabemos… Pero tal vez le falte sutileza.

Claudia encontró una frase suelta en las primeras páginas del libro: "Nuestra sensibilidad elogia la perfección de la naturaleza mientras consentimos a los gatos que destripan pajaritos en nuestro jardín".

—Nueva York está poblada de gatos salvajes —repuso devolviendo a Mario su libreta—. Me gustaría recoger a algunos de ellos para llevarlos a vivir a una casa con jardín. ¿Qué digo? Una mera buena intención.

—¿En dónde vives?

—En una alcoba minúscula. Ya te lo imaginarás: dentro de una casa dividida en varios apartamentos.

—Es una pena.

—Para los gatos, no para mí —Claudia titubeó—. Adoro compartir mi tiempo con los vecinos.

—No pareces muy convencida.

—¡Oh! —Claudia se excusó con una sonrisa—. Por estos días tengo problemas con mi compañera de apartamento; nada grave.

—Ya lo ves —asintió Mario evitando el enterarse de los pormenores de la vida doméstica de Claudia—. El gobierno cerca las praderas mientras que nosotros nos hacinamos en las calles. Cada cual debería nacer dueño de su propia finca.

—La propiedad privada es sagrada en este país, Mario.

—En todas partes. Pero dime, a conciencia ¿no es el hombre más sagrado?

—El hombre solvente —rechistó—. De cualquier modo, el campo aburre; la ciudad es más popular.

Mario desvió su mirada hacia la calle. Decenas de gente cruzaban la acera a una velocidad apremiante.

—La gente busca la compañía de los demás para despreciarlos —repuso Mario—. Un desprecio terapéutico, desde luego; se trata de armonizar la intolerancia.

Mario relató los últimos años del conde Tolstoi, anacoreta condenando a la civilización desde su aldea campestre.

—Deberías unirte a los ecologistas —Claudia lo espetó—. Buscan la armonía entre el hombre y la naturaleza.

—No me aceptarían; religiosos sin credo, discípulos del panteísta portugués Espinosa.

—Ya es tiempo de que dejes de citar a tantas almas del purgatorio. Los ecologistas organizan viajes a sitios primitivos, sin electricidad. La naturaleza es sabia, es nuestra madre, Pacha Mama.

—Eso es una paradoja que debe rumiarse. Si la naturaleza es un ente invisible, situado más allá de las piedras, las plantas y los animales, habrás de reconocer que su fabricación no es sino un vago y cómodo intento de usurpar la providencia.

—¡Tal vez esa sea la verdadera providencia! —Claudia sonrió considerando las celebraciones litúrgicas de las escuelas bumanguesas, en donde Mario descollaba como integrante de un coro de voces blancas—. ¿Eres un practicante?

—No lo soy, como tampoco soy ateo.

—¿Y eso?

—Me he contagiado de la desidia religiosa que la televisión propaga. Como la gran mayoría acepto la

puerilidad de los deseos.

—No creo que los deseos sean pueriles; los deseos son placenteros.

—Eso depende de *la variedad* de deseos. Me refiero a la codicia por los automóviles nuevos, las mujeres jóvenes, las casas de campo, los vinos añejos, y toda la parafernalia sin la cual la vida sería absolutamente más tranquila.

Claudia advirtió que Mario había desarrollado una suerte de humor amargo durante sus años de exilio. Se preguntó que excesos se acumulaban detrás de su semblante. Se abstuvo de preguntarle cuánta sangre había sido vertida por sus manos antes de su partida de Colombia.

—Tampoco soy —añadió Mario—, comunista, macho, moderno, anal, positivista, escolástico, reaccionario, posmodernista, amanerado, revolucionario, heterodoxo, cínico, crítico o pastor. Prefiero hundirme en el fango hasta la cintura, como un cerdo.

—Sufres una crisis de identidad. Podrías ir a un templo budista; están en boga.

Mario sufrió un espasmo a lo largo de su espina dorsal. Las frases especializadas lo inquietaban. Ejercían un poder supremo sobre cada conversación. Cualquier esfuerzo contra el concepto de identidad revertiría en su contra.

—Nunca me alejé de la iglesia que mis padres me otorgaron —explicó—. El que al salir de misa no platique con los curas y semejantes es algo diferente.

—¿Vas a misa?

—De vez en cuando.

—Entonces eres practicante. —Claudia suspiró profundamente y levantándose retomó su camino al ritmo de los transeúntes—. Si permanecemos en un mismo sitio más de diez minutos la policía puede importunarnos.

—¿No parecemos turistas? —Mario bromeó—. Te afanas por catalogarme, olvidándote que la vida misma es un

catálogo misceláneo, y que una página que descifres o creas descifrar jamás te revelará el libro.

Claudia entrelazó sus manos sobre sus nalgas y observó a Mario con displicencia.

—Cierta vez —Mario continúo—, atendí una conferencia donde un físico se empecinaba en explicarnos que la vida había surgido luego de una explosión expansiva que había fomentado varias reacciones químicas entre los gases muertos de las estrellas. Agregaba que aquella refutación de un ente creador, fuese este islámico, judío o cristiano, lo había reconciliado con el ateísmo moderno. Yo le pregunté entonces si podía dar cuenta del origen de la primera estrella o átomo, la esencia del Big Bang. El hombre enmudeció, mas ante la presión del auditorio me retó a continuar con la conferencia en su lugar.

—¿Te acobardaste?

—La precariedad de mi inglés me amedrentó.

—De cualquier modo, hubieras hecho el ridículo tratando de persuadir a un auditorio de científicos.

—Deseaban sustituir a Dios; lo hacen suyo, lo dominan, lo domestican. Incluso así, la presencia divina continúa. No hablemos más de aquel congreso. La gente me subestimó.

—Me gustaría que conocieses a varios de mis amigos ateos. Espero que no los desprecies.

—Despreciarlos sería ateístico.

—¿Ateístico?

—Veo a Dios en cada persona que se cruza en mi camino con buenas o malas intenciones.

Claudia sonrió despectiva, muy a su pesar.

—Cuéntame de tu secuestro.

—No hay mucho que contar —dijo Mario con cadencias inseguras—. Mi muerte fue una farsa que no quisieron corregir. Primero me enviaron a Suecia, donde la comunidad colombiana acoge a cualquier insurgente. Es

fácil de comprenderlo; Europa es un continente despoblado. Las mujeres nórdicas no quieren sufrir los dolores de parto más de dos veces.

—Eres un machista —Claudia lo interrumpió haciendo eco de una de las frases predilectas de Helena.

—Hay demasiada gente que disfruta allí de una vida tranquila; un verdadero infierno para quien no ha sufrido. Por eso mismo me hubiera gustado permanecer en Suecia. Pero en cuanto sospecharon que la historia del secuestro había sido un capricho de estudiantes burgueses perdí mi empleo y tuve que acudir al gobierno de nuevo. Ahora me llaman Ernesto Suárez.

—Podrías haber escogido un nombre más original —comentó Claudia concentrándose en cada una de las palabras expiatorias de Mario. Confrontó su pasado y se percató de que ya era demasiado tarde para condenarlo; se encontraban en otro tiempo, discutiendo sobre una costa desinteresada en la guerra civil de Colombia.

—Alguien me denunció. Pero no vale la pena recordarlo. No estoy interesado en inculpar a nadie.

Claudia observó su barba, a través de la cual encontró los mismos rasgos finos, uniformemente aceitunados, de tantos años atrás.

—Has vuelto de entre los muertos. Hace tanto que no te veo, y sin embargo tu imagen es tan fresca. Deja que te invite a un trago.

Acordaron ir a un restaurante colombiano. Claudia detuvo a un taxi con un gesto perentorio. Tomaron Roosevelt Boulevard y se apearon junto a un restaurante de comida étnica. Claudia pagó la carrera al taxista, algo mohína, preguntándose a sí misma si Mario habría entrado como un emigrante ilegal a los Estados Unidos.

—¿Cómo te enredaste con los maoístas? —preguntó Claudia luego de que Mario hubiera devorado un plato de

lengua de res con lentejas.

—Lo mejor será no hablar del asunto. Es confidencial, y uno nunca sabe lo que va a pasar el día de mañana.

Claudia ojeó a la calle contrariada.

—Comprendo. Pero, al fin y al cabo, tu vida, entonces ¿qué es ahora?

—Una farsa.

—Eso es un decir.

—Todos actuamos una farsa; algunos son descubiertos; otros no.

Claudia fijó sus ojos en su rostro. Mario sonrió a boca cerrada y tensando las comisuras de sus labios hacia el contorno de su quijada agregó:

—Discúlpame si te parezco un tanto rudo; soy prevenido. Te conozco desde hace tanto tiempo; pero no puedo confiar en alguien que ha venido a vivir a los Estados Unidos por su propia voluntad. Yo he sido desterrado contra mi propio arbitrio. Créeme que me desespera vivir como lo hago, a hurtadillas de la policía, pidiendo propinas en el metro.

—Siempre has desconfiado de la gente —dijo Claudia en un tono ambiguo, manifestando sus dudas—, ¿has tratado de hablar con el consulado colombiano?

Mario carraspeó molesto ante la incertidumbre de ser incomprendido.

—El gobierno no pudo haberme tratado mejor. Nunca debí haber conocido a la hija del ministro; odiaba a su padre. Aún me pregunto si fue él quien la hizo desaparecer.

—¿Te gusta Nueva York? —preguntó Claudia fastidiada por el empecinamiento de Mario en retornar a una conversación que él mismo quería evitar. Sentía, por otra parte, que disponía del privilegio de conocer la vida íntima de su colega de infancia. Su encuentro fortuito en un metro de Nueva York habría de tener algún sentido. Un cruce de

miradas, la alborada de un deseo mutuo. No se atrevió, sin embargo, a recrear la imagen de ambos enlazados en la noche. Sentado sobre su silla, extendiendo sus codos sobre la mesa, Mario dibujaba una figura agresiva. Su estatura no era ni elevada ni baja, más la manera de entornar su cuello le daba un aire aristocrático. Sus ojos de párpados extensos parecían reposar con pesadez sobre cada objeto que observaba.

—Es una ciudad famosa —respondió Mario luego de sorber su taza con café—. Estocolmo era un lugar agradable para vivir, pero demasiado oscuro durante el invierno. La gente allí se desespera a morir. La frase no es una hipérbole. Extraño el clima de Bucaramanga, ¿sabes? He leído que nuestra ciudad tiene una de las temperaturas más agradables del mundo.

—Habrás leído demasiado —objetó Claudia guiñando su ojo izquierdo—. En las noches me ahogaba en la humedad.

—Vivíamos junto a un riachuelo. Hablo del clima en general. Puedes leerlo en la librería pública, en la sección de viajes.

Claudia se preguntó cuánto tiempo llevaría Mario viviendo en Nueva York. Se sintió tentada, pero no se atrevió a dirigirle la palabra en inglés.

—¿No has visto las guías turísticas que los ingleses imprimen?

Claudia negó con un gesto mudo.

—En Brooklyn un estudiante de la escuela primaria me preguntó qué era lo que más me asombraba de este país. Entonces había sido contratado por veinte dólares para dar una conferencia sobre Colombia. Eso fue el invierno pasado, en el museo antropológico de la Universidad de D. Ya te imaginarás el tipo de payasadas que tuve que representar; vestir de ruana, bailar bambuco y cocinar arepas. Me trataron

como a una curiosidad; esos antropólogos nos estudian como si fuésemos un grupo de gorilas en vías de extinción. Allá ellos. El caso es que aquel estudiante esperaba una respuesta obvia de mí; algo así como decir que los Estados Unidos eran maravillosos por los semáforos, las penitenciarías o los helados.

—¿Qué respondiste?

—Las bibliotecas.

Claudia carcajeó por unos instantes.

—Uno puede conseguir el libro que uno quiera para hojearlo en casa por tres meses.

—Entonces en Colombia, ¿no se puede?

—Es… es complicado —respondió Mario un tanto desilusionado al corroborar que las deficiencias culturales de Claudia eran las mismas de los estudiantes del museo de antropología—. Aun así el mocoso no se dio por vencido y me preguntó si eso sería porque en Colombia la gente se roba los libros de las bibliotecas.

—No deja de haber gente maleducada.

—Me pagaban por educarlo —replicó Mario absorto en los pormenores de su trabajo.

Ambos escucharon los gritos de una mujer, quien en castellano anunciaba su capacidad para prever el futuro.

—¿Quieres que nos lean la mano? —preguntó Mario.

—Es una pérdida de tiempo.

—De todas las mentiras posibles —replicó Mario zaherido—, la única agradable es aquella sobre nuestro futuro.

Claudia osciló su cabeza de mal humor. Se preguntó de qué manera Mario podía conciliar su educación comunista con aquel tipo de supersticiones.

Pidió la cuenta y le alivió descubrir que Mario abonaba el monto de su almuerzo.

Ya afuera Claudia habló sobre sus ocupaciones y de su

escaso tiempo disponible. Notando que ya casi eran las siete en su reloj Mario formuló varias preguntas adecuadas a un primer reencuentro. Se despidieron con un beso sobre sus mejillas, no sin antes haber intercambiado sus direcciones y sus números de teléfono. El tono de sus voces se tornó monótono, como ocurre cuando dos personas prometen volver a verse por mera cortesía.

—Quizá podamos encontrarnos en este restaurante en alguna otra ocasión —propuso Mario.

Claudia asintió. Mario observó su silueta falta de gracia y la larga cabellera que descendía undosa sobre una espalda un tanto jorobada.

Regresó a la estación del metro y trabajó hasta las doce cantando boleros de amor no correspondido; en la estación de la avenida Jamaica tuvo que apearse para evitar su encuentro anunciado con un policía.

De vuelta a Brooklyn se encontró con Eduardo, quien detuvo su auto frente a una cigarrería.

—¿Vienes a la fiesta? —le interpeló frente al volante—. Hoy arribó nuevo ganado de Argentina y Brasil.

Mario asintió con un gesto deliberadamente exagerado. Circundó el auto a grandes zancadas y adelantando su pierna izquierda se introdujo a la cabina del automóvil. Se arrellanó en un sillón raído por los años y perforado aquí y allá por colillas mal apagadas de cigarrillo.

—¿Cómo anda la japonesa?

Eduardo rio con premeditado estruendo. La última vez que Mario lo había visitado él copulaba con ella en la sala mientras los demás convidados organizaban un juego en la terraza, aullando indecentemente con el fin de que sus vecinos se percatasen de su atrevimiento.

—Se fue esta mañana —respondió con parsimonia—. Nos acoplamos toda la noche, y prometimos escribirnos, volvernos a encontrar en Quito, o en Tokio; todo tipo de

embustes para hacer nuestra despedida menos enfadosa.

—Y ahora, ¿ya tienes a alguien en mente?

—Hay una vanguardista que ya tiene la residencia americana. Me desvela.

—¿La que trabaja en el restaurante de un colegio?

—Ella misma. Mónica. ¿No es esbelta?

Mario asintió y agitó su cuerpo en el sillón en señal de camaradería.

—Cuéntame de las brasileras.

Su cofrade las describió comparándolas con otras muchachas que Mario había conocido meses atrás.

Entonces Eduardo trabajaba como guardián de la Universidad de Nueva York, en donde también cursaba una licenciatura en administración. Veinticuatro años atrás sus padres habían viajado desde Ecuador hasta Miami de vacaciones. Dos días después de haber franqueado el aeropuerto su madre lo había parido en la sala de urgencias del hospital municipal. De vuelta a Quito ella lo educó en la certeza de enviarlo algún día de regreso a los Estados Unidos para que reclamase sus privilegios como ciudadano norteamericano. Con el tiempo sus compañeros de colegio se mofaron de sus pretensiones. Eduardo las defendió con ahínco hasta cierta tarde en que un presumido lo persuadió de que las leyes norteamericanas habían cambiado con el ascenso presidencial del comediante Ronald Reagan, y que ya que él nunca había viajado hasta aquel país sus prerrogativas le serían anuladas.

Desde entonces Eduardo se refirió a los Estados Unidos con cautela, luego con reticencia y finalmente con sorna. Las desavenencias con el gobierno lindante del Perú lo habían contagiado de la fiebre nacionalista de 1979 y las imágenes de las Torres Gemelas, la estatua de la libertad y la isla de Hawái habían sido obnubiladas por los colores saturados del rascacielos del Banco Nacional, la efigie del

Mariscal Sucre y la isla de los galápagos.

Una carrera promisoria en la fuerza naval, institución en la que Eduardo fue galardonado por haber delatado a un bajel que transportaba narcóticos a lo largo de la corriente de Humboldt en el océano pacífico, fue interrumpida una tarde en que un capitán lo encontró lamiéndole los senos a su esposa en un camarote. Su despido de la marina lo arrojó a las calles mojigatas de Quito, en donde vagabundeó por unos meses hasta que tomó valor para diligenciar sus documentos. Solicitó y obtuvo su pasaporte estadounidense.

Sus padres, temerosos de la situación económica inestable del Ecuador, y acicateados por el creciente número de inmigrantes que viajaban a los Estados Unidos después de su victoriosa escaramuza contra Irak, empeñaron sus joyas hasta reunir el dinero necesario para costear un pasaje de ida a Nueva York. Sin dominar más que una veintena de frases en inglés Eduardo deambuló por Manhattan ofreciéndose como empleado:

—Any vacancy[3]?

Un comerciante cubano lo contrató para que le lavase los baños de un edificio en Wall Street; labor que realizó durante cuatro meses, tiempo en que aprendió el inglés necesario para movilizarse en el metro y adquirir los víveres para subsistir.

Poco a poco conoció inmigrantes hispanoamericanos, entre ellos a Ricardo, quien le ayudó a alquilar un cuarto en una calle derruida de Brooklyn, y a Bernardo, quien se ofreció a acompañarlo a una venta de repuestos viejos para que adquiriese un auto. Con el paso de los meses se percató de que aquellas ayudas voluntarias no eran desinteresadas: luego de haber firmado un contrato por dos años, Eduardo

[3] ¿Hay trabajo?

se percató de que las agencias de arrendamiento de Brooklyn ofrecían cuartuchos idénticos al suyo a mitad de precio: su auto requería de una reparación general, dos veces más costosas que el precio original del auto.

Indagó así mismo el salario normalmente devengado por la limpieza de Manhattan. Al cabo supo que su jefe le retribuía menos de una cuarta parte del salario mínimo. Por aquel entonces Eduardo ya había conocido a Mario, quien le aconsejó que estableciese una querella judicial contra el cubano, a la par que le prevenía haciéndole saber que aquellos hombres disponían de influencias imprevistas. Su primer patrón, de hecho, mantenía a una prole de seis hijos situando a inmigrantes recién llegados en trabajos clandestinos.

—Seguro que el cubano jamás te ha preguntado por tus papeles… —puntualizó.

Días más tarde Eduardo sostuvo una discusión álgida con su patrón, quien con rostro crispado y sin excusarse terminó por aumentarle su salario.

Fue entonces cuando leyó que la Universidad de Nueva York estaba empleando a guardias bilingües. Ocurrió después de que un estudiante hondureño hubiera sido herido por un gendarme, al tomarlo éste por un intruso cuando aquel no respondió a sus preguntas rutinarias.

Además de adquirir un ingreso considerable, Eduardo pudo matricularse al semestre siguiente en una de las universidades más prestigiosas de los Estados Unidos. Pronto se dio a conocer entre los estudiantes que venían por cortas temporadas a cursar inglés intensivo.

Por aquel tiempo sus padres emigraron del Ecuador y Eduardo los instaló en el cuarto de Brooklyn, lo que lo motivó a arrendar un pequeño apartamento junto a un puente de Manhattan, sitio de francachelas en donde Eduardo se dedicó a ejercer sin amenazas las proezas

eróticas que le habían valido su destierro y de las cuales se había abstenido en los Estados Unidos por una suerte de temor supersticioso.

A sus años Mario se sentía como un ternero pastando en un campo baldío. Eduardo había sido la única amistad que su carácter huraño había preservado entre las miríadas de latinos que había conocido en Europa y los Estados Unidos. Cada vez que participaba en sus fiestas, Mario se convencía de que su espíritu bullicioso podía recuperarse con algunas canecas de cerveza; pero la superficialidad de las estudiantes lo aislaba del jolgorio. Hacia la una de la madrugada se aburría. Después de todo él no tenía ni automóvil ni tarjeta de residencia, herramientas que fascinaban los rostros de las muchachas de la escuela de inglés y los cuerpos de las norteamericanas que frecuentaban los círculos minoritarios.

Aquella noche Mario preguntó infructuosamente por Bibiana.

—Ya regresó a la Argentina —le dijo Humberto, primo de Eduardo que había arribado a los Estados Unidos pocos meses atrás.

Supo también que ella lo había preguntado con ahínco antes de su partida.

—¿No te llamó? —le preguntó Mónica, la morena vanguardista que desvelaba los ánimos de Eduardo.

—Recibí dos mensajes, pero no mencionó en ellos su partida.

Eduardo se acercó y alargando su brazo haló de una de las manos de Mónica. Esta se dejó conducir con gentileza hasta el centro de la sala, en donde varios de los invitados bailaban.

Mario vio a Humberto tomar una chaqueta de satín blanco de un perchero a sus espaldas. Desde su llegada se había acostumbrado a sus vagabundeos por su buhardilla.

Cierta tarde ambos decidieron matar su aburrimiento llamando a un teléfono de citas amorosas. Luego de varios días de flirteo indefinido Humberto acordó un encuentro con una mujer de Manhattan. Fue una tarde de cielo encapotado cuando ambos se enrumbaron hacia una cafetería de la quinta avenida.

Para entonces Mario sufría una nueva crisis nihilista. El estudio de las civilizaciones europeas se compaginaba con su pasado de proyectos arruinados por su partida. Ante los crímenes de las naciones democráticas, cuyo capital había sido amasado mediante la esclavitud de sus ancestros ibéricos, indígenas y africanos, Mario encaraba su supervivencia con desidia. Escribía en su diario que sus aspiraciones como orador se verían truncadas por su inglés mal pronunciado y su nacionalidad imprecisa. A través de lecturas azarosas asumía ser parte del excedente de seres humanos que tanto alarmaba a las pequeñas élites de las naciones. Persuadido de que sus obras no alterarían el estado indigente de tantos desgraciados Mario abrazaba, como un demagogo resentido, las variaciones del mundo en su aniquilamiento. Humillaba al persa taimado, al espartano idiota, a la prostituta griega, al egipcio divertido, al comerciante fenicio, al huérfano turco, al caribe comecadáveres, al judío converso, al saltimbanqui alemán, a la india sangrienta, al esclavo escandinavo, al templario vasco, al anglosajón pirata, al africano indolente, a la anarquista rusa, al albanés errante, generaciones todas encarnadas en su piel. Pobre y desnaturalizado Mario se abandonó por un tiempo al placer pasajero de los burdeles. Había sido conducido por sus compañeros de colegio un cuatro de julio en Bucaramanga; desde entonces sus fluidos brotaban con la asistencia de mujeres de nuevas culturas. Su sufrimiento en común era el repudio por los oficios mal pagos y de trato impertinente.

Las luces de Manhattan cruzaban ante su auto aquella noche como los rostros imperturbables sobre las calles de una superficie inestable.

Kathy era una mujer robusta de cabellos espesos, recientemente divorciada, quien les pidió veinte dólares prestados para contratar a una niñera que cuidaría de sus pequeños mientras ella se divertía en su compañía. Ambos amigos aceptaron y luego de conducirla brevemente a su apartamento se dirigieron hacia el edificio de Mario. Humberto trajo consigo la videograbadora de Eduardo y varias películas pornográficas. El trío se hartó con dos botellas de mezcal entre bromas obscenas. Cuando Kathy se desnudó reclamó ochenta dólares adicionales por sus servicios. Descubriendo su ardid Humberto la injurió con violencia. Mario, sin tiempo de discutir la ingenuidad de su colega, intervino para que los vecinos no escuchasen sus amenazas de telefonear a la policía.

—¡No me iré sin que me lleven de vuelta a mi casa! — Kathy gritaba.

Mario le entregó un billete de veinte dólares para que tomase un taxi fuera de su apartamento.

Solos y enardecidos Mario y Humberto discutieron su malentendido. Luego de injuriar a las prostitutas Humberto le confesó a Mario que nunca había conocido a una mujer en su vida. Ebrio a la luz de un televisor que pasaba imágenes provocativas, Mario dejó que Humberto reposase su mano sobre sus órganos genitales. Humberto desabrochó sus pantalones mientras agregaba entre sollozos que él sólo quería complacer a los hombres que encontraba en su camino. Compadecido ante su denigración Mario dejó caer su mirada en las imágenes de una actriz con peluca copulando con dos hombres. Sus cuerpos, bañados por una luz excesiva, formaban un espiral incómodo. Sus rostros, máscaras de gestos maltratados, translucían una palidez

cadavérica. El miembro flácido de Mario escapó de las manos de Humberto.

—Creo que es hora de que lo llevé de vuelta a su apartamento —Mario sentenció al ponerse en pie.

Humberto asintió e inició una conversación sobre balompié sin atreverse a comentar su desacato. Aunque ningún hombre le atraía, Mario asumió aquel distanciamiento como el punto de reafirmación de sus escrúpulos familiares. Su permisividad momentánea no dejaba de ser tolerante una vez comparada con el desprecio que sus paisanos en Santander desencadenaban contra los gays. La primera carta de San Pablo a los romanos parecía discriminar la unión homosexual a la par que afirmaba la esclavitud; habiendo estudiado con los jesuitas el concepto de casuística, Mario comprendía que San Pablo discriminaba con el fin de evitar la censura, en una era en que el homosexualismo era vilipendiado, y cuando se acusaba a los cristianos de orgías y sacrificios humanos. Paradójicamente Mario era consciente de haberse educado en una comunidad que infiel a este pasaje diversificaba su libertinaje: alardeaba de las rameras y condenaba a los gay. Su permisividad lo aturdía. La homosexualidad, tema predilecto del arte contemporáneo, parecía ser el último reducto del libertinaje.

—Eduardo me contó que quiere desposar a esa mulata —Humberto susurró a Mario señalando a Mónica—. No lo creo. Corrompería su abolengo castellano. De cualquier modo, Eduardo no quiere que alguien más intervenga en su conquista.

—También él me lo ha advertido.

—Tenga cuidado. Sé que lo guarda en su más alta estima; pero ese tipo de cofradía deja celos.

Mario descubrió a un hombre joven que desde la terraza los observaba con insistencia.

—Tal vez le alegre saber que esta noche celebro el inicio

de mi vida pública como gay.

Humberto le alargó la página de un periódico.

—Me pagaron cien dólares por mi confesión.

Mario vio una entrevista a Humberto impresa en un periódico de circulación local*:*

"Shifting sensibilities"
Latin-American discrimination and the American way to self-assurance

Mario leyó con avidez las líneas en busca de su nombre.

—¿Qué dice Eduardo al respecto? —preguntó.

—Me pidió que me mudase de apartamento —respondió Humberto tarareando sus sílabas al ritmo de una tonada caribeña—. No es fácil para ustedes. He pensado cambiar de identidad. Afortunadamente un amigo me ha empleado como mesero.

—Aun así, convivir en este apartamento sería lo más conveniente para los dos. No viven en Quito, donde cada cual conoce a su vecino.

—Debo marcharme —añadió Humberto izando su mano y abriéndola en un gesto perentorio al joven sobre la terraza—. Y si quiere un consejo, olvídese de Bibiana, al menos por ahora; siempre habrá alguien más en el camino.

Humberto abandonó el apartamento sin despedirse de Eduardo. Desatendiendo a otros comensales que deambulaban a su encuentro Mario tomó un plato de hojuelas de maíz cubiertas con salsa picante. Pensó ensimismado que, dada la brevedad de la estadía de la mayoría de los estudiantes internacionales, tal vez él se habría apresurado confesándole a Bibiana su atracción la misma tarde en que se conocieron.

—¿Y es que en Estocolmo no hay mujeres atractivas? —repuso Bibiana en tono recriminatorio.

Mario chasqueó su lengua condescendiente, aparentando cierta familiaridad con aquel comportamiento arrogante. Se ofreció como guía y juntos compartieron la tarde en el parque central. Hacia el ocaso Mario le entregó una carta dentro un sobre lacrado. Sin abrirla, Bibiana se la devolvió días más tarde con una nota amarilla sobre la cual había inscrito una frase:

—*Keep it for yourself*

Estimulado por el sarcasmo de su negativa, Mario la invitó a almorzar al día siguiente a un restaurante de comida rápida. Ella aceptó, y de manera sorpresiva, mientras Bibiana mordía un postre de manzana, él extrajo un cuadernito blanco de su chaqueta para leer en él cuatro versos que había escrito:

El otoño deja caer sus hojas muertas
Y mis ojos, contrariados, ondulan en la tierra,
Más al ver a Bibiana el viento agita la hojarasca
Es el cuerpo del sur el que unge sus aromas

—¿Es un poema de Antonio Montejo?

Mario contuvo su respiración y esbozó una sonrisa triunfante. Se había granjeado la simpatía de una mujer mezquina.

—No; es mío. ¿Por qué habría de ser de Montejo? Jamás he oído de él.

—Un poeta uruguayo. No he tenido tiempo de leer su obra completa —contestó con un dejo de sospecha.

—No veo entonces para qué lo traes a colación.

—No pensé que fueras poeta —replicó Bibiana ignorando su comentario.

Tomó el cuaderno entre sus manos.

—Estudié literatura, y tal vez haga un doctorado en poesía en Chicago —añadió.

Mario se reclinó sobre su asiento. Ahora era su turno de aparentar cierta admiración por el bagaje intelectual de Bibiana.

—Creo que la última línea es repetitiva —continuó—. "*Es el cuerpo del sur el que unge sus aromas*" sería más adecuado. Se evitaría la repetición de la conjunción copulativa.

—Lo corregiré —Mario mintió.

Conversaron con simpatía mutua por unos quince minutos. Al salir del restaurante se despidieron prometiendo volver a encontrarse al día siguiente. Bibiana no acudió a su reencuentro. Mario esperó a que ella se disculpase, pero su soberbia —ese fue su parecer—, la conminó a permanecer callada.

Había un grupo de muchachas brasileras en la fiesta. Algunas de ellas no hablaban ni el español suficiente ni el inglés necesario para comunicarse. Otras llevaban varios meses merodeando por las aulas universitarias. Algunos muchachos las asediaban con una botella de cerveza y un cigarrillo entre sus manos. Mario se acercó y se presentó en portugués. Una de ellas, de cabellera rubia y ensortijada, ojos azules y facciones suaves que dejaban entrever su cepa nórdica y centroafricana lo saludó entusiasmada. Mario recordó haberla visto en compañía de un estudiante finlandés a comienzos del mes pasado.

—¿Dónde aprendió a hablar Portugués tan bien? —preguntó.

—En Portugal.

La muchacha le ofreció una lata de cerveza que Mario aceptó. Conversaron por un par de horas. Mario supo que ella había viajado por un mes, pues los recursos económicos de su familia no le permitirían una estadía más prolongada. Ana, así se llamaba, tenía a un enamorado que jugaba balompié en un equipo renombrado de São Paulo. Hacia la medianoche, luego de que Mario emitiese su primer bostezo,

Mónica lo buscó de nuevo para que bailasen. Se había hastiado de la rigidez de Eduardo, quien a duras penas podía contorsionar su cuerpo al sonsonete de las composiciones caribeñas.

Enlazaron sus cuerpos al ritmo de la música por algunos minutos, escudriñados por Eduardo y Ana, quienes parecían inquietos ante la deserción de sus parejas. Mario sorprendió unas cejas contraídas en el rostro de su amigo, y sin ahondar en sus motivos interrumpió su danza con Mónica para regresar a sentarse en el sofá junto a Ana. Le complació pensar que Mónica lo prefería, pero se alarmó al considerar las consecuencias de los celos de su anfitrión.

—*Muito bom!* —dijo Ana con entusiasmo forzado.

Mario aceptó otra lata de cerveza. Descubrió los labios abiertos de su interlocutora, señal que desafiaba su masculinidad. Compelido por el alcohol la tomó entre sus brazos, rodeó su cintura y la besó.

A veces Mario caminaba con Patricia en medio de la noche hacia una casa abandonada. Allí varios hombres ataviados con ropas en boga y un par de mujeres rubias lo esperaban. Cenaban, tomaban vino y emulando sus burlas por los desvalidos pasaban a fumar a una sala contigua, donde eran atendidos por sirvientes fatigados. Al principio todos los comensales le resultaban agradables. Sus oídos y sus fosas nasales eran límpidas, sus gestos precisos y agraciados, su conversación amena. Empero, luego de que su mirada recaía sobre sus rostros, Mario era aguijoneado por una provocación odiosa que lo desazonaba hasta el punto de dominar su respiración jadeante. Dicha ofensa podía ser un comentario soez, una bofetada o una simple vista impertinente, meras acciones cotidianas, las cuales, no obstante, eran percibidas por los sentidos irritados de Mario. Aquellas personas se despreciaban entre sí y se despreciaban a sí mismas, todas ansiando conflictos y mutua destrucción.

Sus ojos se fruncían en sus órbitas bajo la cadencia de palabras altivas que sobresaltaban sus latidos en un afán por disimular su envidia. Cada frase era una injuria que atizaba la arrogancia de quien había rebatido con presunción a su contrario, creando un círculo huraño de rivalidad. Los hombres hablaban de su astucia en los negocios, su destreza en el adulterio y su eficacia en la política, las mujeres de la liberalidad de sus hábitos, la prodigalidad de sus gastos y el sacrificio de sus dietas. Cierta vez Mario se anticipó al momento de la primera desavenencia y acercándose a uno de los ofensores le ofreció su mano en un gesto súbito de sacrificio. El presuntuoso levantó su rostro desde las sombras para que Mario se estremeciese ante la vista de una bestia abominable. Sus dientes descarnados se hundían en las cuencas vacías de su cráneo, su pecho, joroba quebrada, se ajustaba húmedo bajo el tejido negro de su camisa color hueso. En otra ocasión confrontó a una mujer de pómulos perforados por orificios contiguos, como las celdas de un panal, dentro de los cuales avispas diminutas con abdómenes de círculos negros y amarillos incubaban sus huevos.

Otras veces Mario escuchaba gemidos débiles provenientes del segundo piso de aquella mansión. A instancias de Patricia, Mario se sumaba a la multitud que ascendía los escalones en penumbra. Un dolor agudo se acrecentaba en los pechos de los comensales, quienes se convertían en faros de luz endeble. Adelante, esferas negras los absorbían indolentes a los gritos desencajados de los convidados. Todos ingresaban a un salón de fachada barroca, cuyo umbral esculpido se movía bruñido en los rostros sufrientes de los primeros parricidas. Antes de atravesar la estancia de las penas Mario era arrebatado hacia el exterior de la mansión, en donde se aferraba a una saliente de mármol, cuya fría superficie quemaba sus dedos. A través de una ventana, antes de precipitarse hacia el abismo bajo

sus pies, Mario descubrió a miríadas de hombres y mujeres azotados y descerebrados por íncubos. En ellos él reconoció a renombrados modelos, quienes, desprovistos de sus sonrisas espontáneas, e inmisericordiosos a los gritos de sus víctimas, aumentaban su desespero con gestos fruncidos de enojo. Uno de ellos descubrió a Mario, y dejando a su víctima entre los hierros de un engranaje aserrado, se acercó a imprecarlo y a espantarlo de aquel sitio. Mario se alejó envuelto en un viento tibio, entristecido por aquellos condenados a quienes jamás habría de socorrer.

En otra ocasión, de vuelta del trabajo, él disfrutaba desnudo del sol junto a la playa. Junto a él Bibiana, vistiendo un bikini, reclinada sobre una silla, le prometía desposarlo en cuanto Humberto le firmase su acta de separación. A su derecha veía los cuerpos de Mónica y Ana, quienes se refocilaban en la arena sin que Mario se hubiese percatado de su presencia. Ambas parejas se ignoraban desde hacía años, aunque siempre compartían el mismo trecho de playa. Mario las descubrió desnudas. Sus formas eran compactas, y la piel de Ana, ahora desprovista de espinillas, emulaba las fotografías de mujeres célebres empastadas de maquillaje. Mónica se distensionó y abrió sus brazos, provocando su compañía. Mario, incapaz de decidir cuál entre esas tres mujeres amaría, avanzó hacia el mar, en donde varios hombres lo esperaban.

Al despertar tuvo la certeza de haber desvirgado a una doncella. Los meneos acentuados de Ana no habían ocultado su nerviosismo. La había visto conciliar el sueño en silencio, pensativa. En Colombia, ante sus amigos adolescentes, tal vez se habría vanagloriado, pero en los Estados Unidos una relación sexual con una menor de edad significaba varios años de prisión. Buscó entre las pertenencias de Ana hasta hallar sus documentos. Su cabeza tembló al constatar que ella no había cumplido aún los

dieciocho años. El alcohol había disimulado sus ojos crédulos y su sonrisa constante, señales evidentes de su pubertad. Se apaciguó ante la idea de que Ana no era una ciudadana estadounidense, y de que en breve ella estaría de vuelta en su país. De cualquier modo, se hallaba a su merced.

Ana despertó y lo abrazó. Mario la acarició, enternecido por la piel uniforme de su espalda. Se esforzó por ignorar el rostro de Ana, saturado de espinillas, ahora áspero a la luz de la mañana.

"También los bebés tienen un rostro ahuecado si se les observa con una lupa", recordó haber leído en su infancia.

El rostro de las mujeres lo había obsesionado durante su adolescencia; sus cuerpos durante su primera juventud. Ahora carecía de la ingenuidad que abrasaba los sentidos. Su libido había cedido ante su amplia visión del tiempo, coloso que empañaba las furias del deseo. La belleza de sus encuentros dependía de su osadía y, en este caso, de la juventud de su amante. Esa mañana, sin embargo, al desayunar, sonriendo a ella y ella a él, Mario comprobó que su pulso no se alteraba, y que los viejos altercados de un enamoramiento se desvanecían ante su afán por despedirla. Ana le contó que era huérfana.

—Mi papá murió en su intento de inmigrar a este país —agregó—. Eso fue lo que una mujer me contó, años más tarde, cuando por cuestiones del destino la conocí en un grupo de oración cristiano. Había un grupo de brasileros que viajaron a ciudad de México. Fue a finales de mil novecientos ochenta y seis. De allí pasaron a Tijuana, y bordeando la frontera llegaron al tramo que llaman El Hueco. Tal parece que el coyote los traicionó, o tal vez ellos corrieron con mala suerte, nunca lo sabremos; el caso es que todos fueron sorprendidos por los guardias texanos, quienes los golpearon y les dijeron que estaban hartos de tantos mexicanos, y de que las autoridades iban a hacer lo necesario

para acabar con semejante plaga. Ordenaron a los hombres que se acurrucaran con las manos cruzadas detrás de sus cabezas. Allí les dispararon a bocajarro delante de sus esposas. Mi papá intentó huir, pero fue muerto por la espalda.

Ana habló sin pestañear. Sus manos, sin embargo, se asieron crispadas a un vaso de plástico con caricaturas estampadas.

—Sí —dijo Mario—. He oído historias como esas.

—Este país se merece una reprimenda.

Mario percibió odio en aquellas palabras, como lo había percibido en la voz de otra adolescente, antes en Colombia. Un breve escalofrío cubrió su columna vertebral en forma ascendente hasta que su frente se contrajo.

—¿Qué vas a hacer? —Mario se esforzó en bromear—. ¿Matar a un guardia texano?

—Dios me libre —respondió Ana contrita—. Una vez obtenga mi grado escolar quiero regresar aquí. Estudiar, trabajar. Tal vez denunciar la muerte de mi padre. Seré abogada. Después ya veré. Por ahora convivo con una familia estadounidense, los Whitehead. La renta es costosa, pero la única manera de aprender inglés es viviendo con estadounidenses. En las residencias estudiantiles hay demasiados brasileros; quienes viven con ellos parrandean noche y día.

—¿Cuánto le pagas a esa familia?

—Seiscientos dólares por mes. Una habitación compartida que incluye desayunos y cenas.

—Un abuso.

—Mis padres sólo me pueden costear un mes. No está mal, pero ese no es el problema.

—¿Y cómo te tratan?

—Con desconfianza. Al principio me recibieron con una cena de cuatro servicios. Ahora sólo me dan

emparedados. Son gente de suburbio, perturbada por un televisor que nunca apagan. Creen que todos los estudiantes internacionales son hijos de magnates, y ya la señora Whitehead me ha insinuado que salga a comer afuera por mi propia cuenta, ahorrando así un dinero extra a mis expensas. Más, diga lo que diga, tendré que comer en su casa todos los días; mis padres son pobres, algo que ella no entiende. Ellos hubieran preferido a un estudiante europeo, más como la mayoría de los matriculados son latinoamericanos, africanos o asiáticos, tuvieron que conformarse conmigo. Su acritud se la debo al marido de una de sus hijas, quien es un hispanohablante presumido que detesta a los latinoamericanos; hijo de campesinos iletrados, se granjeó una beca petrolera en una universidad estadounidense de prestigio. Ocurrió durante los años en que su país era el más próspero de Latinoamérica. Una vez se graduó renegó de sus parientes, entabló una amistad por correspondencia con una de las hijas de los Whitehead, madre soltera, y se casó por conveniencia. A menudo lo escucho imprecar en mi presencia a los inmigrantes ilegales olvidándose de su propia cuna, como si con una tarjeta de ciudadanía pudiese extirpar su acento y sus ancestros. Él les dice que somos ladrones, lujuriosos y perezosos. Con semejantes referencias, no hay hora en que los Whitehead me dejen sola en casa. Ayer tuvieron que ausentarse porque la casa de un familiar ardió en llamas, y cuando llegué a mi cuarto encontré un papel a la entrada que decía:

Estaremos de vuelta
EN CUALQUIER MOMENTO

Advirtiéndome de esa manera que en caso de que yo esculcase sus pertenencias privadas en sus alcobas, ellos me sorprenderían con las manos en la masa.

—Alguna razón tendrían para desconfiar de ti.

—Las malversaciones de su yerno. Nada más.

—Ellos son quienes sufren —asintió Mario avivando sus temores. Ana lo observó y él no tuvo otro remedio que encararla con su preocupación anterior. Buscó las palabras más complacientes.

—Quiero agradecerte.

—¿Te gustó? —preguntó Ana en un brote de inocencia—. No pareces muy contento.

Mario asintió. Ella se levantó y se sentó a horcajadas sobre sus piernas.

—Siempre quise hacer el amor en los Estados Unidos —agregó coqueta, abrazándolo y murmurando sobre su regazo frases inaudibles, como una mujer que apresura al oído de un sicoanalista la confesión de sus desmanes. Extendiendo sus palmas contra las formas de su cuerpo Mario revivió sus primeras impresiones en Portugal, cuando deseó amar, más sólo las prostitutas acudieron a sus brazos. Pensó en Claudia, a quien había mentido: había disparado contra su víctima antes de escapar; jamás había visitado Suecia; su destierro en Portugal carecía de heroísmo; su viaje a los Estados Unidos se debía a un malentendido.

Dos días más tarde Ana volvió a su apartamento con una película pornográfica. Mario la obligó a arrodillarse y a extender su cuerpo bocabajo. Fornicaron hasta mediodía, cuando Mario preparó un estofado de carne con patata. Ana no parecía preocupada por regresar a su residencia universitaria.

—Allí sólo hay gente de mi edad —explicó—. Es insoportable; siempre me he sentido atraída por hombres maduros.

Mario se disculpó diciéndole que debía ir a trabajar, cantando en los metros de Manhattan. Ana carcajeó.

—En mi país sólo los mendigos cantan en el metro —

exclamó.

Mario doblegó su contrariedad y apenas murmuró a sí mismo que las rameras sólo pierden su virginidad con desconocidos. Cierto que en Colombia él también despreció a los artistas ambulantes. Reconsideró la oferta que Humberto le hiciera de trabajar para él, repartiendo periódicos en Long Island cada madrugada.

—Soy pobre —dijo con rostro humillado—, como tus padres.

—Discúlpame.

Ana se acercó a la ventana. Se sintió avergonzada. Sabía que para congraciar con alguien debía distensionarse, pero su comportamiento y su locuacidad daban paso a una indelicadeza inapropiada. Observó a través del vidrio una calle estrecha, cubierta de papeles y latas de cerveza, cercada por paredes barnizadas con palabras obscenas. Dos hombres cruzaban la calle en direcciones opuestas. Enmascaró su rostro con una sonrisa y reparó en los detalles del interior del pequeño apartamento de Mario; sus paredes blancas, recién pintadas, le daban un aspecto pulcro. Había un sofá anaranjado, una pequeña mesa, tres sillas enclenques y una cama doble. El ángulo entre las paredes y el piso de parqués estaba cubierto en su mayor parte por ropa cuidadosamente doblada, separada por columnas de libros en varios idiomas. Dos ventanas iluminaban el interior lo suficiente como para prescindir de la luz eléctrica durante la mañana, aunque, tal vez, se dijo Ana, las tardes fuesen oscuras. Semanas atrás había viajado a Nueva York en la esperanza de encontrar a un hombre fornido, que le hiciese el amor en la piscina de algún apartamento con terraza, desde donde pudiera observar la línea quebrada de los rascacielos. Mas al poco tiempo de llegar a Norteamérica se había desilusionado. Aquellos hombres voluptuosos, tan frecuentes en las películas californianas, escaseaban dentro y en los

alrededores de su Universidad. En su lugar veía cuerpos fofos y desgarbados; gente con rostro también marcado por las espinillas; rubios de mirada ensimismada y músculos contraídos. Los jugadores del equipo de balompié la desdeñaban; al fin y al cabo, ellos vivían asediados por un harem de estudiantes delgadas que pronunciaban el inglés con autosuficiencia. Al saber que había un hombre finlandés tomando un curso de inglés en un salón adyacente, se acercó a su clase para conocerlo; una amiga la introdujo a un hombre bajo de estatura, de ojos azules y cabello rubio, casi blanco, más de quijada alicaída, la cual extendía descabellado al hablar. El hombre descifró sus intenciones y en la tarde la invitó a cenar a su apartamento. La conversación fue sosa. Una broma racista la persuadió de evitarlo:

—Los brasileros no progresan desde cuando la esclavitud fue abolida. Esto se debe a que a diferencia de los argentinos, ustedes no embarcaron a los negros de vuelta a África

Ana recordó a su progenitora de cabello ensortijado, quien le había dicho que la gente del norte de Europa frecuentaba los manicomios. Sin terminar de cenar se levantó, se despidió y salió del apartamento ante la mirada impotente y ofendida de su seductor.

Días más tarde Ana divisó a un moreno de estatura elevada. Abandonó a su grupo de compañeros de clase para alcanzarlo. Tenía un cuerpo musculoso, como tantos otros que había visto en las playas de Río de Janeiro. Pero si allí ella sentía una repulsión casi compulsiva por la tez oscura, en Nueva York la encontró morbosamente irresistible; tal vez porque en su país ella era educada como victimaria, mientras que aquí, imperceptiblemente, se había convertido en una víctima más del racismo norteamericano. Le preguntó la hora. Él respondió y ella agregó una frase insulsa, con el propósito de hacerle saber que su inglés no era

correcto y de que le gustaría mejorar su pronunciación. El moreno la miró de soslayo y esbozando una sonrisa prosiguió su camino. Sin añadir más, Ana lo vio saludar a una muchacha que lo abrazó enseñando una hilera de dientes parejos. Habiendo apenas subsanado su desprecio por la gente de piel oscura sintió que aquella muchacha le arrebataba su última oportunidad de enamorar a un norteamericano. Los cuidados de su cabello, el cual ella alisaba cada fin de semana, se diluyeron ante la imagen de aquella pareja desembocando entre la multitud.

Luego de varios días de consagración al estudio del inglés, Ana fue a una iglesia a celebrar la eucaristía. En el momento en que el sacerdote consagraba la hostia pensó que los cuerpos no eran sino cajas de arcillas donde el espíritu se hallaba aprisionado. De vuelta a su alcoba todos los cuerpos pasaban ante sus ojos como masas de barro de colores y tamaños diferentes. Vio a un hombre corpulento detenerse en su auto frente a un semáforo. Su rostro, sin embargo, reflejaba una inquietud nerviosa. En su afán de ser poseída por un extraño se olvidaba de las expresiones básicas de pudor y urbanidad; gestos forzados por voluntad propia, entre la dignidad y la sonrisa, ahora meras máscaras en boga. Quería acoplarse con un hombre con el fin de despertar los celos de sus compañeras. Días más tarde un leve impulso rebasaría estas consideraciones: antojo que calmaría su ansiedad y su desidia.

Los días transcurrieron brumosos y se consoló pensando que su viaje y su obsesión amorosa eran síntomas inequívocos de su desprecio por su prometido. En su pequeña comunidad de Brasil los rumores habían dilatado su relación carnal con Tiago, el jugador de balompié que la invitaba al cine cada sábado en la tarde.

—Es un desaplicado —le decía su madre—, los únicos deportistas que valen la pena son aquellos que triunfan antes

de que cumplan los dieciocho.

Tiago, por otra parte, parecía demasiado tímido como para proponerle el compartir su lecho, aunque ella ya se había enterado de sus relaciones preconyugales con dos mujeres casadas. La perspectiva de que su novio la rechazase al saber de su virginidad perdida no la inquietaba; por el contrario, quería saber si él la amaba por cierta dependencia emotiva, por una mera fascinación por su pubertad, o por su dote, la cual, ella se lo diría, se limitaba, contrario a las apariencias, a sus estudios universitarios.

Aquella fiesta había acontecido un sábado en la noche. El aspecto calmado de Mario había avivado su deseo truncado. El hecho de que él las hubiera saludado en portugués la había cautivado; más aún el interés que Ana adivinó en los ojos de sus paisanas. Su conquista fue un triunfo sobre todos los miembros de aquella escuela de idiomas, una manera de opacar su arrogancia y de adquirir cierto renombre. La cópula había ocurrido sin placer o dolor, como un acto más que debía ejecutarse. Al cabo la sensibilidad de Mario la inquietó; había notado su nerviosismo al despertar. Se preguntó si sus historias peregrinas eran ciertas. Le pareció por un momento que había escogido a otro hombre tímido, endeble sustituto de Tiago. El parangón con su prometido se acentuaba en la apariencia desaliñada de su apartamento, en la mugre de las calles de Brooklyn y en su profesión inestable de juglar. Los compases temblorosos de sus piernas ahondaban en el baño su sensación de desamor.

Se duchó alicaída preguntándose si lo volvería a ver.

—¿Ya nos vamos? —preguntó mientras se vestía.

Mario miraba la televisión.

—Ya hace un cuarto de hora que estoy listo.

La pantalla anunciaba la masacre de cuarenta y dos personas en Colombia.

—Tanto mejor —pronunció Ana—. Hay demasiada gente en este mundo.

Mario contrajo sus labios, despectivo, reprimiendo sus opiniones. Ya en Colombia él había perdido varias amistades debido a sus réplicas ofensivas. Las perspectivas de exasperar a una menor que podía acusarlo ante la ley de rapto y violación lo atormentaban.

Ambos abandonaron el apartamento y caminaron a lo largo de las calles, encomiando el paisaje abigarrado de otoño. En el metro Ana lo escuchó cantar. Al mendigar dinero Mario cruzó las butacas y descorrió la puerta que lo comunicaba con el vagón adyacente.

Bajo una luz tenue Mario se alejó sin buscar la mirada ausente de su compañera.

IV. Clase

Al entrar a su apartamento Claudia encontró su caja de bocadillos abierta sobre la mesa del comedor. Aunque no sabía con certeza si uno o dos de ellos habían sido hurtados por su cohabitante, Claudia se enfadó ante aquel índice inequívoco de las indelicadezas crecientes de Clitemnestra y Cassandro. Todd, confidente de sus preferencias, los había adquirido en un cubículo comercial de *Roosevelt Boulevard* y se los había enviado con una tarjeta postal que rezaba:

A nuestra edad ya no vivimos, revivimos

Cortó un pedazo de queso crema y abriendo uno de los envueltos de hoja de plátano amarilla, extrajo entre crujidos un bloque rojo de pulpa de guayaba cristalizada. Emparedó ambas piezas y las mordió mezclando en su saliva la sal y el dulce. Clitemnestra y Cassandro acababan su conversación en la sala contigua. Claudia entró y encendió el televisor sin saludarlos. Clitemnestra le explicó que había estado limpiando la alacena de los víveres y no había encontrado un sitio apropiado para la caja de bocadillos.

—Los bocadillos no me importan —Claudia la interrumpió—. Aun así, estoy harta de tanta animosidad. Cada día, al volver a mi propia casa; al lugar que YO arrendé, siento que mis piernas flaquean. Veo a Cassandro a toda hora, entrando y saliendo como gato acalorado.

—No tienes que tornarte histérica.

Claudia fijó su rostro en la sonrisa torcida de su cohabitante. Reflejó una mueca sádica y compasiva en su rostro; al fin y al cabo, Cassandro era un amante robusto,

subyugado por Clitemnestra, mientras que su destino se reducía a agriar su felicidad y a agriar a los suyos, forzando en vano una amistad inoportuna.

—Una de las dos tendrá que irse —Claudia sentenció.

Clitemnestra aceptó abandonar el apartamento a principios del mes siguiente. Claudia entró a su alcoba taciturna, preguntándose si no extrañaría a su cohabitante. Pronto Todd encontraría la vía expedita para acosarla, y ella, desprovista de excusas quedaría a la merced de un cojo que reclamaría sus privilegios como esposo. Pensó en retractarse, mas un perdón la doblegaría emocionalmente ante Clitemnestra y Cassandro. Su orgullo la conminó a ser consecuente.

Fue a un restaurante y comió desairada un pollo frito condimentado. Luego caminó a lo largo de la avenida *Woodhaven*. Entró a una sala de cine y pagó un tiquete para ver una película rimbombante. En ella el protagonista era vejado por un ser alienado y alienante que cometía atrocidades instintivas. Una mujer aparecía en escena ostentando rasgos de inteligencia e independencia. Tanto el protagonista como el antagonista la enamoran, más sus inclinaciones por el primero terminan siendo inicuas. La pareja principal fornica como preludio de la venganza, el castigo y la extirpación del alienado. Todo acontece en un mundo por venir y un niño, un animal y un moreno encarnan papeles aparentemente importantes, pero denigrantes. Claudia dejó la sala taciturna, preguntándose si el barrio no tendría otra diversión que ofrecerle que restaurantes y filmes exhaustos. Leyó en un cartel que aquella cinta desabrida tenía el doble mérito de haber sido vista en su estreno por millones de personas y de haber invertido en publicidad una suma superior a la de las inversiones precedentes de otros filmes de su género.

La cadencia de sus pasos disminuyó ante la certeza de

que esta vez no había prisa por volver. Tampoco por trabajar. Un aire frío se hacinó en su pecho y cruzó sus brazos. Sabía que el tedio, cizaña del desprecio, trepaba en su interior y la agobiaba. Miró a la gente caminando deprisa sobre el andén. Trató de adivinar sus ocupaciones, pero desistió al considerar que todos ellos ejecutaban labores que a ella no le concernían. Vio al mundo como a una masa de hielo sobre la cual la gente se asesinaba para conservar su propio territorio.

Recordó a una mujer que conoció a los dos días de haber llegado a Nueva York. Fue en el parque central. Claudia acababa de comprar su almuerzo y buscaba un sitio para pernoctar. La mujer la invitó a compartir su espacio. Claudia aceptó y le relató su viaje desde Colombia. Al terminar ambas pasearon y conversaron animadamente sobre los Óscares hasta llegar a un hotel junto a la embajada yugoslava. Claudia le agradeció su gentileza y le pidió su número telefónico. Luego de copiarlo agregó que a excepción de ella no tenía amigos en los Estados Unidos. Aquella mujer sonrió meliflua y sin que Claudia se percatase desapareció sin siquiera despedirse.

Sobre el horizonte vio las torres de Manhattan y se preguntó cómo podían agigantarlas en el cine o en las revistas de fotografía, cuando ella misma podía contemplar su insignificancia desde Queens. La inmensidad del firmamento minimizaba cualquier trabajo humano.

Cruzó frente a una iglesia y santiguándose se consoló considerando que el bienestar no sería de quienes luchaban entre sí por su prosperidad, sino de aquellos que alejados del conflicto esperaban pacientemente por su oportunidad, sanando a los caídos o segregados en aquella lucha fratricida y diaria. Años atrás, en su escuela, sus catorce compañeras de colegio se disputaban las unas a las otras por participar en las competiciones de baloncesto organizadas durante las

clases de gimnasia. Tales encuentros requerían de doce jugadores, de manera que tres estudiantes debían conformarse con ser espectadores. La selección dependía de dos muchachas musculosas: Marta y Derly, quienes sentían una animadversión casi instintiva hacia Claudia. Al comienzo de cada clase la profesora daba la señal para iniciar el juego y las colegialas brincaban alrededor del dúo de amazonas con el fin de participar en el juego. Claudia, sin embargo, permanecía afuera cruzada de brazos, sentada, ventoseándose sin esperanzas de elección. Así sucedió durante varias clases, hasta que la profesora notó su comportamiento y ensalzando su serenidad la nombró capitana de un equipo. Marta fue desplazada de inmediato.

—Gracias. Pero prefiero no jugar —replicó Claudia.

La profesora, sin comprender del todo su postura, acató su decisión. Marta fue restituida como líder de su bando.

Subió al metro. Era casi medianoche y las butacas de fibra de vidrio permanecían vacías, como los peldaños de una escalera abandonada. Permaneció una o dos horas, mirando las luces titilando, indiferente a los cambios de estación. Los pocos transeúntes que entraban y salían a través de las compuertas la evitaban con indiferencia. Se deleitó observando sus trajes e imaginando sus vidas. El metro tomó la ruta de regreso a su casa. Al atravesar el puente sobre el brazo fluvial que divide a Manhattan de Long Island escuchó el rasgueo familiar de una guitarra. Un hombre a su derecha la observaba.

—¡Tiempo sin verte! —exclamó Mario. Claudia advirtió dos ojeras profundas que en su rostro traicionaban su cansancio.

—Hola Mario —Claudia se levantó y lo besó en su mejilla.

—Ernesto… —Mario la corrigió. Claudia asintió ruborizada—. No me hagas caso. Nadie persigue a los

disidentes políticos del tercer mundo en este país.

—¿De vuelta a casa?

—Sí. Es tarde. Tuve un día agitado —Claudia se excusó sin querer explicar los detalles de su vagabundeo.

Mario se recostó sobre su costado inclinando su cabeza contra el vidrio.

—Yo también estoy agotado. Esta es mi última noche en el metro. Dentro de poco comienzo mi trabajo como surtidor de periódicos.

Claudia se percató de que había tomado el metro con la vaga esperanza de encontrarlo.

—Es un trabajo fácil, pero requiere de constancia —explicó Mario—. Mi amigo Humberto, quien es el empleado legal ante el gobierno se ha comprometido a surtir a un sector de Long Island con ejemplares de prensa. Cada día, a las cinco de la madrugada, he de presentarme frente a una bodega junto al aeropuerto Kennedy. Allí debo cargar mi auto con doscientos diarios de noticias que han de distribuirse antes de las seis y media de la mañana.

—¿Cuál es tu salario?

—Ciento cincuenta dólares por semana. De tener la carta de residencia estadounidense serían doscientos fierros, pero Humberto reclama cincuenta por su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El de reclamar mi sueldo cada semana.

—Con esos amigos —Claudia lo espetó—, ¿para qué enemigos?

Mario desvió su mirada hacia el fondo del vagón. Una ola de calor creciente lo envolvió, como cada vez que se sentía avergonzado. Durante su exilio se había visto envuelto en situaciones que podía considerar injustas, pero a las cuales agradecía su sustento. La comisión de Humberto no era la más baja que podía conseguir en el mercado, pero era la más segura. La intimidad aparentemente involuntaria entre los

dos prevenía, en su opinión, cualquier denuncia apresurada ante las autoridades migratorias. Ansiaba sobre todo conseguir un trabajo estable como miembro de alguna cadena radial, pero las deficiencias de su inglés lo reducían a la espera. Por lo demás, aun siendo explotado, ganaba lo suficiente para subsistir. En Bogotá, ciudad a la que todas sus comparaciones regresaban, el salario mínimo era de doscientos dólares por mes. Él, por lo tanto, devengaba cuatro veces más que cualquier bogotano de la clase media. Su consolación se desvanecía, sin embargo, al recordar la sentencia de Ricardo:

—En Colombia vivimos en crisis. Incluso así, yo devengaba en Cali dos mil dólares por mes. Aquí gano un poco menos como secretario, pero me siento más satisfecho. La comida es más barata. Piensa en toda la envidia que tus amigos sentirán cuando se enteran de que tú te pavoneas todos los días por las ventas de hamburguesas de los Estados Unidos.

Ricardo era el secretario de la agencia de finca raíz con la cual Mario firmó un contrato de arrendamiento desventajoso. Eduardo se lo había presentado sobre la quinta avenida, durante unas ferias de música iberoamericana. A Mario le había atraído la personalidad jactanciosa de aquel paisano. Su apetito, no obstante, lo alarmó. Dos visitas a un restaurante lo habían delatado como un comensal insaciable. Se decía que en casa engullía tres pizzas, un pollo, once hamburguesas y tres galones de leche cada noche.

—¡Qué casualidad el volver a vernos! —exclamó Claudia despejando sus preocupaciones.

—¡Vaya coincidencia!

—Y pensar que hace tantos años, viviendo en una ciudad más pequeña, apenas si nos veíamos.

El metro se detuvo y un hombre corpulento, vistiendo

un gabán morado, entró a espaldas de Claudia para arrellanarse junto a la compuerta.

—Cierto. La última vez que nos encontramos me olvidé de preguntarte: ¿cómo está tu abuela?

—En el ancianato —Claudia titubeó—. Hace varios años que no le escribo. Me repudió una vez supo de mi compromiso con Fernando. Pero de vez en cuando llamo a las monjas que cuidan de ella. Sólo para cerciorarme de que no le falta nada.

—¿Fernando?

—Es una historia vergonzosa.

—Ya lo creo. Pero ahora, viviendo tan lejos de nuestra ciudad, no te hará daño el contármela.

Claudia reconoció su aire melancólico reflejado en los ojos de Mario.

—Los amantes se cuentan sus frustraciones primero —añadió Mario.

A las pocas horas de haber sido injuriada por Clitemnestra, quien, Claudia caía ahora en cuenta, le había insinuado que su aspereza se debía a su sexualidad anulada, el azar o sus creencias la acercaban a otro hombre que la deseaba. Inmediatamente disgregó si Mario no tendría otras mujeres, o si su propósito no sería un mero interés por adquirir su tarjeta de residencia estadounidense. Quiso hablar sobre su matrimonio, pero se arredró considerando que Mario podría despreciarla.

—Una vez que mi padre pasó a mejor vida, mi madre me dejó al cuidado de mi abuela y viajó hasta Bogotá, en donde mi padrino le había ofrecido un trabajo bien remunerado como administradora de un restaurante. Mi abuela la recriminó por no tomar cuenta de mi persona, más mi madre arguyó que aquella era la única vía posible de costearme una educación decente. El tiempo, en efecto, le daría la razón, pues gracias a sus giros semestrales me eduqué

y me gradué en un colegio administrado por monjas. Mi madre, sin embargo, también deseaba mantenerme alejada de su vida familiar, para de esa forma rehacer su vida. Ostentando su debilidad sedujo a Fernando, un joven casado con una campesina analfabeta, propietario de un negocio de exportación de frutas, con poca experiencia en relaciones amorosas. Al cabo de dos meses mi madre anunció a mi abuela su nuevo embarazo y su segunda boda. Aun no sé cómo Fernando obtuvo su primer divorcio, ni por qué medios, pero el caso es que mi abuela y yo viajamos hasta Bogotá para la celebración de su boda. Mi primera impresión de mi padrastro fue negativa. Yo apenas tenía trece años y estaba celosa del hombre que me arrebataría a mi madre. Fue entonces cuando, antes de la boda, lo encontré en el baño afeitándose. Su rostro me sonríe con complicidad y yo me senté sobre la tapa del inodoro a observarle con curiosidad, deleitándome al ver la espuma que caía desde su quijada hasta la loza del lavamanos. Él secó su rostro con una toalla y me dio un beso prolongado. Un beso paternal, no amoroso. Su lengua apenas tocó mis labios. Una caricia. Él se retiró a su cuarto, donde mi madre lo esperaba. Sola en el baño sentí que mi corazón palpitaba con más fuerza.

—Él abusó de ti.

—Podría ser, pero no guardo esa impresión; él sólo me expresó un cariño que ningún otro adulto me había expresado anteriormente. Durante la ceremonia tuve celos, pero esta vez de mi madre, quien disfrutaba de tantos besos, abrazos y caricias de Fernando. Ellos permanecieron en Bogotá y yo regresé con mi abuela a continuar mis estudios en Bucaramanga. A lo largo de tres años mi correspondencia con mi madre amainó y sus llamadas se hicieron menos frecuentes. Yo me gradué y fui aceptada en la Universidad Industrial, en donde quería estudiar historia. Fue entonces cuando mi abuela me contó entre lágrimas del deceso de mi

madre. Volvimos a Bogotá; Fernando tuvo dificultad en reconocerme; mis rasgos faciales se habían endurecido y mis senos se habían pronunciado. En aquel entonces mis novios del colegio San Eusebio me habían iniciado en los goces del tálamo, y aquellas relaciones, aunque insípidas y furtivas, me enseñaron a diferenciar a un hombre lascivo de uno prepotente, y a éstos de uno amoroso. Fernando, tal y como yo lo preveía, se mostró atento conmigo durante el velorio y el entierro de mi madre. El día anterior a nuestro regreso él me invitó a vivir en su casa en Bogotá, en donde él se responsabilizaría de mi educación universitaria. Yo acepté sin consultar con mi abuela, quien ya barruntaba con espanto nuestro idilio. Al cabo ella marchó sin despedirse, perpleja ante una situación escandalosa de la cual, sin embargo, no podía culparme. No habría pasado una semana de luto cuando Fernando me estremecía entre sus brazos.

—Tal vez te hayas enamorado de él. Pero aquel beso, insisto, fue un abuso. Deberías escuchar mi historia con el sacerdote.

—Algo he oído. Pero debo bajarme en la próxima estación.

—Te acompaño hasta tu casa —Mario repuso.

El metro se detuvo y ambos se apearon seguidos del hombre de gabán morado.

—Alguien husmea nuestros pasos —cuchicheó Mario entre sus dientes—. No voltees la cabeza.

—Y entonces —preguntó una voz a sus espaldas—, ¿qué ocurrió?

Claudia giró sobre sí misma. El hombre de gabán morado emitió una carcajada sonora y aferrando y desaferrando su mano izquierda de los pasamanos, avanzó hacia ella. Mario notó que aquel cuerpo se apoyaba con destreza sobre dos muletas, semiocultas bajo el gabán.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Claudia reconociendo a

Todd.

Ambos se abrazaron con una espontaneidad que incomodó a Mario. El chasquido del riel se alejó y Mario y Todd se observaron el uno al otro.

Claudia los presentó estupefacta, balbuceando algunas frases incoherentes entre español e inglés.

—Un compañero de mi escuela primaria. Mi marido.

—No sabía que eras casada. ¡Felicitaciones!

—No lo soy. Digo, nos hemos casado por conveniencia.

Mario asintió ocultando su decepción. Ahíto por su desengaño prematuro bajó su mirada y descubrió el arco formado por las piernas enclenques de Todd.

"Han de estar forradas en aluminio", infirió.

—¿Compañeros de graduación?

—No —Mario se apresuró a responder—. De hecho, jamás hemos estudiado juntos. Fuimos vecinos de barrio. Claudia fue mi primera enamorada, aunque tal vez ella nunca lo supo.

Todd asintió zaherido, arrugando sus cejas. Claudia, aún sobresaltada, abrió su boca sin atreverse a articular palabra.

—En castellano enamorada se refiere a la persona que se quiere sin poseer —agregó Mario—. En nuestra ciudad la educación combinada entre sexos no existía. Yo crecí en un mundo masculino.

—Convivir entre hombres, ¿es tan difícil para ustedes? —preguntó Todd.

—Lo es —replicó Mario provocativamente.

—Es de suponerse. La tensión sexual, cuando no encuentra la manera de expresarse, se torna violenta. "La violencia, como el talento, miden nuestra sexualidad", escribí en uno de mis libros.

—Cierto —terció Claudia—. Ernesto es un escritor. Escribe un libro de relatos.

—Teología —apuntó Mario—. Formulo una historia de Dios.

—¿Usted se dedica a estudiar eso? —Todd rezongó—. Tal vez usted tenga anécdotas interesantes que contarnos

—Ya es tarde —Claudia añadió—. ¿Por qué no me acompañan hasta mi casa? Podríamos beber algo.

Todd explicó que su auto estaba estacionado dos cuadras adelante. Concertaron ir hasta allí, recogerlo y beber algo en casa de Claudia. De vuelta a su apartamento Todd le daría a Mario un aventón.

—Debo regresar antes de las cuatro —advirtió Mario—. Debo presentarme en mi oficina.

—¿En dónde trabaja? —inquirió Todd caminando sobre la acera.

—En el *Times* —respondió Mario.

—¡Qué casualidad! Usted ha de conocer a Gerard W. Taine.

Mario esbozó una sonrisa embarazosa que Todd escudriñó con un dejo de incertidumbre. Claudia asumió que su marido se refería a alguno de sus amigos africanoamericanos y se preguntó si Todd no se estaría apresurando a sojuzgar a Mario de racista.

—Ernesto no es un periodista —aclaró ella—. Él desempeña una función administrativa.

—Desde luego. Es escritor, de todos modos. ¿Ha publicado algún libro?

—No todavía. Aunque viví por algún tiempo como juglar.

—Qué pena. ¿Juglar?

—Contando historias en las calles.

—Como en el medioevo. ¡Qué interesante! ¿Qué tipo de historias?

—De las Mil y Una noches. De sus émulos: cuentos de Quiroga, Kafka, Papini…

—Me imagino. Usted es otro emigrante ilegal, supongo.

—¡Un alienado ilegal, si usted así me quiere llamar! —repuso Mario furibundo.

—No me tome a mal, por favor. Tal vez pueda ayudarle a encontrar trabajo en mi universidad.

—¿De qué manera? ¿Recogiendo las hojas que caen de los árboles?

—Por ejemplo —Todd se percató de los pómulos sonrojados de su interlocutor—. Pero por ahora no quisiera importunarlo. Cuéntenos su historia sobre la iglesia.

—¡Ah! Es una historia pesada.

—No seas rudo —terció Claudia entusiasmada—. Me imagino que será sobre tu salida del colegio La Concordia.

—Sí —afirmó Mario dubitativo—. Es sobre eso.

—Estoy seguro de que a Todd le encantará.

Mario vio ante sí a un hombre de barba incipiente, ataviado con una camisa blanca, estilo guayabera. Se esforzó por recordar cuándo y dónde le había relatado a Claudia sus problemas con aquel maestro.

—Tu padre algo me contó una vez —añadió Claudia adivinando sus pensamientos—. Días antes de su muerte.

Cierta tarde de febrero una carga de explosivos había arrasado media manzana de su ciudad. Los cuerpos de su progenitor y sus dos hermanos fueron hallados en el interior de su automóvil, sin daño aparente, pero con sus órganos internos desgajados. Versiones oficiales acusaban al narcotráfico organizado. Opositores del gobierno culpaban a instituciones internacionales interesadas en desatar la anarquía en Colombia. La prensa conjeturó que un congresista quería demoler un edificio de su propiedad para reclamar su seguro inmobiliario. Al cabo de un año el episodio fue archivado en los anales de crímenes impunes, el medro de América Latina. Claudia agachó su cerviz contrita; un ademán de disculpas tardío.

Todd se percató de su embarazó y carraspeando su garganta levantó la palma de su mano izquierda. Un gesto que demandaba respuesta. Mario acarició las cuerdas de su guitarra produciendo un aire nostálgico. Modeló el aire entre sus manos sueltas y atravesando la calle prosiguió recortando su marcha hacia la izquierda. Dos pasos adelante giraron sobre sí mismo y saltando entre Todd y Claudia dio comienzo a su relato.

—Hace un tiempo, luego de mi sexto cumpleaños, enfermé de varicela. Los médicos me recluyeron en casa casi por un mes y al volver a la escuela descubrí que mis compañeros de clase habían adquirido conocimientos superiores a los míos. De hecho ellos podían leer y escribir usando las consonantes del alfabeto hasta la T, mientras que yo a duras penas leía hasta la M. A nuestra edad, a menos que se sea analfabeta, es difícil sopesar la importancia de cinco consonantes: N, P, Q, R y S. Para mí, en aquel entonces, ellas lo cifraban todo; ignorante de su uso me vi despreciado por mis compañeros y profesores, quienes me auguraban fracasos en las pruebas finales. En caso de reprobar el año escolar el fuete y las reprimendas de mis padres no se harían esperar.

"Mi salvación fue entonces un milagro de la providencia, es decir, de Dios, pues aceptar que el porvenir no es casual es descubrir su manifestación. Cierto día, durante la clase, descubrí que la profesora guiaba las clases a través de un libro verde. Me percaté así mismo que era igual al texto que yo guardaba en mi maletín escolar. A medida que lo hojeaba intuí que aquel libro contenía las indicaciones necesarias para aprender el uso de las letras que yo ignoraba. Realizando esfuerzos que hoy día ya no puedo conmensurar, pero que para la mente de un niño podrían calificarse de titánicos, me actualicé y me adelanté en mis conocimientos. Mi consagración fue impertinente. Las clases venideras

fueron un martirio para mis profesores, quienes hallaron en mí a un corrector implacable de sus errores esporádicos y a un pupilo exacerbadamente precoz.

"Cierto día la directora, consternada por mis lecturas adelantadas, me desafió a adoctrinar a mis compañeros, proeza que yo ejecuté sin aspavientos haciendo uso de la cartilla verde. Aquello me granjeó a una enemiga tenaz, muy a mi pesar, pues según dicen, ella se deprimió ante la perspectiva de que un infante la adelantara en su entendimiento. Esa tenacidad se convirtió en furia cuando cierta mañana ella entró a nuestro salón de clases para enseñarnos dos carteleras gigantescas. En una, sobre un fondo azul, gente rubia cantaba sobre las nubes contemplando la imagen del sol, o una luz radiante; en la otra, los cuerpos desnudos de millones de hombres y mujeres de piel oscura eran consumidos por el fuego de un césped en llamas.

"Despavoridos ante las imágenes descarnadas de los condenados, escuchamos a la directora, quien cerniendo su mirada sobre mis ojos nos explicó que aquellos tormentos estaban reservados para los niños que ofendiesen a sus profesoras. Todos mis compañeros me vieron calcinado por el fuego de Belcebú. Ella nos preguntó entonces en dónde era que nosotros queríamos estar, si en el cielo o en el infierno, y yo, cayendo en cuenta de mi situación, preferí encarar mi humillación con buen talante. Luego de que todos mis compañeros contestaron en coro que en el cielo yo grité que en el infierno. La directora abandonó el curso entre las risas de mis compañeros.

"Un carácter rebelde no casa con una comprensión perspicaz. Esta disonancia humilló igualmente a mis compañeros de clase, en especial a Benito, el preferido de las maestras por sus cabellos rubios ensortijados, quien se vio súbitamente desplazado a un segundo lugar en el cuadro de

honor de nuestra clase. Al año siguiente la directora de la escuela me recibió con una matrícula condicional; esto es, bajo la condición de que ella me expulsaría de la escuela al menor incidente disciplinario. Su razón no fue otra que su indisposición arbitraria.

Un mes más tarde, mientras jugábamos al gato y los ratoncillos, salté sobre los pupitres de un salón en horas de recreó, y tal fue mi esfuerzo para que no me sorprendiera el gato que salté sobre uno, dos, tres y al escritorio de la directora, el cual se abrió en dos bajo mi peso. Benito, jubiloso de satisfacer las pasiones más oscuras de sus superiores, me delató ante la directora, quien me expulsó de la escuela sin aceptar mis explicaciones.

"Estudié por cuatro años en otra escuela privada hasta que mis padres me matricularon en el colegio militar La Concordia, claustro de cierta reputación, para que obtuviese mi grado de bachiller. Allí volví a ver los rostros de mis antiguos compañeros de clase, a quienes saludé con entusiasmo, sin inferir que el escándalo de mi temprana hazaña años atrás los había prevenido en sus maneras para conmigo.

"A comienzos de nuestro segundo año hubo elecciones de clase y dada mi consagración al estudio fui nominado y elegido como presidente del comité académico, una posición meramente protocolaria que el colegio ostentaba como cifra democrática. Benito se encargó de la presidencia general, lo que le permitió encomiar a los profesores, labor por la cual era siempre compensado, recibiendo notas generosas en los exámenes de clase.

Aquel colegio, se decía en aquel tiempo, era un refugio de pederastas. Varios de los miembros del cuerpo directivo habían sido sorprendidos por los profesores sodomizándose entre sí o con algunos de los jóvenes estudiantes. Se contaba que el profesor de educación física compartía su intimidad

con un adolescente, y que ambos invitaban a algunos atletas a fornicar en su cuarto. No doy constancia de estas habladurías, pero el hecho de que años más tarde el rector del colegio y varios profesores fuesen ignominiosamente expulsados de la ciudad parecen ratificarlas.

Tales vicios engendran más vicios, y los maestros, devengando un salario inferior a la matrícula mensual de cualquier alumno, cayeron en la práctica de subastar sus notas. Bajo la connivencia de las directivas el profesor de matemáticas, Gustavo Fonseca, se volvió el miembro más conspicuo de aquel grupo de educadores sin ley ni Dios. Sobornado por cualquier suma, Fonseca retribuía a los alumnos más desaplicados con notas escandalosamente inmerecidas. Con el ánimo de recolectar aún más dinero, sus explicaciones se tornaron oscuras, sus exámenes severos, su carácter intratable. Adoctrinado en los libros supe sortear las confusiones de Fonseca. La mayoría de mis condiscípulos, sin embargo, se hundían entre sus números sin aprobar el curso. Pocos eran los padres de familia interesados en los estudios de sus alumnos y menos aún quienes contemplaban la posibilidad de sobornar a un profesor. Cierto día él nos pidió conmensurar el perímetro de nuestro colegio. Mi padre me sugirió ir al catastro, el instituto agrimensor colombiano que guardaba los planos de todas las edificaciones municipales.

Fonseca recibió mi trabajo con desidia.

—Esto no lo haría usted —me dijo—. Cuénteme, su padre le pagó a alguien para que lo hiciese, ¿no es así?

Yo lo negué, temeroso de envolverme en algún problema cuyo intríngulis desconocía. Fonseca, sin embargo, insistió. Sus ojos inflamados en sus órbitas parecían saltar sobre los míos a medida que yo notaba su humor exasperado. Dándome cuenta de que sólo una respuesta positiva lo complacería, yo incliné mi cabeza en

signo afirmativo. Él, con agrado, me dijo que su juicio jamás se equivocaba. El tono de su voz se tornó más dulce, casi lisonjero.

—Si usted o sus hermanos requieren de algún profesor de física o de matemáticas, sólo déjemelo saber.

En aquel entonces mi entendimiento de los intereses económicos de las personas era romo. Mi opinión básica, derivada de un proverbio de mi abuelo, ponderaba la adulación para aquellos que ostentaban un capital, al mismo tiempo que menoscababa de aquellos que carecían de él:

Por la plata baila el perro

Fonseca habría de cualquier modo de beneficiarse con mi trabajo. Un mes más tarde presentaría mi plano como anexo de su informe final del proyecto de reforma arquitectónica, una labor para la cual él había sido contratado por el rector del colegio.

—Gracias, profesor —me disculpé—, pero ya mis hermanos y yo recibimos clases de un tutor privado cada viernes en la noche.

Más conveniente hubiera sido el prometerle, y sólo prometerle, una consulta venidera. *Esprit de l'escalier!* En aquel entonces, temeroso de que Fonseca descreyera de la generosidad de mi familia y queriendo acentuar nuestra fortuna por mera vanidad, ofendí las intenciones de mi maestro. Verdad era que cada viernes iba con mis hermanos a la casa de unos intérpretes aficionados a recibir lecciones de guitarra. Poco aprendíamos: a pesar de su talento, una sola clase semanal reducía a nuestros tutores a ejercer una labor inconfesa de niñeros. ¿No es esa, después de todo, la función primordial de los colegios, escuelas, liceos y academias, para no mencionar universidades? Además de inculcarnos los fundamentos de la música, nuestros padres

nos recluían allí para librarse de nuestra presencia por una noche a la semana.

Fonseca esbozó un gesto desdeñoso y palmeándome en la espalda me despidió.

—Usted ha obtenido un cero —fue su saludo al encontrarme al día siguiente en el salón de clases—. Los alumnos deben aprender a ser honestos con sus trabajos.

Yo me ruboricé y le manifesté con una mirada mi malestar. Todavía así, me abstuve de contrariarle, aunque me deleité imaginando su reacción si le dejaba saber que por el precio de una fotocopia él podría obtener otro plano igual en el catastro. Me tranquilicé cotejando el cero con mis notas anteriores, las cuales eran lo suficientemente elevadas como para amortiguarlo en mi promedio bimestral. Fonseca, sin embargo, se ensañó con furia contra nuestro curso; los problemas enunciados en nuestras pruebas semanales hacían uso de un lenguaje aparentemente elemental, pero tramposo. El examen final devino el punto de quiebra:

Doña Golondrina va al ayuntamiento a sustraer las naranjas del capitán Rioja, cuyo resultado depende de la ecuación yx = (88y—79y/12) + 165xy/66 − 4xy. Divida el resultado preliminar por el valor de y.

El enunciado no precisaba qué debía entenderse por *resultado*, ni si *yx* designaba una incógnita, una multiplicación o una errata. Tampoco indicaba qué variable debía despejarse, ni en qué punto terminaba la fábula y comenzaba el cálculo. ¿Se refería al resultado de la ecuación o al fruto del hurto de Doña Golondrina? ¿Había que dividir una expresión algebraica o una cantidad imaginaria de naranjas?

Esa ambigüedad deliberada propició la caída general en las notas de mis compañeros. Sólo tres alumnos, Benito, Sierra y yo, fuimos lo bastante audaces como para forzar una

interpretación plausible del problema y entregar respuestas simultáneas. Sierra, sin embargo, confirmó la sospecha general: Benito, quien recibía lecciones privadas con Fonseca, no había interpretado el ejercicio, sino que lo había resuelto con antelación.

Maruco, Díaz, Sierra, Alegría, Ballesteros y otros tantos estudiantes apelaron a mi socorro ante la socarronería de Benito, reticente como presidente del curso de reprender a Fonseca por la ambigüedad de su lenguaje. Cierta mañana de mayo, me pronuncié ante el profesor delante del curso, exigiéndole claridad en sus explicaciones y paciencia en su comportamiento. Él asintió en silencio. Al día siguiente su respuesta llegó como una amonestación. Él enarboló uno de mis exámenes ante mis condiscípulos y dijo que, si bien yo había obtenido un diez, es decir la nota más alta, mi escritura era tan torcida y desorganizada que él se había visto en el deber de rebajarme tres puntos. Yo protesté en vano, pues Fonseca trajo a colación mi impostura anterior, cuando me negué a conmensurar el perímetro del colegio. Aquel incidente deterioró mi credibilidad ante mis compañeros.

Benito diseminó el oportuno rumor de que Fonseca sería menos soez con el curso si yo tuviese una mejor disposición para con él. Sierra, quien me llevaba un año de edad de ventaja, y en cuyo juicio yo confiaba, me previno de una conspiración imperceptiblemente organizada a mis espaldas. Presté poca atención al asunto optando por desatender cualquier mediación venidera entre mis condiscípulos y Fonseca. Una reacción tímida y tardía, pues ya Benito había intrigado con Caicedo, nuestro director de curso. Benito fue comisionado para que recopilase una lista de todas las desavenencias ocurridas entre Fonseca y mi persona.

Caicedo, hombre de ojos verdes y cabello castaño, conocía a mi familia desde su infancia y guardaba un odio

ancestral hacia mi madre. Sus progenitores eran campesinos sin tierra, y en varias ocasiones su madre lo había llevado del brazo hasta la mansión de mis abuelos a mendigar prebendas. Caicedo había cursado sus estudios primarios con aquel dinero, y mi madre acostumbraba a verlo arrodillado ante mi abuelo en el jardín de su casa. Cierta tarde Caicedo vino a la mansión a la hora de la merienda y encontró a mi madre sola en casa. Ella lo invitó a tomarse una taza de chocolate con arepas calientes. Caicedo aceptó. Al parecer él se imaginó que algún sirviente lo llevaría hasta el comedor principal, pero mi madre, por pudor o por arrogancia, ordenó al mayordomo que lo condujese, como a tantos otros campesinos, hasta el comedor de los criados. Caicedo jamás se lo perdonó, y se dice que celebró con un baile el sábado en que supo de la muerte de mis abuelos.

A medida que Caicedo creció la servidumbre desapareció de nuestros anales sociales y su posición económica y social mejoró, aunque ésta, por alguna ironía del destino, permaneció inferior a la de mi madre. Luego de algunos malos negocios mi progenitora recobró su aire aristocrático contrayendo nupcias con mi padre, un burgués gentilhombre.

Un elemento que perturbaba a Caicedo era el cotejar el color de la piel de mi madre, que era oscuro, con la suya, sesgada por las líneas azules de sus venas. Ideologías puritanas y racistas importadas de los Estados Unidos a través del cine lo habían persuadido de que en su pueblo el orden natural del universo estaba trastornado. Durante sus estudios de bachiller había conocido a varias norteamericanas de piel nívea, quienes, contrarias a sus expectativas, lo habían rechazado prefiriendo la compañía de mancebos de cabello oscuro.

—Las gringas los prefieren negros—, le había dicho su madre tratando de consolarlo.

Ahora el tiempo había puesto a su merced al hijo de aquella mujer oscura que lo había despreciado. Como mi madre, mi piel también era morena. Ya en varias ocasiones había sorprendido a Caicedo observándome con insistencia, ignorante de sus intenciones. Desconozco, más colijo, la entrevista que entre Caicedo y Fonseca tuvo lugar en mi ausencia. Ambos acordaron en causarme el mayor perjuicio a su alcance, y denunciándome ante el director del colegio me calificaron de "nocivo", demandando mi expulsión inmediata.

El rector Higuera, miembro conspicuo de una cofradía religiosa, era, sin embargo, como yo ya lo había dicho, pederasta, y en este conflicto entrevió la ocasión de abusar de mi desamparo.

Él repuso que dadas mis notas ejemplares una expulsión sería impracticable, pero que, siempre y cuando mis condiscípulos votaran un veto en mi contra, él mismo estaría dispuesto a firmar mi matrícula condicional. Caicedo y Fonseca no tuvieron otro remedio que aceptar. Aquella tarde tuvimos clase de educación física en la piscina del plantel. Pasamos de nuestro salón de clase a los vestuarios; una hilera de pequeños cuartos oscurecidos por puertas metálicas. Ninguno de ellos disponía de pasadores, y todos podían ser abiertos desde afuera. Al desnudarme escuché el chirrido de la puerta y al voltearme vi al maestro de educación física, Gonzáles, que se agachaba delante de mí.

—quiero ver si usted se limpia bien el pene —explicó.

Ya anteriormente había escuchado de estas visitas sorpresivas en los vestuarios. Maruco se vanagloriaba de haber aprobado la inspección higiénica del profesor, y a menudo asumía una actitud extravagante, bañándose desnudo en la piscina, ostentando su verga semi-erecta, mientras que Varmiento se había quejado a su madre, quien había a su vez acusado al maestro de abuso sexual.

Varmiento fue expulsado luego de que su padre anatematizara al maestro de marica. En aquella ocasión yo devine la víctima de una situación para mí penosa y desconocida. Obedecí a las indicaciones de Gonzáles, quien tomó mi miembro y descorrió su prepucio. Su contacto con mi carne más sensible provocó una erección angustiosa. A los once años no había sido circuncidado y jamás antes había deslizado mi prepucio hacia atrás. Creía que ello me lastimaría. Gonzáles observó con repulsión varios filamentos blancos formados por las secreciones virginales de varios años al secarse.

—báñese con jabón todos los días —me dijo, y prometiéndome una revisión posterior se alejó para entrar al siguiente vestuario.

Menciono este incidente, pues de acuerdo a los rumores propagados por los estudiantes Gonzáles era el alférez del rector Higuera. Todos los niños que entraban a su oficina para acariciarlo y sentarse sobre sus piernas ya habían sido preparados y adiestrados por Gonzáles con anterioridad.

—Los maricas no nacen —se decía que él decía—, se hacen.

Claudia entrelazó sus manos y desperezándolos contra el vidrio delantero del automóvil repitió aquel refrán entre sus dientes. Todd habló del sitio en donde había estacionado su auto. Caminaron hasta allí y acomodándose en la tapicería se enrumbaron hacía la casa de Claudia.

Observando las líneas que separaban las placas de concreto prefabricado sobre el andén Mario se preguntó si el susurrar de Claudia no evidenciaba cierto cansancio entre su audiencia improvisada.

—Si hay algún país en el cual quiera ser homosexual —rezongó Todd—. Será en los Estados Unidos.

—Los países nórdicos aceptan las bodas de los gays —lo contrarió Claudia.

—Tampoco queremos propiciar el desasosiego. Los padres de nuestra patria fueron granjeros.

—Especuladores de granjas que hurtaban a los indios. El mundo no termina en los Estados Unidos.

—No me lo recuerdes. Digamos, para no alarmarte, que me refería a las Américas.

Mario observó su reloj y supo que eran las once de la noche. Afuera, dentro de las cabinas de sus autos, individuos taciturnos pasaban escuchando canciones de moda sintonizadas a alto volumen.

—En la costa colombiana se practica la zoofilia —dijo Claudia—. ¿No es así, Mario?

Mario, sombrío, no contestó. A Todd mediante, los pederastas de su infancia cobraban en su relato una importancia inmerecida.

—¿Está contemplada por la ley? —preguntó Todd—. Quiero decir, esa aberración.

—No me lo preguntes —exclamó Claudia sarcástica—. Sólo los abogados la conocen.

—¿La ley o la aberración? —bromeó Todd.

Un automóvil de la policía cruzó la avenida inquisitivo.

—Nadie es libre en este país —Claudia rezongó dispuesta a malgastar su tiempo en una discusión banal—. Hay demasiadas leyes, demasiados policías. En Santander, gracias a Dios, la gente actúa de acuerdo a su conciencia.

—Tal es la miseria del emigrante que se ve obligado a encomiar al país que ha abandonado —Mario rezongó.

Claudia lo observó anonadada.

—He estado leyendo sobre Colombia —terció Todd—. Dicen que allí los crímenes se cometen con impunidad.

—Es cierto —dijo Claudia—. Más de todo hay en la Viña del Señor. Recuerdo cierta tarde en que con un grupo de oración carismático visitamos a los presos. Dos de ellos se habían entregado por su propia voluntad, como el

personaje de la novela del escritor ruso. Eran unos hampones bondadosos.

—No recuerdo en qué libro escribí que la bondad era una carga indeseada.

—Pues esa carga indeseada alivió el sufrimiento de aquellos miserables.

Todd detuvo el auto ante un semáforo.

—Como lo es un mendrugo de pan para un mendigo. Acabas de ilustrar claramente lo que en la universidad llamamos la moralidad del esclavo.

—Una paradoja si fue Dios quien se hizo esclavo —repuso Mario.

—Mera bagatela evangélica —replicó Todd—. El juego de palabras de un escritor delirante.

—Un retruécano. Aun así, no he leído otra idea tan certera. Como Rousseau, como Bernard Shaw, como Thomas Mann, creo en Dios.

—De acuerdo con Schopenhauer —dijo Todd en un tono doctrinario—, la vida sacrifica la felicidad de la existencia individual. Mi filosofía, más cercana al anacoreta que al hedonista, encuentra la felicidad en la negación a través del dolor o la voluntad de poder.

—Masoquismo —bostezó Claudia.

—No lo dudo —Mario arrugó sus labios—. Pero ese placer cuesta. Por eso es que acá los hombres se están matando.

Claudia descorrió el vidrio de su ventana. El aire refrescó sus sienes. El debate comenzaba a tornarse bizantino.

—Tus delincuentes prefirieron el sosiego de una prisión a la angustia de una vida supeditada a la persecución —le dijo Todd, al parecer desinteresado en refutar la sátira de Mario.

—¿Te molesta el aire de la ventana?

Todd asintió con un gesto concentrando su mirada a través del espejo retrovisor. Claudia se encogió de hombros y extendiendo su brazo derecho abandonó su sobaco a la corriente de aire filtrado.

—Para ustedes el desaseo es el único crimen femenino que no merece perdón —acotó Claudia.

—En otras palabras —sentenció Mario—, las masacres también ocurren sobre este suelo, más organizadas. Como diría aquel filósofo que volvió a Atenas, la gente muere por igual en Roma.

—Me pregunto si la guerra civil en Colombia no es una consecuencia de esa libertad de obrar de la cual Claudia tanto se enorgullece.

—Ustedes también tuvieron una, más sangrienta aún —intervino Claudia.

—¡Ah! Valió la pena —repuso Todd—. Los historiadores saben darle un sentido épico a cualquier guerra.

Los tres pasajeros rieron al unísono. Las carcajadas se disolvieron en un silencio prolongado. Mario se percató del suave goteo sobre su ventana. Lluvia que caía en el pasado. Se amargó considerando que ya no la belleza, sino la fama, determinaría su poesía. Una escritora Bogotana componía poemas a las compañías de soda internacionales mientras que un publicista estadounidense inauguraba un museo con fotogramas de Marilyn Monroe y un dictador filipino. Varios poetas suramericanos reemplazaban la rosa y el atardecer por los nombres de los escritores más célebres del imperio británico.

—¿Es usted racista, Todd? —preguntó Mario.

—No me incluyas entre los sureños —respondió Todd luego de una pausa.

—Claro. El tratado de paz británico estadounidense fue firmado por dos traficantes de esclavos, Richard Oswald y Henry Laurens

—No me lo diga. Creí que había sido Franklin.

—Me aventuraría a pensar que usted es un nihilista, Todd. O al menos así es como usted quiere presentarse ante los demás. Una especie de comodín del conocimiento que se ajusta a cualquier teoría vía negativa.

—No soy un santo —replicó Todd—. No tengo el don de juzgar a quienes aún no conozco.

Temerosa de una refriega, Claudia acarició a Todd detrás de su oreja.

—¡Hay santos y mártires! —exclamó Claudia—. Todos mueren en esas masacres de las escuelas secundarias. En una de ellas, uno de los asesinos, de escasos catorce años, asesinó a una de sus compañeras luego de que frente al cañón de su revólver ella le hubiese respondido afirmativamente a su pregunta de si creía en Dios.

—A lo mejor el asesino estaba poseído por un demonio —repuso Todd viperino.

Mario observó a un grupo de modelos cruzar la calle hacia un cementerio. Reconoció entre ellas a una celebridad cinematográfica. Sobre las lápidas unas cien personas la esperaban, entre guardias, camarógrafos, maquilladores y diseñadores de moda.

Mundo, mundo, mundo, tan sólo de quienes han de morir

La farándula sería una gloria pasada. Una idea ajena. Ahora él proclamaría que todos los hombres desconocidos, vejados y despreciados serían los elegidos. Eternidad, estado de simultaneidad en la permanencia absoluta. Memoria de una vida de crímenes o parabienes. Recobraba la revelación. Su ruptura parcial se dio años atrás, cuando en Bogotá se unió a una revista literaria, librepensadora, que se jactaba de carecer de orientación ideológica.

Su director, Vitelio, un versificador cuyos poemas

Mario jamás conoció, organizaba tertulias literarias cada viernes en su apartamento, un pequeño recinto de olores desagradables y libros amontonados, decorado con afiches de cine pornográfico y pinturas de escritores suicidas. Mario ingresó con el interés de publicar un fragmento de una obra de teatro que entonces componía. Cayendo en cuenta de los hábitos de Vitelio, quien cuestionaba el afecto mutuo de las parejas de enamorados y ponderaba la promiscuidad, Mario celebró con hipocresía sus diatribas contra la religión. En particular su mofa contra los creyentes que se arrodillaban delante de lo que él apelaba la nada.

Cierta noche Mario comprendió la causa de su reincidencia sobre este motivo. Mario, en medio de una de sus tertulias, fue hasta el baño, al fondo del apartamento, y al volver vio a través de una puerta entreabierta a un hombre canoso, réplica envejecida de Vitelio, quien, genuflexo, entrelazaba sus dedos ante una imagen de la Virgen María. Mario se apiadó de la vejez de aquel hombre, progenitor de un idólatra de Sartre. Vitelio ensalzaba al filósofo estrábico hasta el cansancio, recitando fragmentos de *L'Être et le néant* a sus adeptos, a quienes obligaba a aceptar que en el mundo sólo se podía ser instrumentalizado o instrumentalizador.

> *Me hago carne para fascinar al Otro con mi desnudez y para provocar en él el deseo de mi carne, precisamente porque ese deseo no será, en el Otro, más que una encarnación semejante a la mía.*

Acorde con los preceptos de su maestro, Vitelio encomiaba a Sartre, el nuevo Dios, a quien imitaba no sólo en su vestimenta, sino también en su promiscuidad, práctica que Vitelio ponderaba como una virtud. Luego de cada tertulia literaria Vitelio tenía la costumbre de concertar entrevistas privadas con los miembros de su revista, para así,

según sus palabras, aplicar a la práctica la teoría aprendida. Para Mario el elemento más conspicuo entre Vitelio y Sartre era su fealdad, una palabra que él mismo había aprendido a cuestionar pero que en aquel tiempo, dadas las circunstancias, le gratificaba.

La admiración de Vitelio por Sócrates, el otro adefesio de la filosofía, parecía confirmarlo en sus sospechas de que las acrobacias del pensamiento atraían a almas torturadas y a caras asimétricas por igual. Mario evadió los encuentros personales, un desaire imperdonable a los ojos de Vitelio. Cualquier otro miembro de aquel centro literario hubiera sido vejado y expulsado por su director, quien denigraba a sus enemigos con lo que él mismo denominaba la retórica del psicoanálisis. Pero gracias a sus conocimientos de los idiomas inglés y alemán Mario se mantuvo como traductor de textos. La ruptura ocurrió tres meses después, cuando luego de una temporada de trabajo subvalorado, Mario comprendió que a menos que compartiese la lascivia de Vitelio ninguna de sus páginas iría a la imprenta.

Sus creencias, de cualquier manera, cambiaron. Su ironía se desató, de acuerdo al desprecio inculcado por sus cofrades, contra los sacerdotes y la iglesia. El libre intercambio sexual prescindía de una conciencia anticristiana y aunque su universidad era de filiación católica, sus profesores denigraban de la comunión con bromas aplaudidas por la mayoría de los estudiantes. Pese a que Mario había interiorizado su fe, ésta era flaca, y su creciente desconfianza hacia el clero lo alejaban más y más de su credo católico. La paradoja luterana de predicar y no practicar, tan divulgada entre la generación de sus padres, no lo satisfacía. La consideración de que él mismo había pecado sin remordimiento en varias ocasiones debilitaba así mismo sus convicciones. El vacío de credo originaba nuevos credos, negaciones opuestas del antiguo. Pecar o el arte de calcular

sus comportamientos en detrimento del bienestar ajeno.

—Aquí la gente estudia abogacía para abusar de sus vecinos —decía Claudia—. Este es el país con más querellas judiciales, ¿sabes? No hablemos de la pena de muerte. Colombia fue uno de los primeros países en prohibirla. Ustedes la dejan pasar todos los días con una indiferencia ofensiva.

—No conozco la historia de tu país. ¿Qué importancia tiene Colombia, después de todo?

—La cuestión de hoy día no es saber si Hitler fue un buen político o no —Mario intervino—, sino preguntarnos por qué estudiamos a Hitler y no a Gandhi. En la preferencia está la semilla más discriminatoria.

—¿Has estudiado la historia de los Estados Unidos? —preguntó Todd a Claudia, sin conceder importancia al comentario de Mario.

Claudia asintió. Tenía una cartilla de historia que Helena le había obsequiado un año atrás. En aquel tiempo Claudia se sonrojaba nerviosa al pensar que debía prepararse con tiempo para aprobar su examen de ciudadanía estadounidense.

—Habrás leído que la Unión fue fundada a finales del siglo dieciocho. El inicio de nuestra democracia.

—Un embuste —Mario lo interrumpió—. Una democracia esclavista es una contradicción. Los Estados Unidos fueron fundados después de la guerra civil, luego de la abolición de la esclavitud. Disculparás mi presunción, pero antes de la guerra civil la Unión era tan sólo una confabulación tiránica de democracias esclavistas, una débil copia de la liga griega contra Jerjes, esta vez encarnado en Jorge.

—Otro colombiano que ha leído a Heródoto —exclamó Claudia—. Una tesis interesante. Continua. Todd está impresionado.

Mario infirió por su comentario que Todd, como la mayoría de los profesores estadounidenses, no sabía conciliar la educación clásica con la moderna. Consideró así mismo que su primer juicio sobre Claudia había sido apresurado. Recordó que los anales de la invasión de Jerjes hacían parte del currículo de la escuela secundaria. Leónidas era idolatrado en la Academia Militar como el modelo del hombre que vertía su sangre por la patria. Pasó recuento de cuántos soldados habían caído durante sus años en Colombia sin que ningún historiador o poeta los hubiese reivindicado. ¿Reivindicado para quién?

—Nuestros próceres adaptaron el modelo británico de gobierno —repuso Todd esbozando una sonrisa despectiva—. El sistema griego de gobierno fue excluido de la Unión. Esas generalizaciones son ingeniosas, pero carecen de autoridad. Ustedes no son norteamericanos de cepa, después de todo.

—Tú mismo me has dicho que las ideas no tienen patria —terció Claudia.

Todd movió su cuello de un lado al otro, avergonzado. Vio un salón amplio en donde varias imágenes del mapa de los Estados Unidos eran proyectadas contra una pantalla. Un profesor de cabellos blancos proclamaba en voz alta que la libertad instaurada dentro de estos límites estaba amenazada por los ingleses colonialistas, los inmigrantes mexicanos y los comunistas. Acto seguido, un video era presentado por una mujer de gafas de cristal grueso. Las luces eran apagadas y una sociedad de alimentos plastificados era escenificada ante sus ojos. El triunfo del igualitarismo producía niños que respetaban las señales de tránsito y memorizaban datos estadísticos.

Cifras sobre un papel determinaban las profesiones y oficios de la gente adulta. Mujeres y hombres convivían en habitaciones diminutas donde no se podía hablar en voz alta,

so pena de ser arrestados por guardias agresivos. Cada mañana la gente intrigaba entre sí a través del teléfono, mintiendo con el fin de obtener honores públicos. El estado cobraba el dinero excedente de los salarios anuales, encarcelando a quienes osaban retardar sus pagos. Cada tarde la gente se sentaba frente a innumerables cajas de plástico que emitían sonidos e imágenes que se repetían continuamente.

—Olvídenlo —dijo Todd contrariado—. Me refería al hecho de que ustedes no cursaron en una escuela primaria en los Estados Unidos.

Claudia lo observó apenada. Los estadounidenses tenían la virtud de enmendar sus faltas con nuevas faltas.

—Sin estudiar aquí —musitó Mario—, sé que Jefferson comparaba con frecuencia a los ingleses con el imperio persa, y a la Unión con la liga ateniense. Ya la historia le había demostrado en dos ocasiones, primero en Maratón y luego en…, digamos Charleston, que el grupo más débil derrotaba al más fuerte.

—Te equivocas. Fueron los indios y los franceses quienes nos dieron la independencia.

Cruzaron varias calles cercadas por edificios en ruinas. Delante de un museo abandonado, Todd desaceleró y se estacionó a un lado de la calle. Allí se inclinó sobre el volante y aferrándose del brazo de Claudia le lamió su oído.

—*Luxury breeds cowards*… —sentenció.

—Vamos retrasados —dijo Claudia—. Pon el auto en marcha —y mirando a Mario agregó—: Cada vez que Todd se encuentra con un intelectual comienza a recitar a Shakespeare.

Mario se esforzó por sonreír. Todd reinició su viaje.

—He cambiado de idea —dijo Todd después de cinco minutos—. El paseo nocturno me ha dado somnolencia. ¿Te quedas o te vas conmigo? —preguntó a Mario.

—No seas cruel, Todd —terció Claudia—. Quédate hasta que Ernesto termine su historia. Luego, si estás muy cansado, él podrá acompañarte.

—No puedo soportar ese tipo de historias. Son homofóbicas. La manera en que Ernesto describe a todos esos hombres es ofensiva. Soy liberal.

Mario balbuceó palabras incoherentes, incapaz de descubrir las descripciones a las que Todd aludía. Claudia salió del auto y cerró la puerta con estrépito. Mario sacudió su cabeza nervioso y observó una colilla de cigarrillo sobre el pavimento. Todd continuó discutiendo desde su asiento. Mario, concentrándose en el papel amarillo jaspeado de la colilla, abandonó el auto ensimismado. Comprobó que su cuerpo estaba agotado, pues las luces de la calle se desvanecían en sus ojos. Claudia le pedía a Todd que entrasen a su apartamento para que bebiesen un cóctel.

—Discúlpeme —dijo Todd a Mario extendiendo sus dedos abiertos.

Prensó su mano entre sus puños, recostando su cuerpo sobre las muletas bajo sus axilas.

V. Juicio

Al cruzar el umbral de la casa de Claudia, Mario notó que las paredes estaban forradas con espejos, dando al espacio una sensación errónea de amplitud.

—El problema es que en ese tipo de sociedades sólo se da a conocer el escándalo —Todd se disculpó—. Una cosa es ser pederasta y otra tener una inclinación homosexual de acuerdo con los parámetros de una convivencia humanitaria.

—¿Convivencia o supervivencia? —Mario comentó sin esforzarse en ahondar en el sentido de sus palabras—. Los conservadores se preocupan menos del flujo de inmigrantes que de la homosexualidad, incapaces de percatarse que la homosexualidad es el mejor control de natalidad.

—Termina tu historia —sugirió Claudia.

Mario le respondió con una mirada reluctante que Todd captó en uno de los espejos.

—Créanme que no juzgo a mis personajes.

—¿Qué ocurrió? —Todd reaccionó insistente.

—Debes copiarme la receta para mezclar el margarita —dijo Mario a Claudia visiblemente abstraído, arrellanándose en un sofá.

Ella exprimió media lima sobre un vaso estampado con ornamentos florales.

—Te daré la receta una vez nos cuentes tu historia.

—Creo que te debo una disculpa —Todd susurró a Mario agachando su cerviz—. Aunque estemos en desacuerdo sobre los parámetros que distinguen la aberración de la normalidad.

—También podríamos discutir si el ejército de este país es un ejército de terroristas o de héroes. Hablo desde mis

propias preferencias.

Mario parpadeó lentamente. Todd carraspeó incómodo.

—La primera vez que compré limones en los Estados Unidos me sentí defraudada —exclamó Claudia en su afán de evitar un silencio prolongado—. Las frutas en Colombia son más variadas y saben mejor. No las bañamos en condimentos, como acá. Sin embargo, luego de varios años he venido a saber que en Colombia no se venden limones, sino limas. Aquí las limas son muy costosas; las importan. Prefiero la lima; es más ácida, desde luego.

—Digamos que son imprescindibles en una margarita bien mezclada —Todd puntualizó, y volteándose hacia Mario añadió—: A decir verdad, soy demasiado susceptible en cuestiones de identidad. Mi credo es simple. Protestar es vivir. Sabrás que soy miembro de varias asociaciones. También hago parte del sindicato de trabajadores de mi empresa.

—¿Cuál es su puesto? —preguntó Mario con la esperanza de encontrar una oferta de trabajo en los Estados Unidos.

—Edito una revista de Filosofía. Está subsidiada, desde luego, razón por la cual hago parte de la nómina de la Universidad de Búfalo. También adelanto una maestría en estadística. Es costosa, pero afortunadamente me han dotado con una beca. Soy un veterano.

Todd fijó sus ojos sobre su rodilla enferma.

—Una profesión difícil. Permítame que le pregunte, ya que nos hemos adentrado en tantas cuestiones personales en una sola noche, si usted se identifica como inválido o como veterano.

Había caído en su fuga sobre las calles de Santiago de Chile, cuando un grupo de estudiantes de las Juventudes Socialista y Comunista lo sorprendió a la retaguardia del

pelotón de soldados. El encuentro casual de la noche anterior con Darío, mozalbete adolescente de los bares de Santiago, lo salvó de una muerte eminente. Con un conocimiento ampuloso de la obra de Marx, Darío lo interrogó sobre su partido en la revuelta. En un impulso aventurado, Todd repudió a la CIA y aplaudió las campañas de Salvador Allende y el *Vietcong*. Al día siguiente, tendido sobre una calle en tinieblas, Todd se explayaría en pormenores de su vida privada, añadiendo que no era más que un turista tratando de llegar al aeropuerto, entonces circundado por soldados y camaradas comunistas. El dolor que su rodilla quebrada le causaba validó su excusa.

—Como ambos —afirmó Todd a la espera de que Mario le replicase con alguna frase ingeniosa.

—Lo que prueba que su identidad es una falacia. Uno es idéntico a uno, no a dos y a uno al mismo tiempo. O lo uno o lo otro.

—Tal vez eso sea cierto en términos matemáticos. Pero no dejo de considerar a la matemática decimal un mero sistema de lenguaje.

—Usted es quien la estudia.

—Usted me acuerda de Kierkegaard —Todd carcajeó—. Ese danés murió soltero y jorobado. Un profesor que dejó a su mujer por sus libros.

—Tal vez usted muera paralítico —replicó Mario.

Todd extrajo un paquete de cigarrillos de su chaqueta sin perder su buen humor.

—Claudia también se burla de mis deficiencias. Eso no demuestra que todos los colombianos son iguales. La matemática es tan eficiente como falsa. Jamás ha sido capaz de definirme. El fracaso de Descartes. Usted como juglar debería saberlo. ¿Fuma?

Mario negó con un gesto.

Todd lanzó una mirada sobre Claudia, quien demasiado

ocupada sobre el mesón de la cocina no se percató de su indulgencia.

—Incluso así, nuestra democracia, siendo la más injusta, es la más consistente. Cierto es que los medios de comunicación jamás hablan de los emigrantes mexicanos que cada año recogen, desgranan, empacan y almacenan nuestras cosechas. Cierto es que en su lugar entrevistamos a las estrellas de cine, concupiscentes codiciosos y envidiosos, quienes en su afán publicitario encomian al Estado. Más cierto aún, esa mezcla de injusticia y vitalidad es el secreto de un imperio.

—No veo la manera en que esa injusticia pueda reconciliarse con la vida. ¿Qué es un imperio sino un sistema de opresión que embelesa a los esclavos?

—La expresión de un perro hambriento es una metáfora del desespero humano. Si me puedo expresar en una frase atrevida y ofensiva, como aquella del paralítico, te diré que tú, por ejemplo, podrías beneficiarte de mi compañía. Aunque lo único que puedo ofrecerte por ahora es un empleo recogiendo la hojarasca del otoño, no dudo que lo aceptarás a falta de otra mejor oportunidad.

Claudia sirvió los cócteles y entró al baño.

Mario observó los ojos de Todd, absorbiendo la ponzoña de sus palabras.

—No lo menté de paralítico para ofenderlo, sino para abrir sus ojos a una curación.

—No la he pedido. Los doctores, esos nuevos oráculos de Delfos, sólo pueden conjeturar mi muerte. Soy un auriga que en sus muletas lidia con los caballos de Apolo.

—¿Dónde aprendió a hablar español tan bien? —preguntó Mario en un intento por evitar una conversación pesimista.

—Mi abuelo era panameño. No panameño, sino canalizado. Esa franja de tierra codiciada por Francia,

perdida y donada a los Estados Unidos en nombre de la libertad.

Todd era el primer estadounidense anglosajón con quien Mario conversaba en un castellano fluido.

Claudia salió del baño y muy a su pesar se sentó a escuchar aquella conversación de eruditos, mero duelo de palabras destinado a impresionar y a dejarse impresionar por sus interlocutores.

—Según dijiste nuestra historia comienza a escribirse después de la guerra civil entre los sureños y los yanquis —afirmó Todd encendiendo su cigarrillo.

Inhaló el humo en sus pulmones. Sus alvéolos se dilataron al sopor de la nicotina.

—Las proezas de Washington y Franklin son ahora irrelevantes —añadió—. Estamos de acuerdo.

—Aquí nadie fuma —Claudia protestó—. Ya bastante soporté por quince días el humo de tu apartamento.

—Disculpa; lo había olvidado —Todd machacó su cigarrillo en un cenicero sin irritarse.

—La historia de los Estados Unidos —continuó Todd, acicateado por la renovada presencia de su espectadora—, es la historia de las agrupaciones con suerte. Mafias o pandillas de intelectuales. Los puritanos se impusieron sobre los indios primero. Taimadamente. Luego los alemanes, los judíos, los irlandeses, los polacos, los portugueses, los chinos, los italianos, etc. Cada nueva formación social impuso condiciones más severas a los inmigrantes venideros. Los puritanos, emulando a los españoles, propagaron su lenguaje y un sistema de organización social inspirado en el antiguo testamento. Eran gente educada. Hoy día nos hemos asentado lo suficiente como para sólo preocuparnos de proteger nuestras fronteras. Con nuestros últimos gobiernos hemos impuesto condiciones draconianas a los inmigrantes, forzándolos a trabajar ilegalmente de diez

a quince años. A menos que, como en el caso de Claudia, se casen con un inválido por mil dólares.

Todd chasqueó su lengua. Claudia lo observó con una mirada enhiesta. El tributo del tesoro estadounidense, imprimiendo el triángulo de Dios en los billetes de un dólar, también era una usurpación divina:

Make money, my son. If you can honestly, but make money[4].

Todd jamás le retornaría su dinero, incluso si viviesen juntos. Aquel era el único depósito que validaba su contrato. La dote de su debilidad, su astucia.

Mario se agitó en su sitio. A la luz endeble de la lámpara, el rostro de Claudia era pálido. El mismo gesto de impaciencia volvía a acelerar sus latidos, como tantos años atrás, cuando atravesaba a su encuentro el abismo sobre el viaducto.

—Educados en el individualismo, condenados a trabajos clandestinos, estos nuevos ciudadanos son incapaces de convivir entre sí. Desde luego el hábito de la mafia no ha desaparecido; su impacto moral es palpable en las películas de gánsteres que cada director de cine prestigioso dirige luego de haberse integrado al *statu quo*.

---

[4] « Haz dinero, hijo mío, si puedes honestamente, pero haz dinero«.

Máxima cínica registrada por Charles Baudelaire en sus notas íntimas (*Mon cœur mis à nu*, en *Oeuvres complètes*), donde la califica de «odieux proverbe paternel» (odioso proverbio paternal), asociándola al materialismo burgués y exclamando: «Quelle odeur de magasin !» (¡Qué olor a tienda!), expresión tomada de Joseph de Maistre.

Es una eformulación moderna del verso de Horacio Flaco (*Epístolas* I, 1, 65-66): «*Rem facias rem, recte si possis, si non, quocumque modo rem*» (Acumula riqueza; si puedes justamente, si no, de cualquier modo riqueza).

Pero ahora no son los inmigrantes, sino los hijos de las minorías en otro tiempo ultrajadas quienes controlan este espacio social o, mejor decirlo, esta lotería donde el gobierno nos conforma con dinero o con decretos que ponderan la igualdad.

Claudia se levantó, tomó las copas vacías de las margaritas y vertiendo de una jarra de vidrio un líquido casi verde las devolvió rebosantes hasta sus manos. Retornó a la cocina y regresó con papas fritas sobre una bandeja. Se preguntó si los cadáveres adolescentes sobre las calles de Chicago eran parte de la sociedad que Todd enunciaba.

—Y esta lotería, ¿lo ha beneficiado? —Mario lo interrogó.

—Bastante —Todd secó su lengua entre sus labios—. No se trata del sueño, sino de la ventaja americana. Como jefes de organismos sociales podemos adquirir subvenciones que administramos de acuerdo a las condiciones otorgadas. Algunas de ellas nos dejan dividendos que de un modo u otro desviamos a nuestras cuentas bancarias. No hay nada ilegal en el proceso. Todo está justificado con los recibos de los hoteles, los restaurantes, los tiquetes de avión. Cada mafia sigue un ideal, desde luego, pero sólo los administradores adquieren beneficios concretos.

Súbitamente Todd se desternilló en una carcajada. Mario lo observó perplejo hasta que su saliva se acumuló bajo sus maseteros. Arqueó su espalda hacia atrás y dejó que el líquido avanzase con imprudencia hasta su laringe para provocarle un atragantamiento estentóreo. Mario se levantó de su asiento con la intención de sobar su espalda. Todd lo esquivó entre sonidos guturales y alargando su brazo alcanzó su copa con margarita.

Bebió a grandes sorbos hasta recobrar sus fueros.

—Cada vez que se toma dos cócteles —explicó Claudia—. Todd se atora.

—Parece que ustedes se conocen muy bien —apuntó Mario.

—Es un nacionalista.

—Racionalista empedernido —corrigió Todd carraspeando—. La diferencia entre un país suramericano como Chile, en donde tuve la gracia de vivir por cuatro años, es que allí la corrupción se realiza de un modo apresurado. Todos abusan del estado sin miedo a ser descubiertos y castigados. Las penas son leves. La lotería funciona acá con precisión; sólo puede ser descifrada por gente educada, es decir, el cáñamo de los líderes. Quien es descubierto es puesto fuera del sistema, como un marinero enfermo que la tripulación de un navío a punto de zozobrar arroja. Así hemos acallado a lo largo de casi dos siglos a todas las gargantas revolucionarias. Otro factor determinante es el valor y la frecuencia de los premios. No es para menos. Los Estados Unidos es la nación más abundante en recursos naturales del mundo. Brasil podría superarlo, o la China, pero ésta está empobrecida por su superpoblación, y la cuenca del Amazonas se protege a sí misma mediante una vegetación densa. También es cierto que los europeos financian las feroces instituciones protectoras del medio ambiente.

—Mis tatarabuelos trabajaron para las compañías de banana de principios de siglo —Claudia lo interrumpió—. Algo habrás leído de las matanzas de sindicalistas a través de las crónicas de escritores castristas. Nada ha cambiado. Todavía merodean por nuestros predios.

—Son los secretos mejor guardados de nuestra sociedad. Cuba no deja de ser un balneario. La vagina del caribe.

Mario extrajo su libretica y buscó un pasaje entre sus hojas.

—Los intelectuales son ingenuos si creen que la

modernidad conduce hacia la igualdad —sentenció en voz alta—. Los peores crímenes resultan de perversiones intelectuales. Antes de los abismos propiciados por los filósofos nazis, Jefferson escribió que el árbol de la democracia debe irrigarse de vez en cuando con la sangre de sus ciudadanos. Estas líneas perversas han deteriorado la conciencia de un pueblo culpable del aniquilamiento de Hiroshima y Nagasaki, los bombardeos sobre Corea, Vietnam, Libia, Irak y Serbia, y las ejecuciones a muerte de sus sospechosos insanos.

Mario izó sus ojos desde su libreta. Claudia parecía ensimismada y Todd, inmóvil, se guarecía bajo las sombras.

—Escribes sobre temas urticantes —musitó Todd con desprecio—. No te contradigo. Pero ten en cuenta que la venganza es placentera en tanto que es un bien que se adquiere legalmente. Ahora, no hago una apología de la destrucción. Somos destruidos y destruimos muy a nuestro pesar. Cada vez que la bolsa de Nueva York decae los inversionistas y los corredores de bolsa viajan a Las Vegas para lanzarse de bruces desde las azoteas de sus mausoleos.

—Se hace tarde —declaró Mario bostezando.

—Déjame sólo concluir. La identidad…

—¿Para qué concluir? —Claudia lo espetó.

Mario cabeceó cansado. Todd acarició su quijada en un gesto pensativo.

—Como quieras —dijo Claudia con sorna.

Mario la observó tomar una tetera hirviente y verter un líquido bilioso sobre una copa de cristal. Dispuso de una azucarera y de una cucharita frente a sí, sobre la mesa.

—La identidad tiene un fin político, no social.

Al levantar su brazo el té se derramó sobre la mesa salpicando sobre el cuero de los zapatos de Todd. Claudia se disculpó y fue hasta la cocina por un limpión. Todd inclinó su rostro hacia Mario.

—Aunque aquí habrás de recordar al director africanoamericano que comenzó haciendo películas contra el sistema, defendiendo el comportamiento individual y quien luego de adquirir su cuota de poder en la vida cultural norteamericana dirige filmes donde regaña a los jóvenes criminales y encomia a nuestros políticos. Invariablemente, hacia el final de sus películas, uno de sus personajes nos aconseja comportarnos bien. Platón fue sin duda el primer político que saboreó la preponderancia de la fama en el momento de subyugar a sus opuestos.

—Deja que Ernesto termine su historia —Claudia refunfuñó limpiando los zapatos de Todd—. Para este propósito preparé esta infusión importada de Tailandia. Su discusión no nos conducirá a ningún lado.

—¿Lo hará la historia de este juglar?

—Estoy intrigada por saber cómo acaba.

Mario sintió asco de observar a Claudia limpiando los zapatos de un inválido. Dejos de un prejuicio inculcado en las calles de Europa, cuando las hijas de las prostitutas le gritaron sobre la *Rua de Sá de Bandeira* que volviese a su país de origen. Cada jueves santo el sacerdote les lavaba los pies a doce de sus vecinos en la iglesia de su barrio.

Todd sorbió los restos de su cóctel y agachó su cabeza.

—Disculparás mi locuacidad —dijo con gravedad—. Ahora debes terminar tu historia.

—No hay nada que disculpar —replicó Mario. No todos los días tengo la oportunidad de compartir este tipo de opiniones. No sólo he sido desterrado de mi patria, sino también de la *intelligentsia*.

Antes que Todd se percatase de su ironía, Mario tomó su guitarra y rasgándola prosiguió con su relato.

—Años más tarde comprendería la lascivia del rector. Gonzáles, venga el caso, era un sádico. Cierta tarde, Sierra y yo olvidamos llevar a la clase de Educación Física el

uniforme requerido. Gonzáles nos obligó a extendernos boca abajo sobre el suelo, levantando nuestro cuerpo en vilo, sosteniéndolo entre nuestros pies y nuestras palmas abiertas. El concreto ardía como ascuas bajo un sol calcinante, en una atmósfera sin brisa. Él nos amenazó con reprobarnos si tocábamos el suelo. Así nos chamuscamos las manos por cincuenta minutos, hasta el fin de la clase.

Mario enseñó sus palmas abiertas de par en par.

—Estos callos son las marcas de su abuso.

Trazos de piel muerta se habían arrebujado hasta formar pequeños círculos de costra amarilla debajo de sus dedos.

—¿Aprobaste el curso? —preguntó Claudia.

—Sí. Él era siempre fiel a sus palabras. Habría transcurrido una semana luego del incidente en el vestuario con Gonzáles, cuando un miércoles en la mañana, en una hora designada para que dialogásemos con nuestro director de curso sobre nuestras dificultades académicas, Benito pidió la palabra.

—Quisiera comentarle que Suárez nos está involucrando en sus problemas personales contra uno de los profesores —dijo a Caicedo—. Hace dos semanas él abusó de su posición como presidente del comité académico para sugerirle al profesor de matemática que nos diese explicaciones más precisas. Desconozco sus motivos, pero en mi opinión Fonseca es uno de los mejores maestros que he tenido, y las sugerencias del presidente académico lo han indispuesto contra el curso. Quiero pedirle que destituya a Suárez de su cargo, de manera que sea reemplazado por un condiscípulo fiable, capaz de reconciliarnos con nuestro tutor.

Me fue difícil acreditar lo que oía. El curso se había inmovilizado. Benito me denunciaba delante del profesor. Caicedo interrumpió el clima de asombro general para

pedirme que me levantase.

—Hay alumnos que en su rostro traicionan sus propósitos —dijo—. Individuos cuyo escaso interés por la armonía es evidente, y cuya sonrisa, en vez de agradarnos, nos inquieta por su cinismo…

Sus palabras eran los negativos de un discurso que había pronunciado una semana atrás, cuando condecoró a Benito en la izada de bandera. Entonces, debo admitirlo, mi consagración por los estudios había disminuido. La música acaparaba mi interés, y contento con aprobar mis materias académicas, consagraba mi tiempo libre a la interpretación de la guitarra con los miembros de la tuna, quienes recientemente me habían incorporado.

—Sí. Me refiero a usted, Ernesto Suárez, por quien el cuerpo de profesores siente una aversión compulsiva. Sus maneras, su pedantería, su impertinencia, lo han puesto al borde de una matrícula condicional.

Varios condiscípulos me miraron estupefactos. Otros se abandonaron al placer primitivo de la envidia. Dante los describió como gente de ojos para siempre abiertos, alocados por la punzada de dos pequeñas astillas de madera cortante, dispuestas verticalmente entre sus párpados. Así observé el rostro anguloso de Benito, el único cabizbajo, de ojos vívidos y saltones. Su sonrisa me comunicaba que su denuncia y mi culpa ya habían ocurrido años atrás, en otra escuela; ahora, representada por personajes más maduros, ambas se precipitaban hacia una misma resolución.

—Hasta hoy había callado, pues siempre me abstengo de tomar decisiones perentorias contra los estudiantes hasta cerciorarme de su culpabilidad. Además, no hay nada más reprobable que expresar juicios sin fundamento. Este curso no es perfecto. No puede serlo, si recordamos la raíz latina del término. Aun así uno espera encontrar ciertos tipos de comportamiento entre el cuerpo estudiantil; un buen

alumno, un perezoso, un desaplicado, un deportista, etcétera. Suárez es un caso perdido. Me he enterado que desde su más tierna edad ha sido expulsado de varios colegios de la ciudad. La influencia de su familia es sin duda la causa de su ingreso en estos claustros. Pensemos en todos los estudiantes de mérito que podrían haberlo reemplazado. Hoy estoy determinado a combatir la alcahuetería de sus padres, vicio que sólo augura contratiempos para él, para nuestra institución y para nuestra comunidad. Su comportamiento es, en palabras de otros profesores, nocivo. Nos lastima; sus ojos indisciplinados, con su sola presencia, disturban. Seremos justos, sin embargo. De acuerdo a nuestras regulaciones, Suárez debe someterse a un juicio. Quiero que cada uno de ustedes rememore los momentos en los cuales sostuvo algún tipo de interrelación con él. Me interesa saber hasta dónde, y de qué modo, los modales perniciosos de este alumno han alterado sus vidas. Me atrevo a afirmar que sus desmanes causan discrepancias no sólo en el cuerpo docente, sino entre ustedes mismos.

Un silencio prolongado pareció reafirmar sus gestos. Yo sentía un debilitamiento creciente en mis rodillas. Quise refutar a Caicedo, hacerle caer en cuenta de sus contradicciones. Mas ello lo ofendería, corroborando sus acusaciones. Mi impotencia era abrumadora. Apenas sospechaba en mi mansedumbre que aquel ardid había sido preparado entre dos profesores con la complicidad de un condiscípulo. La vida no es realmente un teatro donde los hombres y las mujeres entran y salen memorizando y recitando sus líneas. Es una improvisación, un acto sujeto a presupuestos imprevistos. Caicedo no amainó ante el silencio del curso. Él y Fonseca eran lo bastante listos como para saber que entre los estudiantes ocurren pequeños malentendidos, incidentes, asperezas.

—Su colaboración es importante —esta vez su voz se

tornó más dócil—. Este caso será llevado a la coordinación y de allí a la rectoría. Solo me preocupa el bienestar del curso. Así que de nuevo, lo repito, me gustaría escuchar cualquier comportamiento irregular que ustedes hayan notado en el alumno Ernesto Suárez.

Benito había observado con insistencia a un condiscípulo, al parecer demandando su intervención. Caicedo interpretó su comportamiento y levantándose avanzó hacia Díaz. Éste, inmóvil en su pupitre, escudriñaba sus uñas evitando sus miradas.

Díaz era uno de los compañeros más menudos del curso. A comienzos del año escolar trabajamos en varias exposiciones para la clase de religión. Yo diseñaba los carteles y él los ejecutaba. Devenimos inseparables. Más aún cuando juntos fuimos admitidos en la agrupación coral. Su director era guitarrista del grupo de voces blancas Pentateuco, donde treinta púberes grababan discos de larga duración y daban conciertos a lo largo del país. Nuestra mayor aspiración era la de algún día ser llamados a hacer parte de él. Ambos, como la mayoría de los estudiantes, queríamos huir de nuestros padres. En clase acostumbrábamos sentarnos el uno junto al otro, ayudándonos así durante los exámenes. Salvando una corta distancia nos arrojábamos pequeñas bolas de papel en donde con letra microscópica anotábamos nuestras preguntas o respuestas. Cierta mañana, sin embargo, una semana antes de mi vejación, ambos discutimos sobre un borrador, el cual yo le había emprestado, usado y devuelto, dejándoselo sobre su pupitre. Díaz me contradijo asegurándome que yo jamás se lo había devuelto. Nuestros ánimos se acaloraron y justo antes de la entrada del profesor, Díaz me propinó una bofetada. Hube de reprimir mi ira para evitar mayores complicaciones. Así que al día siguiente, mientras organizábamos las hileras antes del comienzo de las clases,

me acerqué a Díaz desde atrás, lo llamé por su nombre y justo al encararme me desquité de su ofensa propinándole un severo coscorrón. Desde entonces nos evitábamos.

Caicedo instigó de nuevo a Díaz con su mirada

—Me apena hablar primero —dijo Benito a mis espaldas—, pero ahora que lo recuerdo, hace unos meses oí que Suárez se había querellado con Torrenegra en el parque frente al colegio.

—Disturbios, ¿no es así? —preguntó Caicedo a Torrenegra, un muchacho rechoncho, de ojos verdes.

—Él me rompió la nariz, profesor… —rezongó Torrenegra.

Salvo Benito, todos mis compañeros rieron. Caicedo regresó a su escritorio furibundo.

Torrenegra vivía una cuadra abajo de mi casa, en la pendiente que llevaba al barrio San Luis. Bajo la tutela de un padre militante, sólo salía de su casa a comprar los víveres en la tienda de Doña Carmenza. Salvo su vecino, un gigante acromegálico al que llamábamos Mandril, sus amistades eran esporádicas. Ambos desenvolvimos un conocimiento mutuo a lo largo de nuestros años como compañeros de clase, primero en la escuela primaria, donde masacrábamos sapos con nuestros cinturones, y más tarde en La Concordia. Hay una anécdota conjunta que viene al caso. Un mes atrás ambos fuimos a la iglesia a consultar al cura de nuestra parroquia sobre los orígenes de nuestra ciudad. Seguíamos las indicaciones de nuestro profesor de religión. Aquel prelado diocesano de apellido Méndez, era un joven apuesto, asediado por las muchachas del arrabal. Dos veces por semana lo veíamos en nuestro colegio, a donde iba a oficiar misa. Aquel día él se comportó muy amable a nuestra llegada y nos guio hasta la sacristía, en donde nos introdujo a una sala contigua y nos invitó a sentarnos en dos sofás, separados el uno del otro por una cortina purpúrea. Sus repuestas

serían individuales, adujo, para que así el profesor de religión no nos acusase de plagio.

Méndez, al igual que el rector Higuera, acostumbraba a expresarnos su cariño tomando nuestros cachetes en sus manos, reclinándonos en un brazo para ponernos de espaldas contra su cuerpo. Así se les veía en los descansos de clases con dos o tres alumnos, generalmente de mi edad, aunque los más pequeños no estaban excluidos, pellizcándonos en nuestros estómagos. Aquellas expresiones de afecto eran codiciadas y envidiadas. Méndez me prefería, no sé porque razón, entre todos mis compañeros, y Benito, meses más tarde, pregonaría que mi arrogancia se debía a las preferencias del padre Méndez. Sobra decirlo, en nuestra mente no cabía el pensamiento del abuso sexual, y los estudiantes que circundaban a Higuera o a Méndez se disputaban indiscriminadamente sus caricias.

Aquella tarde el clérigo despidió a su secretario y aseguró el cerrojo de la puerta. Sentándose junto a mí me preguntó en un susurro si yo lo delataría ante mi padre. Yo le respondí que no sin comprender su mensaje, aunque simpatizando con su actitud. A un niño, y aun a un adolescente, se le puede manipular mediante el contenido de las preguntas. Eso depende de su susceptibilidad. Toda pregunta despliega un contenido emocional, toda respuesta placer o dolor, o, si la pregunta es vaga, indiferencia. Un hombre pregunta a su esposa si lo ama o no, un mesero si prefiere ensalada con salsa tártara o sin salsa. En ambos casos el oyente puede percibir las emociones del inquisidor. Digamos por ejemplo que el hombre está harto de su esposa; su esposa, si es noble, responderá que no, si rencorosa, que sí. Los niños siempre quieren complacer a sus interlocutores; ellos, mejor que nadie, saben que la verdad es un juego de palabras que dañan o satisfacen. Oí de dos niños que iban sentados sobre el platón de una camioneta rumbo a su

escuela. A escasos metros del aparcamiento uno de ellos vio a sus compañeros conglomerados, al parecer organizando un juego de balompié. Ansioso por hacer parte de alguno de los equipos, el niño salta de la camioneta quebrándose el cráneo. Luego de varias horas en coma es internado al hospital donde muestra una rápida recuperación. Entre las visitas que tiene, la madre del compañero que viajaba en la camioneta les pide a las enfermeras que la dejen hablar con él a solas.

—Mi hijo lo arrojó al pavimento, ¿no fue así? — pregunta ella.

El niño convaleciente responde que no. Ella replica que la historia del juego de balompié es ingenua, y que su hijo había nacido tan pérfido como su padre. Con voz quebrada agradece al enfermo por no haber denunciado a su pequeño, pero insiste en conocer la verdad, de modo que ella pueda castigar a su hijo por su propia mano. El encamado está débil y con el ánimo de deshacerse de aquel interrogatorio le responde que sí. Aquella respuesta arruina la vida de su amigo. Su madre, asumiendo los atributos de una jueza, lo maltrata como a un criminal durante su niñez, y ya en la adolescencia le niega el dinero necesario para que prosiga con sus estudios universitarios.

De igual manera le aseguré al sacerdote Méndez que no lo delataría, sólo por complacerlo. Después de todo él nos estaba ayudando con nuestros quehaceres escolares. Sin preludios él me tomó de sus cachetes y oprimiendo su rostro contra el mío me besó en la boca. Sentí su mano sobre mis genitales. Su contacto provocó una erección en mi miembro que él palpó diciendo que a mi edad ya lo tenía bien desarrollado. Entonces me dejó y descorriendo la cortina purpúrea besó a Torrenegra, según inferí por los sonidos salivosos que escuchaba. No diré que lo vi, pues la pieza de tela me aislaba de su espacio. Presentí que lo recientemente acontecido era parte de una escena escabrosa y recordé la

animadversión de una de mis vecinas hacia el alcalde. También recordé cierta mañana en que, dejando el barrio con mis padres en su auto, nos detuvimos ante una multitud enfrente de la iglesia. *Curas homosexuales*, se leía en un garabato inscrito en tinta blanca sobre las puertas metálicas del despacho principal. Mis padres, como todos los vecinos practicantes de la ciudad, deploraron la cobardía de los comunistas, a quienes culparon de aquella alevosía.

Me levanté del sofá y sin volver mi mirada atrás descorrí el cerrojo de la puerta y me alejé del despacho. En casa no comenté a nadie sobre aquel incidente y al volver a ver a Torrenegra, éste se sonrojó sin decir palabra. Días más tarde, contrario a mis temores, Méndez se mostró cordial conmigo. No mencionó mi fuga de su despacho y me despidió acariciándome de nuevo. Con náuseas me prometí a mí mismo que lo evitaría de ahora en adelante. Años más tarde encontré a Torrenegra en una feria de la cerveza en el centro de la ciudad. Nuestros caracteres eran más agresivos. Él estudiaba medicina y se dedicaba a atrofiar su cuerpo en los gimnasios. Nos sentamos a rememorar viejos ultrajes. Todo comenzó con un altercado entre mi padre y Mandril. Cierta tarde mi madre, al volver a casa de su empresa, se vio asediada por Mandril, quien montado en su bicicleta le propuso un acto indecoroso. Al comienzo ella lo ignoró, juzgando por su actitud el comportamiento de un fanfarrón. Mas él ahondó en detalles que la inquietaron. Sabía los horarios de trabajo de mi padre, los hábitos de nuestros vecinos y los vaivenes de nuestro itinerario escolar. De vuelta a casa mi madre se quejó a mi padre, quien, desempolvando el revólver que nuestro vecino el sargento Valencia le había vendido, salió a la calle.

En la esquina encontró sin dificultad a Mandril entre un grupo de holgazanes. Los desafíos de mi padre lo amedrentaron sin que el uso de su arma se hiciese necesario.

Amilanado y menoscabado ante sus compinches, Mandril se resignó a lanzar improperios contra los miembros de mi familia. Desde nuestra infancia él se había empecinado en llamarme Pantera, un apodo que no había sido secundado por los miembros de nuestras pandillas. Torrenegra, sin embargo, me había designado un par de veces con él durante nuestros descansos. Aquella consecuencia imprevista de la inmadurez de Mandril me había obligado a desafiar a Torrenegra a una pelea a puño limpio en el parque situado enfrente del colegio. Una semana más hubiera bastado para que aquel apodo se hubiese propagado en boca de mis condiscípulos, como ya había ocurrido recientemente con Manuel, a quienes todos mentábamos Maruco. La reyerta se había anunciado con antelación un martes a las cuatro de la tarde. Una miríada de estudiantes puntuales nos esperaba bajo una valla publicitaria. Inexperto en el pugilismo, mi padre me había entrenado diligentemente, orgulloso de que su hijo varón defendiese a golpes su reputación.

El encuentro fue breve, lo que desencantó a la audiencia. Yo recibí dos patadas y Torrenegra un puño que le quebró el tabique haciéndolo sangrar. Aquel triunfo había reinstaurado mi valía ante nuestros compañeros de clase.

Con el tiempo Torrenegra y yo nos perdonamos mutuamente. Entre bromas, en aquel bar, me contó que el cura Méndez había sido sorprendido por un periodista de Bogotá refocilándose en su gabinete con un jardinero. "Lo expulsaron de la iglesia", me dijo con acritud. Sus ojos eran opacos, como los míos. Al cobijo de la brisa del parque centenario recobramos nuestra cofradía, emperifollando con anécdotas las asperezas de aquellos años.

—¡A traición! —mintió Torrenegra a Caicedo aquel día tantos años atrás—. ¡Suárez ya había recibido varios golpes míos, y cuando interrumpí la pelea para que nos reconciliáramos él me lanzó una derecha que me reventó las

fosas nasales!

El curso soltó una nueva carcajada. Caicedo caminó hasta encarar la ventana que daba contra la autopista hacia Girón.

—¡Un cobarde! —exclamó—. Una trifulca justificaría la expulsión de dos alumnos, ya ocurra esta fuera o dentro del colegio.

Torrenegra se sentó y ocultó su rostro en sus brazos, agachándose sobre su pupitre. Algunos susurros fueron intercambiados entre los estudiantes; aquellos cercanos a Benito lo codearon, enfatizando la impiedad del código de la escuela. Como delator estaría condenado al desdén general y al aislamiento.

—Profesor… —Benito pidió la palabra suplicando a Caicedo con sus ojos.

—Sin embargo, no los denunciaré —Caicedo lo interrumpió—. Lo que hemos escuchado ha sido confidencial. No se trata de que ustedes se denuncien los unos a los otros, sino de examinar el comportamiento de un estudiante: Suárez. Díaz, por ejemplo, tendrá algo que contarnos. A menos que otros estudiantes puedan explicarme por qué usted ya no ejecuta sus tareas con Suárez…

Díaz levantó su rostro, e intercambiando miradas entre Benito y Caicedo se puso en pie. Yo apenas pude observarlo de soslayo.

—Sí, profesor —dijo—. Ya no trabajo con él. Hace poco, conformando las hileras para entrar a clase, Suárez me sorprendió a mis espaldas con un coscorrón.

Nubes pesadas habían oscurecido nuestra aula de clases. Caicedo caminó hasta el interruptor y lo operó hacia abajo. Un relámpago nos cegó. Escuchamos el trueno y el zumbido de un bombillo al fundirse. Nuestras formas se tornaron meras siluetas al claroscuro tenue de una tarde.

—Comportamientos antisociales… —murmuró Caicedo en un tono lo suficientemente audible para nosotros. Alisó su bigote entre sus dedos y preguntó si alguien tenía algo más que decir.

—A principios de abril —titubeó Manuel—, usted nos ordenó transportar dos adornos florales hasta el laboratorio de biología. Suárez fue conmigo, y él me dijo que usted los había comprado para la profesora de francés, quien se los había devuelto inmediatamente. Él me dijo que aunque ustedes copulaban durante los recreos cada jueves, ella quería terminar su relación con usted.

—Difamador —Caicedo se ruborizó y pidió a Benito que escribiera todos los pormenores de aquel juicio suprimiendo los nombres circunstanciales, esto es, su nombre y el de la profesora de francés.

El cielo se espesó a medida que las voces de mis compañeros se desencadenaron para condenarme. Como la niebla que se expande con la brisa, un sentimiento perverso de solidaridad se apoderó del curso. El aula se tornaba un espacio de expiación, donde cada estudiante se veía obligado a denunciar un delito para integrarse a una causa común.

—Debo reportarle, profesor —interpeló Ballesteros—, que, aunque está prohibido hacer tareas en el colegio, a menudo Suárez abusa de los descansos para estudiar. Ya una vez el coordinador Zanahoria le llamó la atención por ello.

Mi espíritu autodidáctico, la invención de algún apodo, mis escapes de clase, mis juegos en los descansos, mis opiniones, mis tardanzas, incluso una invitación a una fiesta a la que mi padre me prohibió asistir, fueron trastocados y usados en mi contra. Las palabras y las acciones más triviales eran interpretadas por Caicedo como evidencia de una perversidad hasta entonces para mí desconocida. Un compañero me denunció de haberle hurtado su reloj, pues el día anterior a su desaparición, según él, yo le pregunté la

hora. Sin poder contenerme le repliqué que su asociación carecía de sentido, mas Caicedo me silenció golpeando su escritorio con su palma abierta. Sin consternación lo escuché preguntar si alguien con objetos de valor desaparecidos recordaba haber conversado sobre ellos alguna vez conmigo. Agaché mi cabeza injuriado. Las denuncias de mis compañeros probaban la escasa estima que hacia mí guardaban. Sentía mi cabeza inflamada. Palpé una humedad incipiente en mis pestañas y parpadeando con fuerza, levantando mi cerviz, apelé a mi enardecimiento para contener mi llanto. Me dije a mí mismo que no dependía de nadie, sino de mí mismo para saber que jamás me había propuesto el causarle el mal a alguien.

—Suárez también hurta dinero de la billetera de su padre —pronunció Zapata erguido a mi costado izquierdo—. Él me lo confesó una vez.

Caicedo esbozó un gesto satisfactorio, contrajo su rostro salpicado de espinillas hacia su frente y lanzando una mirada a mis espaldas preguntó:

—¿Y Sierra? Usted ha de conocer los hábitos de Suárez mejor que nadie. Cuéntenos qué anormalidades ha notado en su comportamiento.

—Ninguna —respondió Sierra levantándose—. No tengo nada que decir en su contra.

Aquel comentario contuvo la animosidad del curso. Observé algunas miradas arrepentidas entre mis condiscípulos. Caicedo comprendió que no debía presionar más.

—No vale la pena continuar —dijo enfrentándome con sus ojos airados y torciendo sus labios en un gesto despectivo—. ¿No es usted el nieto de Don Lázaro Afanador, de Chiquinquirá?

—Sí —dije en un esfuerzo sobrehumano por parecer natural.

—Nunca creí, hasta verlo con mis propios ojos, que un hombre tan notable pudiese llegar a tener como nieto a una lacra como usted.

Caicedo concluyó la reunión y ordenó a Benito que mecanografiara un informe dirigido al rector. Al descanso algunos compañeros de clase me rodearon.

—No sé cómo se pudo resistirse usted de llorar —me dijo Maruco—. Todos los alumnos parecían estar en contra suya.

Una semana más tarde se supo que tres alumnos habían recibido la matrícula condicional. Un estudiante con problemas de tóxicodependencia, otro con un promedio académico de dos sobre diez, y yo. Esta vez mi padre no me zurró. Caicedo, en su colofón, había mencionado a mi abuelo, prueba fehaciente, según él, de que aquella farsa no era otro asunto que un desquite familiar. Aquella noche él mecanografió y firmó una carta que me ordenó entregar al rector. Obedecí al día siguiente. Higuera, quien mimaba a dos querubines de la escuela primaria entre sus brazos, me ordenó entrar a su despacho. Él leyó la carta y extendiendo su brazo me atrajo hacia sí, arreglándoselas para acariciarme las patillas y pellizcarme las orejas, espichando a uno de los pequeñines entre sus piernas y mi espalda.

—Tenemos que dialogar este asunto en privado —me sugirió—. Pida una cita con mi secretario.

Me despedí aliviado y fijé una entrevista para el viernes entrante.

Debo agradecer a la providencia el que por una razón u otra mi entrevista con el rector Higuera fuese pospuesta, fijada nuevamente, de nuevo pospuesta y así hasta fin del año escolar, cuando mi padre decidió transferirme a un colegio de sacerdotes jesuitas, religiosos aparentemente comprometidos, en donde terminé mi escuela secundaria.

Mario suspiró y emitiendo un sonido afirmativo,

observó a Claudia que dormía, y a Todd que encendía un cigarrillo.

—¿Cuál es el final?

—Ese; qué escapé de aquel antro escolar.

—¿Qué pasó con los otros estudiantes? ¿Con Caicedo?

—Benito estudió periodismo. La última vez que me lo encontré sufría problemas cardíacos. Le habían insertado un marcapasos y debía restringir sus emociones fuertes. Tantos años habían pasado desde entonces que no mencionamos aquel incidente. En cuanto a Caicedo, no lo sé. Me imagino que aún enseña. Ahora lo compadezco. No hay nada más humillante que recibir una paga frugal por soportar a los hijos de la burguesía de la ciudad.

—Entonces, ¿todo está muerto y enterrado?

—Quizás. Aunque el hecho de que aún lo recuerde pruebe lo contrario. El túmulo continúa.

—Claro —susurró Todd de nuevo absorto en sus pensamientos—. Siempre hablamos de lo que no hemos perdonado.

VI. Muerte

Quería preguntar a Ernesto si aquellas vivencias no lo habían persuadido de su ambigüedad sexual, la cual, según Todd profesaba, era común a todos los hombres. Por otra parte, los abusos del prelado no fueron descritos con odio. Ernesto, según Todd coligió, era incapaz, en medio de su aislamiento, de distinguir la perfidia en el trato benevolente de los pederastas. Se preguntó si él, al igual que los chilenos que había conocido, reaccionaría violentamente al cuestionamiento más leve de su libido.

Todd descreía de todas las categorías que otorgaban una identidad sexual estable. En su quinto libro *The Crisis of Sexual Preference,* Todd acusaba al homosexual y a la lesbiana de desempeñar funciones exclusivamente políticas en Norteamérica. Sus colegas, escritores conspicuos de artículos de teoría Queer, se ofuscaron cuando Todd acotó en *Profitable Intimacy* que aun en su lecho de muerte, Foucault, el filósofo más citado de su tiempo, se negó a suscribirse como un filósofo Queer. La creciente animosidad de los escritores Queer y gays hacia el bisexualismo era síntoma de sus temores de ser desplazados por una categoría ambigua. Esta tesis sería ampliada en el tercer párrafo de *The Paradox of Privacy,* un artículo publicado en el sexagésimo cuarto ejemplar de *The Journal of Queer Inquiry*. Allí Todd describía como el bisexualismo refutaba la aparente estabilidad de las categorías sexuales, de la misma manera como el mestizaje huno y hebreo de los alemanes refutaba las categorías raciales. Los dardos de Cupido, según los griegos ponderaban, jamás seguían el curso trazado por los hombres a través de una academia. Toda categoría creaba rangos de

distinción, escribía, pequeñas tiranías que otorgaban favores y discriminaban disidencias. Empobrecidas con el prefijo anti y el sufijo fobia cada una producía panfletos donde sus autores se describían a sí mismos como víctimas. Sólo los premios del vasto residuo económico federal apaciguaban sus protestas. Discípulo de Voltaire y Derrida, Todd desplegaba una lengua viperina que le había granjeado el desprecio unánime de sus colegas universitarios. Pero sus agravios personales eran aún más ofensivos que sus anatemas contra las categorías de identidad estadounidense.

Cierta tarde, en un cóctel organizado por la rectoría, una profesora lesbiana, según su ficha de inscripción a la universidad rezaba, recientemente divorciada de su marido, ponderaba la infidelidad. Todd se percató de que algunas profesoras, amantes ocasionales de sus veladas privadas, la evitaban prefiriendo la compañía de sus cónyuges. Rememoró así mismo las ocasiones en que ésta lo había discriminado, quizás sin proponérselo, diciéndole en medio de los acaloramientos de sus debates que si no estaba de acuerdo con sus opiniones bien podía ponerse en pie y salir. La vio sentada sobre un sofá, sola, bebiendo una copa con vino, y aproximándosele motivó sus confidencias. La profesora, agradecida, trajo a Nietzsche a colación, quien a través de su retrato de Dionisio la había liberado de su pudor victoriano:

—¡En el día soy apolínea! —había concluido sardónica—En la noche dionisiaca.

Todd, notando que varias miradas los cercaban, rezongó que el acoplamiento casual, próximo a la masturbación, no le parecía fiable, pues era afín a los prostíbulos, a la infidelidad y a los baños públicos. Más aún, él sólo se fiaba de la soledad, como ella misma lo podía constatar por el comportamiento de sus amantes de trabajo, quienes así la constreñían a la compañía de un paralítico. Sin

considerar la palidez de la piel de la profesora, y las expresiones perplejas de los maridos de sus colegas, Todd agregó que un entendimiento y una lisonja mutua eran las únicas bases del enamoramiento, en el cual él sinceramente creía.

—Amor que se presenta en todo tipo de combinaciones —decía—. Los hombres establecen relaciones entre sí durante su encarcelamiento; el libro árabe del Jardín Secreto describe a las mujeres que en los harenes conforman parejas para frotarse el clítoris la una a la otra después de la penetración insatisfactoria del esposo. Habrás de aceptar, querida colega, que ambos hechos refutaban teorías sexuales de identidad o preferencia sexual. Con agudeza la cultura hindú nos mancomuna con los mastines. Una idea aparentemente polémica, pero inefable, por la cual tantas veces te has mofado de mis opiniones a mis espaldas. También recordarás la historia del judío que perdió el pene al momento de ser circuncidado. Sus padres habían decidido educarlo como a una mujer. Sus preferencias, sus modales, sus creencias, fueron las de una niña, y sus hormonas le dieron a su cuerpo una constitución delicada, que si bien dibujaba rasgos masculinos, agrupaba en su conjunto las formas de una muchacha. Durante su pubertad descubrió unos senos incipientes, lo que alarmó a sus padres y los indujo a internarla en un hospital. Los doctores adujeron que el cambio hormonal se debía a una teoría tan traída de los cabellos que no viene al caso mencionarla ahora. Enterado —o enterada—de su género original, él —o ella—renegó de éste y tras la superación de varios traumas optó por someterse a una cirugía, cambiando, o más bien reafirmando, su eterno femenino.

Poco importaba que la historia del judío hermafrodita hubiera sido un embuste de cierto número de científicos y filósofos inescrupulosos, capaces de persuadir a los Estados

Unidos de que las diferencias biológicas entre hombres y mujeres eran eminentemente ilusorias. Los rasgos descompuestos de la profesora le otorgaron cierta supremacía académica. Pero una animosidad creciente se desató entonces en su contra, hasta el punto de que cuando se supo de su ruptura con su antigua amante ninguno de sus compañeros de trabajo se prestó a reemplazarlo en sus funciones académicas.

Claudia, su cliente marital, suplió esa deficiencia. Sus ideas peregrinas, su temple aventurero y su vulnerabilidad legal habían calado en Todd hasta el punto de apasionarlo. Él entonces cumplía cuarenta y seis años. Claudia cedió a sus demandas sexuales sin aspavientos. Cuestionándola al respecto, ella respondió que el placer era la simple satisfacción de sus carencias. Determinación de una búsqueda incesante. La ausencia de su enamorado parecía, por lo tanto, haber apenas influenciado, más que forzado, su acercamiento.

Mario, Todd lo había comprendido desde cuando lo observó en el metro con su esposa por conveniencia, también podía suplir el vacío emocional de Claudia. Quería ofenderlo insinuándole con la gentileza de un amigo que aquel relato dejaba translucir cierta tendencia divertida. Poco importaba que aquella declaración contradijera sus convicciones más íntimas. Ser perverso lo obsesionaba. Quería primero distanciarlo de Claudia a través de comentarios inquietantes. Más considerando el factor de que apenas lo conocía, y ante la posibilidad de que Claudia se ofendiese, prefirió posponer sus diatribas para otra ocasión.

—¡No tienes ningún derecho a tratarnos así! —le dijo Claudia arrebatándole el cigarrillo de sus manos.

—¿Qué se supone que haga? Dormías como una piedra —Todd se excusó.

Mario vio los dedos de Claudia, los cuales, como las

hojas metálicas de una máquina cortadora de césped, deshicieron el cigarrillo entre sus manos. Un movimiento social contra los perjuicios del tabaco había calado en la interrelación cultural de los estadounidenses. Los fumadores como Todd oían todo tipo de vejaciones contra aquel flagelo que lentamente carcomía la gasa pulmonar de sus presas. Las corporaciones, acusadas por los médicos de ser industrias legales de narcóticos, habían derrotado una cruzada en su contra en los hoteles de Washington, donde se decía que habían invertido los dividendos de un año en sobornos o contribuciones para los fondos de las campañas políticas. Mario recordó los escándalos del lavado de dinero en Colombia y México, propagados por los mismos congresistas que erigían casinos en Las Vegas, llamando a prostíbulos solapados, emporios familiares. Su desconfianza contra el Estado se avivó a la sombra de un proverbio hindú, que aconsejaba al rey obligar a sus esclavos a que memorizasen himnos a la libertad.

Claudia se disculpó por haber caído presa de su somnolencia e hizo prometer a Mario que le repetiría el fin de su historia en una nueva ocasión. Dado el tiempo consumido, Todd y Mario se despidieron y adentrándose en el viento frío de aquella noche nublada se encaminaron hacia el sitio en donde estaba el auto estacionado. Todd inquirió sobre su amistad con Claudia. Mario le relató algunas anécdotas de su niñez, entre ellas la de su noviazgo superficial. Todd le preguntó si aún se sentía atraído hacia ella.

—No es mi esposa —le respondió.

—No es la mía tampoco. Quiero decir, de acuerdo a su consentimiento. ¿Te gusta?

Mario vio a un perro merodear un trozo de estiércol sobre el pavimento, junto a un poste eléctrico. El can abrió su hocico y lamiéndolo lo engulló para luego emprender una

carrera hacia la esquina.

—Por ahora prefiero trabajar —exclamó encogiendo sus hombros.

—¡Ah!

—Compongo la letra de mis canciones.

—Ya veo —Todd musitó—. Pero un poeta sin renombre es como un paisaje sin espectadores.

—Allá el pez nada en el río, y prescinde de alhajas y vestidos.

Todd observó a Mario de soslayo.

—Otra manera de decir que no sólo de pan vive el hombre —explicó Mario.

—Los poetas son intensos; los filósofos, perspicaces. Gracias a mi espíritu combativo he publicado doce libros y veintidós artículos especializados.

—No me diga —dijo Mario con calculada envidia.

Una anciana de baja estatura, ama del can, lo besó en su hocico con afecto tierno.

Todd mantuvo una mirada intensa y dominante, rayana en la impertinencia.

—Aunque no todos los filósofos son poetas, todos los poetas son filósofos —sentenció Mario inseguro.

—Siempre sospecho, profano y redefino esos proverbios —rechistó Todd con sorna.

—Platón fue un dramaturgo trágico en su adolescencia. Quemó sus escritos luego de caer en las falacias de Sócrates.

—No el divino Platón —replicó Todd herido en su vanidad intelectual.

—El de Diógenes Laercio.

—No confió en Diógenes Laercio —en verdad, jamás lo había leído, pero después de tantos años como escritor había aprendido a camuflar su ignorancia en el desprecio.

—La biografía más confiable de Platón es la descrita en su carta número siete —agregó.

—No veo la razón para creer en un libro antiguo más que en cualquier otro.

—Hablemos de Aristóteles. No podemos juzgarlo por su poema a la amistad. Una imitación flaca de Hölderlin tampoco hace de Hegel un poeta.

—Hace de él un filósofo.

Entraron al automóvil y se enrumbaron hacia Brooklyn. A través de la ventana Mario vio a un grupo de hombres de saco y corbata, de anteojos oscuros, quienes sobre la acera se abrían camino entre una multitud de adolescentes emperifolladas hasta los senos.

—Tal es la vulnerabilidad de nuestra civilización que nos vuelca sobre los famosos —dijo Mario con vehemencia repentina, alargando las comisuras de sus labios—. Tal es la miseria de la política, mejor preparada para encomiar a los muertos que para proteger a los necesitados, que no podemos apreciar el aire que respiramos a menos que éste esté mezclado con los hedores de las celebridades. Todos los hombres y mujeres que he conocido en Colombia, Europa y en Los Estados Unidos crecen bajo las imágenes agigantadas de una proyección cinematográfica. ¿Cuál es la diferencia entre Julia Roberts y un mendigo que agoniza sobre las aceras de San Diego? ¿Entre los guerrilleros tuertos de Camboya y los pupilos que derrumban aviones en los estudios californianos? Su importancia nos deja huérfanos.

—Usted ostenta demasiada compasión —replicó Todd—. La incompetencia moral es una enfermedad.

—Como lo es el anonimato —continuó Mario—. Nos empeñamos, pues queriendo participar de la celebridad, la proclamamos para aventajar a nuestro vecino, tan despojado como nosotros. Así nos acogemos a los cabos sueltos que las fibras más superficiales de sus ropas dejan. Celebridad inmerecida, pues nadie tiene el mérito para superar a su prójimo. Una inundación o un terremoto tiene la decencia

de acabar con nuestro infortunio, mientras que aquellos bohemios acaparan las miradas sobre sus instituciones, sus casas y sus jardines al mismo tiempo que nos relegan a la servidumbre. Un abuso que perpetúan de acuerdo a sus prejuicios. Yo estuve en Las Vegas, donde vi a una hueste de centroamericanos trabajando. La felicidad está dislocada, pues no está en sus logros, sino en el deseo que sus logros crean. Pero entonces tiene otro nombre, presunción. Habló de los círculos, del mismo del círculo de la filosofía, de los deportes, de la guerra, de la política. De esas loterías sociales, como usted las apela, que repudian a los compradores pobres y está sujeta al engaño.

—Admiró tu entusiasmo —repuso Todd—. Lo digo en términos griegos. Algún demonio parece haberte poseído.

—No hablo, como usted, por el mero placer de impresionar a mis interlocutores —Mario lo espetó mohíno.

—Discúlpame —Todd musitó halagado—. Algunos de mis colegas me comparan con Dorian Gray. No con su autor, quien en *De Profundis* nos traiciona con un lenguaje de sibarita reconciliado con las bienaventuranzas del credo cristiano.

Mario alisó su cabello hacia atrás. Afuera un grupo de gente encendía sus cigarros.

—Hace un tiempo me encontré sin trabajo, endeudado y sin amigos en una ciudad cualquiera. Una época de placer sensual y tortura espiritual. El hastío de Calígula, la aberración de Sade y el delirio nietzscheano se encarnaban en mi modo de obrar como gusanos en su tumba; alimañas bien vestidas que acicalan pensamientos ladinos. Me desgarraban lejos del sosiego. Así llegué a la certeza más palpable de la lucha entre mi espíritu y mi cuerpo por el dominio de mi ser. Tenía que encontrar la armonía. Descubrir mi unidad al nacer o al morir. Igual en la enfermedad, en el hambre, en la angustia, en la perversidad.

Una mujer llamada Sara me persuadió de peregrinar hasta el santuario de Fátima. Una promesa a cambio de mi regeneración. Pese a mi animosidad contra la iglesia católica, en la cual había conocido a dos sacerdotes codiciosos y a un obispo lujurioso, aún guardaba cierta admiración solemne hacia la Virgen María. La historia de su embarazo, consultado por un ángel, me compungía. No se trataba de su respuesta positiva, sino de la consecuencia de esa afirmación, preñada de vejación, de exilio, de desconfianza, de soledad, de paciencia, de impotencia, de martirio. Aquel personaje pudo haber especulado que aquel ángel era un demonio, como cualquier inquisidor, como los fariseos especularían de su hijo años más tarde. Pero su confianza en la omnipotencia del Ser Creador fue inquebrantable. Jamás cuestionó a su Padre, quien no permitiría que ningún espectro usurpase su nombre para confundir a una de sus hijas más devotas. Al poco tiempo mi lujuria se apagó como un fuego apagado por la lluvia.

—Usted atribuye demasiado al azar —Todd lo interrumpió—. Eso lo ha convertido en Dios.

—Cuestión de voluntad.

Todd endureció su semblante. Mario no encajaba en su definición del revolucionario castrista. Durante sus años en Chile ya había tratado a varios estudiantes que querían emigrar a Europa o a los Estados Unidos abusando de las condiciones políticas.

—La filantropía no me interesa —dijo Todd—. Soy un individualista declarado. Acepto el egoísmo y la jactancia como fundamento de nuestras sociedades. Una vez el bien y el mal se aniquilan todo es mera cuestión de palabras.

—Usted es muy hábil justificando el mal; dándole un valor equivalente al de la bondad. Claudia no se percata, pero usted la humilla por el mero hecho de ser estadounidense. Virtud o vicio. No hay nada más allá. No hay una tercera

estación. Melania, una matrona latina, luego de leer los evangelios libertó a ocho mil esclavos en el siglo cinco de nuestra era. Usted no se atreve a hacer lo mismo con Claudia.

—Su impertinencia es ingeniosa —Todd gruñó ofendido—. Aunque mi esposa no ha reconocido sus sentimientos para conmigo, lo hará. Somos animales de costumbre.

—Ella lo humillará con su libertad. Un verso compuesto para usted. La poesía sonroja las mejillas de los ateístas y los comunistas. Siempre alude a lo inmaterial. Sin divinidad sólo nos resta el narcisismo.

Todd desaceleró su automóvil. Un retén organizado por la policía federal restringía el tráfico sobre la avenida.

—Eso me lo dirás cuando me enseñes uno de tus poemas publicados. ¡Diablos!

Un hombre atravesó la acera bañado por fuertes reflectores.

Todd, impaciente, oprimió la corneta de su automóvil y un policía robusto se acercó enseñándole una pistola de plástico entre sus manos.

—Antes de escuchar nuevas disquisiciones eruditas (las cuales, debo confesártelo, me impresionan por su inutilidad), déjame que te pregunte, para ti, ¿qué es un poeta? —Todd inquirió con voz trémula.

Un agente les ordenó desviarse por Manhattan. Todd giró el volante con brusquedad, como si la instrucción lo hubiera sacado de una abstracción incómoda. Al avanzar unos metros, el espacio se abrió de manera artificiosa: reflectores suspendidos en grúas, cables negros serpenteando sobre el asfalto, una cámara montada sobre rieles y un grupo de hombres con chalecos fosforescentes que gesticulaban con prisa.

—Es un rodaje —murmuró Mario—. Mira las luces.

El automóvil se detuvo casi por inercia. Frente a ellos,

una multitud de figurantes aguardaba instrucciones: adolescentes emperifolladas, hombres de saco y corbata, curiosos mezclados con actores que aún conservaban maquillaje en el rostro. Un asistente gritaba órdenes mientras otro golpeaba una claqueta.

—Silencio en el set —vociferó una mujer con auriculares—. ¡Rodando!

Todd esbozó una mueca irónica.

—Ni siquiera la noche nos pertenece —dijo—. Todo es representación.

Mario iba a responder cuando un estampido seco cortó el aire. No fue un efecto especial. No hubo cuenta regresiva ni señal previa. El sonido resonó desnudo, fuera de guion.

Un cuerpo cayó a pocos metros de la cámara principal.

El travesti, vestido con un traje ceñido de lentejuelas gastadas, se desplomó primero sobre las rodillas y luego de costado. La peluca oscura se deslizó hasta quedar atrapada contra el riel del *travelling*. La sangre comenzó a expandirse sobre el pavimento, espesa, real, desentonando con la pulcritud del set.

Durante un segundo nadie se movió.

—¡Corten! —gritó el director, con la voz quebrada—. ¡Corten, carajo!

El set estalló en gritos. Los figurantes retrocedieron. Un camarógrafo bajó el equipo con torpeza. Un maquillador se llevó las manos a la boca. Varias personas comenzaron a filmar con sus teléfonos, superponiendo capas de imagen a la escena.

—¡No es parte de la película! —gritó alguien—. ¡Está sangrando de verdad!

En medio del caos, un hombre intentó abrirse paso entre la multitud. Empujaba con violencia, esquivando cables, con el rostro desencajado. Al pasar junto al automóvil de Todd, lanzó un objeto por la ventanilla entreabierta.

El golpe metálico resonó seco contra el tablero.

Una pistola quedó sobre las piernas de Todd.

Todd se quedó petrificado. El arma parecía ajena, como un objeto caído de otra realidad, pero su peso era innegable. Mario lo miró de reojo.

—No la toques —dijo en voz baja—. No la toques.

—¡Alto! —gritó el policía afroamericano.

Todd, paralizado, no obedeció ni desobedeció: simplemente existía, atrapado entre el volante y el arma, mientras la sirena se acercaba como una verdad inevitable.

El policía asiático se aproximó primero, vio el interior del automóvil y sus ojos se clavaron en la pistola.

—Las manos donde pueda verlas —ordenó.

Todd levantó las manos con torpeza, como si muletas invisibles de miedo le impidieran alzarlas con limpieza. Mario hizo lo mismo, despacio, consciente de que la lentitud podía interpretarse como desafío.

—Ese hombre arrojó el arma al coche —dijo Mario—. Hay cámaras. Esto es un set de filmación.

—Cállese —lo interrumpió el policía asiático sin mirarlo—. Ambos fuera del vehículo. Ahora.

El afroamericano miró a Todd, luego a Mario, luego al arma. En su pupila había una sospecha ya escrita, una historia lista para ser encuadernada: dos hombres, un automóvil, un disparo, un arma. La simplicidad de la culpa.

Todd descendió apoyándose en el marco de la puerta con una rigidez humillante. Sus piernas enfermas parecían más delgadas bajo la luz, y su cuerpo, por primera vez en la noche, no se percibía como el de un filósofo, sino como el de un animal atrapado.

—Señor, no puedo… —balbuceó Todd—. Yo…

—Puede —lo cortó el afroamericano, sin alzar la voz.

Mario sintió el pulso golpearle la garganta. Una frase de Todd le atravesó la memoria como una burla: *Protestar es vivir.*

Allí protestar era morir.

El hombre seguía corriendo hacia el túnel improvisado por la producción. Detrás de él, varios miembros del equipo gritaban:

—¡Fue él!

—¡Ése! ¡El de la chaqueta oscura!

—¡Tiró el arma!

Antes de que Todd pudiera apoyar bien los pies en el suelo, un grupo de personas rodeó al fugitivo, que había tropezado con un cable grueso. Dos actores lo sujetaron por los brazos. Un sonidista le inmovilizó las piernas.

—¡Yo no fui! —gritaba—. ¡Fue un accidente! ¡Era parte del trato!

—¡Mientes! —gritó una mujer desde el grupo—. ¡Te oí amenazarlo!

—¡Le pagaste y luego te enfureciste! —añadió otro—. ¡Todos lo vimos!

El hombre forcejeaba, sudoroso, negando con la cabeza.

—¡Me engañó! —balbuceó—. ¡Me hizo creer que era una profesional!

El policía afroamericano se volvió hacia el cuerpo tendido. Luego miró a los testigos, a la cámara que aún grababa, al arma fuera de su sitio original.

—Tenemos suficiente —dijo—. Llévenselo.

El asesino fue esposado entre gritos, mientras la ambulancia atravesaba el set con torpeza, apartando figurantes y técnicos.

El policía asiático regresó al automóvil y observó a Todd con detenimiento.

—Tuvieron suerte —dijo—. Si no fuera por las cámaras, esta historia sería otra.

Todd no respondió. Su rostro estaba lívido.

Regresaron al coche. Todd arrancó sin decir palabra. El

set quedó atrás, reducido a un resplandor artificial en los espejos laterales.

Durante varios segundos sólo se oyó el motor.

—La vida en Nueva York es un simulacro —sentenció Todd al fin, aludiendo a Baudrillard con una voz desprovista de ironía—. Sigo esperando tu respuesta: para ti, ¿qué es un poeta?

Mario se mantuvo escudriñando aquel set de grabación, escenario de un escándalo sexual que sería comidilla de los periodistas por los próximos tres días. Solo cuando Todd giró a la izquierda se arrellanó en su asiento y respondió, pensando en Nietzsche.

—Un poeta es quien dice a todo que sí, aun a lo cuestionable —Mario contestó—, es decir, a lo extrasensorial. La poesía sin divinidad es una impostura. Nietzsche, siendo ateo tuvo que adorar a Dionisio para escribir

¡Sí! ¡Sé de dónde vengo!
Insaciable como la llama
Ardo y me consumo.
Luz se vuelve todo lo que agarro,
Carbón todo lo que dejo:
¡Llama soy ciertamente!

Temeroso de caer en una contradicción, escribió con dejos de ambigüedad. Así sus acólitos más absolutos verían en Dionisio una mera figura retórica.

—Recuerdo los pormenores escabrosos de tu historia —Todd lo espetó—. Me impresionó la manera abierta en que relataste tus escenas con los pederastas. La gente prefiere enterrar ese tipo de situaciones. Aun así, la considero incompleta. Cabe la posibilidad de que te hayas sentido atraído por aquellos seductores. La posibilidad de que seas

Queer.

Todd refugió su mirada en un automóvil de color rojo, nuevo, enmascarando su expresión mórbida en los gestos del conductor ávido de comprar un carro costoso. El silencio subsiguiente lo conminó a reformular su diatriba. Torció su cuello hacia Mario y lo observó insistente.

—Lo he considerado —los músculos faciales de Mario no se alteraron—, y en efecto me sentía atraído hacia sus rangos, lo que no es igual a sentirse atraído por un individuo en particular. No admiramos a las personas, admiramos su posición social. La mayoría no se percata de esta distinción. Creen enamorarse, cuando realmente sólo buscan satisfacer sus ansias de poder. Es el mismo tipo de sentimiento que una adolescente siente por su ídolo de música piedrapicada.

—Estarás de acuerdo ahora con que los seres humanos son semillas de sodomía y corrupción —Todd dijo en un esfuerzo por interpretar los pensamientos de Mario—. El hombre sólo aspira a una fornicación continua.

A través del vidrio pasaron a un grupo de ancianos, quienes enarbolando pancartas sobre sus cabezas lanzaban arengas contra la legalización del aborto.

—No puedo generalizar la intimidad de los demás basada en la mía propia. Sé que hubo santos abstemios, desinteresados en la secreción de líquidos viscosos, como el emperador Marco Aurelio escribió.

Todd sintió en su pecho una animosidad creciente contra Mario. Su discernimiento moral y su ausencia de prejuicios era una combinación impopular. Mario sabía conciliar su sensualidad con su misticismo. Se apaciguó pensando que la altanería de Mario se vería subyugada por las duras condiciones de vida de los alienados ilegales en los Estados Unidos.

—He cometido tantas ofensas contra la humanidad que si se las dijera usted repudiaría mi compañía —afirmó

Todd—. Nos movemos sobre la inmundicia. Esta isla de caños fue en su origen un puerto de negros. Cuatro siglos después miríadas de miserables continúan desembarcando.

Mario observó la línea quebrada de edificios que se hundía bajo el horizonte.

—Uno siempre puede relajar su vida comparándose con los vicios de Nerón y Mussolini.

—Le voy a contar una parábola. Había una vez un hombre probo, llamado Palmares, quien tenía dos hijos: Abel y Caín. Pese a sus esfuerzos por educarlos en el evangelio de Cristo, Caín se tornó egoísta e intrigante. Al llegar a su edad adulta, ambos hijos se emplearon en oficios diferentes y contrajeron nupcias. Al poco tiempo, aquel país padeció un tiempo de escasez y ambos hermanos se vieron obligados a acudir a la caridad de su padre. Caín, sin embargo, persuadió a su padre de que Abel no era pobre, sino avaro y mentiroso, ya que, en el sótano, en cierta ocasión, él lo había sorprendido lustrando cientos de piezas de oro y esmeraldas escondidas en un cofre de marfil labrado con escenas pornográficas. Palmares, crédulo y conmovido ante la falsa angustia de su hijo Caín, y engañado por la cordialidad sincera de su hijo Abel, otorgó entonces todo tipo de favores y prebendas a Caín, sometiendo a Abel y a su familia a varias privaciones. Caín, entre tanto, disipó su dinero en los prostíbulos y juegos de dados. Años más tarde Palmares murió dejando toda su fortuna a Caín. Abel, desheredado y pobre, logró adaptarse, sin embargo, a lo que el universo le ofrecía, sin dejar de agradecer a su padre por las limosnas recibidas. Jamás se amargó comparando sus limitaciones con la abundancia y el derroche de su hermano Caín. Compartiendo la tranquilidad del paraíso, Palmares preguntó a Dios como había sido posible que él estuviese en su presencia, cuando él había sido injusto con su hijo Abel. Dios le hizo saber entonces que el causante de aquella

injusticia no había sido él, sino Caín, y que sin sus intrigas Abel no habría fortalecido su alma. Pronto Abel sería compensado en vida, y sus vivencias transcritas de generación en generación como modelo del hombre justo que Dios más ama.

—¿Y qué pasó con Caín? ¿No es parte de la historia?

—Me imagino que fue castigado. Pero también pudo ser perdonado.

—En todo caso no veo la relación contigo. El mundo no cabe en una parábola. Protagonizamos una pesadilla cuyo escenario es una letrina donde todos, hipócritas envidiosos, estamos encaminados a hacernos daño hasta reventar.

Una sirena ululó a lo largo de la calle. Mario vio a un hombre en un auto deportivo perseguir a otro hombre en su automóvil. Aquella isla se tornaba un estudio de cine infrahumano ante sus ojos. Pensó que en verdad el hombre no se alimentaba como las aves y los peces de las frutas, las plantas y el agua; ni tan siquiera de las aves y de los peces. Devoraba hombres.

—Pobre Nietzsche, enamorado de una burra.

Todd rezongó contra su voluntad. Hubo un silencio apenas interrumpido por el ruido intermitente del motor del automóvil. Se inclinó y encendió la radio apaciguándose al considerar que los cerebros más renombrados de los últimos doscientos años estarían de su parte. Se preguntó, no obstante, si la importancia atribuida a estos pensadores no sería injusta, del mismo modo en que la insignificancia de Mario o de cualquier otro escritor iberoamericano en el mundo filosófico podría ser injusta. Se arrellanó en su asiento y se regodeó tildando a Mario de reaccionario. Dos veces en una misma noche, frente a dos inmigrantes, había probado la amargura del tanteo intelectual. Recordó a sus colegas intolerantes, quienes continuamente lo invitaban a sus manifestaciones en contra de los judíos, los negros y los

latinos, grupos impuros, según ellos aducían, quienes querían engullir el fruto cultivado por sus padres. Meses atrás había sopesado la posibilidad de unírseles en su cruzada racista, más su educación había calado en su conciencia hasta el punto de convencerlo de que sus colegas sufrían de cierta empatía tortuosa. Pieles sin melanina torturadas ante la idea de que aquella gente oscura se bañase al sol sin miedo a padecer un cáncer de piel. Todos ellos más inclinados al crimen que los mismos criminales.

—Toda fe se basa en meras casualidades. Eres un inmigrante ilegal. Deambulas sin tierra. Ya te veo empeñado en conseguir el beneficio de las supersticiones ajenas.

—No soy supersticioso, si eso es lo que le inquieta.

—En tal caso no dudo que puedas convencer a miríadas de religiosos con tu retórica. Ellos te ayudarán. Te conseguirán algún empleo.

Atravesaron un puente en reparación. Mario pensó en las tardes sin rumbo fijo a lo largo de la carrera séptima. Cuando tenía algún dinero pasaba horas en alguna de sus librerías hasta que se decidía a comprar una edición barata de Silva Plath o Fray Luis de León. A veces también entraba furtivo a las iglesias, donde el rumor de la avenida se disipaba en los coros solemnes de los feligreses.

—Creo que la religión aviva las esperanzas.

Todd levantó su cabeza, condescendiente.

—¿De la muerte o del infierno?

La primera vez en que su abuela lo llevó a la iglesia, Todd escuchó los sermones y las lecturas que se sucedían la una a la otra. Cierta tarde él fue arrebatado por el rostro de una muchacha de cabellos negros y ojos rasgados que junto al atrio oraba.

—Eres un monje medieval. Tal vez debas visitar a un gurú hindú. Al menos para variar.

—El ansia de consumo aún no me carcome —

respondió Mario luego de una pausa.

—Sin esa ansia no estaríamos de vuelta hasta tu casa en un automóvil a través de Manhattan

Mario permaneció inmutable, ensimismado entre la vida después de la muerte y la angustia del infierno descrito por su profesora a los seis años. Todd agitó impaciente su cabeza y concentrado como estaba en las réplicas de Mario atravesó sin detenerse una luz roja. Desde la terraza de un apartamento una muchacha semidesnuda lo insultó a lo largo del espacio desierto.

—Pero no hay por qué preocuparse —repuso Mario—. Todos morimos.

Todd miró a Mario de soslayo sin esforzarse por ocultar su desasosiego.

—¿Qué has pensado del trabajo que te he ofrecido?

Un policía ebrio, a decir por sus bamboleos, golpeaba a un hombre moreno en un centro comercial. Dos mujeres asiáticas avanzaban hacia la autopista en busca de socorro, justo cuando Todd aceleraba desembocando en un barrio de garajes amplios, de casas de cartón recién erigidas y de calles demarcadas sobre las aristas de una cuadrícula incesante.

—Lo mejor será que usted llame a la policía —sugirió Mario.

—¿Para qué? El moreno ha de ser un criminal. Aquellas mujeres son sus secuaces.

Mario osciló su cabeza con reticencia. Buscó con manos temblorosas el celular de Todd. Lo encontró al fondo de la guantera. Marcó el número novecientos once.

—Hay una reyerta en la quinta avenida con setenta y nueve —pronunció a través del auricular.

Mario concluyó que la propuesta de Todd no le atraía, no tanto por la calidad de su oficio como por la actitud de su recién conocido.

—Gracias, pero por ahora tengo trabajo por hacer.

Todd giró su cabeza hacia un lado en un ademán decepcionado.

—Cuéntame, ¿qué estudiaste?

—Teatro.

Mario conjeturó que sólo una historia adobada con prestigio agradaría a su interlocutor. Aun antes de iniciar su periplo era conocido en el ámbito cultural de Bogotá a través de sus representaciones actorales. Sus días habían transcurrido plácidos sobre el escenario, adaptando los malestares de su supervivencia a los versos ilusorios de Shakespeare y Esquilo. El comentario de un director teatral, amigo suyo, quien daba puerta abierta a su desazón como columnista de un periódico de circulación nacional había truncado su carrera.

—Trabajé en varios oficios por varios años y luego de una experiencia desagradable opté por convertirme en un ciudadano del mundo.

—¿Optaste?

—Me tocó —corrigió Mario.

—Espero que no termines administrando un restaurante de comida étnica en Queens.

En Europa tuvo la oportunidad de hacer parte de un grupo de pescadores que recogían cargamentos de pesca ilegales en aguas internacionales para introducirlas a tierra firme y desde allí al continente europeo. Cierto dejo de honorabilidad lo había conminado a rechazar los lucros del contrabando organizado. Anduvo subvencionado varios meses, hasta que fue empleado por una fábrica de textiles. Luego de sufrir una breve agonía tomó un avión en Lisboa y aterrizó en Nueva York, en donde por ahora apenas podía aspirar a conseguir su diaria subsistencia.

—Hemos llegado a las ruinas de Brooklyn.

Mujeres solitarias deambulaban sobre las aceras mirando oblicuamente a los automóviles que disminuían su

velocidad.

—Discúlpame si te he ofendido —añadió Todd—. No era mi intención debilitar tus creencias.

—Discúlpeme por debilitar las suyas. —replicó Mario—. La soledad en sí misma es vacua.

Calles más adelante, transeúntes undívagos recorrían los espacios desolados de la noche.

—Has de saber que las casas cuando no están habitadas por seres humanos sufren un proceso de envejecimiento prematuro —añadió Mario—. Desde luego podemos maquillar el exterior de la casa, pero su interior siempre permanecerá podrido. Ahora figúrate a un gigante que está condenado a habitar en un cuarto diminuto por algunos años. Este personaje este comprimido en el espacio de tal modo que su estadía es muy afanosa, doblando sus piernas y sus brazos. A falta de espejos, el personaje termina por creer que él es el mismo cuarto y que una vez lo saquen de aquellas cuatro paredes su vida será aniquilada. Él ve además a través de dos ventanas millones de cuartos iguales, unos frente a los otros. Con el tiempo logra comunicarse con los prisioneros de los otros cuartos, a quienes no pude ver en su sustancia, de la misma manera que ellos no pueden observar la suya. Algunos le dicen que un día serán liberados por su amo para que habiten en un mundo mejor. Ellos trabajan para el día de su liberación y embellecen sus casas, ayudando a los demás a embellecerlas del mismo modo. Pero otros proclaman que aquello es una mentira, pues el cuarto es lo único visible ante sus ojos. Estos holgazanean y se dedican a hacer picardías, destruyendo sus fachadas, y aquellas de sus vecinos. Un día, finalmente, los cuartos son abiertos y los gigantes descubren que su sustancia no es de piedra, sino de carne y hueso, y que los cuartos han sido puestos a sus pies. Todos rinden cuentas a su amo, quien premia a los laboriosos y castiga a los pérfidos.

—Esa admonición no basta para convertirme —dijo Todd recobrando su voz cáustica—. ¿En dónde quieres que te deje?

Mario dio a Todd las indicaciones necesarias. Todd salvó un puente y adentrándose en las calles desoladas vieron a una manada de gatos aullando a lo largo de la acera.

—¿Conoce la historia de Lázaro? —preguntó Mario luego de un silencio prolongado.

El auto había arribado frente a su apartamento.

—¿El qué resucitó?

—No. Hablo del primer Lázaro.

Todd negó con un gesto y observó impaciente el minutero en su reloj.

—Un rico organiza manjares cada noche —dijo Mario—. Los desperdicios de su mesa son arrojados a un patio, en donde un mendigo llamado Lázaro los disputa con los cerdos y los perros. El rico muere y va al infierno. Desde las llamas asegura a Dios que si hubiera presenciado un milagro durante su vida él mismo habría invitado a Lázaro a su mesa sin tardanza. Dios le replica que los milagros abundaron en su vida, pero dado su escepticismo nunca los reconoció. La historia se repite con cada individuo. Cada día que pasa es un milagro.

—No para Lázaro.

—El paternalismo occidental se ensaña en creer que el hambre, la enfermedad y la muerte son temibles. Pero sólo la carencia de amor estropea una existencia. Hoy día hay millones de hombres y mujeres hambrientos en el mundo. Físicamente padecen, pero de un modo u otro disfrutan su existencia. Aquí, en cambio, la gente, sin padecer el hambre o la enfermedad, se inyecta drogas hasta morir. Dirán que su enfermedad es mental. La psicología, una suerte de pseudohumanismo matriculado, difunde la creencia de que el dolor puede controlarse. En verdad no lo controla, lo

nomina. No cura al esquizofrénico, sólo le anuncia que sufre esquizofrenia. Una manera fría de solidarizarse con sus problemas. De cualquier modo, el proceso de comunicación, aunque mecánico, puede curar al paciente. Entenderá ahora porque el enfermo se enamora a menudo de su psicoanalista. Freud, como era su costumbre, restó importancia a esta relación llamándola transferencia emotiva. Jung vivía asediado de mujeres, quienes lo amaban no tanto por la eficacia de sus teorías como por la gentileza de su trato. Dese cuenta que la difusión de la electricidad coincide con el nacimiento del psicoanálisis. Su crecimiento está ligado al deterioro del diálogo. Hace unos años Colombia sufrió un mes de racionamiento eléctrico. La televisión desapareció de nuestras vidas. Al comienzo la gente andaba desesperada. Al cabo de una semana las protestas disminuyeron. La gente hablaba, preguntaba. No había otro remedio. Se descubrió que la conversación era, de hecho, el mejor remedio. Ya ve cómo la ciencia es una enana presumida ante la vida, esta última siempre dinámica, compleja, plena de inquietudes intangibles. El progreso jamás dará cuenta del porqué, sino del cómo.

—¿El hambre no es tan temible, entonces?

—Claro que lo es. Pero hay abismos peores. Hay políticos que abogan por la esterilización de las mujeres del así llamado tercer mundo. Estas mujeres, sin embargo, se empecinan en engendrar ocho o nueve hijos en condiciones infrahumanas. ¿Por qué? Porque sin sus bebés no darían y recibirían amor. No sobrevivirían.

—Temo que debo partir. Usted debe vestir su hábito medieval ahora que comienza a trabajar —Todd carcajeó—. No te ofendas. El hijo de ese carpintero era un buen hombre. Pero la inquisición desacredita toda su obra.

—Juzgar los evangelios por el comportamiento histórico de la iglesia sería como juzgar la declaración de los

derechos del hombre por el comportamiento histórico de los gobiernos democráticos.

—Un juicio innecesariamente benéfico —respondió Todd en un esfuerzo por escapar mediante una paradoja a un debate prolongado.

—Hay una orgía de violencia que no cesará hasta que la ciudadanía universal sea proclamada —sentenció Mario—; cuando cada hombre deje su cáscara de nuez. La denigración, la impotencia, el destierro a una tierra que ya no nos pertenece es una agonía legal que conmina a los guardias federales a que abusen de los emigrantes.

—Pero tú ya fuiste a Fátima —ironizó Todd—. La Virgen te protege.

VII. Multa

A la mañana siguiente la relación entre Claudia y Clitemnestra se disolvió entre imprecaciones.

Clitemnestra y Cassandro desayunaron quejándose del sonsonete de la guitarra de Mario, que los había despertado sin que les fuese posible reconciliar su sueño.

—¡Si al menos hubiera bien interpretado! —se mofó Cassandro.

Claudia se recluyó en su cuarto, y esforzándose por ignorarlos encendió la radio y se concentró en la lectura de un periódico caduco. Al poco tiempo sintió la necesidad de ir a evacuar al baño. Se enervó al comprobar que Cassandro y Clitemnestra aún deambulaban por su apartamento. Haciendo un acopio de voluntad se levantó, abrió la puerta y atravesó la sala. Clitemnestra y Cassandro acallaron sus voces y tomando sus platos vacíos los depositaron en el lavaplatos. Claudia arrastró sus ojos por el suelo, abarcando el espacio más distante a la cocina, junto a la biblioteca. Al pasar vio una mancha negra sobre el tapete, la cual, según su primera impresión, había sido creada por las cenizas del cigarrillo de Todd.

Sobre el borde del sofá vio la cartera de cuero de Clitemnestra, semiabierta. Se acurrucó a sacudir las cenizas, las cuales se disiparon en el aire hasta descubrir un orificio en el tejido blando. Se levantó apresurada, en un intento por cubrir el daño y evitar otro altercado con Clitemnestra. Presionó sus muslos, más uno de sus tobillos cedió flácido bajo su peso obligándola a aferrarse al objeto más próximo. La cartera de Clitemnestra cayó al suelo desparramando su contenido.

Claudia se inclinó torpemente de rodillas sobre el tapete. Clitemnestra entró desde la cocina para enfrentarla con ojos desorbitados. Claudia se abalanzó hacia adelante y tomando la cartera de cuero en una mano, agrupó con la otra un portamonedas, una billetera, varios cosméticos y tres cartas. Sobre una de ellas descubrió el sello del águila calva. Clitemnestra, respirando agitadamente, recobró sus pertenencias arrebatándoselas de sus manos.

—¿Para quién es esa carta? —preguntó Claudia desafiante.

—Llegaron ayer en el correo —respondió Cassandro desde la cocina.

—Quiero verla —demandó Claudia. El rostro de Clitemnestra palideció. Bajó sus ojos lentamente y observando los sobres de las cartas, escogió una.

—Sí. Parece que una es para ti.

Claudia tomó la carta que Clitemnestra le alargaba. Bajo un rótulo de papel mantequilla leyó su nombre mecanografiado. Abrió el sobre con ansiedad, casi desgarrando su contenido.

Descubrió el carné con su número de seguridad social inscrito. Un tremor plácido distensionó sus músculos. Había esperado por él a lo largo de una década. Ahora podría trabajar sin miedo. Pidió disculpas a Clitemnestra por haber arrojado su cartera al suelo y tornando su cuerpo hacia un costado avanzó hacia el baño. Habría dado un paso cuando un sentimiento abrumador de furia la aguijoneó. Leyó la fecha del matasello de correos, y constató que la carta había sido enviada casi un mes atrás. Releyó la leyenda impresa sobre el sobre:

Multa de quinientos dólares a quien obstruya la entrega de esta carta a su destinatario

—¿Hace cuánto tiempo que recibiste este sobre? —preguntó a Clitemnestra con una voz que traicionaba su agitación.

—Ayer por la mañana, cuando revisé el correo. No me recrimines con esa mirada. Abandonaba el apartamento deprisa y no reparé en su encabezamiento. Cassandro me consiguió un nuevo empleo en un restaurante al lado oeste del parque central. Es bien pago.

—¡Te felicito! —Claudia mintió, y endureciendo su voz añadió—: Más de acuerdo a los sellos esta carta me fue enviada hace más de un mes.

—Es normal —terció Cassandro desde la cocina—. Hay cartas en el correo que se desvían de un lugar a otro.

—Este no es asunto suyo —Claudia lo interrumpió—. Hay una multa de quinientos dólares para quien retenga estos documentos. A ti te podría costar la deportación.

—¿Me estás acusando de malversación? —Clitemnestra abrió su boca sin encontrar las protestas adecuadas.

—No acuso a nadie, pero, créanme, si por una razón u otra pierdo el trabajo en Fawl's, iré al departamento de inmigración a pedirles que efectúen las investigaciones pertinentes sobre esta tardanza.

—No tienes que culparnos de tus fracasos —Clitemnestra la espetó—. ¿Insinúas que yo retuve ese sobre a propósito?

—Después de tanto desagradecimiento te creo capaz de todo.

—¿Desagradecimiento?

—Sé que estamos en los Estados Unidos, en donde las cuentas bancarias disuelven los lazos sentimentales. Hace un tiempo dependías de mí. En un solo día te enseñé el funcionamiento del metro y te adiestré en el uso de los mapas. Te matriculé en una academia para que aprendieras inglés. Decliné las propuestas de Todd con el fin de ser

consecuente con nuestro contrato de arrendamiento. Jamás esperé a que me dieras las gracias. Aun así, tu actitud no dejó de sorprenderme. Cuando conociste a Cassandro le dijiste que nadie te había ayudado a integrarte a la vida en los Estados Unidos y que tus progresos en el inglés se debían a tu constancia, excluyendo las noches en que me sacrifiqué por ti, inculcándote pacientemente las palabras de este idioma.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Arrodillarme y besar tu mano como a una monja superiora? En estas tierras la lisonja ha sido erradicada, una hierba que no le hace bien a nadie. Si en algo me ayudaste, fue porque yo también, de un modo u otro, te ayudaba. No digas que renunciaste a los abrazos de Todd por mí, pues a él no lo amas, le temes, y la mera idea de que él se haya enamorado de ti te ofusca. Desde que me comprometí con Cassandro te mueves por el apartamento como una gata en celo. Lo que temes es a una soledad descarnada, como la de los abuelos de la Florida, que se paralizan en sus albergues y mueren de hambre sin que los descubran por meses. Al comienzo creí que estabas interesada en Cassandro, pero una vez reconocí mi error supe disculparme. Tu reclamo es un mero síntoma de paranoia.

—Ya alegarás eso en la corte.

—Cassandro es testigo de mi inocencia. Seamos sensatos, ¡por Dios! ¿Qué interés tendría yo en retener tus documentos?

—Simplemente por hacerme el daño. Actúas con malicia indígena.

Claudia había endurecido su rostro, delineando el gesto de una niña malcriada. Las palabras de Clitemnestra la afectaban, aunque no necesariamente la ofendían. Se sentía complacida de saber que los avatares de su vida íntima preocupaban a su cohabitante. Ahora debía provocarla para

contagiarla de la misma indignación que la abrasaba. Claudia intuía que la interpretación de las pasiones de un ser humano es una empresa inacabable, y que el único elemento mutable de un conflicto es su definición, la cual mediante los artificios del discurso se convierte en mera puja retórica. Ella carecía, sin embargo, del don de la palabra. De trocar su amargura por la sensatez, aceptando dialogar con Clitemnestra, tendría que someterse a los vericuetos de su lenguaje.

—Sólo una mente podrida como la tuya puede albergar semejantes suposiciones—rechistó desafiante.

Clitemnestra desató su cabello en un gesto aparentemente distraído.

—¡No soy tan pérfida como para andar provocando a los amantes de mis amigas! —dijo con voz quebrada.

—Pero —Claudia rio triunfante—. ¡No te enfurezcas!

Clitemnestra le dio la espalda tratando de calmar su perturbación. Claudia desvió su mirada y observó a Cassandro, quien presenciaba mórbido la escena. Se preguntó si él no habría malinterpretado su condescendencia.

—¡Ustedes son insalubres! —declaró.

—Lo mejor será que nos separemos —balbuceó Clitemnestra.

—Cierto. La farsa ha terminado —puntualizó Claudia apaciguándose—. Hoy mismo hemos de cancelar nuestro contrato de arrendamiento.

—¡Eso digo yo! —el rostro de Clitemnestra se había desfigurado—. ¡Ya bastante he sufrido en esta pocilga!

—¿Habré cogido a la serpiente por el pescuezo?

La discusión se desató en una nueva recriminación. Luego que Claudia mentara a Clitemnestra de pedigüeña y Clitemnestra a Claudia de aberrada. Cassandro cruzó la sala para recluirse en su alcoba.

Un cuarto de hora más tarde Clitemnestra se echaba sobre su cama para irrumpir en llanto.

—Es una amargada —sollozó—. Arregla con ella lo que sea necesario para nuestra mudanza.

Al día siguiente Claudia y Cassandro concertaron en un tono cordial una entrevista con el arrendador para deliberar la entrega de su casa. Se decidió que cada una se mudaría a apartestudios más pequeños y baratos, descartando así la cesión del arriendo a alguna de las dos.

El abandono de su camaradería y el logro de su independencia transformaría sus vidas, pero los roces entre ambas bastaron para persuadirlas de que la amistad, una vez sometida a las pruebas de la convivencia, sufría de un envejecimiento prematuro.

—Los huéspedes son como los cadáveres —Claudia había escuchado a su abuela pronunciar una vez—; a los tres días apestan.

A pesar de haber compartido la misma casa con tres coinquilinos a lo largo de cuatro años, Claudia aún no había encarado a su arrendador, Samuel D. Burne, un profesor retirado cercano a los setenta años, quien cohabitaba con su esposa en una casa junto a W. Glenn, a cuatro horas en marcha de automóvil desde Manhattan.

Unas seis veces por año el Profesor Burne viajaba a Queens a tomar cuidado de sus rentas. Cada vez que alguno de sus arrendatarios experimentaba problemas con los servicios públicos o con la infraestructura de las casas, él se transportaba en persona a tomar cuidado de las reparaciones necesarias. Durante las ocasiones esporádicas en que Samuel se había presentado en su casa, Claudia se había ausentado por diversas razones. Todos sus convenios habían sido predispuestos mediante conversaciones telefónicas. Incluso así, su relación mercantil se profundizó hasta adquirir un matiz afectuoso. Samuel, como Claudia lo llamaba, llamaba

dos veces por semana para conversar con ella sobre los eventos políticos de la semana. Durante la década de los cincuenta Samuel trabajó en París como profesor agregado, una experiencia que amplió su visión de los Estados Unidos. Otrora de una postura chauvinista, Samuel se sentía compelido a justificar las acciones de su gobierno.

—Nosotros somos capaces de todo —repetía con sorna cada vez que los F-16 de los portaaviones federales despegaban con bombas que serían arrojadas sobre suelo ajeno—. Partida de gatos malcriados. Una oligarquía que caga sobre el mundo.

Samuel refutó mediante su actitud los prejuicios que Claudia guardaba contra los anglosajones. Así como Samuel había vislumbrado a través de sus años en Francia el talante autodestructivo de sus conciudadanos, Claudia había identificado los embustes propagados por quienes habían vuelto a Colombia luego de haber morado en los Estados Unidos por un tiempo. El complejo pensamiento de los norteamericanos conformes con su sistema de gobierno era su tema de conversación predilecto. En cierta ocasión Claudia le preguntó cómo podía Samuel criticar a un estado que lo favorecía no sólo a él, sino a su propia familia.

—He agarrado al zorro por la cola. Él cree que estoy con él. Si me descubre me muerde.

Claudia meditaba sus metáforas sin comprenderlas del todo. Samuel jamás las interpretaba, en guardia de manifestar juicios que pudiesen herir su susceptibilidad.

A sus ojos Claudia pasaba como una de las piezas más abundantes e innecesarias del engranaje de la máquina capitalista, afín al labrador itinerante del sistema feudal y al campesino de la granja comunista. Varias décadas atrás, bajo la presión de su Universidad, Samuel había publicado un libro sobre la pobreza durante el periodo revolucionario americano. Su tiraje fue acompañado por encomios de las

revistas de economía especializada más prestigiosas de los Estados Unidos. Su renombre pasajero le había valido un contrato de por vida como profesor de Historia, un puesto al cual agradecía sus lecturas y sus días de ocio y reflexión. Consecuente con el precepto anglosajón de la equidad, Samuel retribuyó a sus comentaristas, historiadores conspicuos en su vida por haber asegurado su sustento. Durante dos años escribió comentarios que redundaron en beneficio de sus carreras profesionales.

—Eviten ser cínicos. Los libros son como las conferencias; nunca se critican so pena de ser criticado —dijo a sus alumnos sorprendiéndolos pocos días antes de su jubilación.

Cierta noche Claudia escuchó una música de piano como fondo de su conversación. Samuel se sorprendió cuando aquella inquilina suramericana le preguntó quién interpretaba las variaciones Goldberg de Johann Sebastian Bach.

Durante sus años en Bogotá había frecuentado el auditorio de la Universidad Nacional en compañía de un grupo de viejos conocidos de Fernando. Junto al patio en donde los estudiantes maoístas organizaban ataques incendiarios contra los tanques blindados del ejército, la orquesta filarmónica nacional se presentaba cada sábado a las cuatro de la tarde. Al comienzo Claudia encomiaba, conforme con la audiencia, los miembros de la orquesta y los periodistas, las notas de Bruck, Wagner y Mahler. Al cabo, presa de ansiedades y de jaquecas, Claudia desistió. Días después, a instancias de Fernando, Claudia adquiriría una colección de discos de música barroca. Seducida por los solos para violonchelo de Bach, Claudia repudió las innovaciones modernas y trocó la grandilocuencia de la orquesta filarmónica por los conciertos de cámara. La lectura de "El Juego de los Abalorios", entró a su vida como un

aliciente.

La música los unió como a dos parientes que se reconcilian desde una ausencia física. Samuel descubría en ciertos coros la nostalgia del paraíso. Abrazaba al mundo, por lo tanto, como un hueco infernal. Claudia supo con inquietud que su arrendador frecuentaba una secta satánica, a donde iba a fornicar dos o tres veces por semana. Cierta tarde Claudia le habló de su precariedad legal, que la había obligado a renunciar a su soltería.

—¡Tanto mejor! —Samuel la había amonestado—. La soledad produce demonios, depresiones y angustias que terminan por afianzarnos.

Días después Claudia había recibido una pequeña reproducción de la aguatinta de Francisco Goya: *El Sueño de la razón produce monstruos*.

Sobre el revés de la postal Samuel había escrito:

El infierno de quienes no aceptan las tinieblas

Cierto sábado en la noche Claudia se había encaminado a instancias de Samuel hacia un centro de iniciación, en donde había asistido a una orgía oficiada por una mujer adusta. Luego de contemplar varios excesos Claudia entró al despacho principal para conocer al jefe local, un hombre de cráneo despoblado, acuciado por otras tres novatas más jóvenes. Claudia lo evadió mezquina con un apretón de manos. No tuvo tiempo de expresarse cuando huyó despavorida. Samuel la consoló diciéndole que los ídolos estaban sujetos a los vaivenes de la vida misma. Sin talante para regresar a aquella caverna nauseabunda, Claudia recayó en su antiguo letargo por los ritos.

En cierta ocasión Claudia se atrevió a contrariar a Samuel. Esgrimió frases a favor del cristianismo, residuos de su aprendizaje adolescente.

—No soy una persona locuaz —Samuel le había dicho—. Pero la perversión abundará en las comunidades

religiosas en tanto sean gobernadas por seres humanos. Nosotros, al menos, no somos lobos disfrazados de oveja; enseñamos nuestras fauces. Te prometo que una vez nos veamos frente a frente adorarás a Belcebú.

Esta ocasión devendría finalmente. Claudia y Clitemnestra debían interceder por la disolución de una cláusula del contrato que las obligaba a pagar una multa de dos meses de arrendamiento por su cancelación prematura. Una vez lo telefonearon a comunicarle de sus planes Samuel les prometió disolver aquella cláusula siempre y cuando ellas le procurasen un nuevo arrendatario. Así Claudia publicó un aviso en el periódico local, más la única respuesta que recibió fue la de un vendedor que le garantizaba encontrar a la persona indicada por una comisión superior a los dos meses de arriendo. Clitemnestra, quien había conseguido un empleo como fregadera de una pizzería, tuvo menos suerte preguntando a sus nuevos compañeros de trabajo. La solución ocurrió de manera imprevista.

Dos días después de comenzar su nueva labor como vendedora de ropa, Claudia recibió una sorpresiva visita de Constantino, quien le contó que luego de varios meses de deambular por varios centros industriales, había optado por regresar a Nueva York.

Claudia organizaba sus pensamientos en torno a su regreso cuando Clitemnestra, abandonando súbitamente su habitación, le propuso a Constantino la cesión de su arriendo. Luego de una explicación pertinente él aceptó agradecido, aduciendo que de esa manera él se evitaba la tediosa labor de buscar una nueva morada.

Al comienzo planearon alquilar un automóvil, mas Todd, con quien Claudia había últimamente asistido a varios espectáculos, se ofreció a transportarlos hasta W. Glenn. Cuatro serían los viajantes incluyendo a Constantino. Para prevenir escenas de celos Claudia advirtió a Constantino que

Todd era su esposo por conveniencia, y a Todd que Constantino era su antiguo amante. Ambos alzaron sus hombros aparentemente indiferentes.

Incluso así Claudia no pudo contener su atracción por Constantino y en las postrimerías del viaje se reunió con él en un pequeño motel a las afueras de Long Island.

—Sólo para revivir —fueron las palabras de Claudia cuando Constantino le propuso reencontrarse días más tarde.

Luego de hacer el amor él le habló de las vicisitudes de los equipos de balompié. Desde pequeño Constantino adaptaba sus emociones a los vaivenes de las facciones, y Claudia podía inferir por su estado de ánimo los recientes resultados de los encuentros futbolísticos. Sabía que él era un mujeriego, y anteriormente, cuando creyó haber capturado sus afectos, Claudia, en su afán por retenerlo, amenazó con encarar a sus amantes. Constantino gesticuló mohíno desapareciendo desde entonces. Sin educación, y con documentos falsos, su amante había trabajado en varias ciudades: Chicago, Cleveland, Salt Lake City, Seattle, emporios de edificios y máquinas que perdían su identidad en la homogeneidad de la comida precocinada y los programas de televisión que entrevistaban a gente incapaz de dudar de su felicidad. Ahora, al volver, Claudia, despechada, se abstenía de dialogar sobre el porvenir de su relación.

Aquel sábado la bruma y el sol abarcaban la cúpula celeste sobre el verdor degradado de las colinas. Todd, al volante, se concentraba en sus problemas de trabajo, desatento a las palabras del nuevo inquilino del apartamento de Claudia, quien, animado por unas cervezas, relataba a Cassandro, en el inglés de Humprey Bogart, su periplo hacia los Estados Unidos.

Siendo un campesino de Barichara había viajado en

barco desde Barranquilla hasta la península de Yucatán, y a pie desde allí hasta el río Bravo. Huérfano de madre, habiendo cursado apenas estudios primarios, aprendió inglés durante su pubertad, cuando varios ingenieros norteamericanos construyeron un pequeño poblado de madera junto a Aratoca, un pueblito de la cordillera oriental de los Andes. En aquel tiempo el gobierno colombiano había firmado un acuerdo con varias corporaciones foráneas para la ampliación de sus vías de comunicación terrestre. Cándido, el padre de Constantino se había enlistado como conductor en la reconstrucción de un tramo de noventa y dos kilómetros sobre la autopista entre Tunja y Bucaramanga. Responsable de transportar materiales sobre los desfiladeros que descendían desde Aratoca hasta la cuenca del río Pescadero, Cándido salvaba precipicios empinados que bordeaban un abismo baldío y rocoso. Los caminos eran frágiles, abiertos con cargas de dinamita y reparados con emplastes de concreto. Aunque los derrumbes eran frecuentes su labor era bien remunerada, particularmente durante la estación de lluvias. Dos veces por día los conductores debían movilizar sus camiones desde el poblado de madera hasta las faldas del precipicio. Ahora bien, esta cifra estaba sujeta a la disposición de los ingenieros, quienes a menudo se ausentaban por una o dos semanas. El trabajo se paralizaba entonces hasta que los responsables regresaban para entre gritos apremiar a los obreros, demandando de éstos la conclusión inmediata de sus obras. Se decía que los ingenieros viajaban a las islas del caribe para dilapidar el presupuesto otorgado por el gobierno. Sin permitir la organización de sindicatos, los conductores se veían forzados durante algunas semanas a ejecutar tres o cuatro viajes por día. Dado el alto índice de camiones despeñados se llegó a rumorar que los conductores no cumplían otra labor que la de probar la resistencia de las

nuevas carreteras. Durante una de esas jornadas extraordinarias Cándido, exhausto por el cansancio, se durmió sobre el volante.

Constantino fue acogido entonces por Miss Allison, hija del ingeniero O'Neill. Obedeciéndola aprendió los fundamentos del inglés. Por cuatro años Constantino fue el encargado de comprar los comestibles de la familia O'Neill en el mercado del pueblo. El último año, incitado por los comerciantes locales, Constantino falsificó facturas con el propósito de desfalcar a sus patrones. Descubierto o denunciado Constantino se vio expulsado del seno de sus protectores.

Tiempo después, viviendo con una tía soltera Constantino comprobó amargamente que estaba enamorado de la señorita O'Neill. Aunque en Aratoca la mayoría de la población era de ojos verdes y de cabello castaño, la figura alta y delgada de la señorita O'Neill, sus ojos grises y su cabellera rubia, casi canosa, eran rasgos inéditos en de la región. Su porte exótico incrementaba por su español atrofiado, pues ella, perezosa de conjugar los verbos, se defendía con el uso continuo del infinitivo. Constantino la acompañaba todas las mañanas de ida y vuelta hasta la escuela y a la capilla presbiteriana. A veces, en las noches, ella también lo invitaba al cine, cuando sus padres se ausentaban. Constantino era el único nativo que dominaba el inglés, y luego de cada película, la señorita O'Neill se expandía en monólogos que equiparaban las locaciones de los estudios de Hollywood con las ciudades que ella había visitado y aún recordaba. Constantino celebraba sus comentarios menoscabando su vida en Colombia, siempre atrasada en comparación a la norteamericana.

—Algún día te enseñaré esas ciudades —le había prometido una vez la señorita.

Su separación fue contraproducente desde el principio. Aunque él era tres años más joven, la señorita O'Neill perdió a su único confidente en su lengua materna. Dos semanas más tarde sus padres la enviaron de vuelta al estado de Oregón, en donde fue sometida a un tratamiento psiquiátrico. Constantino, internado bajo amenazas de su tía en un seminario, concluyó su primaria alejado de su pueblo. Durante su tiempo libre frecuentó la capilla, en donde por largas horas oró y contempló la imagen de una virgen de cabello rubio y ojos grises, quien desde su silencio parecía reconfortarlo.

En el seminario Constantino cursó varios años de la escuela secundaria hasta el día de su expulsión, cuando en medio de una riña con un condiscípulo fue avistado por un sacerdote. Ambos rivales fueron regañados por el clérigo, quien decretó que ambos expiarían su agresividad con sendos golpes de férula sobre las palmas de sus manos. El cura extrajo del interior de su sotana una plancha de roble, de unos quince centímetros, con un mango de igual magnitud. Constantino vio al superior palpar los puños de su condiscípulo. Expandiendo una de las palmas de su víctima sobre su mano izquierda, y enarbolando su férula en la derecha, el prelado, concentrándose, sacudió su brazo hacia abajo. La tabla machacó la palma, la cual cedió como una costilla de res quebrada bajo el golpe de un matarife. La sangre brotó a través de los cinco orificios visibles en su piel descarnada. Levantando la voz sobre los aullidos de su víctima, quien se retorcía sobre el suelo, el padre pidió a Constantino su palma extendida. Obedeció, más en el momento en que el ministro impulsaba su férula hacia abajo, Constantino retiró su puño hacia afuera. El golpe atizó la palma del religioso, quien, desmayado por el dolor, golpeó su cráneo contra el suelo.

—Usted es un reñidor —fueron las últimas palabras del

obispo, quien sin aceptar la mediación de su tía soltera lo expulsó del seminario. Así acabó Constantino con las aspiraciones de su tía, quien alguna vez anheló verlo presidiendo el atrio de una catedral.

Luego de varios años de vagabundeo Constantino fue preso por hurto en la cárcel municipal de San Gil, en donde sufrió las vejaciones de los guardianes y otros prisioneros. Allí compartió una celda húmeda y maloliente con Gilberto Quintana, vendedor al detal de barbitúricos, quien lo introdujo al placer autista de la heroína. Esta era introducida a la prisión mediante las frecuentes visitas de su hijo Orlando, alias El Mandril, quien con la complicidad de dos guardianes entraba hasta la celda. Una vez dentro defecaba comprimidos de plástico sobre pedazos de papel periódico. Gilberto establecía con otros traficantes internos los precios del mercado, a la vez que Constantino se encargaba de su distribución.

Durante los tres primeros meses de comercio subrepticio Constantino derrochó sus ganancias en su propia adicción. Cierta tarde escuchó voces incomprensibles, indicios de una demencia incipiente que lo arredró. En su esfuerzo por regenerarse, Constantino consideró los efectos de la droga como inversamente proporcionales a los de sus miserias. Un adelanto a los sucesos después de su defunción. Si la vida era vil, como en efecto lo era para un prisionero, y la muerte una terminación de esa vileza, la heroína, como el suicidio, era otra negación ansiosa de la realidad, opuesta al flujo impuesto de los sueños y las pesadillas. Presionado por estas consideraciones, Constantino decidió eliminar aquel veneno, abrazando en su lugar los sinsabores de los nuevos días. Dispuesto a encarar su hastío hasta el fin, asumió todo tipo de sufrimientos por el mero interés de prevalecer.

La voluntad férrea que desplegó durante las semanas

siguientes, mordiendo sus labios y golpeándose contra las paredes, despertó la curiosidad y admiración de sus cofrades convictos, quienes presenciaron la curación de un heroinómano y el advenimiento de un narcotraficante. Su relación con Gilberto, sin embargo, se deterioró hasta adquirir matices de animosidad. A lo largo de su vida adulta, el secreto mejor guardado en la vida de Constantino sería su relación homosexual con Gilberto, una práctica común en las prisiones, que Constantino aceptó en su debilidad por el vicio y repudió a partir de su curación. Una serie de altercados entre ambos prisioneros culminó con el traslado de Constantino a otra celda contigua. Su relación de negocios continuó por conveniencia, pero se vio amenazada días más tarde, cuando Gilberto acogió en su celda a otro joven narcotraficante de apellido Almeida, destinado, según murmuraron los guardianes y los presos, a reemplazar a Constantino en su distribución interina. Tiempo después, luego de tomar su ducha diaria, Gilberto fue degollado con una cuchilla de afeitar por manos imprecisas. Las sospechas fueron disueltas luego de la salida de la prisión de Constantino, adelantada por un juez amigo de su tía, solterona devota de San José, ahora vendedora de pasajes de autobús, con quien habría de convivir por un año y medio más. A la par con varios intentos infructuosos de retomar sus estudios, Constantino volvió a la calle, en donde reconoció y estrechó su amistad con Orlando, su nuevo socio y compinche. Prueba de la ductilidad de su carácter, la fácil insidia con que Constantino acostumbraba a minarlo, conduciéndolo a perpetrar actos violentos. Luego de una noche de francachela, ambos cofrades encontraron a Almeida en un prostíbulo. Constantino insinuó algunas palabras al oído de Orlando, quien sin preámbulos tomó un cuchillo de mesa y yendo hasta Almeida lo descargó sobre sus espaldas. Perseguidos por los familiares del occiso,

determinados a emigrar a los Estados Unidos, ambos reunieron un grupo con otros tres haraganes para embarcarse desde Barranquilla hasta Miami. Polizontes en un barco de carga, dos de los cuatro viajantes sobrevivieron un largo ayuno hasta la península de Yucatán, donde desembarcaron deshidratados y anémicos. Su travesía hasta el río Bravo transcurrió sin inconvenientes, y de allí hasta Dallas, en donde Constantino, con su inglés nasal y su cabello castaño, fue acogido como en su país natal.

—Los únicos desempleados en este país somos nosotros —dijo Cassandro, luego de escuchar la relación más superflua del periplo de Constantino.

Todd carcajeó. Constantino observó los ojos rasgados de Cassandro.

—Ustedes no me lo van a creer —exclamó Claudia—, pero el compañero de viaje de Constantino fue un vecino de mi infancia.

—¡Embustes! —replicó Todd aún absorto en las palabras de Cassandro—. Eso es lo que los holgazanes dicen para justificar su demagogia. Si yo tuviese mis piernas sanas hace años que hubiese sido ascendido en mi trabajo.

—Con un cuerpo sano jamás habrías escrito una sola página —replicó Claudia—. Deberías alegrarte por Constantino.

—Ese es el problema con la identidad latinoamericana —repuso Todd—. Los únicos latinos que son discriminados por la clase gobernante son aquellos de piel oscura; los indios o los negros. En cuanto un blanco de ojos verdes como Constantino se asoma por la frontera, la gente del departamento de inmigración les abre las puertas como si fuesen idiotas atendiendo a los pioneros del día de Acción de Gracias.

—Ustedes al menos tienen la libertad de viajar a través de los Estados Unidos —terció Cassandro—. En cuanto

dejo grandes ciudades hay un ejército de policías siguiéndome el rastro. Temen que seduzca a sus mujeres.

—No lo puedo negar —afirmó Constantino sin ocultar su complacencia—. A cada parte que voy me tratan mejor que a otros empleados. Me asusta creer que reúno los requisitos de una vida predispuesta: hombre de piel blanca, estatura elevada y heterosexual. No tengo inconveniente en profesar la fe protestante. Aun así, mi bisabuela era zamba.

—¡La mía también! —bromeó Cassandro.

—Hablo en serio. Es algo difícil de comprender para aquellos que no han vivido en Suramérica, un continente de mestizos, zambos y mulatos. Simón Bolívar, nuestro demagogo nacional, también tenía una abuela negra. Esta circunstancia accidental, sin embargo, no me ha hecho menos racista de lo que conviene a un ciudadano de clase media trabajadora.

—Puede que seamos una minoría, incluso así, preservamos nuestra pureza racial —Cassandro rezongó.

—No hablarás en serio —Claudia lo miró desafiante.

—Desde luego que no —reconsideró Cassandro.

—Esa muchacha —musitó Constantino—, Clitemnestra. ¿Es tu novia?

Cassandro levantó sus cejas asintiendo a medias.

—Baila bastante bien.

—¿La conoces? —preguntó Cassandro intrigado.

—La he visto un par de veces.

—¿Dónde? —preguntó Cassandro.

—No tiene importancia.

Constantino infirió por la perplejidad de Cassandro, que las danzas nocturnas de Clitemnestra en un local de la sexta avenida eran discretas, si no secretas.

Todd contó la historia de su tatarabuelo, quien luego de engendrar y criar a un hijo bastardo lo había vendido en el mercado como a un esclavo, tan sólo porque el color de su

piel era oscuro.

—Un caso de mercado negro —agregó Cassandro—. Yo hubiera actuado igual. Toda atrocidad es cultural. Todo asesinato puede ser legal.

—Ya superamos ese equívoco —Todd lo espetó—. Los antepasados de Hitler fueron subyugados por las huestes mongoles de Atila. ¡La manipulación de la historia! Lo pueden comprobar escudriñando los rasgos faciales de Adolfo. ¡No me tomen en serio! ¡Asquea! Adentrarse en los intríngulis de la ideología racista sería validarla. Pero la sangre no es lo que cuenta en estos días, sino la apariencia. Pieles desteñidas o bronceadas, narices respingadas, cabellos rubios y lacios, estatura elevada. Pronostico clínicas de belleza genética antes de mi muerte.

La discusión continuó alrededor de la infamia institucionalizada sin otro pormenor que el recuerdo inagotablemente execrable de los campos de concentración y la perorata continua de Todd.

Horas más tarde, luego de un breve descanso en una estación de gasolina, Cassandro se ofreció a relevar a Todd como conductor del automóvil. Todd aceptó gustoso, cedió su puesto a Cassandro y reclinándose sobre su nuevo asiento se sumió en el sopor del sueño. Se contentó con imaginar a varias parejas en el mar, emanaciones de varias películas censuradas que había visto en Santiago. Se integró con ellas, aunando su deseo a los besos de Claudia y Constantino, quienes desnudos se revolvían a su cama. Cerca de una hora más tarde el breve ulular de una sirena lo despertó. Cassandro observó a través del retrovisor las luces abigarradas de una patrulla de la policía departamental.

—¡El hijo de puta es blanco! —maldijo estacionándose sobre el carril auxiliar de la autopista.

—Usted mejor le habla en español —advirtió Todd a Claudia—si no él la tomará por una estadounidense.

—El límite de la velocidad es de sesenta y cinco millas por hora —dijo el policía recostando su brazo derecho sobre el techo del automóvil—. Usted viajaba a sesenta y siete.

—Discúlpeme, oficial —dijo Todd con suavidad—. Olvidé usar el piloto automático.

Todd miró a Claudia, haciendo saltar las pupilas fuera de sus ojos en un gesto que demandaba palabras.

Claudia no se pronunció al respecto. El policía observó el interior del automóvil desde la ventana y detuvo sus ojos en los suyos. Una sonrisa desdeñosa se dibujó en sus labios.

—Papeles —demandó el policía.

—¡Hágame el favor! —replicó Cassandro—. Puede comprobar la historia de mi licencia de conducción. Nunca he cometido una infracción.

—Sí, así es —dijo Claudia en un inglés tosco: *"Yeah! Right!"*.

El policía desvió su mirada hacia el asiento trasero, desde donde Constantino y Todd lo observaban con impaciencia.

—Lo que él dice es cierto, oficial —terció Constantino—. Le prometemos que en adelante viajaremos con cuidado. Mi esposa…

—¡Papeles! —el policía lo cortó en su explicación.

Cassandro extrajo su licencia de conducción de su cartera, y los documentos del automóvil de uno de los compartimentos adosados sobre la puerta lateral a su izquierda. El policía retornó a su automóvil para constatar la información suministrada.

—Quiere cerciorarse de que no somos criminales —explicó Todd.

—¿Por qué no hablaste con presteza? —inquirió a Claudia con escozor—. Ellos nunca perdonan a asiáticos que cohabitan con rubias.

—Pagaré la mitad de la multa —Claudia se disculpó.

—Si eso fuera bastante —Cassandro rechistó—. Esta infracción maculará mi historial. Viviendo en Nueva York tendré que pagar ahora un seguro automovilístico de trescientos dólares por mes.

—No tienes automóvil —musitó Claudia.

El policía regresó con un talonario que Cassandro firmó. Dando las gracias el policía se despidió dejando una copia del recibo entre sus manos. Las diatribas de Cassandro contra el racismo de los agentes norteamericanos no se hicieron esperar. Claudia le espetó diciéndole que cualquier autoridad encontraba siempre un pretexto para discriminar.

VIII. Miranda

El automóvil avanzaba por la autopista con las ventanillas cerradas. Todd, irritado por el murmullo del motor y por una discusión ya agotada, giró el dial de la radio hasta que una voz femenina emergió entre estática y zumbidos.

—Interrumpimos nuestra programación habitual para ampliar una noticia de última hora. El Buró Federal de Investigaciones ha desmantelado esta mañana una red vinculada a una secta religiosa apocalíptica en una finca rural del condado de Ashford, en el estado de New Albion, al pie de la cadena montañosa de los Montes Graylock.

Cassandro chasqueó la lengua.

—Siempre hay una finca —dijo—. Nunca es un apartamento con vista al río.

—Hasta el momento —continuó la locutora— se han exhumado treinta y siete cuerpos enterrados en el patio posterior de la propiedad conocida como Hollow Creek Farm, aunque las autoridades no descartan que la cifra aumente a medida que avancen las labores de desenterramiento.

Todd bajó el volumen un instante y volvió a subirlo.

—Los miembros de la secta creían que el fin del mundo era inminente y se reunían los fines de semana en la hacienda, ubicada a más de cuarenta millas del núcleo urbano. Vecinos de la zona aseguran haber visto luces encendidas durante la noche y escuchado cánticos en idiomas no identificados.

—Idiomas inventados —comentó Constantino—. Eso siempre impresiona a los débiles.

—Las autoridades investigan si las muertes corresponden a una serie de asesinatos rituales o si, tal como sugieren algunos indicios preliminares, se trataría de un nuevo suicidio colectivo, que se suma a la reciente ola de muertes sectarias registrada en Europa.

Cassandro rio por lo bajo.

—¿Europa? —dijo—. Pensé que esas cosas solo pasaban en países atrasados.

—El año pasado —prosiguió la locutora— Francia registró varios episodios similares vinculados a comunidades milenaristas. Las autoridades de New Albion no descartan conexiones ideológicas, aunque por ahora no se ha establecido ningún vínculo directo.

—La fe siempre viaja mejor que la gente —sentenció Todd—. No necesita pasaporte.

Claudia permanecía en silencio, con la frente apoyada contra el vidrio frío de la ventanilla.

—Seguiremos informando desde Hollow Creek Farm, una propiedad ubicada a pocos minutos de W. Glenn, en la zona rural del condado de Ashford.

Claudia apagó la radio.

—Treinta y siete —dijo—. Y eso que apenas están empezando a cavar.

—Es que nosotros también nos destacamos por nuestros asesinos en serie —dijo Todd, como quien enuncia una estadística—. En ninguna otra nación hay tanta libertad como en los Estados Unidos. Es el paraíso de los aficionados al crimen.

Cassandro soltó una risa breve, nasal.

—Bueno, eso depende —replicó—. Nosotros, al menos en Asia, tenemos el gran mérito de haber producido asesinos en serie mucho más sofisticados. No se esconden en fincas ni en sótanos. Nosotros los convertimos en gobernantes. Así pasó con Lenin y sus pupilos, Stalin y Mao

Tse-tung, y así pasó también en Camboya. Ese es nuestro mérito: una violencia más refinada, más sistemática.

Todd asintió con ironía.

—Creí que los rusos eran europeos.

Cassandro lo miró con esa sabia humildad tan propia de los asiáticos.

—Con un tártaro bajo la piel, dicen ellos mismos.

—Asesinos con ideología —rio Todd—. Eso siempre mejora la reputación.

Constantino, que hasta entonces había escuchado con atención distraída, intervino:

—¿Y nosotros, los colombianos? —preguntó a Claudia—. ¿Tendremos algo comparable?

—Bueno —respondió Claudia tras una breve pausa—, nosotros tenemos al guerrillero Tiro Fijo, que es tan legal como Lenin o Mao, o al demente Campo Elías Delgado.

—¿Quién? —preguntó Cassandro.

—Un asesino en serie —contestó Constantino—, pero con formación internacional. Fue educado en los Estados Unidos. Peleó como mercenario en la guerra de Vietnam a cambio de la ciudadanía americana. Con ese pasaporte regresó a Colombia y vivía entre la prostitución y los buenos restaurantes. Hasta que un día entró a uno, creyó que todos eran vietcongs… y asesinó a unas treinta personas.

Todd silbó con fingida admiración.

—Trauma global —dijo—. Intercambio visceral.

Hubo un silencio breve, en que Claudia sintonizó música clásica.

—Hubo una ocasión en que me sentí víctima de asesinos en serie —dijo.

Todd giró levemente el torso hacia ella.

—¿Ah, sí?

—Sufrí la vejación de ser colombiana en Izquierdópolis —continuó Claudia—, un país de economía decadente que

culpa de su infelicidad para con los colombianos que allá emigraron durante los años sesenta.

—Los vecinos son siempre los culpables —Cassandro replicó—. Colombia y Izquierdópolis, Rusia y Polonia, Japón y Corea. Aunque yo escuché que Izquierdópolis era un país racista.

—Han encontrado su chivo expiatorio en nosotros, por eso mismo. La mitad de su población se conformó durante la bonanza petrolera, es decir, recientemente, hay muchos hijos de italianos, portugueses y españoles que hoy día apuntan su inconformidad contra los colombianos.

Eran miembros de un partido que gobernaba en cierta ciudad, en cierta nación… de cuyo nombre no quiero acordarme.

Constantino sonrió.

—Cuéntanos —insistió—. ¿Cómo fue eso?

Claudia negó con la cabeza.

—Es un relato largo —dijo—. Tal vez otro día.

—Tenemos tiempo —replicó Todd—. Siempre hay tiempo para escuchar a una víctima.

Claudia respiró hondo y comenzó su relato.

—Papeles —requirió el hombre rubio de cachetes fofos y bigote escuálido.

—¿Es ésta la sala de espera para el vuelo a Nueva York? —repliqué.

El hombre rubio me miró con el resentimiento de la autoridad negada. Los ojos del sicario que buscan la motivación de su ira contra su víctima antes de disparar estaban frente a mí.

Fue un martes de junio. Aquella mañana había desatendido las palabras de mi primer marido, quien me repitió que con el fin de producir una impresión favorable en las autoridades aduaneras de los Estados Unidos me era indispensable depilarme y maquillarme. En aquel entonces

nuestra relación declinaba, razón por la cual omití su consejo, mis cabellos enredados. Respiré los vientos fríos de la madrugada bogotana, me enjuagué el rostro con un paño de agua tibia y llamé a un taxi al aeropuerto. Allí me despedí de quienes había amado, y tomando un vuelo de Bogotá a Nueva York hice escala en Miranda.

Siete años atrás, meses antes de la segunda depresión económica que azotó a los emporios turísticos de las Islas Imperiales destituyó al presidente de turno de abuelos colombianos, y cortó el subsidio de la leche bovina, mi abuela y yo emprendimos la temeraria empresa de atravesar Izquierdópolis desde la Guajira colombiana hasta Santander. La jornada de once días se tornó solitaria y nerviosa. El paisaje exuberante de las laderas vanguardistas no apaciguó la incomodidad por las miradas hostiles de los nativos. Poco conversamos: nuestro acento ahuyentaba a los hombres y espantaba a los lactantes. La devaluación del bolívar y la pérdida definitiva de las esperanzas de Izquierdópolis de ingresar al así llamado primer mundo era una humillación que urgía de culpables. La prensa local era pródiga a la hora de escribir diatribas contra los emigrantes colombianos que conformaban la plebe y la inteligencia de aquel país. Sus conclusiones eran exacerbadamente intolerantes: Los colombianos han sido contratados en puestos de importancia, decían, ellos son los causantes de nuestro retroceso económico.

Durante el tiempo en aquellas tierras sufrimos una indolencia que apuró nuestro regreso. Ya en Colombia ocupaciones diarias y acontecimientos más felices borraron el aspecto huraño de los vanguardistas de nuestra memoria. Estudiando en Bucaramanga llegué incluso a sostener una corta relación con un vanguardista, quien me llegó a convencer de que aquellas impresiones no eran más que un producto de nuestra paranoia. Después de todo, nunca

conversamos con la gente de aquel país durante nuestro viaje por sus costas y picos. Con furor me uní al credo vanguardista que ve en Simón Bolívar a un tirano ejemplar, para beneficio de aquel sentimiento agresivo que en Sudamérica llamamos patriotismo.

Ahora, ante la mirada del hombre rubio aquellas impresiones volvían acompañadas de otras aleccionadas por rumores caseros. Se hablaba de los colombianos que trabajaban como esclavos en las plantaciones de caña de la cuenca baja del Atrato, de las reinas de los pueblos costeños decapitadas en las orgías de los militares vanguardistas, de los músicos barranquilleros torturados por policías celosos de la voluptuosidad que la cumbia despertaba en sus esposas, y de las mazmorras del aeropuerto Simón Bolívar de Miranda, capital de Izquierdópolis. Aquellas memorias, verídicas o exageradas por el miedo, se vertieron sobre mi imaginación enfriándome la sangre y dando al policía pie para que me acosase. Ya entonces intuía que aquel hombre sin credenciales era miembro de la difamada guardia vanguardista.

—¡Papeles! —ordenó esta vez el hombre rubio.

—Y, ¿quién es usted? —pregunté mientras pasaba mi pasaporte del bolsillo de mi sastre hasta sus manos.

—Tiquete aéreo—fue su respuesta.

Yo le entregué mi pasabordo.

—Tiquete aéreo —él requirió de nuevo.

—Usted tiene el tiquete —repliqué sin contener un tinte irónico en mi sonrisa.

—¿Conque yo lo tengo? —replicó el guardia extrayendo del bolsillo un libro grueso, al parecer un manual de leyes aduaneras.

—Mi pasabordo es mi tiquete —cometí la imprudencia de aclarar.

El hombre rubio descubrió en mi cooperación una

ofensa imperdonable. Ya el hecho de portar una visa colombiana me convertía en una sospechosa ante sus ojos. Aquel documento burocrático me otorgaba un tinte criminal encarecido por una serie de televisión norteamericana bastante popular en Latinoamérica durante aquel tiempo. En ella dos policías descubrían a un grupo de narcotraficantes que intentaban violar la zona costera de Miami. Los hampones, invariablemente colombianos, recibían un impacto de bala en su cabeza hacia el final de cada episodio. La resonancia de aquella serie se había hecho palpable no sólo en el incremento del tráfico y consumo de drogas en los Estados Unidos, sino así mismo en la caza de brujas de los portadores de pasaportes colombianos, quienes caían sobre los baldosas de los aeropuertos internacionales abaleados por policías nerviosos adictos a la T.V.

Mi vivacidad inquietó a aquel guardia o detective hasta el punto de que luego de sostener una mirada desafiante ante mis ojos, tal y como el manual en sus manos le dictaba, aquel justiciero avanzó hacia mí sin reparar en la silla metálica frente a su rodilla. Al dar un paso adelante su cuerpo trastabilló contra el brazo metálico, contorsionando su pierna en un jalón doloroso, lo suficiente como para propiciar la pérdida de su equilibrio y su caída aparatosa sobre el suelo. El manual saltó al aire con torpeza para caer junto a mis pies. Lo recogí y vi las figuras que dictaban el tipo de mirada que aquel perito intentaba tontamente de emular.

Minutos más tarde, el jefe de la guardia civil me diría en una mazmorra, a solas:

—¡Extranjera! Aquí mandamos nosotros, gústele o no, y si se me da la chingada madre la mando al calabozo. Aquí no estamos en los Estados Unidos, en donde la policía se asusta con los tales derechos humanos, y mucho menos Colombia. Usted tendrá que mamarme la verga si me viene

en gana.

Mientras continuaba sus insultos de rutina contra mi nacionalidad deseché la idea de discutir con aquel infeliz que dominaba el acento de las cárceles y los prostíbulos. Recordé la convención de Varsovia, que se decía protegía a viajeros internacionales que hacían escala en un tercer país, y me pregunté qué político había decretado el empleo de aquellos paladines en un aeropuerto internacional. En cuanto al desconocimiento de los derechos humanos en Izquierdópolis, aquel hombre no carecía de fundamento. Su país pasaba tan desapercibido en el campo de las artes y los deportes que las tenazas de la comunidad internacional apenas si podían reparar en sus desmanes.

En Bogotá, como en Chiapas, los asesinos han aprendido que un acto impune puede desplegar una publicidad que los destierra del anonimato y los conduce a un juicio internacional a través de los despliegues sensacionalistas de los medios de comunicación. En Izquierdópolis, en donde cinco millones de colombianos cohabitan con doce millones de nativos, las organizaciones de derechos humanos brillan por su ausencia. Los derechos deshechos, y los abusos contra la gente parida entre las líneas trazadas por un cartógrafo vasco del siglo XVI apenas despiertan la curiosidad de una prensa internacional que se esfuerza por reducir la complejidad latinoamericana a las narrativas de Fidel Castro y el Che Guevara, asesinos consumados más cercanos a Hitler —otro socialista—, que a Gandhi, Martin Luther King o Mandela.

Momentos atrás el hombre rubio se levantaba del suelo con su rostro desencajado por la vergüenza, sus órbitas negras saltando en un mar rojo de pequeñas arterias quebradas sobre el blanco de sus ojos. Sin preámbulos el guardia extrajo su revólver y apuntándolo contra el techo miró a su alrededor, al parecer para cerciorarse de que nadie

lo avistaría. Demasiado tarde, pues ya una anciana se desgañitaba en un ataque de histeria que conminó a todos los presentes a agazaparse bajo las sillas de la sala de espera. Yo no me inmuté, absorta como estaba en la lectura rápida de aquel manual de instrucciones aduaneras. Empero, cuando reparé en el revólver del hombre contra el techo, solté el folleto de mis manos y levanté mis brazos en el temor de que aquel energúmeno desatase su furia contra mi organismo.

—¡Recoja el manual! —me dijo.

Yo obedecí justo cuando varios hombres inundaban el recinto. Al levantar mi mirada hacia el hombre rubio observé el cañón de su pistola frente a mí. Aún me pregunto si su intención en aquel momento era la de asesinarme aduciendo que yo quería hurtarle su cuaderno. No lo sabré, pero infiero que la entrada oportuna de los colegas de aquel gendarme evitó un acto brutal. Imposibilitada para conversar escuché a los guardias que cuchicheaban entre sí. Se decidió que yo debía seguirlos fuera de la zona internacional. Obedecí sin rechistar, temblorosa como estaba. La imagen del cañón del revólver persistía indeleble ante mis ojos.

A través de los pasillos del aeropuerto recordé de cuántas historias se contaban sobre los colombianos condenados a pagar sentencias por crímenes que jamás cometieron. La más común era aquella de las requisas breves, donde para estupefacción de los interrogados se les informaba que sus bolsillos contenían bolsas con cocaína. De nada valían sus juramentos de inocencia, ni sus acusaciones contra la guardia civil. Ya en el juicio se les permitía a los condenados la declaración de su inocencia ante la vista irrefutable de la cocaína que nunca transportaron.

Un guardia negro se me acercó con simpatía canina para violar el silencio de su colega. Me dijo que la guardia civil vanguardista trabajaba con la Interpol. Le pregunté por un

documento de identificación y él me sonrió con displicencia. Me recordó a mi primer enamorado, Orlando, hijo de un delincuente bumangués de ascendencia iraní, quien viajó a Bogotá para efectuar algunos negocios turbios, y a quien cierto día avisté en el cajero electrónico de la calle treinta y nueve con avenida trece. Yo apresuré mi paso para saludarlo sin percatarme de su acompañante; una mujer de sastre rucio que sonreía con dientes desnaturalizadamente blancos. Me observó de soslayo por unos breves instantes, tiempo suficiente para examinar mi vestimenta casual y mi cabello desordenado. En un gesto empático reparé en su vestimenta nueva, su gabán abultado, su perfume exuberante y el llavero en sus manos, el cual sacudía ostentosamente en un esfuerzo por pregonar su propiedad automotriz.

—¿Cuál era el apellido de tu primer novio? —Constantino la interpeló.

—¿De Orlando?

—¿Orlando Rengifo? —insistió Constantino—. Creo que tenemos un amigo en común.

—Francisco Orlando Nariño —mintió Claudia con un gesto airado, compungida ante la posibilidad que Constantino la imaginase acoplándose con un delincuente. Los celos deteriorarían entonces los privilegios ya frágiles de su amante luego de su boda con Todd, apurando además razones precipitadas de promiscuidad femenina que azuzarían su desprecio.

Orlando, su amorío más compulsivo y frágil. Se apostaba cada tarde a la salida de su escuela, en donde las muchachas de cursos superiores admiraban su motocicleta de marca, sus brazos fornidos y su cintura de avispa. Luego de varias provocaciones insistente Claudia aceptó acompañarlo al cine, en donde se besaron en la oscuridad. Durante las tardes de aquel mes de agosto frecuentaron la casa del abuelo materno de Orlando, viejo marinero catalán

que los convidaba a compartir una paella valenciana. Mientras jugaban damas chinas se embriagaban y se manoseaban con la connivencia del anciano. Cierta tarde, luego de haber trotado la montaña de Pan de Azúcar que se eleva sobre el barrio Terrazas, Orlando la introdujo a su casa, entonces desocupada luego del encarcelamiento de su padre y la subsecuente muerte de su madre de un ataque cardiaco, en donde ella consintió ser desvirgada entre promesas de amor perenne. A la mañana siguiente una alumna de un curso superior, de rostro ajado por el ácido, le revelaría a Claudia que Orlando era uno de los vendedores de barbitúricos más temidos de los colegios bumangueses. Cuando ella lo interrogó al respecto él la abofeteó y la repudió sin contemplaciones. Sus primeras penas de amor la sumieron en cama durante casi una semana. Su recuperación llegó a ser la causa de un acontecimiento tragicómico. Cierta noche Orlando había preparado una pizza de hongos alucinógenos, de la cual sólo había ingerido un pedazo, reservando el resto para futuras ocasiones. A la mañana siguiente su abuela septuagenaria lo había sorprendido luego de un largo viaje por el Chocó. La señora Rengifo dijo que quería visitarlo durante su luto por la muerte de su madre y la congoja por el encarcelamiento de su padre. Orlando la había recibido sin entusiasmo, receloso de su intromisión, y luego de instalarla en la vieja alcoba de sus padres se despidió para cumplir con sus compromisos. Al regresar en la tarde Orlando había encontrado a su abuela delirando incongruencias entre risotadas sobre el suelo de la cocina, donde había cometido la imprudencia de devorar los restantes quince pedazos de alucinógenos horneados.

—¡Al menos murió con una sonrisa de oreja a oreja! —era el apunte con que Orlando concluía entre risotadas la crónica del deceso de su abuela.

Claudia oyó esta anécdota a través de Franco, amigo de

Orlando y su segundo novio carnal, el mismo día en que anunció en el submundo de la escuela que había perdido la virginidad. Aunque todos rieron al oír de la muerte accidental de la abuela de Orlando, no faltó quien afirmara que la historia de los hongos había sido una invención para incentivar el consumo de drogas entre los jóvenes bumangueses.

Sus vidas se distanciaron al compás de nuevos amantes, hasta cuando, años después, frente a aquel cajero electrónico, regresaron sus encuentros frente a los cinemas, sus tardes en casa de su abuelo cocinando paella y sus madrugadas de sexo entre promesas de amor inmarcesible, eventos que al agolparse la inmovilizaron ante un rostro frío. Orlando apenas la observó, y girando sobre sí mismo con arrogancia cosmopolita sonrió a su más reciente amante.

—Mi humanidad había desaparecido bajo mis ropas —Claudia retomó su relato—, signo indeleble de su pasado, y su prosperidad se adivinaba en el flirteo con aquella modelo de dientes postizos. Entonces lo dejé, renuente a encarar su jactancia. Meses después alguien me dijo que Orlando me difamaba, asegurando mi afición por las drogas. Murmuraciones que tenían cierto fundamento, pues Orlando fumaba marihuana y yo en varias ocasiones me atreví a acompañarlo, pero que exageraban mi afición con el mero fin de denigrarme.

—Es conveniente para la moral que dejes a tu amante por sus adicciones —asintió Constantino.

—Pienso en el retruécano de los griegos que dice que aquellos que nos han despreciado alguna vez jamás nos perdonan —continuó Claudia—; pero si la raíz de ese desprecio es invariablemente el amor, en nuestra sociedad cristiana siempre habrá esperanzas de reconciliación. De cualquier modo, la semejanza entre mi primer novio y aquel inspector me resultaba inquietante. No supe a qué tormento

aferrarme; si a la actitud hosca del hombre rubio o al continuo parloteo del hombre mirandoafricano, quien con cortesía me conducía a través de los salones del aeropuerto a un sitio siniestro que presentía. Como ganado que confiado del pesero es guiado hasta el matadero, así me dejé llevar por estos hombres cuyos nombres ni tan siquiera conocía. Reculé en los límites del muelle internacional. Supe que una vez en territorio vanguardista mis credenciales serían ilegales y estaría sometida a la inmisericordia de un país presto a abusar de los viajeros. El monstruo de la violación se delineaba ante mí sin que pudiera huir.

—Yo no sigo —dije al hombre mirandoafricano.

—Pero nada te va a pasar si nada temes —él replicó con una sonrisa forzada.

No había manera de contradecirle. Lo seguí con la resignación sublime de aquel que se concilia con la muerte. Mis temores se habían desvanecido y una sensación de dignidad se reflejaba en mi semblante. Recordé las escenas de tortura de una película de Rossellini, la osadía de Lucrecia de León, los gemidos mudos de Auschwitz, la desaparición de veinticinco jóvenes decapitados por los grupos paramilitares en Barrancabermeja, y grité. Educada en la retórica de las iglesias, esta vez abrí mis labios para dejar constancia de su injusticia ante la población civil de Miranda.

—¡Quiero constatar que soy conducida a los sótanos del aeropuerto Simón Bolívar por la guardia civil vanguardista! Soy estudiante de la Universidad de Nueva York, y voy contra mi voluntad a donde sea que me conduzcan. ¡Mi nombre es Claudia Angelina de las Penas Benavides!

Adelante el hombre rubio caminaba a lo largo de un pasillo que se internaba en las tenebrosas entrañas del aeropuerto. La señal iluminada de una esfera, un cuadrado y un triángulo, esto es, una figura con falda, indicaba que nuestro caminar conducía a los baños, pero la ausencia de

transeúntes señalaba que el sitio estaba temporalmente cerrado al público. Junto a mí el hombre mirandoafricano ocultaba su rostro a los ciudadanos civiles que se habían levantado ante mi arenga. Me empujó hacia adelante y una vez me hube cerciorado de que la gente intercambiaba sus impresiones sobre mi discurso me interné en las entrañas grises de la mole de concreto.

Sentí que varios ojos me seguían con curiosidad hasta que llegué a un cubículo con varias alcobas divididas. Fui internada en un laberinto de puertas y salones octagonales donde el rumor de pasos sobre los corredores de mármol del aeropuerto se ahogaba en un silencio cada vez más alucinante. El llanto de un bebé rebotó en ecos sobre las vigas metálicas incrustadas a lo largo del techo.

—Es el recién nacido de nuestra superiora —dijo el hombre mirandoafricano en un intento por apaciguar mis pavores—. Todos lo mimamos.

Atravesé un salón subterráneo en donde círculos concéntricos de ventanas enrejadas se sucedían las unas a las otras. Un rótulo gigantesco dejaba entrar la luz del sol una docena de metros arriba. Aunque la arquitectura anodina de aquellas paredes descascaradas indicaba la entrada a una prisión, el hombre mirandoafricano me explicó que se trataba de las oficinas de la aduana vanguardista. Descendí sin contrariarlo a lo largo de unas escaleras amplias y oscuras, al cabo de las cuales cuatro perros babeantes pendían encadenados de las manos de dos guardias.

—Creemos que las armas son innecesarias —explicó el hombre mirandoafricano.

Al cruzar el umbral de aquella puerta pude observar las fauces aserradas de los cancerberos.

Vi un nuevo pasillo, alargado hasta el horizonte, hundiéndose con la curvatura de la tierra. Temblorosa ante la perspectiva de aquel trayecto fui conducida ante una

puerta abierta a nuestra derecha. La atravesamos y nos adentramos en un salón diminuto, apenas iluminado por una titilante lámpara de neón, bajo la cual una mecanógrafa de unos cuarenta años copiaba mis datos personales, transcribiéndolos del pasaporte que había entregado al hombre rubio en la sala de intercambio del aeropuerto. La desnudez de las paredes, la humedad y la iluminación claroscuro otorgaba una lúgubre impresión a aquella guarida de gendarmes.

La mujer me recibió con una sentencia:

—La gente que lleva droga se torna agresiva.

Inferí la conclusión del silogismo:

b. Usted es agresiva

c. Luego Usted lleva droga.

—Ahora, cuéntenos —la mujer me espetó—. ¿Por qué está usted tan agresiva?

—Uno oye historias.

—¿Qué historias?

Me sumí en un nuevo silencio. Recordé una serie de televisión en donde una mujer marchaba a Izquierdópolis en busca de una vida mejor. Engañada por un hombre pudiente la dama era involucrada en un hurto e internada en una prisión donde era violada por tres guardias antes de ser sometida a juicio. Al final ella se ahorcaba ante los acosos sexuales de su abogado. Aquella anécdota era un mero melodrama, tal vez tan perniciosa como la serie estadounidense sobre los alienados suramericanos que invadían California, pero a falta de otras referencias, mi imaginación encendía las llamas de mis temores.

Un hombre cojo y ciego que vestía un traje blanco de guayabera entró al recinto para olerme con desprecio.

—Usted es la renombrada plañidera —el hombre me espetó.

—Usted será Vulcano —le dije.

—¿Ah?

Ante los rostros perplejos de mis gendarmes sentí la compulsión de ironizar a aquel sabueso con un halago literario, pero deseché tal idea como contraproducente. Años atrás la ignorancia de mis compañeros de clase vanguardistas sobre literatura no había dejado de impresionarme. Cursando mis estudios secundarios en el colegio Pico de la Mirandella cierto día, recibiendo a nuestros nuevos alumnos, la profesora interpeló a una vanguardista preguntándole si sabía quién era Pico de la Mirandella, a lo que ella respondió:

—¡Es el dueño del colegio!

Minutos más tarde, insultándome a solas, el guardia reconoció su carencia de modales y las limitaciones de su educación:

—Si usted es tan instruida —me dijo—, no debería cuestionar mi autoridad.

Aquel hombre se refería al hecho de que algunos ciudadanos vanguardistas lo importunaron después de haber escuchado mi arenga, maquinando ideas tétricas sobre mi paradero. Al parecer la Guardia Civil ya era bastante temida por los vanguardistas mismos. Haciendo un acopio de fuerzas accedí a darle la razón en cuanto a mi necedad para con la autoridad, agregando como justificación que si había algún culpable ese sería el jefe de planeación del aeropuerto Simón Bolívar, quien había instalado aquellas oscuras mazmorras en los sótanos bajo las pistas de aterrizaje. Sugerí un lugar abierto y ventilado. El guardia pareció conmovido no tanto por la veracidad de mi comentario como por mi sentido común y me preguntó cómo sabía bajo qué terreno nos encontrábamos.

—La ventana del patio abierto filtra la luz en dirección oeste, esto es, contrario al costado donde yacen las pistas de aterrizaje.

—Una inteligencia criminal —musitó tras una larga pausa.

Los guardias me condujeron a un salón adyacente donde un cojo me interrogó acerca de mi profesión.

Claudia hizo una pausa; en el auto sus interlocutores la observaban con sus ojos fijos en su rostro, escudriñando sus emociones más secretas. Todd lo advirtió y preguntó retóricamente:

—¿Un qué? —su voz ronca, aclarando su garganta.

Claudia se ruborizó agachando su cabeza sobre el escote de sus senos.

—Un oficial —respondió en un intento vago por enmendar su manifiesto desprecio hacia su esposo—, digo.

El rumor del motor del automóvil se impuso trastornando los ánimos de los viajantes. Todd asimiló su menosprecio a juzgar por su nerviosismo. La saliva tomó un gusto amargo en las bocas de los otros pasajeros. Todd soportó incólume un leve desvanecimiento, ola de calor que desde sus ojos hasta el centro de su pecho encendía una fragua impalpable. Los ojos de Claudia reaccionaron húmedos al súbito cambio de temperatura que envolvía y rasgaba su epidermis. Una inflamación purpúrea creció como pequeñas burbujas de carne viva junto a su labio.

—Yo —continuó trémula—, dispuesta a librarme de aquel trance, inventé que era una estudiante de periodismo cuyos artículos eran vendidos a revistas en donde escribía en Español o Inglés. La intuición que mi vivencia podría ser escrita y publicada apaciguó a aquel carácter deforme. Dos hombres que no conocía llegaron y constataron por escrito que yo había vociferado en el umbral que conducía a los sótanos del aeropuerto. Ya para entonces había recobrado el dominio de mí misma, pero mi soberbia al indicar el local de los sótanos y mi pasado colombiano indujo a aquellos guardias a culparme. Asumieron correctamente que mi rol

como periodista era ficticio. Educados en aquel manual que emulaban el estilo de los libros de recetas de cocina, los pseudodetectives se agolparon a mi alrededor con la certeza de descubrir en mi rostro las descripciones fisiológicas de los culpables. Su confidencia fue tanta que se permitieron dos testigos civiles en mi contra. Fui conducida a otro salón más oscuro y más pequeño. De modo mecánico obedecí a sus órdenes, contenta de haberme librado de cualquier abuso corporal. Impresión errónea, pues al llegar allí, ante las miradas de seis hombres y una mujer escuché la orden imperiosa para que me desnudase. Obedecí atenuando mi vergüenza con un dejo de dignidad. Me agaché, de acuerdo a sus mandatos, recordando historias de pequeños narcotraficantes que rellenaban sus barrigas con bolsas de cocaína, so peligro de que éstas se reventasen al menor movimiento de sus caderas produciéndoles una muerte instantánea. Al levantarme el hombre rubio se me acercó. Otros dos guardias lo retiraron disimulando su sorpresa. Al parecer mi altanería los había persuadido de mi culpabilidad. Apacigüé la amenaza con la seguridad de estar protegida por las miradas de dos testigos casuales y me vestí ante sus ojos avergonzados.

De vuelta frente al escritorio de la mecanógrafa me constriñeron a que les enseñase mi cartera y mi equipaje de mano. Acto seguido tuve que contestar ecuánime a sus preguntas absurdas y contradictorias.

Incapaces de vejarme ante los testigos del aeropuerto, comprobaron mi inocencia. La desilusión en el rostro del hombre rubio fue evidente por las aletas dilatadas de su nariz abierta. Diez minutos después me liberaron y me asignaron al hombre mirandoafricano como guía. Él me condujo de vuelta a la sala de embarque del avión que volaba hacia Nueva York. Antes de abordar tuve que confrontar a una policía joven, quien soez me preguntó en qué sitio trabajaba.

—Universidad de Nueva York —mentí con una vocalización clara.

Ella me preguntó de nuevo y yo le repetí la respuesta. Esta vez su gesto me resultó sospechoso, entre ofendido y desafiante. Me ordenó pararme junto a ella para una requisa. Yo protesté y ella me amenazó con enviarme a prisión en la noche. Yo apenas balbuceé:

—Usted sabe que yo ya fui requisada. Incluso así, tratan de inculparme. Todo esto es por lo que soy colombiana.

Ella replicó con una sentencia aprendida de memoria:

—Colombiana, francesa, americana; aquí todos se requisan por igual. Creíamos que usted era una periodista.

—Soy periodista y profesora —corregí.

De las pocas mezquindades de las cuales me arrepiento: la de haber comprado mi tiquete aéreo a través de esa aerolínea vanguardista. En aquel entonces, debido a la recesión económica y a su exceso de petróleo las compañías aéreas de aquel país ofrecían verdaderas gangas para que los colombianos viajasen como pasajeros de sus aviones. Hoy día, según he escuchado, debido a los abusos continuos de sus autoridades sólo los viajeros más desprevenidos se atreven a sobrevolar a aquel país encenegado en una crisis económica fruto de sus arraigados prejuicios.

—Usted espera junto a mí hasta que yo se lo indique —la gendarme me espetó luego de requisarme.

Inferí que mi equipaje estaba siendo vandalizado por el hombre rubio de bigote escuálido.

Agrupaba mis pensamientos cuando una voz quebrada se escuchó desde la fila de los hombres.

—¡Todo esto porque hay un vuelo de Medellín! ¡Abusivos!

El hombre, quien tendría unos noventa años, era conducido a las mazmorras ante los ojos indolentes de los demás pasajeros. Yo aguardé a que todos los viajeros

ingresasen al avión para que la policía joven fuese informada que ya no valía la pena injuriarme. Su retaliación fue el conjeturar que mi visa para ingresar a los Estados Unidos era falsa. A continuación, varios peritos llegaron a examinar mi documento con lupa. Contemplé inerme que golpearan las páginas de mi pasaporte, de mano en mano, bajo el riesgo de rasgarlas. Una vez acordaron que mi documento no estaba falsificado se me permitió el ingreso al avión.

Desde la ventana vi a varios guardias romper las costuras de mis maletas: lo hacían frente a mí para estudiar mi reacción. Pensé que su próxima afrenta sería colocar drogas ilegales que me llevarían a una prisión de los Estados Unidos.

Cuando el avión despegó me hice la promesa de nunca regresar a aquel país que se había enriquecido con una bonanza petrolera que ahora lo conducía a la ruina.

—Allá a los criminales no los encarcelan, los contratan —escuché a mis espaldas.

Ya fuera del espacio aéreo vanguardista una mujer se me acercó y me dijo:

—Usted regresó gracias a Dios, porque otra muchacha que vino de Bogotá, una vendedora de flores, jamás volvió de las mazmorras del Simón Bolívar.

—En comparación a aquel maltrato —Claudia añadió como colofón de su relato—, el comportamiento de este policía de tránsito no es menos que cordial.

—Claro —Cassandro aceptó a regañadientes—. Si me comparo con los búlgaros, ¿cómo no contentarme?

—¿Los búlgaros? —Todd lo interrogó.

—La más antigua generación de su estirpe que se conoce fue condenada a la ceguera por un monarca bizantino vencedor. Sólo a uno de sus miembros le fue permitido el conservar un ojo único.

—Una hueste de Tiresias —comentó Todd aludiendo

al vidente griego que fue ciego y se hizo mujer por varios años para descubrir la miseria del placer sexual—. Hoy los ojos nos ciegan. Es cruel.

—¿Qué insinúa usted? —preguntó Cassandro.

—La televisión inculca la fidelidad —respondió Todd con desparpajo—, pero aquel en quien más confiamos conspira contra nosotros en cuanto puede. Nada más peligroso que un amante que se torna amable de la noche a la mañana.

Cassandro frunció sus labios con desdén.

—Pues sepa que no estoy apenado de los trabajos de Clitemnestra —espetó a Constantino—. Nos bastamos con el dinero de las propinas que sus clientes le dejan entre sus senos y bajo la liga de sus tangas.

Claudia desvió su mirada hacia el paisaje móvil detrás de la ventana del automóvil. Digirió las palabras de Cassandro con una mezcla de vergüenza y entristecimiento. No contemplaba que Clitemnestra trabajaba como bailarina desnuda, un oficio del cual ambas se habían burlado con sorna meses atrás. Peripecias de su adelgazamiento. Siendo la muchacha más obesa de su colegio Clitemnestra se había sometido a un ayuno prolongado con el ánimo de acallar las burlas de sus compañeras y acaparar las miradas de los mancebos universitarios. Luego de recuperarse de una bulimia incipiente, una serie de cortos noviazgos había trastornado sus hábitos hasta el punto de convertirla en víctima de una confabulación. La directora de su colegio le había comunicado que sus mejores amigas, flacas de rostro perforado por el acné, murmuraban en su contra algunos de los embustes que Clitemnestra misma había concebido contra las mujeres mejor apetecidas por los hombres de Buenos Aires. Días más tarde Octavio, un hombre divorciado de quien se había imprudentemente enamorado, la dejaba preñada para casarse con una modelo de toallas

higiénicas. Su viaje a los Estados Unidos había sido motivado por un mero deseo de librarse del desprecio propiciado en su comunidad por el escándalo de su aborto.

Su amistad y su idilio con Cassandro la habían culturizado con eficacia, y ahora Claudia se preguntaba quién sería la víctima de aquella situación, si Clitemnestra, quien desnuda ofrecía su cuerpo a manoseos que sustentaban la inclinación artística de su amante, o si Cassandro, enamorado de una mujer que suplía la carencia de amor en su adolescencia a través de rituales voluptuosos que provocaban la masturbación de hombres sin rostro.

—Es la vida de la pareja moderna —asintió Todd con tono cáustico observando a Constantino—. Si yo quiero disfrutar y amar a tantas mujeres adúlteras no tengo ataduras morales que me intimiden.

Claudia fijó su mirada en su marido.

"Desprecio hacia sí mismo que aúna sus ánimos contra sus bienamados", pensó.

—El azar no nos depara una vida depravada —apuntó Claudia.

—De-para-va-da —vocalizó Todd—. Sin privaciones.

—Yo sé que no hay que fiarse del cuerpo —Cassandro musitó asumiendo su ironía—. A veces Clitemnestra sale a tomarse un cóctel con sus clientes. El dueño del bar le da una comisión por cada trago. Así funciona.

—¿No sufres de celos? —preguntó Constantino.

—¿De qué otro modo puede ella ofenderme sino culeando? —respondió Cassandro en un tono jocoso que despertó los aplausos y las carcajadas de su auditorio.

—Me alegro que pienses así —le espetó Constantino con ánimo despreocupado—. Nunca se sabe lo que ocurre en las cabinas privadas.

—¿Reservados? —exclamó Claudia incapaz de contener su estupor.

Luego del entierro de su madre Fernando la había invitado a una discoteca sobre la avenida trece con calle treinta y cuatro de Bogotá. Cada mesa estaba separada por pequeñas cortinas que ocultaban una puerta corrediza de aluminio. Luego de bailar sobre una pista de granito pulido Fernando la compelió a beber varios vasos con vodka. La puerta fue deslizada por una camarera a quien Fernando donó una propina generosa y Claudia se aprestó a asegurarla con un pequeño pasador de acero.

A la luz de un foco de luz oscilante los compases de la música bailable se disiparon.

Sus manos embriagadas repasaron las áreas de piel descubiertas de su padrastro. Fernando la desnudó y entre gruñidos desató un deseo amainado por lágrimas de condolencia.

—La prostitución está prohibida en estos estados —añadió Constantino interpretando la expresión de Claudia como una pregunta—. Eso dicen. Pero cualquier senador sabe que en estos sitios se pueden contratar a bailarinas privadas en cabinas oscuras y bajo llave. Lo que ocurre durante esa danza sólo atañe a la bailarina y al cliente.

Claudia observó el rostro pálido de Cassandro, quien esbozó una sonrisa desenfadada. Constantino, al parecer contrito de sus palabras, desencadenó una serie de encomios por la democracia en los Estados Unidos, tema que amenizó de nuevo la conversación durante su viaje.

Hacia el anochecer alcanzaron los contornos del Lago Séneca, y dos horas más tarde, exhaustos por tanta palabrería, avanzaron silentes junto a sus playas hasta llegar a W. Glenn. Allí se alojaron en un motel atendido por una familia de pelirrojos.

Claudia les preguntó si podía indicarle el camino hacia la casa de Samuel D. Burne.

—¿Vienen al funeral? —preguntó una mujer que

parecía ser la dueña del local.

—Venimos a hablar con Samuel D. Burne —Claudia la corrigió.

La mujer pelirroja explicó que Samuel se hallaba descansando en la paz del Señor desde la noche anterior. Claudia se estremeció sin entender cómo podía lamentar la pérdida de alguien que apenas había conocido por teléfono.

—En todo caso llegaron demasiado tarde —añadió la mujer pelirroja un tanto desconcertada por la actitud de Claudia y las miradas atónitas de su séquito—. Las exequias del señor Burne fueron al mediodía.

IX. Trama

Cierto viernes en la mañana, al volver del trabajo, Mario encontró a Ana frente a la puerta de su apartamento.

—Mi macho revolucionario —le dijo ella sin parpadear, recostada sobre un poste—. Anoche no pude conciliar el sueño.

Mario la abrazó, sin comprender su desasosiego. Ella respiró profundamente sobre su regazo.

—Sea lo que hagas —le dijo—, déjame ayudarte.

Mario conjeturó que Eduardo había conversado con ella. Tampoco su pasado le pertenecía: historia moldeada por diálogos esporádicos de quienes lo conocieron.

—Vamos a desayunar a un restaurante —Mario le propuso.

—Deja que te prepare algo.

Minutos más tarde ambos copulaban en ayunas. Se sentía doblemente culpable, a la merced de una indocumentada empobrecida. Más grave aún, por una virgen desflorada que podría manipularlo a su antojo. Consideró, sin embargo, que su situación como inmigrante ilegal en el estado de Nueva York podría mejorar tras una breve temporada en la cárcel. Saldría del anonimato. La violación sería un mal menor si encontraba protección. Como repartidor de periódicos sentía una inconformidad creciente no sólo contra el sistema, sino contra sus limitaciones. Días atrás, luego de confesar sus creencias religiosas a Todd, Mario se resignó a conducir su vida con talante estoico. Dos días antes de iniciar su trabajo Mario se había dedicado a recorrer la zona atribuida para su repartición de periódicos con el fin de evitar tardanzas y equívocos. Su carro

destartalado anduvo dando vueltas por varias calles lustrosas junto a las cuales nuevos modelos de automóviles costosos permanecían estacionados. Había un cliente en particular cuya dirección lo confundía:

Mr. Daniel M. Hardy
Wynnefield Avenue 1327
190012
Tel. (608) 1123 4546

Luego de deambular a lo largo de varias calles encontró un letrero que en letras diminutas tenía inscrito el nombre de la avenida susodicha. Estacionó su auto y caminó a lo largo de la calle. El número parecía inexistente, pues de 1313 pasaba a 1457. Al volver sus pasos en busca de un teléfono público una voz lo interpeló a su costado izquierdo.

—¡Disculpe! —era una adolescente sentada sobre un escaño dos pasos abajo del zaguán de una casa victoriana. De vez en cuando mordía una pera que ostentaba en una mano. Con la otra estiraba su camiseta entre un par de piernas blancuzcas que dejaban translucir sus venas.

—¿Sí? —Mario observó un gesto pedante en el rostro de su interlocutor.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó ella en un tono abiertamente despectivo.

Mario consideró la soledad de la avenida, el sol acuciante de la mañana y la monotonía de aquella muchacha que asumía la autoridad de la vecindad en su contra.

—Sí —asintió—; busco la casa del señor Hardy.

—¿Para qué? —preguntó la muchacha.

Aquello era más de lo que Mario hubiera tolerado en circunstancias normales. Quiso ignorarla y continuar su camino, pero no pudo evitar la tentación de aleccionar a aquella vagabunda.

—Es un asunto personal.

—Usted más bien se va de aquí si no quiere que llame a la policía —el tono de la moza era amenazante—. No nos gusta ver a gente merodeando por nuestro arrabal.

El corazón de Mario palpitó indignado dentro de su pecho, sacudido por una ira ascendente.

—Y usted más bien —dijo Mario esbozando un gesto viperino entre sus labios—, ¿por qué no me presta su teléfono para llamar a Mr. Hardy?

—No, no puedo. Le doy tres segundos para que se vaya.

Mario se vio presa de un impulso violento de avanzar hacia aquella muchacha, cachetearla y poseerla carnalmente frente a la casa de quienes serían sus padres. El castigo no lo arredró, pues dadas las circunstancias sólo podía temer a la muerte misma. Dio un paso hacia adelante con presteza. Entre el impulso levantando su pie sobre el pavimento y la fuerza necesaria para sostenerlo, Mario estudió la edad de la muchacha, a quien sus padres codiciosos o alguno de los vecinos había recomendado el cuidado de aquellas calles. Se vio a sí mismo sentado frente al portal de su casa en el barrio Diamante en Bucaramanga, cuando cierta mañana de domingo atisbó a un pequeño mendigo que salía a hurtadillas de la casa de su vecina Doña Eufrasia con una fuente de plata entre sus manos. Mario se desgañitó y en breves instantes el pordiosero era prendido y golpeado por los hombres más execrables de la cuadra. Mario tendría unos siete años y aquel bribonzuelo diez u once. La golpiza fue brutal. Mario no recordaba haber visto otras expresiones de odio más profundas como las que vio dibujadas aquella mañana en los rostros de sus vecinos, futuros miembros de grupos paramilitares o guerrilleros. La policía había llegado dos horas más tarde a recoger el cadáver. El hígado del desgraciado había estallado a puntapiés. Mario se educó en la certeza de que aquella muerte había sido merecida. Con el

tiempo los ejecutores del ladronzuelo le habían atribuido múltiples robos de autos y hasta varias violaciones de infantes, crímenes impunes. La culpa cristiana, tan criticada por los ateístas, era desplazada por los cristianos mismos a través de leyendas urbanas, las cuales, sin ser contrariadas, consolidaban narrativas de venganza. Años más tarde, en Long Island, Mario consideraría la posibilidad de que la Providencia Divina le estuviese devolviendo el mismo acto improvisado de su niñez. Los papeles se habían trocado. En ambas ocasiones el poder de resolución había sido puesto entre sus manos, pero mientras que en Bucaramanga su determinación había sido un mero eco de la voluntad de sus padres y de sus vecinos, éste se hallaba aquí a la merced de su libre albedrío. Mario reculó antes de que su pie tocase el suelo y escondiendo su mirada en un gesto de vergüenza se alejó hacia su auto bajo los ojos sospechosos de la muchacha. Al otear las direcciones frente a su sitio de estacionamiento descubrió que la morada del señor Hardy estaba localizada a escasos metros de distancia. Reconsideró su ética, la cual creía un asunto resuelto desde años atrás. Freud había refutado el postulado cristiano que ordenaba amar al prójimo como a sí mismo. Sus razones eran lógicas, pues la naturaleza de todos los seres vivos es egoísta por naturaleza, pero endebles; entre lo compulsivo y la elección de su opuesto el cristiano forjaba su virtud. No era la cultura, ni el instinto quienes lo modelaban, sino su rebeldía contra la injusticia. Su irreverencia hacia la religión lo había llevado a venerar al estado comunista, un ente que él mismo desconocía y del cual recibía noticias desalentadoras desde Cuba. Su confusión ideológica lo había motivado a participar de un secuestro que trastocaría su vida, haciéndola nómada. Sufrimiento que lo había devuelto a la compasión ahora, cuando su poder de obrar había llegado al punto crítico de tener que elegir entre violar o no violar a una adolescente de

voluntad condicionada por odios y prejuicios.

Los griegos y los romanos habían ensalzado la virtud, pero esta palabra era ajena a las modas del pensamiento contemporáneo. Los escritores de este siglo se deleitaban en los vicios del talante humano, condenando sus personajes al suicidio, el asesinato o el manicomio. Las alternativas de vida ofrecidas por los pensadores más promocionados del mundo civilizado conducían subrepticiamente hacia las drogas y la sensualidad desbordada, preludio de placeres inmediatos que conllevaban al fondo de sus abismos. Absurdo que Mario ya había experimentado en carne propia durante su adolescencia tardía. Estos ideólogos evitaban el diálogo directo con la antigüedad y reducían la virtud, en su desdén, a meros juegos de ironía. Los seres más odiosos de la historia como Calígula y Hitler eran descritos con nostalgia, a la vez que Cato y Sor Teresa de Calcuta eran mencionados con desidia. Su comportamiento frente a aquella muchacha en una calle de Long Island no obedecía a un impulso de compasión hacia ella, sino hacia sí mismo. Perdonando una ofensa casual se perdonaba a sí mismo. Su resolución de venganza se extinguía ante el más pálido reflejo virtuoso de su pensamiento. Creía en la niñez de aquella muchacha, en sus ambiciones truncadas, en sus amores inválidos, en sus iras, sus horas de tortura y su felicidad contemplando el amor absoluto, el que pensamos de Dios, única pasión que no lastima.

Aunque tantos odios pasados lo amargasen su encuentro con aquella mozuela no dejaba de ser pasajero. Frente a Todd Mario había dejado que sus pensamientos fluyesen no desde su ego social, como lo había hecho durante sus años universitarios, sino desde su ego infantil, el de sus certezas vitales. Su vida se reducía ahora a un trasnocho incesante a través de su trabajo. La sensación de ser una pequeña pieza insignificante frente al engranaje

social fomentaba en su mente obras autodestructivas: esperanzas que se desplomaban a medida que Mario recibía cartas de editores desinteresados en sus tratados teológicos.

Ya desde su adolescencia se imaginaba a sus padres recibiendo una misiva de despedida desesperada meses después de su muerte. Un poema donde escribiría que por amor al arte Mario lo apostaba todo y todo lo perdía.

La muerte prematura de su padre y sus hermanos lo alejaron de aquel odre mórbidamente placentero: el del luto prematuro por sí mismo.

—¿Qué te contó Eduardo? —preguntó a Ana sobre su lecho.

—Nada.

—¿Qué averiguaste sobre mí, entonces?

—¿Qué eres? ¿Un revolucionario?

—Ah… —balbuceó—, eso.

Mario se levantó y encendió un fogón en la cocina. Ana lo siguió y con un ademán le indicó que volviese a la cama.

—Prometí prepararte el desayuno.

Mario se acurrucó, saltó a la cama y agazapó su cuerpo bajo las sábanas. A través de la ventana divisó las nubes rasgadas de una mañana fresca de verano.

Conjeturó cuándo y bajo qué circunstancias él le había confiado a Eduardo sus incidencias revolucionarias. Desechó el impulso de llamarlo a la universidad para corroborar sus sospechas o imprecarlo. Culpó a Mónica, la mujer vanguardista, quien podría haberlo exasperado, lisonjeando su breve meneo y menoscabando el suyo.

Eduardo era un hombre sin enjundia, enseñado a deslumbrar a mujeres alienadas con su ciudadanía estadounidense. Mónica prescindía de sus favores y como tantas otras mujeres oriundas del Caribe su debilidad era el baile, esa armonía de gestos voluptuosos que Eduardo aplaudía o envidiaba en Mario.

Reclinando su cabeza sobre el borde de su cama juzgó a Mónica una soltera mojigata que evitaba compromisos abusando de sus amistades: hombres y mujeres de carácter endeble.

—El pan está en la alacena izquierda —balbuceó impaciente al observar los tanteos de Ana.

—Ya no vivo con los Whitehead —Ana sirvió el pan y quebrando la cáscara de los huevos contra el borde de su estufa los vertió sobre una cacerola de teflón descamado.

Mario avanzó hacia el comedor regocijado por el olor penetrante a tomate y cebolla picada con mantequilla.

—¿Te hicieron la vida insoportable?

—No sólo eso. Convencí a mis padres para que me subvencionen una estadía más larga en Nueva York. Ahora vivo con alguien que tú conoces.

—¿Con quién? —preguntó Mario con un dejo de inquietud.

—Una paisana tuya de Bucaramanga.

—¿Claudia? —preguntó Mario.

Hacía casi dos meses que no hablaba con ella, desde la víspera de su primer día de trabajo.

—Creí que quería vivir sola —añadió ocultando su sorpresa.

—Aun así, nos vemos a menudo. Cada martes y jueves nos reunimos a cenar. Prepara una sopa capaz de resucitar a los muertos. Es una persona generosa; fui la primera inquilina que acudió a su anuncio de arrendamiento. Aquella tarde conversamos hasta el atardecer, como si fuésemos uña y mugre. Una semana más tarde me mudé al sótano de su casa. Lo arrendé por apenas doscientos dólares por mes. No tiene una vista agradable, pero es amplio.

—No sé si hablamos de la misma persona.

—No estás muy enterado de los últimos cambios en su vida —repuso Ana—, supongo. Su arrendador murió en una

ceremonia satánica dejándole una casa como herencia. Algo para no creer. Desde luego ahora lidia con sus tres hijos, quienes insisten en probar que su padre no estaba en su sano juicio al momento de testar. Claudia y otros cinco herederos ya se asesoraron en defensa de sus intereses.

Encontró agradable el sabor de los huevos revueltos. Sorbió el café y parpadeó a Ana agradecido, incapaz de discernir si su agradecimiento se debía a su compañía o a las gratas noticias sobre Claudia.

—El Señor Burne sufrió un accidente automovilístico el año pasado —Ana continuó.

—¿El finado?

—Así se llamaba. Entonces estuvo en coma por tres meses y al volver habló con su abogado. Ambos hicieron certificar los papeles con un psiquiatra, previniendo así cualquier maniobra postrera contra su última voluntad, la cual dice que todos sus bienes raíces serán heredados por sus últimos inquilinos. Aun así, él le dejó varias propiedades a sus familiares. Pero, en fin, todos somos avaros.

—Es extraño —musitó Mario codiciando la nueva propiedad de Claudia.

—Si no me lo crees, puedes preguntárselo. Ella te guarda en los más tiernos recuerdos de su infancia.

—Sólo me cabe pensar que el arrendatario quiere desquitarse de sus hijos a través de Claudia y de los otros inquilinos —Mario frunció el ceño preguntándose si Todd se divorciaría para reclamar la mitad del costo de su herencia—. Entre familiares, ofensas no faltan.

—Claudia me dijo que el arrendatario quería demostrarle su confianza a través de su legado. En un sobre cerrado Mr. Burne le escribió que donase su propiedad a las Hermanas de la Caridad.

—Claudia lidia con Mefistófeles. Si el legado fuese para un organismo de beneficencia su familia, aunque

decepcionada, hubiese aceptado tarde o temprano su filantropía. En su lugar el hombre humilla a sus tres hijos cediendo sus bienes a una banda de advenedizos.

—O tal vez él haya estado realmente enfermo.

Ana recogió y fregó los platos. Mario volvió a su cama pensativo, prometiéndose a sí mismo visitar a Claudia antes del fin de semana. Bajo el sonido del agua del lavaplatos, corriendo a través de las manos de su púber amante, Mario se sumió en las calles desoladas de un pueblo irlandés. Allí encontró a un hombre de anteojos quien lo condujo a una casa enchapada en madera gris, ajada por el tiempo, y, sin embargo, compacta. Se sentó a discutir su porvenir. Una mujer rolliza entró. Mario se levantó asustado, reconociendo en ella a Patricia. A su derecha encontró un piano, sobre el cual su Tía Valentina interpretaba una sonata popular de Beethoven. Reconoció el suelo embaldosado de su casa, las amplias ventanas a través de las cuales los perfumes de las violetas y las orquídeas se filtraban desde el parque contiguo, y sin reparar en la presencia de sus padres tomó a su tía por su cuello y la besó. Ella acarició sus espaldas y deslizando sus manos sobre su cuerpo abrió sus piernas. Cayeron sobre un sofá pesadamente y antes de penetrarla su mirada estaba de regreso en Brooklyn. Al despertar encontró una nota de Ana, donde ella le prometía volver a preparar su desayuno a la mañana siguiente. En una posdata escrita en letra diminuta Ana le aconsejaba que no se preocupara por su edad.

Fumo leve que foge entre os meus dedos

Mario se preguntó si el amor que Ana le profesaba se debía a cierta compaginación entre sus estados miserables. Al ir al baño descubrió dos manchas rojas sobre la cabeza de su pene. Asumió la posibilidad de que ella lo hubiese engañado y contagiado de alguna enfermedad venérea.

Aunque tal vez se tratase de una mera irritación pasajera.

Durante los días siguientes le fue imposible conciliar el sueño. Encendió la televisión y luego de saltar su vista de un canal a otro la apagó decepcionado. Tomó de su biblioteca un volumen de Las Mil y Una Noches, presto a sumirse en los avatares de esposos cornudos y mujeres astutas. No pudo sosegarse, sin embargo, y reconsideró los chismes sobre su pasado revolucionario. Aunque Ana sólo había culpado a Claudia, Mario no descartó la posibilidad de haber sido delatado por Eduardo.

Al anochecer tomó el metro y fue hasta su apartamento, en donde Eduardo festejaba una nueva francachela. Tal como lo esperaba, su amigo negó cualquier culpabilidad:

—No creerás que soy el único que sabe de tus andanzas en Nueva York —rezongó—. Eres un deslenguado.

Mario acalló sin contradecirlo. Una hostilidad creciente se instauró entre ambos, aun contra su voluntad.

Aquí la fascinación de las mujeres, allí la estabilidad económica en los Estados Unidos.

Sus mentes se alborotaban con pensamientos aún más ansiosos.

Aquí el flagelo del desprecio, allí el hambre y la cárcel.

El hastío se prolongó hasta que Mario formuló una pregunta baladí sobre automóviles en un tono tan endeble que Eduardo optó por no responder.

Excusándose fue en busca de Mónica. Vistiendo un traje corto de flores semitransparentes charlaba con un grupo de costarricenses. Mario avanzó hacia la cocina en busca de una cerveza. Atisbó a un grupo de adolescentes mojigatas, quienes decían proteger su virginidad a toda costa accediendo sin embargo al manoseo de sus cuerpos. Con una cerveza en la mano, sobre la terraza, saludó a tres mozos ultraconservadores, progenie de la oligarquía cubana, quienes manifestaban sus ímpetus de ciudadanos

norteamericanos advenedizos deseando una prórroga de la guerra contra Irak. Al volver a su sillón se apiadó de dos profesoras anglosajonas viejas y arrugadas, danzantes de gestos torpes y vulgares, recolectoras de sementales latinos, quienes aplaudían sus improvisadas cabriolas sobre una diminuta pista de baile.

Los ojos fijos de Mónica lo paralizaron al son de una lambada y presa de un sentimiento mórbido parpadeó esbozando una sonrisa deliberadamente impúdica.

Su silueta avanzó hacia él dejando a Eduardo a sus espaldas.

Intercambiando sus miradas trenzaron sus manos y abriendo sus cuerpos abarcaron la sala principal. Desde las sombras fueron observados con aparente indiferencia.

Mario saboreó los destellos celosos de Eduardo, quien palidecía al contacto de sus órganos genitales sobre sus ropas y al meneo acelerado de sus caderas. Sus rostros se enfrentaban el uno al otro, entreabriendo los labios, prolongando la consumación de una atracción que Mario había rechazado y que ahora retomaba ante la ruptura inminente de su amistad con Eduardo.

Al tiempo de arrendar su apartamento Mario no conocía a nadie en los Estados Unidos. Eduardo lo socorrió sirviéndole de fiador. Su madre le había escrito en una pieza de papel los números telefónicos de varios familiares que habitaban en el exterior, entre ellos el del Tío Sartorio, un hombre de piel morena, otrora discriminado y desempleado, quien había emigrado ilegalmente con su esposa a Nueva York en un barco que transportaba filetes de bacalao seco. Padre de seis hijos Sartorio se había radicado en una calle ciega de Queens, desde donde enviaba frecuentes misivas a sus familiares en Colombia. En ellas alardeaba de su suerte, describía sus logros y los invitaba a visitarlo alguna vez.

En una de ellas Mario leyó al Tío Sartorio vanagloriarse

de su hija, quien contraería nupcias con uno de los hijos del alcalde de la ciudad, evento que había alterado el ritmo de vida de los neoyorquinos. Dada la importancia de la efeméride, personalidades de la farándula viajaron desde Los Ángeles atravesando doce túneles y cuatro puentes colgantes. Innumerables avenidas, entre ellas la renombrada quinta, habían sido cerradas a la gleba, quien había interrumpido sus labores cotidianas para admirar entre clamores las caravanas pomposas que acompañaban a los prometidos.

Aunque Mario infirió ese dejo de exageración propio a las conversaciones de cantina, él, como casi todos sus parientes, concedió cierta credibilidad a la historia de Tío Sartorio. Después de todo él era el único que había hecho la travesía americana. En Europa, acosado por sus congojas y por una situación legal que lo obligaba a trabajar como recepcionista Mario se decidió a probar suerte en los Estados Unidos.

Ingenuamente pensó que Tío Sartorio podría ayudarle con un puesto en la alcaldía, en donde el suegro de su prima laboraba. Al bajarse del avión meses más tarde, con escasos cincuenta dólares en su bolsillo Mario lo telefoneó y lo saludó desde el aeropuerto. Una voz amigable le prometió recogerlo en menos de treinta minutos frente a la puerta de salida número seis. Mario palpitó contento, reprochándose a sí mismo sus días malgastados en Suramérica y Europa mientras que un pariente generoso prosperaba en Norteamérica. Dada su diligencia y afabilidad Mario supuso que su madre le había escrito a Sartorio con anterioridad anunciándole su propósito y previniéndole de la farsa del secuestro y de su muerte.

Luego de almorzar en un estante de salchichas Mario se encaminó hacia el punto de encuentro considerando la posibilidad de enamorar a su prima Eudalia. En un retrato

de familia Mario la había encontrado poco atractiva, de piernas delgadas, caderas pronunciadas y senos pequeños, pero los nuevos prospectos convertían sus ojos desorbitados y su rostro alargado en una cifra de bienestar.

Pasaron cincuenta minutos y nadie llegó. Fue a un teléfono público y marcó el número de teléfono de la casa de su pariente.

—¡Tío Sartorio! —exclamó Mario con risa forzada.

—¿Ah?

—¿Es él? —chilló una voz femenina.

Se imaginó junto a él a la mujer rechoncha de nariz chata y piel pecosa, Raimunda, su tía política, quien le había prometido pasearlo por Nueva York. Podía escuchar, en el silencio de su tío, sus jadeos perplejos.

—¡Ya estoy en el aeropuerto! —continuó Mario—. ¡Desde que fuiste al hotel Bucarica no nos vemos!

Mario recordó entonces la escena de su primer encuentro con Sartorio, una de esas imágenes que regresan cuando la humillación vuelve a exigir un origen.

Sus padres habían estado trabajando sin descanso en aquellos años, cuando comenzaban a abrirse paso en el negocio de la construcción. Habían pasado de las reparaciones menores a la instalación de ventanas de aluminio, símbolo reciente de progreso en la ciudad. Los marcos brillaban como promesas nuevas, y las conversaciones giraban en torno a catálogos importados, medidas exactas y pagos a plazos. Mario los había visto entusiasmarse con una prosperidad frágil, como si el vidrio pudiera quebrarse con una palabra mal dicha.

Una tarde los habían llamado por teléfono. El tío Sartorio vendría a visitarlos.

La noticia los había sorprendido. Sartorio siempre había sido un hombre distante, áspero, resentido por una herencia que —según él— había favorecido a Lázaro, el padre de

Mario. Las tías que administraron la fortuna familiar lo habían preferido a él por su apariencia: rubio, de ojos claros, mientras Sartorio, moreno, había debido cargar con la sospecha de no haber nacido para la abundancia. Aquella diferencia había marcado su vida y, finalmente, lo había empujado a emigrar.

En los Estados Unidos —contaba Sartorio— se había convertido en obrero de construcción. Había trabajado en los puentes de Brooklyn, cuando Nueva York todavía parecía una ciudad hospitalaria para los hombres fuertes y anónimos. Se había llevado a su esposa, había tenido hijos, y esos hijos, decía, habían sabido aprovechar la vida americana. Según su relato, una de sus hijas se había casado con una familia poderosa de la élite neoyorquina. Ahora regresaba no como pariente dolido, sino como empresario.

Había propuesto que el encuentro se realizara en el hotel Bucarica, el más exclusivo de Bucaramanga. Los padres de Mario habían aceptado con una mezcla de orgullo y expectativa. Mario José había supuesto que, si no se trataba de una invitación franca, al menos compartirían los gastos, como —según Sartorio— se acostumbraba en los Estados Unidos. Durante la llamada, el tío había hablado de un negocio extraordinario: exportación de juguetes fabricados por una empresa vinculada a su yerno, precios irrisorios, ganancias inmediatas.

—Eso lo discutimos cuando llegue —había dicho—. Estoy completamente renovado. Y espero que los asuntos familiares estén ya superados.

El perdón, Mario José lo había aprendido temprano, era una forma de supervivencia.

Aquella noche se habían arreglado con esmero. Mario había ido con ellos, vestido con una camisa nueva que le apretaba el cuello. Al llegar al hotel, el encargado del parqueadero había recogido el automóvil y los había

saludado con una deferencia que Mario no había visto antes.

En el comedor principal, iluminado por lámparas doradas, Mario José había reconocido de inmediato a Sartorio, sentado a una mesa junto a una mujer corpulenta de nariz chata y dientes dorados.

Antes de que los adultos se acercaran del todo, la mujer se había inclinado hacia Mario.

—¡Pero qué niño tan lindo! —había exclamado—. Cómo nos gustaría pasearlo por Nueva York.

Mario había sonreído sin entender, orgulloso y avergonzado al mismo tiempo.

—Tío —había dicho entonces Mario José, extendiendo la mano—. Qué gusto verlo.

Sartorio lo había observado con desconfianza.

—Disculpe, joven —había respondido—. ¿Será usted español? Los españoles llaman tío a cualquiera.

—Soy colombiano —había dicho Mario José—. Usted es mi tío.

Sartorio había fruncido el ceño.

—Yo estoy esperando a mi hermano Mario.

—Tengo el mismo nombre —había aclarado Mario José con torpeza—. Pero soy su sobrino, Mario José.

La mujer, Raimunda, había retirado lentamente su mano del hombro de Mario.

—¿Cómo que sobrino? —había dicho—. ¿Entonces este no es Mario, el empresario?

El silencio que siguió había sido más elocuente que cualquier grito.

—¿Sabe usted lo que me ha costado esta suite? —había estallado Sartorio—. ¿Y pretende ahora que lo invite a cenar?

—Pero fue usted quien nos invitó —había intervenido la madre de Mario, conteniendo la voz.

—¿Y quién va a pagar esto? —había insistido Sartorio.

Raimunda se había puesto de pie, ajustándose el bolso.

—Esto es inadmisible —había dicho—. Nos han engañado, Sartorio. Vámonos.

—Cancelamos lo servido —había añadido—. Hoy mismo regresamos a Nueva York.

Mario José había intentado aún una mediación inútil.

—Mi tío está en contacto permanente con nosotros —había dicho—. Vive en Cali. Me extraña que, siendo su hermano, no estén comunicados.

—Eso no es asunto suyo —había respondido Sartorio, levantándose—. Joven.

Se habían marchado sin despedirse.

—Me temo que no podremos hospedarlo en nuestra casa, joven —dijo Raimunda tomando el auricular—. Su tío es un alma de Dios, incapaz de decirle "no" a nadie, pero ya ve usted, la situación está muy difícil para que luego usted nos pida que seamos sus *sponsors* de su residencia americana. Ya tuvimos esa experiencia una vez y no la vamos a repetir de nuevo. La sobrina que acogimos hizo sus papeles, consiguió un trabajo, se volvió acaudalada y ni siquiera nos ha vuelto a invitar a un café.

—¿Quién lo hubiera creído? —exclamó Mario en un esfuerzo por preservar el aire festivo propio a los reencuentros.

—Además ya sabemos quién es usted —exclamó Raimunda enseñando su verdadero talante—. El nieto preferido de la Tía Magdalena, el bobito idealista que se metió en líos por arreglar ese país de hampones.

—Nunca cometí crimen alguno —Sartorio tartamudeó.

Hacía veinticinco años desde cuando Tío Sartorio había abandonado a la Tía Magdalena, matrona del pueblo, frustrado ante el hecho de que ella se había negado a otorgarle la administración general de sus haciendas. Ocurrió días después de que ella le obsequiase la esmeralda de los Suárez, tesoro de la revolución contra los españoles,

al obispo de San Gil. En su lugar ella había preferido a Lázaro, su consentido de ojos café claro y cabello dorado, ondulado como la cabellera de su venerado niño Dios, tantas veces visitado durante sus peregrinaciones decembrinas a un barrio pobre e insalubre de Bogotá.

—La administración de mis bienes precisa de una sola cabeza —ella le había dicho—. En vez, te enviaré a Bogotá para que estudies medicina.

Contrario a sus hermanos Mario, Emmanuel y Víctor, quienes estudiaban Ingeniería Química, Jurisprudencia y Teología respectivamente, Sartorio detestaba cualquier actividad a puerta cerrada. Vagabundo de las carreteras había llegado al puerto de Barranquilla, en donde había sido contratado como descargador. Allí había conocido a Raimunda, mujer locuaz e impositiva que lo complacía vilipendiando a Tía Magdalena, pariente a la cual culpaban de su precaria situación económica.

—¡No tiene derecho a meternos en sus líos! —exclamó tía Raimunda antes de que Mario oyera los bips intermitentes de aquella llamada interrumpida.

Sobre la plataforma frente a una puerta de entrada del aeropuerto Kennedy Mario probó el rencor del Tío Sartorio, quien en él vengaba las vejaciones de su Tía Magdalena y las de su hermano el abuelo Lázaro.

A los dos años de edad Sartorio y sus once hermanos devinieron huérfanos de padre y madre, una prole providencialmente adoptada por su tía devota. Sartorio se educó en la creencia de haber sobrevivido a una niñez frugal, con apenas una criada que le servía al mismo tiempo de cocinera. Sus privaciones gastronómicas contrastaban con los derroches de Lázaro, consentido que cohabitaba con la tía Magdalena en un ala de la casa independiente. Su hermano de sangre era el único miembro de su generación que disponía de cuatro siervos y dos cocineras; una de ellas

especializada en postres y compotas.

Lázaro había manejado una bicicleta a los nueve años, una camioneta a los catorce y un Jeep a los dieciséis. A los diecisiete había contraído nupcias con Jacoba, quien al cabo de su pubertad atraía con sus cabellos plateados y sus ojos violeta a los hijos de los gamonales más prestantes de la región.

El connubio entre Jacoba y Lázaro motivó la ruptura violenta entre Sartorio y su Tía Magdalena. Varios años atrás el afecto correspondido entre Sartorio y Jacoba era tema obligado de las conversaciones populares. Ambos se conocían desde su escuela primaria, cuando se les veía escapar de sus aulas de clases para treparse al samán que dominaba el parque frente a la iglesia. Restringido en sus gastos durante su adolescencia, Sartorio sólo esperaba a la muerte de su tía para reclamar su herencia y desposar a Jacoba. Su enamorada, fiel a la voluntad de sus padres, lo desdeñó una vez su familia concertó sus nupcias con Lázaro.

Doce años más tarde Sartorio recibiría una invitación de sus hermanos para que asistiese a la celebración de la victoria del tío Emmanuel como gobernador del departamento de Santander. Dos pasajes aéreos acompañaban una misiva firmada por Lázaro. Recriminando la tacañería de su hermano, quien no le había girado quinientos pesos para cubrir los gastos del taxi entre Bucaramanga y Charalá, Tío Sartorio y su esposa se habían presentado desprolijos a las puertas de su casa. De vuelta a Barranquilla ambos vestían trajes de paño inglés costeados por sus hermanos, quienes, tal como la esposa de Sartorio lo había previsto, se habían visto obligados a costearles nuevas ropas para no disminuir el lustre de la efeméride.

Un año más tarde Lázaro moría en circunstancias ambiguas. Jamás se esclareció su asesinato o su suicidio a manos de su amante. Después de su muerte la fortuna de

Jacoba fue mal invertida por sus parientes disolutos y sus comadres oportunistas. Sartorio la visitó para darle su sentido pésame y para pedirle prestados diez mil pesos que jamás reembolsaría. Aquel día Sartorio buscó en vano un dejo de afecto en sus ojos violeta. La bancarrota de las inversiones de Jacoba en Bucaramanga y las necesidades de su numerosa prole parecían haber disipado sus sentimientos. Reconciliado con sus hermanos, Tío Sartorio cultivó la amistad del Tío Mario, quien entonces parecía recuperar la prosperidad de los Suárez produciendo una fórmula médica de su invención capaz de disolver los cálculos renales. Luego de un periodo de lisonja Sartorio obtuvo del Tío Mario el dinero necesario para embarcarse a Nueva York con su familia.

Desde entonces ambos hermanos se habían escrito con frecuencia. Tío Mario, obeso por los placeres del vino y de la mesa, devino una de las personas más pudientes del país, y en varias ocasiones Sartorio lo había transportado desde el aeropuerto Kennedy hasta las alcobas de los hoteles más pomposos de Manhattan. Su única desavenencia había surgido a causa de una disputa sobre la manutención de la Tía Magdalena, quien, despojada de su preferido Lázaro había caído en un estado de indigencia.

Mudándose entre las casas de sus familiares Tía Magdalena requería de los cuidados de sus hijos adoptivos, profesionales solventes sin disposición para soportar las preferencias aristocráticas de su vejez senil. Algunos se exasperaban hasta el punto de recriminarla por haber escogido al finado Lázaro como a su preferido. Al cabo de varios desplazamientos Mario José, padre de Mario, la acogió cuando obtuvo un empleo como agrimensor. Sartorio, como la mayoría de sus hermanos, justificó aquella adopción como una retribución pertinente por "la fortuna" malgastada por su padre Lázaro.

—¡Que al menos uno de sus hijos purgue las tribulaciones que él causó! —había puntualizado Tío Sartorio a Tío Mario en el restaurante de las torres gemelas de Manhattan.

Su hermano lo había reprendido en voz baja, remordido por el delicado estado de salud de la Tía Magdalena, quien con frecuencia debía mudarse de pueblo en pueblo en pos de su nieto Mario José, quien sobrevivía como agrimensor del Catastro colombiano, viajando hasta las regiones más inhóspitas del oriente andino.

—También nosotros pasamos tribulaciones en Barranquilla y nunca nos quejamos —había rezongado Raimunda en un afán por desviar el tema de la conversación hacia el menú de los postres—. No puedo decidirme entre las islas flotantes y el flan de caramelo.

—¡Mi fortuna fue amasada en sus sacrificios! —exclamó Tío Mario levantándose de su asiento y dejando caer su servilleta sobre los restos de un plato de camarones gratinados—. Sin el pago de mis estudios no me hubiera sido posible progresar.

—¡Ella se apropió de nuestra hacienda! —repuso Tío Sartorio sorprendido.

—Una hacienda arruinada por nuestro padre morfinómano. Tu odio es insaciable. Tu niñez hubiera sido feliz si la hubieses comparado con la de los hijos de nuestros sirvientes, pero siempre envidiaste el bienestar de Lázaro. No soy nadie para juzgar sus preferencias afectivas. El amor no es, no puede ser jamás equitativo. Todavía le agradezco su prosperidad en un tiempo en que las mujeres eran discriminadas y desfalcadas por políticos y sacerdotes inescrupulosos. También la odias por haber legado sus joyas al obispo de San Gil, pero olvidas que sin la protección de aquel prelado las turbulencias de la guerra civil se habrían ensañado contra nuestra casa. ¡Hubiéramos muerto

asesinados por los comunistas! Nunca perdonas. Tampoco dejas de odiar a quienes una vez te dieron la mano.

Tío Mario pagó la cuenta y se retiró a pesar de los ruegos de la tía Raimunda de que los acompañara a su casa en Long Island.

Meses más tarde Tío Sartorio supo que su Tía Magdalena era internada en un ancianato. Mario José había sido despedido de su trabajo y luego de una época de penurias prosperaba como carpintero. Él y Tío Mario acordaron pagar conjuntamente la pensión de la Tía Magdalena, quien a sus ochenta y cuatro años caía en ensimismamientos prolongados.

Tío Sartorio escribió varias disculpas a su hermano, y cada navidad se habituó a enviarle una tarjeta en inglés donde él y su esposa le deseaban una feliz Navidad y otro Año Nuevo de prosperidad. Luego de su jubilación, cada mañana, Tío Sartorio se revolvía impaciente en su cama a la espera del cartero, quien con una respuesta conciliatoria del Tío Mario le entregaría dos tiquetes aéreos para que con su esposa volviesen a pasar una temporada en las haciendas de su pueblo natal. A través de su mujer supo que Tío Mario viajaba a menudo a Nueva York sin tan siquiera dignarse a invitarlos a un helado.

Su abatimiento continuó hasta aquella tarde cuando Tío Sartorio reconoció la voz de su hermano más pudiente a través del teléfono. Interrumpiendo sus labores manejó hasta la floristería más cercana para comprar el ramo de flores más costoso, y recogiendo a su esposa frente a su lugar de trabajo se estacionó jadeante frente a la sala de llegadas del aeropuerto.

Quien compadeció ante sí fue su hermano Lázaro, resucitado, de cabello negro y cuarenta años más joven, quien con una sonrisa abierta volvía a torturarlo.

—¿Pero esa familia no tiene otro nombre que ponerse

sino "Mario"? —había sollozado tía Raimunda.

Sin consideración hacia su sobrino, habían arrancado su coche y regresado a casa, avergonzados de haber caído dos veces en su vida en la misma equivocación.

Desde el auricular del teléfono público, Mario volvió a la realidad de su soledad en el aeropuerto, asumiendo que aquella humillación sería la primera de su periplo americano.

Solitario comprendió que su jornada hacia su porvenir continuaría, como antes, sin parientes y sin tierra. Aquel encuentro lo había expuesto innecesariamente a nuevas persecuciones. Basado en la vaga referencia de un marinero ecuatoriano que había conocido en Oporto, Mario ojeó un directorio telefónico, donde encontró el nombre de Eduardo. Confiando en el desenlace de su promesa en Fátima Mario se presentó a su interlocutor como el amigo de un marinero. Para su sorpresa Eduardo lo acogió esa misma tarde en su apartamento. Su amistad creció espontáneamente, y por tres días ambos compartieron las vivencias de sus vidas migratorias. Cuando Mario reunió la cuota del arriendo ya Eduardo había firmado como fiador su contrato de arrendamiento por seis meses.

Instalado en un apartamento sin menaje Eduardo lo inauguró con una sábana. Así durmió sobre el tapete por un mes, junto a una ventana sin cortinas. A la mañana siguiente Mario compró una guitarra y tras una breve entrevista con un policía obeso retirado, quien controlaba las mendicidades del metro, recomenzó su profesión de juglar.

La camaradería con Eduardo disminuyó una vez supo de su sobrecargo como fiador. Eduardo se granjeó un descuento de cincuenta dólares mensuales en su arriendo como comisión por el contrato de arrendamiento de Mario. La comisión fue descubierta accidentalmente, cuando la secretaria de la oficina de arrendamientos le propuso a Mario, delante de Eduardo, una comisión similar por la

consecución de futuros inquilinos. Aunque Mario lo comprendió de acuerdo a sus expectativas de comportamiento en los Estados Unidos, Eduardo reaccionó mezquino, salando con cierto desdén su culpabilidad. En adelante, salvo en francachelas, Eduardo evitaba la compañía de Mario, cuya experiencia cosmopolita lo amilanaba. Su eclecticismo daba, por lo demás, un aire demasiado intelectual a sus jolgorios.

El breve diálogo en que Eduardo le había confesado su pasión por Mónica y el baile posterior, en que Mario la había manoseado en su presencia y en la de sus convidados, los enemistó.

Mónica susurró al oído de Mario que aquel festejo la aburría y que le gustaría volver a su casa en su compañía. Mario la secundó y ambos dejaron la fiesta ante los ojos refulgentes de Eduardo.

Atravesaban la sexta avenida de Manhattan cuando oyeron el chirrido seco de unas llantas maltratadas. A su costado izquierdo vieron a Eduardo, quien con pupilas enrojecidas y labios contraídos mordía el borde de la acera sobre el pavimento con imprudencia. Albergaba en su cabeza la imagen de Mónica succionando el pene de Mario.

Mónica continuó indolente al volante de su automóvil y acrecentando la presión de su pie sobre el acelerador se internó en la mole de concreto. Evitando las avenidas más iluminadas se desgañitó contra aquel mozalbete ecuatoriano que quería enamorarla. Nada mejor que terminar su camaradería con Eduardo, pero su mirada furiosa la amedrentaba. Sus puños crispados la atemorizaban por su violencia latente. Mario no la reprochó. Sin proponérselo se había inmiscuido en un amorío que no sólo amenazaba con acabar su camaradería con Eduardo, sino su permanencia en los Estados Unidos. Bastaría una riña en público para que lo deportasen.

—Déjame en mi apartamento —propuso a Mónica—. No está lejos de la desembocadura de este puente.

—No me digas que te acobardaste.

Mario alzó sus hombros en un intento por librarse del lío que se ataba a sus espaldas. Mónica chasqueó su lengua con un dejo de amargura y virando hacia su izquierda descendió de la estructura metálica sobre las aguas hasta abordar el terraplén de una nueva avenida. Mario le señaló el camino hacia su apartamento y al cabo de diez minutos se apeaba frente a su edificio.

Eduardo aparcó y desde la distancia se acercó escoltado por Humberto.

Según Mario escuchó, éste le pedía a aquel que se abstuviera de cometer un crimen.

Mario cruzó delante de Eduardo sin fuerzas para detenerse y encararlo. Al alternar su mirada torva entre Mónica y el umbral de su morada sus piernas trastabillaron. Trompicó en cuatro zancadas vergonzosas hasta aferrarse a una de las vigas metálicas que sostenían el toldo verde adosado sobre el zaguán de su edificio.

Escuchó a Mónica y a Eduardo imprecándose.

Sus manos temblorosas desenmarañaron sus bolsillos hasta topar con la llave de la puerta principal. Al insertarla en el ojo de la cerradura tornó sus ojos hacia atrás. Una mirada furtiva de Eduardo lo instó a recular, como picado por un tábano, y girando sobre sí la hoja de vidrio y aluminio anodizado se adentró en la primera estancia de su residencia. Desde allí vio a través de un vidrio ahumado a Eduardo apuñetear a Mónica. Sopesó las consecuencias de su intervención, pero persuadido por la sangre que ya brotaba de la quijada de su pareja de baile, Mario ascendió a su apartamento y llamó al 911.

Agazapándose entre sus cobijas resignó aquella querella amorosa a las autoridades neoyorquinas.

X. Corte

Su trabajo como distribuidor de periódicos terminó luego de una breve conversación con Humberto; su único socio lo acusó de haber abusado de la condescendencia de Eduardo. Aunque nadie lo culpaba de haber seducido a Mónica, mujer manipuladora a su entender, su manoseo público había deteriorado irremediablemente su amistad.

De común acuerdo Mario aceptó distanciarse de sus amigos de francachela. Su aislamiento lo protegería de nuevos altercados. Humberto, por su parte, contrataría un nuevo ayudante para que distribuyese el periódico en su nombre. Mario recibiría veinte dólares a lo largo de tres semanas como compensación por su despido.

Mónica, Humberto añadió viperino como colofón de su despedida, había descubierto a golpes la cobardía de Mario el cultivado y la constancia de Eduardo el licencioso. Mónica asimiló la tunda sin protestas, desatendiendo sugerencias perversas sobre procesos judiciales.

Varios meses después Mario se enteraría de la boda entre Mónica y Eduardo, una efeméride que refutaba sus pronósticos. Relegado por sus cofrades, Mario sufrió una semana de insomnio; la relectura desorganizada de las *Meditaciones* de Marco Aurelio le devolvería su fe en la humanidad. Aquella mañana encontró un espacio iluminado e impreciso, en donde varias figuras lamentaban sucesos nefastos. Mario se acercó y vio la silueta de una mujer; una túnica blanca colgaba desde sus hombros. Descubrió una cara sufriente. Un grupo de serafines gemía a sus costados. Pasaban a sus pies siluetas distorsionadas de hombres y mujeres que en automóviles raudos cruzaban campos

atiborrados de mendigos. A gritos clamaban por una limosna que no fuese entregada con desprecio.

Contagiado por su compasión desbordante Mario se dejó caer a los pies de la doncella. Su voz era una letanía: la armonía de los astros y de las arenas del desierto, de las guerras y de los arrepentimientos giraba en su seno. Sus ojos lacerados en lágrimas abarcaban su semblante; musitaba que pocos creían, que los hombres, reacios a alcanzar su sabiduría, renunciaban a la eternidad. Lázaro clamaba su trozo de pan de rodillas frente los manjares de su señor; pero su voz no era la de un hombre, sino la de hordas de despojados y desterrados de Indonesia, Congo, Bolivia, Afganistán, Hungría, Colombia, Texas. Gobernantes y celebridades engullían sus manjares entre carcajadas, indolentes al clamor de los miserables; cuando la mesa rebosaba, algún comensal arrojaba las sobras de su plato a los hambrientos. Nadie temía a las fauces del báratro. Apiadado de su ignorancia Mario preguntó con voz entrecortada que debía hacer. La virgen le pidió que leyese el capítulo quince del libro de los Hechos de los Apóstoles.

Despertó anhelante y consultó su Biblia hebrea y griega. Constató que todos sus sufrimientos se debían a sus ansias por frecuentar los prostíbulos: πορνειασ, pornografía. Compadeció en el desamparo que forzaba a hombres y mujeres a abrazar una subsistencia despreciable; la economía que inducía a una pareja de Calcuta a prostituir sus críos; torturas más refinadas y menos visibles que los gulags y los campos de concentración nazi. El cristianismo era concebido, así mismo, como una religión antiburocrática; inclusiva, no exclusiva, en donde bastaba abstenerse de malversaciones para ser cristiano. Los ritos y las celebraciones vendrían después, como los festejos después de una victoria. Meditó cada palabra hasta el amanecer, cuando el chillido de un timbre interrumpió sus cavilaciones.

Luego de abrir la puerta malhumorado, recibió a Ana.

—No he dejado de pensarte desde anoche.

Mario le dio la espalda y sentándose frente a su escritorio escribió varias palabras griegas en su diario. Inquieta por sus párpados caídos y ojerosos, Ana lo conminó a que reposase; le prepararía su desayuno. Mario se desperezó preguntándose si su desidia implicaba la cesión de sus privilegios; quiso recobrar el ámbito místico de su ensueño, pero ya las imágenes autónomas se habían disuelto bajo las impresiones tortuosas de la realidad.

Desayunaron y se acoplaron metódicamente, repitiendo los mismos gestos y palabras, como si entre ambos se hubiese establecido una convención. Memorias de noches apagadas acompasaron sus movimientos. Mario se aferró a sus senos extraviado: la imagen de dos cerdos copulando en una pocilga amainó su libido y acelerando sus cadencias las interrumpió en seco.

Incapaz de eyacular se sumió en las páginas portuguesas de la *História Trágico-Marítima*. Grupos de mujeres y niños eran arrojados a altamar para la salvación de marineros inescrupulosos.

—¿Has matado a alguien? —preguntó Claudia luego de lavar sus órganos genitales—Orlando me relató que fuiste un preso político.

—No lo conozco.

—Trabaja como policía en la estación Baja de Manhattan. Un vecino tuyo de tu infancia. Moraba en el barrio San Luis.

—El Mandril —musitó Mario boquiabierto.

Ana frunció el ceño en un gesto perplejo.

—Cada día descubres a algún desaparecido —añadió cabizbajo.

La última vicisitud que oyó de Orlando Rengifo, alias Mandril, fue que había abandonado a sus padres por una

secta religiosa hindú. Veinte años después Orlando volvía a aparecer en los vericuetos de su destierro.

"Tal vez", Mario especuló, "él me haya inculpado ante las autoridades."

—¿Te dijo mi verdadero nombre? —preguntó.

—Mario. Pero te continuaré llamando Ernesto Suárez. Orlando te recuerda con nostalgia; le gustaría charlar contigo; sobre el pasado.

—¡Jamás!

Ana permaneció enhiesta en su silla.

—Lo detestas; tienes un carácter sincero que el mundo detesta; siempre sufrirás. Yo, en cambio, me eduqué soportando a quienes me desprecian. El mundo no deja de ser un establo, sin espacio libre para saltar. Cuando haces el amor cierras las ventanas; no gritas por miedo a los vecinos.

—Yo —intuyó que todas sus esperanzas se desvanecían ante la presencia de aquel antagonista nativo. Una sensación de ligereza lo distensionó y al girar su rostro a la ventana encontró una superficie de madera esmaltada—, corrí la desventura de poseer un humor violento; era demasiado. No soy más incapaz por asumir mi desempleo.

—Claudia organiza una fiesta el sábado en la noche en su casa. Orlando irá, y tú, desde luego, estás invitado.

—Iré —Mario balbuceó—. En cuanto a tú inquietud sobre la guerrilla…

—No estoy inquieta.

—Jamás fui un comunista.

—Pasé lo que pasé siempre serás mi héroe.

—No hay héroes, solo oportunistas; si me idolatras es porque aspiras a emularme.

—No te estoy idolatrando —su voz tembló—; aunque tal vez, tal vez la revolución me atraiga.

Mario se justificó como lo había hecho anteriormente ante el grupo acusatorio de defensores de los derechos

humanos. Su memoria había resistido a los embates de jueces implacables, ávidos compiladores de testimonios predeterminados que lo deshumanizaban. Sintió el yugo de recriminaciones obsoletas sobre su cerviz.

—Mi madre me envió —dijo—, contra su parecer, a la Universidad F., donde inicié mis estudios como director de teatro. Aquel sitio era renombrado por haber educado varios presidentes corruptos. Una minoría era, por lo tanto, la progenie de la oligarquía. La mayoría pertenecía a una casta anhelante de ascenso social. En los albores de mi graduación, cierto viernes en la noche, conocí en una francachela a un grupo de estudiantes que aspirando marihuana recriminaban a nuestro gobierno por nuestra miseria. La acción social y las coyunturas revolucionarias eran formuladas con lengua febril. Desalentado por los problemas económicos de mi agrupación cultural me interesé en su conversación; así conocí a Bárbara Leal, hija del Ministro de Agricultura de nuestro país. Ella seducía a sus oyentes con una facilidad que cualquier actriz de prestigio envidiaría. Educada por los émulos de Mao, Bárbara citaba a Engels y a Trotski indistintamente, a la par que celebraba las campañas del Che Guevara sobre las cumbres de los Andes; así mismo descreía del estudio metódico del comunismo. Cierto día Bárbara me propuso asistir a una reunión del ALIC, o Alianza de Liberación Campesina. Acepté sin prever las consecuencias de mi apresuramiento. Bárbara no era hermosa, más bien frágil, un encanto enternecedor en una adolescente. Luego de escuchar sus arengas somnolientas, Bárbara me presentó a los demás miembros de su célula revolucionaria. Nos embriagamos con la música de aburguesados cantantes de la Nueva Trova cubana.

"De vuelta a mi alcoba creí haberme librado del yugo moral de la burguesía. Poco después Bárbara me confesó su propósito de liberar a varios cabecillas comunistas,

demagogos que purgaban en prisión condenas por asesinatos políticos. Su idea original fue la de secuestrar a su padre, a quien consideraba un monstruo por haberle negado una beca para que fuese a estudiar escultura a Italia. Nuestro atentado debía ocurrir un viernes a mediodía frente a su despacho ministerial. Sin cuestionar los motivos de su aversión familiar nuestro tesorero le recordó que los fondos del ALIC no bastaban para financiar un secuestro. Intentamos contactar y persuadir a otras células urbanas revolucionarias, más nuestras credenciales como estudiantes de la universidad F. despertaban sospechas entre nuestros comandantes. Decidida a demostrar su osadía, Bárbara planeó entonces el secuestro de su progenitora. Nos amedrentó desde un principio. Bárbara reincidió en su filantropía gastada: la lucha de clases, las prebendas del campesino oprimido, la libertad de expresión y la educación gratuita. Justificaba su materialismo con un sacrificio familiar, un credo que sacralizaba cualquier crimen a nombre de la confraternidad. En verdad los comunistas de su calaña nunca me convencieron. Fijaban su ambición en la opresión. Bárbara calculaba perpetuar el despotismo de su padre desde un sistema de oposición paralelo. La ingenuidad de su precipitación camuflaba una mente perspicaz. Al cabo acepté con desgano. Ella debió de haberlo advertido, pues un domingo en la mañana me entregó un documento cifrado con instrucciones que yo debía memorizar. Al día siguiente los periódicos anunciaron el secuestro de Doña Eva, la esposa del ministro más influyente de la República. El despliegue periodístico y el parloteo continuo de los telediarios nos animó en un principio. Bárbara condujo a su madre al sótano de un inquilinato del barrio Teusaquillo, cuchitril en el cual la dominamos y la amordazamos. Bárbara se inmoló como una segunda víctima, pidiéndonos que la encerrásemos en una alcoba adyacente. Allí se desgañitó

hasta fingir un desmayo. Una vez en su despacho redactó nuestras amenazas y demandas. El gobierno se comprometió en un principio a negociar con nosotros. Sus promesas fueron dilatadas; finalmente incumplidas. Luego de dos semanas el escándalo de un alcalde estadounidense que aspiraba cocaína con una meretriz acaparó los titulares de prensa. Las desaventuras de Eva y su hija pasaron a ser abreviadas por los editores y publicadas como pequeñas notas de referencia. El mundo nos olvidaba. Movida por cierta piedad filial Bárbara nos propuso liberar a su madre, un acto que sería tan accidental como su secuestro. Para entonces ya varias llamadas imprevistas nos habían persuadido de una pronta maniobra: una voz quebrada que preguntaba por el Señor Delgado. Con nuestras bocas secas respondíamos que él ya no vivía en aquel sótano. Al cabo de un tiempo cierta mujer de apellido Badilla nos advirtió que si en un plazo inferior a siete días no le devolvíamos el dinero que le adeudábamos, enviaría al susodicho señor Delgado, nuestro protegido involuntario, a las mazmorras. Debo explicarte ahora que la corrupción de la empresa pública de teléfonos de nuestro país no permitía la transferencia de líneas telefónicas de una residencia a otra. Ellas se adquirían con el local, como el servicio del gas o de la luz. Cierta tarde en que tuve el infortunio de responder a una llamada mis nervios me compelieron a aseverar que el Señor Delgado estaba muerto. La acreedora del presunto difunto colgó su auricular. Al principio colegimos que nos habíamos deshecho de su inoportunismo, pero dos días más tarde, cuando Bárbara se hallaba a solas en el sótano, aquella mujer golpeó a la puerta demandando la presencia del finado Delgado. Bárbara intentó persuadir a voces a la agiotista de su equivocación. En aquel preciso instante yo franqueaba la entrada del edificio. Distinguí a dos mujeres, a un hombre y a un policía frente a la puerta de nuestro refugio. El hombre

portaba varios instrumentos de cerrajería. Discerniendo que se trataba de un embargo me adelanté y abriendo la puerta los invité a que entrasen a nuestro apartamento. Bárbara se refugió en nuestro baño, un cuarto diminuto sin cerrojo. Ante la requisición de la abogada busqué por nuestro contrato de arrendamiento. Mis movimientos imprecisos y mi alegría forzada acicatearon las sospechas de la agiotista, quien en voz alta conjeturó que Bárbara era en realidad el mismo Señor Delgado, deliberadamente sepultado en vida. Atravesó la estancia con descaro hasta halar de la puerta del baño. Bárbara gritó histérica, como una cría hambrienta. Aunque la mujer reculó inmediatamente, Bárbara ocultó su rostro con tardanza. En la noche, cuando empacábamos nuestras pertenencias, un grupo de mercenarios, al parecer contratado por el padre de Bárbara, nos invadió. Dos cuerpos fueron agujereados por los proyectiles de sus fusiles sobre nuestro comedor. Bárbara se entregó suplicando clemencia. Yo salvé el alféizar de la ventana de nuestra cocina hacia la calle. Al escapar escuché otro disparo.

"Una semana más tarde, oculto en casa de mi abuela, fui sorprendido por cuatro policías. Pese a las continuas llamadas telefónicas de mi madre, los medios de comunicación se abstuvieron de publicar mi captura. Los gendarmes me trataron con condescendencia. En una celda recibí la visita del Ministro de Agricultura, un hombre melifluo y sin escrúpulos, quien luego de bromear sobre las pilatunas macabras de su hija me ofreció un pasaporte y un tiquete a un país europeo bajo la condición de que yo imprimiese mis huellas digitales sobre mi acta de defunción. Comprendí que de otra manera él se vería obligado a ejecutarme, una acción nociva para su carrera política.

"La diligencia de mi madre me había salvado. Ella comunicó a los defensores de los derechos humanos, mis futuros inquisidores, de mi paradero. Pude elegir la muerte,

como mis compañeros, pero traicionando unos ideales que siempre cuestioné, acepté.

—Hiciste bien —murmuró Ana—. Pero no creo que los hayas traicionado; aún puedes regresar a tu país para vengarlos.

—A todos los he perdonado —su voz era serena—; a todos los he perdonado.

Ana sacudió su cabeza mohína. Un gato negro maulló desde la ventana. Mario abrió la alacena debajo del lavaplatos, vertió un concentrado de terrones sobre un plato y deslizándolo a través del alféizar lo dispuso sobre la cornisa, frente al felino.

—Orlando y Claudia aún creen que tú asesinaste a la esposa del ministro —agregó Ana.

Mario estremeció las comisuras de sus labios; sospechas fundamentadas habían endosado su confesión apresurada.

—Claudia haría bien en cortarse su propia lengua. ¿Con qué frecuencia se reúnen ustedes a especular sobre mi vida?

—Sólo conversamos, como la mayoría de la gente. No somos ermitaños.

—Así está bien —Mario haló sus pantalones con furia y comenzó a vestirse.

—¿Qué te ocurre?

—Sé que Bárbara vive en algún rincón de Europa. ¿En dónde? No lo sé. Tú tampoco. ¿Entiendes?

—Claro —respondió con un dejo de cansancio en su voz—. Mario…

—¿Sí?

Ana caviló ante la mirada molesta de Mario. Incapaz de articular el discurso que había preparado, apresurada por el silencio, improvisó una pregunta casual.

—Como pareja, ¿qué somos?

Mario agachó su cabeza reprimiendo un gesto de ansiedad. Preveía aquella pregunta, cuya respuesta era

inabordable. Nunca acababa sus relaciones amorosas. También había aprendido a aceptarlas en etapas de soledad. La vida se había encargado de frustrar sus cortejos. Claudia lo había abandonado en medio de un viaducto, muchos años atrás, una tarde en que él había hecho acopio de fuerzas para atentar contra su propia vida. Dorotea se hundía en los teatros de Bogotá. Bibiana divagaba por parajes argentinos.

—Tengo otro pretendiente.

Mario entornó sus ojos hasta dejarlos caer con pesadez sobre su amante. Su rostro era sumiso bajo la forma de un crucifijo metálico que colgaba sobre la pared.

—No puedo extrañarte —dijo presa de felicidad.

—Eres honesto —Ana sollozó—. No me importa; tus palabras ya no me lastiman.

Ana ocultó su rostro entre las palmas de sus manos. Mario escuchó su silencio como un gemido inacabado.

—¿Me recordarás en tus viajes? —preguntó al secar con el borde de su camisola el contorno de sus pómulos—. Quiero decir, ¿volveremos a vernos?

—Ahora ya no vale la pena.

—Fui una terca —prosiguió Ana con mirada culpable—. Debí reparar en esas contorsiones sensuales sobre la pista de baile. Te meneas con la lujuria de tus antepasados africanos; esclavos sin otra aspiración en su vida que la penetración incesante de las hijas y esposas de sus amos blancos.

—No inventes —ya había oído su imprecación veinte años atrás, en un aula de clases de Bucaramanga.

—Me voy. Play boy empedernido.

Mario se recostó sobre su cama indispuesto. Asimiló su diatriba escudriñando el pigmento uniforme sobre su piel morena.

Ana tomó sus pertenencias y al abrir la puerta hacia el pasillo afuera fijó sus ojos en Mario.

—No recuperarás a tu padre encarcelándome —le advirtió Mario.

—Jamás te ofenderé —sentenció Ana ostentando un poder afín al de los emperadores romanos sobre la arena de los gladiadores—. Eres un perdedor.

Mario fijó su mirada en su reloj; ignoraría una vez más los anatemas de una amante prepotente.

—Ya es hora de que te vayas —dijo conciliador—. Tienes que atender a una clase a las nueve.

Los labios de Ana temblaron bajo el umbral. Su convicción de controlar a los hombres se desvaneció. El apresuramiento de Mario la atormentaba. Se conformaría con su segundo amante, un hombre a quien también podría abandonarla al capricho de sus pensamientos migratorios.

—¡Orlando sí es un hombre! —exclamó antes de arrojar la puerta contra el umbral.

Mario permaneció inmóvil en su cama por dos o tres horas.

Las ofensas de Ana lo liberaban de un yugo persistente. Regresó a sí mismo, desasosegado como un barco volcado sobre una playa abandonada. Disgregó al vaivén desolado de sus días en Norteamérica. Ana había escuchado un relato alterado. Un disparo perdido, tal vez el suyo, había cercenado la vida de la esposa del ministro; más nadie lo sabría con certeza. Cargaría la cruz de la duda hasta su muerte.

La tarde se sumió en el letargo de otra noche y encendió el televisor. Se regodeó considerando que sus conocidos en Colombia carecían del privilegio de trabajar en un barrio de habla inglesa. Una serie de ideas acuciantes sobre su destierro se conglomeró en su cerebro hasta tornar su satisfacción en nostalgia. No valía la pena conjeturar los semblantes de sus compañeros de escuela; cuerpos que crecían y morían como en Oporto, Paris, Nueva York,

Filadelfia, Chicago, Roma o cualquier otro conglomerado de casas. Sólo sus amigos lo recordarían, como él a ellos. El flujo de imágenes desbordaba esa pantalla: casi seiscientas líneas de puntos electrónicos que comprimían las tres dimensiones del universo en dos; un tercio del mundo, tercio seleccionado, selección previsible que idiotizaba al mundo. Algunas veces veía el firmamento como una inmensa cúpula de cristal en donde figuras de barro exterminaban a los seres más desvalidos. Había leído en una página de Glauber Rocha que el estado natural del hombre hambriento y sin tierra es la violencia. Los pasajes de Pedro Páramo reaparecían en cada recoveco de la mole norteamericana; a sus treinta años erraba como un cadáver al que sus víctimas mundanas infligían sus penas postreras. Las furias de la esposa del ministro se encarnaban en los juicios de Orlando. Su lujuria frustrada desataba nuevas congojas, como un puñado de tierra sobre una herida en carne viva. Un sendero de mármol regresó como una cura angustiosa. Dos años atrás, en Fátima, había cubierto cien metros de rodillas. Los primeros movimientos de sus piernas agudizaron su dolor. Observó el firmamento, y a su lado hombres y mujeres que lo adelantaban sin quejarse. La piel bajo sus rodillas se descarnó y sangró. Sintió sus huesos que se desportillaban contra el suelo; entrelazó sus manos. Un dolor acuciante desencajó su semblante. La mirada profana de un turista lo instó a abandonar su calvario. Paró gimiente y vislumbró los momentos armoniosos de su peregrinaje; reemprendió su trayecto. El dolor se redujo a sus piernas.

Abrió las ventanas de su apartamento exponiendo su cuerpo semidesnudo a los vecinos. Saltó sobre el tablado de su apartamento y alargando su cuerpo se apoyó sobre las yemas de sus dedos. Repitió movimientos fatigantes hasta caer exhausto. Conjeturó la relación insinuada entre Ana y Orlando; su antiguo vecino ya había poseído a otra de sus

mujeres. Testimonios prolongados de su adolescencia, cuando el Mandril narraba con minucia sus encuentros con prostitutas de una hora. Reacio a enfermar en los Estados Unidos, país de servicios médicos discriminatorios, Mario se había abastecido de medicamentos en Europa. Las manchas en sus genitales habían desaparecido luego de ingerir un frasco de antimicóticos a lo largo de seis días. Su recuperación lo eximió de la dura prueba de asistir a un centro hospitalario. Ricardo lo había llamado la noche anterior desesperado. Luego de haber perdido su empleo, tuvo que aumentar cien libras para subvencionar su gula. El gobierno estadounidense le enviaba a cambio mil dólares mensuales en bonos comestibles. En caso de pesar menos de doscientos kilos Ricardo perdería su mensualidad. Se odiaba a sí mismo por haber engordado.

Mario analizó las sanciones que su estadía en Nueva York podría incitar en su contra. Tal vez el destierro hubiera domeñado la adolescencia flagrante de su paisano. Ana había insinuado su engaño, enunciado iracundo que él tomaba con precaución. Incapaz de discernir si ella le había confesado su atracción por Orlando ora con la esperanza de alentar sus celos, ora con la intención de desafiar su virilidad, dejó que su provocación fomentara en su alma pasiones ambiguas.

Su reloj apenas daba las diez y media. Salió a la calle ansioso y se dejó contagiar del ritmo de los transeúntes. Endureció los rasgos de su rostro y aceleró sus pasos en un esfuerzo por domeñar su apatía. Sus pasos se alejaron de Nueva York y avanzaron sobre la carrera trece de Bogotá, cuando caminaba desde el teatro Plaza hasta el parque de Lourdes. Los emboladores de zapatos le ofrecían un asiento desde donde podía ver a una muchedumbre agotada sobre la estación del autobús. A las seis encontraba a otros actores con quienes bebía un café en San Fermín. A escasos metros de distancia el auditorio del cincuentero Teatro de la

Comedia aguardaba a cada tarde por sus declamaciones. A sus diecisiete años, luego de los aplausos de un estreno, en un pequeño salón del segundo piso, Mario copuló con Dorotea, una camarera agobiada por la bancarrota de los negocios de su familia. Aquella hazaña sensual había ocurrido luego de prolongados cortejos; debido a su diferencia de edad ambos amantes se habían retirado sin comprometer su independencia.

Días después Mario la descubrió en una discoteca bailando con un hombre de mediana edad. Él quiso abrazarla y ella se resistió. Hubo un altercado y una botella quebrada. Mario sufrió una refriega que le valió un cumplido de su amante. Luego de varios diálogos, tartamudeos amorosos y cartas de reconciliación Mario y Dorotea se comprometieron. Días más tarde, en los albores del estreno de una obra de Calderón, el gobierno distrital envió una carta al director de la agrupación teatral anunciando que su sede había sido privatizada, esto es, vendida a una comunidad religiosa.

Sin influencias capaces de secundar sus precipitadas protestas la tropa fue disuelta y Mario hubo de contentarse con adelantar sus estudios universitarios lejos de las bambalinas. Se sometió a las imposiciones rígidas de sus profesores. Ahondando sus conocimientos de las lenguas indoeuropeas consumió su tiempo libre en la biblioteca de la universidad, edificación húmeda en donde memorizó los versos blancos de Shakespeare y aprehendió las intrincadas tramas del idealismo teutón del siglo diecinueve.

Luego de la muerte de su progenitora, Dorotea le propuso fundar su propia agrupación teatral, *Atarraya,* una empresa que ambos desarrollarían con ahínco a lo largo de ocho años, organizando temporadas en los escenarios más desprestigiados de la ciudad. Sin subsidios reclutaron a voluntarios a quienes formaron como actores. Algunos de

ellos asimilaron sus lecciones y permanecieron en el grupo constantes. Otros, desanimados por los parcos ingresos de su agrupación los abandonaron para pasar a engrosar las hileras de mensajeros de oficina, quienes, si bien mal remunerados, subsistían con un sueldo estable. Mario invirtió sus ingresos frugales en la divulgación periodística de sus montajes.

Sus trabajos parecieron recompensados luego de que Dorotea fuese contratada como recepcionista de un periódico de circulación nacional. Por aquel tiempo un político de apellido Suárez fue elegido presidente de la república. Mario fue confundido como pariente del mandatario. Inspirada por aquel equívoco oportuno, Dorotea instó a los trabajadores de su periódico a que entrevistasen a Mario Suárez, director teatral de prestigio. Su foto fue impresa en una página consagrada a los familiares del presidente.

Al siguiente día el gerente de una empresa de seguros lo encomiaba ofreciéndole un auditorio privado. Mario se endeudó organizando una temporada de su AYAX. Los medios de comunicación, otrora reacios a su trabajo, publicaron artículos circunstanciales sobre Sófocles. Su prestigio aumentó luego de que un escritor llamase a Mario el artista más innovador dentro del árido desierto del teatro local, elogio inesperado que Hermoso, su profesor universitario, no le perdonaría. Hermoso era un jorobado de apariencia amilanada, conspicuo en los círculos intelectuales por su resentimiento.

Se jactaba de haber estudiado un postgrado en literatura española en Francia durante seis años. Sus parientes le culpaban de haber despilfarrado la fortuna de sus abuelos en lupanares galos. De vuelta a Colombia desposó a una tía de un senador de la república y anunció a un periodista cultural la lectura pública de sus dos monólogos de teatro. Aunque

la asistencia del público fue asegurada por el concierto de guitarra de un músico popular amigo suyo que acudió a amenizar la tertulia, las obras fueron recibidas con indiferencia por las compañías locales de teatro. Semanas después, asistiendo como espectador a un montaje de un monólogo, pieza desafortunada del escritor etnográfico Casal, Hermoso vio con amargura como sus descripciones escénicas habían sido plagiadas por un director de apellido Sobrino.

QUEJAS era el título de la obra que siendo un fracaso en Lima era respuesta por el teatro Encadenado de Bogotá. El montaje se vio reanimado esta vez con el uso de un maniquí, el cual Hermoso había concebido como elemento visual de su ópera prima INDIGENCIA, soliloquio en su opinión superior a la perorata de su afamado antagonista. Casal se vio tan complacido con aquel elemento escenográfico que luego de recompensar a Sobrino por su originalidad lo incluyó en la versión póstuma de su obra, publicada en el segundo volumen de sus *Monólogos y correos electrónicos completos*. Las protestas de Hermoso fueron acalladas por los influyentes prosélitos del aclamado escritor de las repúblicas bananeras. Su desamparo se incrementó un mes más tarde, cuando su esposa lo abandonó por un locutor de radio nacido en la provincia colomboafricana del Chocó.

—No me duele —le diría a Mario años más tarde—, el que esa ramera adultera fornicase a mis espaldas, sino el que donase su culo desfondado a un africano incapaz de aprender un idioma que le permita abandonar a este país de hampones.

Luego de sobrevivir a una sobredosis de barbitúricos Hermoso fue contratado por un pariente contrito como crítico de cine de un periódico de circulación nacional. Desde las páginas de aquel diario Hermoso se ensañó dos

veces por semana contra las producciones del cine norteamericano. Sus detractores lo acusaron de plagiar pasajes viperinos que copiaba de las revistas del consulado francés. Con el tiempo Hermoso descolló con su estilo cínico, forjando retruécanos en donde confrontaba a Derrida con George Lucas, y a E. Cioran con Tim Burton.

Cierto sábado Hermoso se aventuró como crítico de programas de televisión. Complacido comprobó que sus diatribas contra los actores y directores que despreciaba eran capaces de granjearle la admiración de sus patrones. Su primera reseña literaria dio a luz una semana más tarde, cuando, entre frases recargadas, Hermoso describió un paseo a lo largo de los Campos Elíseos en compañía del escritor irlandés Samuel Beckett.

La reseña continuó con una serie de encuentros casuales con varios premios Nobel, quienes (los lectores así lo inferían), profesaban una simpatía instintiva por Hermoso, embajador de la siempre prometedora República de Colombia en París. Este pasatiempo le permitió así mismo ostentar su *pedigree* europeo. Cierta tarde el editor de aquel periódico le preguntó si podría escribir sobre teatro.

—¿No sabía usted que yo ostento una maestría en crítica teatral de la Universidad de Oxford? —balbuceó.

Con una consagración que anonadó a los conserjes de la sede central del periódico, Hermoso escribió en una noche interrumpida su primera crítica teatral, un panfleto contra el primer director de teatro que había osado desdeñar sus escritos:

"Director mediocre… La mediocridad de los actores se compara a… Culpable de la mediocridad de… Sumido en la mediocridad… Dicción más que mediocre… Sentido mediocre de… Evitar esta farsa de mediocres."

Los derivados de un sólo sustantivo se convirtieron en su léxico predilecto y la marca indeleble de su escuela de

emuladores. Su odio le granjeó popularidad en un país que profesaba la violencia. El decano de la universidad de F. lo contrató como profesor catedrático. Hermoso pasó a tiranizar a sus pupilos. Años más tarde Mario escucharía a Hermoso, habituado a ofender impunemente a sus interlocutores, apelarlo a él y a sus condiscípulos esbirros burgueses.

Mario, sin contener las palpitaciones en su pecho, se levantaría para demandar el esclarecimiento de su ofensa. Hermoso, torciendo sus labios como a un ciempiés chamuscado le diría que su mediocridad era obvia por el hecho de todos estudiasen en una universidad católica, ese credo que tanta explotación había cernido sobre la humanidad. Sin discutir las deficiencias del sistema educativo y sin traer a colación el desempleo de los estudiantes, Mario repuso que el término mediocre derivaba del latín *mediocris*, esto es, el punto medio, el cual, según Cicerón y Aristóteles, autores por los cuales Hermoso profesaba cierta admiración, conducía a la felicidad.

Con un furor añejo en su amargura, Hermoso tartamudeó que la acepción de su palabra mediocre era aquella de calidad inferior, frase ambivalente que desató las carcajadas de sus estudiantes. Al terminar su clase Hermoso convidó a Mario para que almorzasen en la cafetería de la universidad.

En medio de un espacio hacinado, ambos, luego de murmurar contra la languidez de los otros profesores, iniciaron un duelo de menosprecios que denostaban de vivos y muertos por igual. Sócrates era un payaso, Platón un esclavista que plagiaba a sus estudiantes, Casal un panfletista empecinado en incrustar la palabra amor en los títulos de sus escritos, Shakespeare un tramador inverosímil, Borges un escritor que citaba cuanto leía en la enciclopedia británica, Vargas un cinéfilo frustrado. Luego de su cuarto encuentro

Hermoso dialogó con Mario sobre los pormenores de su vida privada. Así habló de sus años de exilio, su tortura intelectual y la infidelidad de su esposa, añadiendo como colofón que pronto tendría que buscar una nueva morada.

—Necesito noventa mil pesos para mi mudanza —afirmó Hermoso—. ¿Podrías prestármelos?

Días atrás Mario había recibido del banco un empréstito por esa suma para el pago de su segundo curso de idioma ruso. Hermoso lo sabía, como también sabía que los cursos de este semestre habían sido cancelados a causa de la caída del comunismo. Durante algunos instantes Mario consideró y descartó la posibilidad de que su profesor hubiese telefoneado al Instituto Colombo Soviético para averiguar el monte semestral de la matrícula. Al cabo asintió. Luego de suscribir un cheque a nombre de Hermoso, éste se distanció de Mario alegando ocupaciones de trabajo.

Su relación, frágilmente afianzada, se disipó en encuentros involuntarios hasta disolverse durante sus vacaciones de verano. De vuelta a la universidad Mario estaba resuelto a recobrar su monto de dinero. Con insistencia penosa Mario acosó a Hermoso fuera y dentro de los corredores de la universidad. Al comienzo su maestro se escurrió entre la multitud murmurando excusas. Cierta tarde, frente a las oficinas de la rectoría universitaria, la socarronería de sus disculpas cedió ante la sorna de su sonrisa agusanada.

Hermoso advirtió a Mario que por noventa mil pesos no valía la pena granjearse la enemistad de un crítico teatral. Sin arredrarse ante la presencia del rector de la universidad que ya venía al encuentro de su maestro Mario insistió en la devolución de su empréstito. Acuciado por la ocasión Hermoso ablandó su rostro en un gesto suplicante y juró cancelar su deuda antes del mediodía. Mario, sin otra intención que la de recobrar su monto, se retiró

condescendiente y esperó a que Hermoso concluyese su entrevista. Minutos después ambos se encaminaron hasta las oficinas de una corporación de ahorros, sitio mal ventilado en donde, incapaces de intercambiar retruécanos académicos ambos se hundieron en el bochorno de una hilera bancaria.

Al cabo de una hora Hermoso canceló su deuda. Su disposición, sin embargo, se encarnizó sobre los movimientos de su pupilo indomable, cuyo desempeño como director escénico lo amargaba. Hermoso se levantaba en medio de la noche preguntándose cómo podía aquel cretino advenedizo sin sellos extranjeros en su pasaporte financiar sus propios montajes teatrales. Cierto día, al verlo, incapaz de reprimir su escozor y sin siquiera saludarlo, Hermoso le preguntó cómo financiaba sus montajes.

—Trabajo como profesor —Mario le respondió.

—¿Y cómo es que usted le ha sonsacado ese dinero al gobierno? —masculló Hermoso sin atender a su respuesta.

Desde meses atrás Hermoso empleaba sus fines de semana componiendo sátiras contra el Ministerio de Cultura. Exacerbado por la laxitud con que el gobierno nacional otorgaba subsidios nacionales a mozalbetes maleducados Hermoso planeaba una edición virulenta contra la democracia en Suramérica.

—Los subsidios son pocos, y no tengo paciencia para sobornar a los jurados.

—¡Así no se puede vivir! —exclamó Hermoso—. ¡Eso de morirse por amor al arte está mandado a recoger! ¡A usted lo que le falta es estudio!

Hermoso se alejó a lo largo del corredor presa de una carcajada compulsiva. Mario meditó sobre las admoniciones de Hermoso por un par de días. Era el tiempo del estreno de su AYAX; Mario confiaba en salir avante sobre todo tipo de reveses. Una serie de elogios convenientes llegó de la mano

de columnistas desconocidos. Cierto viernes en la noche, antes de iniciar su presentación en el teatro de la compañía de seguros SLANDIA, los actores de Mario supieron que Hermoso se encontraba entre la audiencia. Sin amilanarse ante aquella advertencia inoportuna la pieza transcurrió con una espontaneidad que ablandaba las cadencias de los versos alejandrinos. La destreza con la cual sus actores recitaban sus largos monólogos insufló un ánimo creciente en sus espectadores, quienes hacia el final de la representación enmudecieron ante el gemido de Ayax.

Ambición desbocada que inocentes precipitan

Compelido por el aplauso efusivo del público, Mario esbozó la misma sonrisa agusanada que Hermoso forjase tantas veces en su compañía. A la mañana siguiente Mario compró el periódico y se sentó en un café frente a la entrada de un túnel peatonal. La reseña periodística abundaba en afirmaciones erradas e inconclusas. Hermoso, incapaz de creer que un colombiano compusiese una tragedia en verso, atribuía el texto original a Sófocles:

Toca la capa más superficial del texto… Los movimientos son desorganizados… Sófocles se vengaría…

Tal y como Mario lo había previsto, Hermoso empleó reiterativamente el adjetivo mediocre en su contra. Desestimando el golpe que aquella crítica negativa suponía para su agrupación novel y mal remunerada, Mario telefoneó a cada integrante con el propósito de organizar una reunión de consuelo. Las ausencias fueron notorias y continuas desde entonces. En menos de una semana ocho de sus once integrantes dimitieron, alicaídos ante la memoria de una ofensa impresa. Una carta de rechazo del Festival

Internacional de Teatro de Bogotá propinó el *coup de grâce*. Luego de cancelar sus deudas Mario clausuró subrepticiamente la agrupación. Entonces conocería a Bárbara, con quien organizaría tertulias políticas contra el gobierno.

Tomó el metro y se apeó en la estación bajo la biblioteca municipal; al salir se unió a la multitud y caminó hasta la Universidad de Nueva York, donde preguntó por la estación de policía. Allí encontró a Orlando recostado contra la carrocería de una patrulla.

Ambos amigos se abrazaron en un impulso incontrolablemente efusivo.

—Me alegra verte. ¡Policía en los Estados Unidos! ¡Regenerado!

—Desde que pisé esta tierra soy un hombre probo, Pantera.

Mario contrajo su ceño ofendido.

—¡Tú también me puedes llamar Mandril!

—Tal parece que ambos poseemos a la misma mujer —replicó Mario sin ánimos de dialogar sobre sus apodos—: Ana. Venciste. La obsesionas.

—¿Cuándo te lo contó?

—Hace una semana —Mario mintió—. No quiere verme más. Ya sabes cómo son las mujeres. En nuestro barrio todas las mozas se desvivían por tus músculos. Aún los conservas en forma.

—Paso tres horas en una barra tres veces a la semana —afirmó Orlando—. Es mi secreto. Les agrada. Enloquece a las adolescentes.

—Te envidio. Siempre fui un enclenque.

—Deberías acompañarme al gimnasio. Por estos días ofrecen un descuento del cincuenta por ciento a amigos de clientes antiguos.

—Conozco ese tipo de ofertas. En cuanto tenga algún

dinero sobrante te aviso.

—Una pena que Ana te abandone. Si soy culpable lo remediaré. No flirtearé más con ella.

—Puedes gozártela. No me apego a mujeres tan jóvenes. Estoy en desventaja. Doblas el ancho de mi espalda. Tendré otra amante cuando me compre un auto nuevo.

Orlando enrojeció.

—Me amilanas —añadió Mario—. Ana está convencida de que ningún otro hombre podría satisfacerla como tú lo has hecho.

—¡La ramera! —Orlando exclamó complaciente, dando a entender mediante una carcajada que su ofensa encerraba un elogio—. Igual a Claudia en sus años mozos.

Mario palideció sin adivinar la semejanza entre las dos. El punto álgido de la conversación había llegado.

—¿Cómo la encontraste?

—Descolorida. Sus senos se desgajaron. ¿Tú sabes que yo fui el primero que los acarició?

—Tal vez una cirugía pueda ayudarle.

—Ese fue el consejo que le di.

—Ahora es una mujer acaudalada.

—No pasa de ser una trabajadora de clase media. De cualquier modo, Claudia no me interesa. Ya tiene marido.

—Puede divorciarse.

—No lo hará—Orlando exclamó con sorna para luego corregirse con cierto embarazo—; es una interesada. Creo que todas las mujeres lo son para nosotros como nosotros para ellas. Así es el idilio en las ciudades.

Orlando vio a Mario sentado sobre una de las rocas abandonadas en uno de los parques de su barrio. Los vecinos murmuraban que, en vez de tomar lecciones de piano, Mario leía revistas pornográficas sobre las aceras. Equívocos. Una tarde de octubre Orlando lo encontró memorizando parlamentos de las historietas del hombre araña. Según supo

más tarde, sus padres lo enviaban al conservatorio de música, Mario se desviaba e invertía el monto de su matrícula en revistas de dibujos animados que memorizaba reclinado sobre los postes de la luz eléctrica. Orlando descubrió en la vaguedad de sus frases el vocabulario de sus lecturas prematuras.

—Ahora que he obtenido la ciudadanía estadounidense me arrepiento de mi imprudencia adolescente.

—Casi te descerebran —dijo Mario con un dejo de acritud.

—Sobreviví tres veces —corrigió Orlando.

Observó a dos niños discutir álgidamente sobre la avenida. Desde su periplo en el navío de carga los paisajes de su ciudad nativa desaparecían como un pasaje de ensueño.

—Mi padre me inició en la heroína a los seis años —Franco le confesó durante su última agonía—, como un alcohólico que embute aguardiente en el hocico de su perro. Te detesto, Orlando, como sólo un amigo envidioso puede hacerlo. Es una purga el decírtelo a la cara. Fui yo quien te denunció a la policía. Ahora dime que me perdonas, que me muero.

Quiso estrellar el cráneo de Franco contra uno de los bordes metálicos de los contenedores. Su debilidad lo cohibió. Al cabo disfrutó de la escabrosa agonía de Franco.

—Un día de diciembre te pedí que me prestases tus patines —agregó Franco jadeante—, y tú me replicaste que si mis padres eran tan pobres como para no regalarme un par de zapatos con ruedas más valdría que nos mudásemos al tugurio San Martín. Me injuriaste y juré vengarme. Ya desde entonces mi madre te elogiaba comparando tu vitalidad con mi flojera. Tus devaneos atléticos me enfermaban. No podía removerte de mi cerebro. Me gané tu amistad y di paso a las argucias de mi lengua. Ahora lo

reconoces. Sí. Siempre te denuncié ante tus progenitores. Fui yo, tu mejor amigo, escucha, quien le contó a tu padre antes que a nadie sobre las infidelidades de tu madre. Y ella lo engañó, no lo dudo, cuando supo por mi boca de que él se entregaba a los barbitúricos. Perdona mi risa de hiena. Tanta perfidia aún me place.

—No me pidas que te perdone entonces —Orlando repuso.

—Ya para entonces tu padre me pedía que le ayudase a contactar a los revendedores de droga —Franco lo ignoró delirante—. Cierto día le pedí que te drogase. Y lo hiciste, ¿lo recuerdas? Tu padre te inició. No hubo venganza absoluta. No caíste hasta el fondo del abismo. Me insultaste con tu simpleza. Desde entonces quiero verte muerto, agonizando como un perro sarnoso sobre el estiércol. Hoy soy yo quien se revuelca en mis propios excrementos. Tú lo harás mañana.

Ocurrió dentro de una jaula sobre el mar caribe. Meses atrás Franco, amedrentado por un embarazo inoportuno decidió acompañar a Orlando en su periplo hacia los Estados Unidos. Este, acicateado por la persecución de sus deudores, se reunió con Franco y Constantino en el puerto de Barranquilla. Allí fueron enguacalados en una caja de madera que atiborraron de víveres, agua y medicamentos. Desatendiendo los consejos de los marineros viajaron con dos paquetes de marihuana. Luego de varios días de navegación clandestina el olor de aquella mala hierba los delató. La ley marina contra los polizontes les fue aplicada sin consideraciones. Atracados, violados y golpeados por los marineros, gritaban a sus verdugos que no los lanzasen a altamar. Uno de los grumetes sugirió que los enjaularan hasta que se devorasen los unos a los otros. La travesía continuó sin agua sobre cubierta a lo largo de una semana. Sus gritos desesperados parecían avivar antes que apaciguar la

inclemencia de los marineros. Al cabo la faringe de Franco se inflamó hasta asfixiarlo. Con sus pieles chamuscadas y ateridas los marineros los transportaron junto al cadáver a su viejo escondrijo dentro de los guacales de carga, donde los proveyeron con agua suficiente para el resto de la travesía. Poco después de avistar la línea costera de México, sobre los 19° de latitud norte, el capitán del navío ordenó que los polizontes pagasen el resto de su condena. El cuerpo de Franco había sido roído por sus cofrades. Mario y Orlando, en palabras del capitán del navío, conformarían el cortejo de su cuerpo agusanado. Sus despojos fueron arrojados a altamar sin aspavientos. Resignados a una muerte inminente y torturados por su antropofagia no cayeron inmediatamente en cuenta de que una canoa de pescadores esperaba a su zambullida desde un punto cercano. Aquella era una práctica común entre los pescadores de aquellos mares, atarrayeros de los cardúmenes de róbalo que en esta zona del mar zarpaban a la zaga de los buques. Orlando se preguntaba a menudo si aquel capitán no los habría arrojado a sotavento movido por un gesto de piedad inusitado. Sus salvadores, gente sencilla y religiosa, los hospedaron hasta su escape a los Estados Unidos.

—Tienes una mirada desengañada, Mario —afirmó Orlando percatado de su ensimismamiento mutuo—. ¿Por qué no regresas a Colombia?

—Si uno parte con la idea de regresar es mejor no partir nunca.

—Hay varios revolucionarios que han vuelto del sepulcro sin mayores inconvenientes. Con la violencia de estos días nadie se preocupa por incriminar a los desgraciados.

—No soy tan desgraciado como parece. Además, en Colombia nunca dejaremos de ser inferiores.

—Eso. No hay que vivir en la periferia de este mundo.

—Por el contrario. Este sitio bien podría ser la periferia de la cuenca del Amazonas. Crecí oyendo que la vida estaba en otra parte. Falso. He cruzado dos continentes para ver los mismos sitios y la misma podredumbre. Si vuelvo desilusionaría a quienes se imaginan que esta mole de edificios es placentera. Tampoco quiero mentirles, como tantos embusteros que luego de vivir en Nueva York por un año regresan diciendo que cenaron y durmieron con Madonna.

Orlando osciló su cabeza de un lado a otro en un gesto impaciente.

—Dejaste a alguna novia. Enamora a otras mujeres. Mis preferidas son las peruanas.

Su simplicidad era incontestable. Asentaba su vida clandestina sobre una estación de espera, como la nave del conquistador Cuadros en su viaje yermo sobre las costas del pacífico. Encallando junto a una ensenada, a finales del siglo, ambos observaban la marea baja y alta, incapaces de regresar a Sudamérica para relatar la inexistencia de un nuevo continente.

—¿Estás enamorado de Ana? —inquirió Mario.

—Ahora tengo a otras dos nenas conmigo —contestó Orlando con el furor de quien conversa sobre sus proezas—. ¿A cuántas gringas has conquistado?

—A ninguna —respondió Mario distraído.

—Sería una pena salir de acá sin picar el néctar.

Mario descubrió a un hombre de piernas cortas y cabello claro sentado en el interior del automóvil.

—Te presento a Constantino.

—Deberían continuar con su perorata —terció Constantino—. Claudia no la soportaría.

—¿Amigos de trabajo? —preguntó Mario mientras estrechaba su mano entre los dedos flácidos de su recién conocido.

—Compinches —corrigió Orlando—. Ambos escapamos de Colombia en barco hace varios años.

—¿Peligroso? —preguntó Mario con desinterés.

—Sobrevivimos de milagro —explicó Orlando.

—Uno de los polizones desembarcó en Cuba —le interrumpió Constantino—. ¿Pero para qué amargarnos trayendo a colación esos tiempos difíciles?

Abandonó la cabina del auto y estrechando sus brazos hacia el firmamento torció su cuello hacia atrás. Bostezó.

—Veo que usted también conoce a Claudia —dijo a Mario—. Yo soy su amante de turno. Si hay alguien que quiera que ella se divorcie, ese soy yo.

Mario asintió desencantado.

—Esta tarde hay una barbacoa en su casa —añadió Constantino escudriñando la mugre entre sus uñas—. Orlando ha casado una apuesta conmigo. Él dice que su marido paralítico no dejará de importunarnos. Yo alego que él ni tan siquiera se presentará a la verja de su casa.

—No impongas nuevas condiciones —replicó Orlando—. Claudia sospechará de nuestros merodeos.

—¿Vas a conseguirle documentos falsos —Constantino lo espetó señalando a Mario con un gesto, como a los otros?

Orlando carcajeó con el mismo desprecio de tantos años atrás. Aquellos jadeos crepitantes resonaban melancólicos a los oídos de Mario. Orlando podía ser maleable, pero no necesariamente pérfido: su distinción entre perjuicios y favores estaba truncada a causa de alguna aspereza infantil. Cierta tarde, al cruzar la calle a los cinco años, los padres de Orlando discutían a gritos. El señor, un hombre fornido y desaliñado, de nariz sonrojada por el ron, enarbolaba un revólver en la mano amenazando atentar contra su propia vida si su esposa no se retractaba. Ella lo conminaba desde el interior de su automóvil a apretar el gatillo, añadiendo que ya que la póliza del seguro estaba paga

su suicidio no le preocupaba. Orlando interpelaba a su padre con una débil voz para que guardase su arma. Grupos de vecinos, amedrentados por la querella, observaban desde las ventanas de sus casas. Mario se detuvo inmóvil frente a ellos con el desparpajo de un curioso. Su última memoria fue la de Orlando recibiendo los impactos furibundos de un cacho de revólver sobre su cabeza.

Cuatro años más tarde la madre de Orlando, dueña de los senos más prominentes del barrio, era abaleada por su esposo frente al portón de su casa. Mario fue con su pandilla de entonces al sitio del crimen, en donde los reporteros aún fotografiaban las manchas de sangre dispersas sobre el césped. La tierra abonada cosecharía tréboles con los que la pandilla de Mario se atragantaría semanas después. Los vecinos murmuraban que así su padre se vengaba de los continuos desdenes de su madre, quien se negaba a cumplir con sus deberes conyugales. Tiempo después se supo que la mujer era amante del papá de Mario.

—¿En qué trabaja? —preguntó Mario.

—Llevamos una relación de muchos años atrás —dijo Constantino.

Mario asintió cohibido. Descubrió el rostro avergonzado de Orlando y barruntó que su viaje migratorio escondía desmanes urticantes. Vio a un hombre de apariencia asiática acercándoseles desde la avenida. Tarareaba una melodía en boga. Sus manos ostentaban un empaque de guitarra raído.

—¡Eh, Cassandro! —exclamó Orlando—. Mario te toca la guitarra.

—Sólo en los metros —explicó Mario avergonzado.

Ocultó sus manos en los bolsillos de sus pantalones. Cierto desprecio se manifestó a través de un silencio aprehensivo.

—El médico me dio tres años de vida —murmuró

Cassandro.

—¡Déjame tu guitarra! —acotó Orlando vivaz.

—En serio —añadió Cassandro.

Orlando y Constantino intercambiaron miradas. El gesto inquisitivo de Mario se disolvió en la expresión seca de Cassandro.

—Y su novia, ¿viene? —preguntó Orlando.

—No.

—¿Tiene turno esta noche?

—Cuestiones personales.

—Si no tuviésemos este compromiso con Claudia nos iríamos a verla bailar —dijo Constantino.

Cassandro río complacido y elevó su mirada sobre sus hombros hasta encontrar una valla en donde varias mujeres semidesnudas anunciaban una botella de vino italiano. La certeza de su muerte por HIV parecía no calar en ninguna de aquellas conciencias ajenas. Había preparado varias explicaciones conciliatorias con el tacto de aquellos que mueren: existían medicamentos que podían retardar el efecto de aquella enfermedad por un tiempo indefinido. Pero la muerte profetizada por un doctor no dejaba de parecerle un embuste, tan ilusoria para los demás como lo era para él mismo. Se negaba a asumirla con solemnidad. Muerte inmediatamente desecha con su muerte. Sólo el dolor amenazaba su temporalidad de carne corrupta bajo las sábanas. Imágenes de gusanos devorando sus venas bajo su mortaja no le incumbían.

—Clitemnestra desperdició su oportunidad de heredar los bienes de aquel fanático religioso —dijo Constantino—. Si hubiera firmado el contrato de arrendamiento junto con Claudia, otra hubiera sido su historia.

—Claudia también habría podido entregar a Clitemnestra alguna suma de dinero de buena voluntad— añadió Cassandro.

Sus pies comenzaron a raspar un pedazo de goma de mascar seca sobre el pavimento.

—Hay gente para quien la amistad no deja de ser una cuestión de abusos —terció Mario.

Cassandro esbozó un gesto cortés que en la cultura de sus padres denotaba desacuerdo, pero que los americanos interpretaban invariablemente como asentimiento. Se despidió y tomó el metro hacia su casa. Sobre la marcha rememoró las insinuaciones de Constantino, subterfugio que lo acusaba de proxeneta. Consideró que, aunque su novia le fuera fiel, su predilección por la danza semidesnuda no dejaba de ser perniciosa. Al principio la consideró un trabajo pasajero y confió en los sacrificios nocturnos de Clitemnestra. Hombres desconocidos introducían entre sus senos y sus caderas sumas de dinero con las cuales ambos prescindían de las limosnas de sus padres. Luego de visitarla durante una semana Cassandro comprendió que sus voluptuosidades no eran meramente fingidas y que cierto placer subrepticio emanaba del frenesí sexual provocado entre sus clientes. Clitemnestra culpaba a menudo a su adolescencia tortuosa de este tipo de antojos. Gorda y aislada había ayunado hasta adquirir formas raquíticas. Desde entonces su apetito sexual crecía, especialmente cuando comparaba el desprecio de aquellos años con las miradas lascivas de sus clientes. Cassandro, por su parte, era incapaz de sentir celos. Sabía que Clitemnestra no lo había contagiado. Durante su viaje a Cuba sostuvo relaciones con cuatro mujeres a quienes ilusionó con matrimonios. Siendo indeterminado en los Estados Unidos había abusado de su ciudadanía en aquel país caribeño. Aquellas cuatro mujeres le escribían cartas en donde mezclaban juramentos de amor con amenazas y sarcasmos contra el imperialismo norteamericano. Una de ellas, Rosalía, compositora de boleros, había recorrido la isla a pie desde el interior del país

hasta el aeropuerto de la Habana como prueba de su abnegación. Su presencia no podía ser menos inoportuna, ya que Cassandro se refocilaba entonces en compañía de otra de sus mujeres, Catalina, quien lo besaba apasionadamente a lo largo de los pasillos que conducían hacia la sala de despegues del aeropuerto. Con la complicidad de ambos quereres, Cassandro maniobró de modo que ambas obtuviesen su atención por separado. Una se sentó tras las puertas de una cafetería y otra marcó su territorio junto a una venta de libros. Dando saltos de un salón a otro Cassandro se despidió de ambas mujeres, quienes sonreían imperturbables ante la molestia evidente de su promiscuidad. De vuelta a Nueva York sus amigos se mofaban de Rosalía.

—Será un colibrí cubano.

—Estudió música en La Habana —Cassandro la excusó—. Tal vez grabe un disco en su compañía.

—¿Quién no recorre un país de un extremo a otro por una ciudadanía estadounidense? —Constantino lo espetó.

Pese a los sacrificios sensuales de Clitemnestra, el candor de las cartas de Rosalía lo tentaban a menudo a regresar a Cuba. Quizás todo enamoramiento fuese una cuestión de interés, consciente en la mayoría de los casos. Cuando este era inconsciente, o cuando parecía serlo, como en el caso de la maratonista cubana, los recuerdos desencadenaban una sinceridad atrayente.

Más allá de estas consideraciones Cassandro presentía que su acritud hacia Clitemnestra incrementaba, mientras que los pocos días que pasó frente a una playa empobrecida con una muchacha morena calaban en su afecto como un paliativo contra su gangrena.

XI. Barbacoa

Cierta tarde, luego de las desavenencias de aquella barbacoa, Mario recibiría una carta de la oficina de inmigración que lo instaba a abandonar los Estados Unidos antes de sesenta días. Caso contrario lo reportarían a su país de origen. La carta también advertía que caso de ser sorprendido en cualquier actividad laboral, fuese ésta bajo contrato o de palabra, Mario sería apresado y puesto a disposición de la justicia ordinaria.

Consideró durante varias horas la perfidia de aquel documento institucionalizado que combinaba la discriminación gubernamental con amenazas de cárcel. Sus esfuerzos laborales eran crímenes a los ojos de una burocracia deshumanizada. Mario encaró de nuevo el abismo del desempleo. Privado de sus medios de subsistencia se sostendría con su guitarra en caso de extrema necesidad. El plazo, empero, estaba escrito. Se supeditaría de un modo u otro a tres eventos: la compra de un tiquete aéreo a Bogotá, acción legal que le permitiría solicitar una nueva visa a los Estados Unidos (la cual, dado su desempleo y su pobreza en Colombia le sería negada), a la espera de una deportación de consecuencias imprevisibles (la prisión o la muerte), o a su matrimonio con Claudia. Sin deprimirse Mario concertó un encuentro con su amante en el centro cultural Abraham Lincoln y extrayendo su tarjeta de crédito de una de las grietas de la pared central del apartamento de Claudia se encaminó hacia la estación del metro.

"Si me deportan, se dijo, puedo endeudarme hasta que quiebre".

Los derroteros de su futuro inmediato se cifraron en las

conversaciones de aquel húmedo atardecer, cuando Claudia lo condujo hasta la terraza de su nueva casa. Reclinado sobre su baranda, ahíto de aromas de sangre asada, Mario encaró un sol opaco, disco rojizo que ocultaba en sus manchas el paño uniforme de un nubarrón. Claudia batía las ascuas de una barbacoa metálica reluciente.

—El cielo se tiñe de pompas fúnebres cada tarde —sentenció Mario—. Me pregunto si mis abuelos y mi madre en Bucaramanga sobrevivieron a otro ocaso. Cuando regrese lo sabré; me lo dirán. Entonces tal vez sea demasiado tarde.

—La gente muere —replicó Claudia—Todos los días: sabios o estultos.

—No me espanta. Me impacienta desprenderme de este polvo engreído. Un miércoles de ceniza descubrí el rostro anhelante de San Juan. Ocurrió en una capilla de Oporto; el apóstol se inclinaba sobre el regazo de Nuestro Señor. No quería quedarse; prefería morir.

—Siempre te han atraído los abismos —musitó Claudia—. Te daré un consejo; me he percatado del modo desinhibido en que comentas tus creencias religiosas. Evítalas. En este país uno nunca sabe cuándo le está dirigiendo la palabra a un judío o a un musulmán.

—Dios me libre de un trato intolerante.

Mario se percató de la calle descendiendo hacia el parque. Vivió dos años en una casa incrustada sobre las avenidas pendientes de San Gil.

—Tu casa fue construida sobre una loma.

—Me gustaría que fuese más elevada —repuso Claudia—. Me sentiría menos desgraciada; más sola.

Mario escuchó una música antigua desde una ventana contigua. Una melodía de los años setenta que preservaba aquel pasado en sus acordes. Las notas trajeron a los fetos que en frascos de formol retozaban en los anaqueles de su escuela secundaria.

—Vivir sobre una pendiente es engañoso. Uno no deja de ser susceptible al odio de quienes pueblan las faldas de la montaña.

—Estoy harta de oír esa canción vieja cada tarde.

—Hace trece años la oímos juntos. Entonces trabajaba con mi padre. Quería involucrarme en su negocio para alejarme de las influencias perniciosas de las calles. El salario que me pagaba era modesto. Oyéndola me alejé de los jóvenes de nuestro barrio; no tenía otra alternativa. A las afueras de nuestra ciudad los pequeños se desnutrían.

Claudia agazapó el rostro y desvió su mirada sobre las ascuas del carbón. Mario permaneció alejado de las fanfarrias y escándalos propiciados por la mayoría de los hijos de los comerciantes bumangueses. Sus condiscípulas apenas reparaban en la prosodia de sus personajes, encarnados en una que otra obra de teatro representada en su colegio. Patricia, su condiscípula, se había enamorado de Mario al observarlo a primera vista sobre el tablado. A lo largo de un año ella lo telefoneó dos veces por semana invitándole a un encuentro en privado en una de las numerosas discotecas situadas sobre el tramo de carretera que conduce de la ciudad hasta el aeropuerto de Palonegro. Mario jamás aceptó. Adujo compromisos de estudio. Patricia conoció a Franco poco después. Rocapiedrero y prosélito de una secta gnóstica, Franco la preñaría y la abandonaría para zarpar rumbo a los Estados Unidos. Patricia abortó en aras de evitar su expulsión del claustro secundario. Empecinada en seducir a Mario se encabritó sin reparar en sus desprecios; Mario la trató como a una prostituta, copulando por una noche con ella para luego abandonarla. Ante el desprecio renovado de Mario, Patricia puso en tela de juicio su hombría, un improperio que no encontró prosélitos. El desinterés de Mario por los eventos sociales menguó la enjundia de sus anatemas.

—Compré mi primer disco de larga duración con mi primer salario. Escuchamos una de sus canciones. No es original. No importa. Cada tarde volvía del trabajo a oír esas melodías encantadoras. Sus compases perduran.

Mario encaró a Claudia boquiabierta.

—Pasabas frente a mi casa —añadió—, emperifollada en tu uniforme de colegio.

—No lo recuerdo; no creo haberte visto. Vestíamos la misma ropa; nos distinguía del uniforme de las mucamas. Cierto sábado en la tarde, frente a un café que fue demolido para construir una corporación de ahorro, el maestro Convivio nos sorprendió coqueteando con un grupo de hombres casados. Reprobamos nuestra nota en conducta. La ciudad entera lo comentó.

—No lo supe.

—Convivio se llevó a la tumba a dos de mis compañeras: Elvia y Paula. No lo creí. Aún no lo creo. Pero entonces veo las fotografías de todas nosotras juntas. Fue una pesadilla.

—Amabas a Orlando, me dijeron.

—Habladurías —Claudia ocultó su perturbación tras una carcajada.

—¿No era él un estudiante del colegio San Eusebio?

Claudia sacudió su cabeza. Nueva York no era un sitio repelente. Aunque carecía de motivos para avergonzarse, el rostro de Mario la devolvía a una comunidad coercitiva. Rostros de hombres y mujeres que había aprendido a respetar, hacedores de su neurosis, guardianes de un trozo de tiempo que ya no quería recobrar.

—Tu familia era calmada. —dijo Claudia—. Solo los veía en los bazares del barrio, o en la iglesia. Yo siempre llegaba retrasada.

—Yo también. Lo disimulaba.

—Disculpa. Aquella noche, ante Todd, fui un tanto

intrusiva. Su presencia me amedrentó. Ahora que estamos a solas quiero darte mis condolencias por la muerte de tu padre y tus hermanos.

—Demasiado tarde —musitó Mario.

Un día antes de la masacre, Mario visitó con sus hermanos los parques húmedos de su barrio. Más allá de las hileras de casas prefabricadas vieron los rayos de sol endurecidos por terrones de polvo que el viento levantaba. Al caminar pasaron sobre un campo de arcilla que habría de preservar las huellas de sus pisadas hasta una semana más tarde. Mario se atormentaba meditando sobre el súbito impulso que los movió a organizar aquel paseo. Gabrielito se detenía a sus dos años a recoger papeles sueltos y envolturas de caramelos que Mario coleccionaba y recibía como regalos en sus manos. Jairo, de once años, le preguntaba sobre las propiedades de una planta de hojas color púrpura, cuyas ramas, al ser arrancadas, arrojaban una materia blancuzca. Mario, asociando el color de su savia con el pegante de su escuela, le respondía que aquella era la mata del caucho, que tantas muertes y sufrimientos había causado en la Amazonía durante su cultivo. De vuelta a casa habían contemplado la carroña de un pajarito a quien las hormigas devoraban. Aquel paseo jamás terminaba, sino que se prolongaba a través de pasajes ingrávidos. El dolor reincidía en sus noches de insomnio, como el desasosiego de un pescador que encallaba en una playa desierta. Mario aceptó aquel paseo celebrando los amaneceres de su tristeza. Pese a sus aflicciones como desterrado y a sus desmanes como subempleado nada lo desconsolaba tanto como la ausencia de Gabrielito. Su madre se había sometido a varios tratamientos clínicos. Su luto había pasado tan irreal como el ataúd de donde extrajeron los restos amortajados de su hermano cuatro años después de su sepelio. Aquella congoja le había permitido ahondar en los abismos de la destrucción

para reconciliarse consigo mismo. Luego de cultivar y abandonar la compañía de los comunistas en Bogotá, Mario emigró para consumar sus excesos en Oporto y Lisboa, ciudades que primero lo enardecieron y al cabo lo entristecieron con sus avenidas atiborradas de lupanares. Desbocado torturó su cuerpo hasta caer en las apuestas del juego. Cierta noche perdió su salario en un juego de canasta. Entonces apostó su vida. Ganó con dos reyes.

—Te estás dejando tentar por el demonio —le dijo Sara, la prostituta, sentada junto a sí frente a la barra.

—Me entrego al mejor postor.

—Ibas a morir esta tarde. Un ente invisible te auxilió. Vuelve tus ojos a Nuestra Señora Madre para implorar misericordia.

Los eventos en Portugal lo habían devuelto al mundo, a una época y a una sociedad condenada. Hoy, sobrellevando el desprecio de su madre, quien jamás le perdonó el no haberse hecho ni influyente, ni famoso ni millonario, veía en la tierra una masa de fango. Cierta pulsación sublime que los artistas apelaban poesía, los místicos comunión y los sicólogos esquizofrenia lo conducían hacia un reencuentro con sus muertos. Ocurriría en otros campos, en donde las mentiras de sus adversarios serían escuchadas con displicencia, y sus verdades con deleite: Jairo recogiendo papeles sueltos de colores para dejarlos en sus manos.

—No lo veo de ese modo —Claudia creyó propicio abordar un rumor inquietante—. Me alegra saber que pronto serás un padre de familia.

—Ni pensarlo —Mario sonrió inseguro, despejando sus pensamientos aciagos.

—Ana me lo ha contado.

—Es un embuste —exclamó Mario.

—No irás a negar tu responsabilidad. Ella pudo denunciarte a la estación de policía más cercana.

Mario sumió su cabeza entre sus manos; preocuparse por un hijo bastardo carecía de fundamento. Sin familia y sin patria el nacimiento de una criatura lo cimentaría en los Estados Unidos. Ana mentía con el mero fin de atormentarlo.

—¿Cuándo te lo dijo?

—El miércoles en la tarde.

—Justo después de nuestra separación.

Mario se retiró a observar el caparazón de fuego agonizante sobre el poniente. Una hora más tarde oyó el timbre incesante de la puerta. Claudia descendió las escaleras para volver con un grupo de comensales. Mario reconoció el rostro pálido de Ana, quien entrelazando sus dedos en la mano de Orlando presidía a los invitados.

—Cuéntame de tu embarazo —demandó Mario al abordarla.

Ana pidió disculpas a Orlando, y tomando a Mario por un brazo lo condujo hacia un rincón de la terraza, junto a una máquina de coser oxidada.

—No hay razón para preocuparse.

—Quiero adoptar al crío.

—No engendraré criaturas indeseadas —contestó ondulando sus largos cabellos tras su delgada figura.

—¿Ya probaste el jamón avinagrado? —preguntó Orlando desde su costado.

—No me apetece —respondió Ana entrelazando de nuevo una de sus manos en las suyas—. ¡Picarón! Déjanos a solas. Ya sabes cuan embarazoso es para dos amantes el continuar con su amistad.

—No tengo secretos con Orlando —Mario la espetó—. Espero que conservemos una relación cordial.

Mario estrechó sus manos y se alejó hasta las fraguas de la barbacoa, en donde se sirvió un pedazo de carne seca. Mientras comía descubrió a una mujer rubia que a pasos

cortos lo seguía a sus espaldas. Mario la observó con insistencia.

—Mi nombre es Helena —la mujer sostuvo su mirada—. Usted ha de ser el terrorista.

El ritmo de la respiración de Mario se alteró. Un bocado de batata frita se atoró en su garganta. Tosió con fuerza. Helena le ofreció un vaso con agua que Mario sorbió precipitadamente.

—Perdóneme el que me haya presentado de esta manera.

—¿Trabaja para el departamento de inmigración?

—Le sorprenderá saber que soy un miembro activo de la armada.

—Mi nombre es Ernesto —mintió instintivamente—. Usted pasa aquí por extranjera.

—Soy conocida en esta casa —replicó Helena sin dar importancia a las diatribas de Mario—. La mejor amiga de Claudia desde que ella salió de Colombia. Claudia está al tanto de sus andanzas. Juntas compartimos nuestra intimidad. Me siento comprometida con su destino. Entiéndanos. Claudia debe tomar precauciones contra los abusos de tantos hombres advenedizos. Incluso si a éstos se les conoce desde la infancia. Después de todo, como mujer latinoamericana que es, Claudia aún sufre el yugo subconsciente del marianismo y el machismo.

—Como emigrante latinoamericano también sufro. Aun así, me disgustaría que alguien abogase a mi nombre. No quiero inmiscuirla en mis conflictos.

Mario se embutió un trozo de carne en un gesto nervioso. A su alrededor algunos comensales meneaban sus caderas al son de una cumbia.

—También soy latina —Helena insistió—. No me tome a mal. De espíritu. Simpatizo con su revolución.

—¿Cuál revolución?

—Jamás me fío de un gobierno estable. Es el espíritu crítico e inconformista el que dinamiza la historia, ¿no es así? Claudia me ha hablado de los ideales del revolucionario colombiano. Su inspiración es maoísta.

—Jamás he leído a Mao —Mario rechistó—. Pero siendo usted tan simpatizante no dudo que ya medio Nueva York se ha enterado de mi alevoso pasado.

—No se enerve. Quiero ayudarle.

—No veo la manera en que pueda hacerlo.

Helena lo encaró con una sonrisa deliberadamente inquisitiva.

—Tal vez casándose conmigo.

Mario endureció su rostro.

—Las mujeres estadounidenses creen que los emigrantes sólo quieren copular con ellas por un permiso de trabajo —repuso.

Los ojos de Helena se encendieron impacientes.

—Ana abortó por su bienestar.

Mario la escudriñó de pies a cabeza a medida que absorbía sus palabras. Sus senos voluptuosos contrastaban con la aspereza de su rostro pecoso y la dulzura de sus ojos verdes.

—Soy popular en este pueblo —exclamó Mario incapaz de ocultar un dejo de indignación en sus palabras—¿Claudia sabía de este aborto?

—No levanté su voz —Helena sonrió—. La cautela es lo más conveniente. Orlando es un hombre celoso y violento.

Mario buscó a Ana entre los comensales.

—Trabaja como policía. Una profesión a su medida. En particular si ésta es ejercida contra quienes acaparan nuestros puestos de trabajo. Ana ama a un hombre musculoso, quien, por lo demás, la ha invitado a que viva en su apartamento. Apuesto a que usted no querrá arruinar su felicidad.

—¡Zorra! —gimió Mario impotente.

—Aunque lo que hicimos estuvo dentro de la legalidad no falta quien nos discrimine. Ahora sé que usted hubiera aceptado su responsabilidad, pero Ana carecía de esa certeza. De cualquier modo, usted podría arrepentirse después de los tres meses estipulados por la ley. Ese feto ya no es un inconveniente. Jamás tuvo conciencia de su muerte.

—Tampoco la tiene un hombre envenenado.

—Usted no tiene dinero, está sujeto a la deportación y carece de educación.

Mario dirigió su vista desairada hacia los comensales. Distinguió a Ana, quien dialogando con Todd se desternillo ante una de sus bromas vulgares. Constató, empero, que su culpabilidad se disipaba. Coligió con perfidia que ésta lo abrazaría más tarde, en algún momento involuntario de soledad. Apaciguó su amargura considerando que la máscara social de la felicidad se diluía siempre ante un espejo. La envidia abarcó su semblante. La fortuna de Helena y su insidia bien fundamentada lo enardecían. Su destino, como el de su país de origen, parecía seguir el curso trazado por una voluntad foránea.

—Ana recibió trescientos dólares de nuestra ONG —añadió Helena—, por el feto.

—Conozco sus argumentos. Le falta agregar que Ana es una mujer con un porvenir por delante.

—Ana triunfará y logrará su independencia.

—Estoy en desacuerdo. Ese juicio se acomoda a usted. Aunque es obvio que Orlando le propondrá matrimonio, o ella a él, ¿qué importa? Sus consejos darán frutos y usted caerá en cuenta del poder retórico de su lengua sobre los emigrantes ingenuos. Espero que me inviten a su boda. Podríamos bailar.

—Sabía que usted me lo propondría.

Ambos dieron un paso adelante, entrelazaron sus

manos y avanzaron sobre la terraza al compás de una canción cubana.

—Tengo hombres con los cuales satisfago mis necesidades fisiológicas —añadió Helena—. Vivimos en los noventa. Soy independiente.

—¿Es esa otra simpatía revolucionaria o un nuevo eufemismo de la soltería?

Helena reajustó el marco de sus gafas sobre sus ojos con disimulo malogrado.

—Usted no sabe la carga que representa un hijo para una mujer de la época posindustrial. Por lo demás, se lo repito, no hay certeza de que aquel vástago fuera suyo. Espero no haberlo ofendido.

—No lo estoy —Mario la interrumpió—. Usted asume demasiados presupuestos sobre las pasiones ajenas. Es el estereotipo del macho latinoamericano, presumido y arrogante. Sus psicoanalistas descubren en su osadía un carácter inseguro. Ha escogido la ocasión más propicia para corroborar su postulado.

—No eleve el tono de su voz —musitó Helena desenlazando sus manos de sus cabellos. Mario la siguió hasta la baranda.

—Conozco a muchas mujeres como usted. Creen tener la receta para solucionar todos los problemas y las contradicciones del mundo. Les aterra pensar que este país se pueble de latinoamericanos y africanos.

—¿No le dije que mi abuelo era uruguayo?

—Estoy segura de que usted ama las películas de seres monstruosos, cuyos órganos reproductores son cercenados por obra de mujeres asexuadas.

Helena giró sobre sí misma y se alejó con aparente condescendencia. Mario se acercó a la mesa, en donde se sirvió un vaso con cerveza. Varias parejas lo hacinaron. Caminó de vuelta a la baranda.

—¿Aun meditando sobre la muerte? —preguntó una voz a sus espaldas.

Mario descubrió a Todd, quien desde su silla de ruedas le ofrecía su mano izquierda.

—Veo que alguien ha perdido su apuesta —exclamó Mario apretando su mano en un esfuerzo por parecer ecuánime.

—¿A ti también te han predispuesto en mi contra? —preguntó Todd señalando a Constantino—. Hace tres meses yo era la persona más importante en esta casa. Hoy nadie quiere verme.

—Usted exagera.

Mario contempló las nalgas descubiertas de Ana. Su falda era levantada por Orlando. Aquella piel tan despreciada cobraba ahora un precio público que lo ofuscaba.

—Desde que obtuvo su herencia miserable Claudia no deja de ganar pretendientes —replicó Todd con un dejo de acritud.

Mario analizó el rostro convulso de su interlocutor. Todd, incómodo por su escrutinio, extrajo un cigarrillo y lo encendió concentrando su interés en la imagen de Constantino y Claudia, quienes hablaban frente a la parrilla.

—Quiero que hablemos de un asunto importante —Mario lo interpeló con gravedad súbita.

—Te escucho.

—Es acerca del trabajo como limpiador de la universidad en que trabajas.

—No me dirás que tú también viniste a probar suerte con Claudia. No te apenes. Cualquier persona sin dinero lo haría en tu lugar. Pierdes tu tiempo. Sé que Mario no está en su agenda. Ahora que ella tiene una renta asegurada quiere que nos separemos. Ama a Constantino. Un rufián. Hasta me entregó un cheque por mil dólares. Se lo rompí en la cara. No me hacen falta. Estoy decidido a obcecarla. No me

interesa su renta. Observa la caspa en el cabello del cafre con quien conversa. ¿Lo conoces?

—Un poco.

—Claudia sabe que una vez casados, más tiempo tendrá él de demandar su divorcio que de cumplir con sus obligaciones como cónyuge en su luna de miel. Es un vividor. La otra elección recae sobre la lesbiana.

Todd apuntó con su dedo índice a Helena, quien observando a Ana devoraba manjares dispuestos sobre mesas de madera.

—Es una mujer posesiva, pero no hay razón para que usted la discrimine por sus inclinaciones sexuales —replicó Mario en un esfuerzo hipócrita por ocultar su antipatía contra Helena.

—No me malinterprete. No creo que ella guste de otras mujeres; el problema es que no hay hombre que guste de ella.

Mario celebró su broma con una risa estentórea.

—Te noto indeciso —agregó Todd—. En comparación a aquella noche.

—¡Ah! Fue una conversación agotadora.

Mario suspiró tranquilo. Los acontecimientos de los últimos días lo enervaban.

—No quiero discutir ahora.

Todd lo observó con ojos preñados de sospecha.

—He estado cavilando tus creencias. No son tan descarriadas. El pensamiento necesita de una renovación, y ella sólo puede nacer de una convergencia con nuestra debilidad. La aristocracia ha fracasado. En su lugar, la escolástica regresará como un ejercicio saludable.

Todd se sumió en un silencio prolongado. Extrajo una pequeña botella del bolsillo interior de su chaqueta de cuero negro y sin despegar su mirada de Claudia la empinó sobre sus labios hasta vaciar su contenido en sus entrañas.

—No puedo ayudarte a conseguir un trabajo en mi empresa —exclamó Todd luego de carraspear la mucosa en su laringe—. Fui despedido de mi puesto la semana pasada.

—Lo lamento.

—No te preocupes por mi bienestar. Tengo un seguro de desempleo. Y tú, ahora, ¿qué piensas hacer?

—Encomendarme a la sangre de Cristo —dijo sin alterar su voz—; jamás me ha desamparado. He sufrido temores; todos ellos infundados.

—Perdonarás mi sentido del humor —dijo Todd con una risa entrecortada—. Pero como tú lo implicaste el otro día, soy un tanto perverso. Ahora, permiso.

Quiso añadir que hacía un lustro la rótula de su rodilla derecha se había quebrado al trastabillar sobre un andamio. Usó muletas por dos meses. Desde entonces su espalda se paralizaba, produciéndole dolores agudos en las noches frías. Su estómago ardía en las madrugadas como una bolsa de hiel perforada por ácido sulfúrico. Sus malestares desaparecieron sin que Mario acudiese al cirujano. Una mejoría que coincidió con su viaje a Fátima. Su sentido común se abstenía de proclamar el milagro. Se alejó hacia la baranda a observar el resplandor de las primeras estrellas bajo la mortaja nocturna.

—¿Dónde está Clitemnestra? —preguntó Todd a Cassandro.

—Terminamos.

—¿Por tu causa?

—No hay que compadecerla —los ojos de Cassandro cobraron una intensidad virulenta—. Anoche la encontré macizándose con uno de sus clientes. Cuando la interpelé al respecto me dijo que aquel hombre era un viejo amigo de su patria.

—Todas son unas rameras —repuso Todd—. Basta con que un hombre las aborde una tercera vez para que se

entreguen a sus caprichos más obscenos. Es una lástima. Y pensar que tú la ayudaste con su inglés por tanto tiempo.

La multitud aclamó a Cassandro. Luego de una negativa modesta, Cassandro afinó su guitarra y cantó:

Cassandro, tú también fuiste arrebatado
Por las Furias que despueblan nuestros campos
A dónde irán tus remedos precisos,
Las muecas de tus labios, tus retruécanos
Los chisporroteos de tus ojos impávidos
Tu irrespeto por la alcurnia,
La gracia que nos sanaba del luto,
hoy renovado
Nos dejaste para alegrar a tantos parientes
Que ya te precedieron en ésta,
nuestra autodestrucción
Deja ya que nuestras risas sigan tu sepelio
Deja ya que sin tu consuelo
El horror se descubra al cabo de una carcajada

Los comensales aplaudieron a Cassandro sin interrumpir el susurro parejo de sus conversaciones. Constantino se quejó en voz alta de que la melodía era demasiado triste para la ocasión.

—No lo escuches —Todd masculló al oído de Cassandro—. Ese malhechor carece de sensibilidad.

—Es mi canto fúnebre. Lo compuse para cuando me entierren en Cuba.

—Desde luego —Todd asintió sin tomar en serio a Cassandro.

—No me faltó espíritu para vengarme de Clitemnestra haciéndole saber que yo mismo tenía varios amantes en Latinoamérica —agregó Cassandro—. Ella ni tan siquiera se inmutó, como si ya lo supiera. No dudo que Constantino ha

estado cortejándola.

—¡Eso! —exclamó Todd dando rienda suelta a su rencor—. Ese malparido se ha vuelto más abusivo que los mismos bribones estadounidenses. Ese es nuestro problema. Recibimos a los pícaros con todo tipo de seguridades sociales y en cuanto pueden se apropian de nuestro bienestar. Entonces creen que pueden actuar con mejor desenvolvimiento que nosotros, los hijos de las generaciones que se jorobaron organizando estas ciudades de progreso.

—Ya lo decía mi padre —repuso Cassandro—. Los latinos propagan el relajo. Sólo bailan y fornican.

Todd cayó en cuenta de su absurdo; Cassandro era también un advenedizo. Redefinió su anatema contra los hijos de la última generación de emigrantes estadounidenses.

—No me refiero a ti, desde luego —carraspeó—. Piensa en mi situación laboral. Me despiden como a un perro porque ahora hay demasiados latinos que dominan el español tan bien como el inglés. Mi castellano es tan límpido como el de ellos, pero eso poco les interesa, pues no tengo un apellido portorriqueño. Su secuaz ha sido una mexicana; sólo porque me burlé de sus pezones a través del correo electrónico.

—Progenie de esclavos y bucaneros —musitó Cassandro antes de alejarse.

Claudia dialogaba con Constantino junto a la barbacoa.

—Hemos llegado a un acuerdo —Mario la escuchó al pasar—. No puedo apresurar los trámites.

—Detesto las fiestas con inválidos.

—No fui yo quien lo trajo hasta acá.

Se percataron de la presencia de Mario a escaso metros. Claudia se compadeció del aspecto desgarbado de aquel compañero de su infancia. Un perdedor para la sociedad anglosajona. Una música intermitente y estruendosa se oyó desde el interior del apartamento. Claudia dejó a

Constantino a cargo del asado y bajó acompañada por Mario para descubrir la primera planta de su apartamento atiborrada de un grupo de emigrantes belgas. Uno de ellos, Moore, recogía su cabello dentro de una malla variopinta de lana entretejida. Él la abrazó felicitándola por la fiesta, a la vez que la presentó a un grupo de fumadores altaneros. Claudia les pidió que apagaran la música por respeto a los vecinos. El grupo abandonó la casa entre chiflidos malhumorados. Moore los excusó entre bromas y le preguntó a Claudia sobre las diligencias de su divorcio. Claudia se encogió de hombros avanzando de vuelta a la terraza. Desde la adquisición de aquella casa juzgaba a sus interlocutores por sus ambiciones. La humanidad aparecía ante ella como una hacedora de esbirros hipócritas y sensuales enmascarados en gestos protocolarios. El rostro compulsivo de Constantino cedió ante su sonrisa traviesa. La postura altiva y pesimista de Todd se desbordó en encomios por su silueta ajada. También adivinaba los pensamientos de Mario a través de sus conversaciones con Helena. Orlando, afortunadamente, parecía concentrado en su nuevo romance con Ana, demasiado presuntuoso como para interesarse en otra compatriota. Los comensales ya terminaban su postre. Claudia invitó a Mario a que se sentase a su costado.

—No me contaste que Ana había abortado.

—No lo sabía —Claudia mintió.

—Helena la instó y la ayudó.

—Debió haber ocurrido anteayer. De cualquier modo, fue una buena decisión.

Claudia frunció sus labios avergonzada.

—Quisiera saber a qué viniste. Odias este tipo de reuniones sociales.

Mario vio a Constantino conversar con Todd junto a la terraza.

—Sobre todo, vine a felicitarte por la adquisición de esta casa.

—Fue un desvarío a mi favor. El capricho de un propietario que no ama a su familia. Jamás lo conocí. Creía que con esta casa me inmolaba a Belcebú.

—Un legado virtuoso. Es una mansión victoriana. Sus paredes fueron construidas por albañiles provenientes de Irlanda.

—Nadie sabe para quién trabaja. Arrendando dos de sus apartamentos sobreviviré. Aunque me gustaría venderla. Soy supersticiosa.

Ambos desviaron sus miradas hacia la silueta sesgada de una luna menguante.

—Jamás podremos desprendernos de nuestra educación católica —añadió Claudia.

—Aun así, te divorcias.

—No amo a Todd.

—Tendrás algún pretendiente.

—Nada concreto.

Claudia escudriñó el rostro de Mario.

—¿Es por dinero? —preguntó.

—No lo fue hace veinte años —Mario mantuvo sus párpados abiertos sobre sus labios trémulos.

—Disculpa —Claudia contorsionó su cuerpo en un movimiento breve—. Asocio todas las intenciones con esta propiedad.

—Si te comparas con la gente de los estratos más denigrados de esta sociedad, eres una mujer acaudalada.

—¿Cómo va tu trabajo? —preguntó Claudia despejando sus sospechas.

—Siempre hay gente en los metros.

Claudia descubrió las luces de un avión emergiendo raudas detrás de la silueta de Mario.

—Debió ocurrir en un principio.

—No comenzó cuando nos encontramos bajo el río Hudson. Nuestra vida se repite en cada viaje. Los mismos personajes son encarnados por actores nuevos. La autoridad de nuestros padres ya no pende sobre nuestras cabezas; ahora es la de los jefes, los policías, el Estado. No apures los sucesos. Si rehúsas Dios nos unirá en otro paisaje.

—Tal vez —murmuró Claudia acariciando sus cabellos.

—Ninguno se ha comprometido.

Claudia recobró su expresión pasiva de tantos años atrás. Los ruidos lejanos de los motores de automóviles fueron interrumpidos por una risotada de los comensales.

Se contemplaron. La multitud se desvaneció a su alrededor. Mario observó de soslayo un seno y una cintura doblada sobre su cama. Una botella se quebró a su espalda.

Se volvió y encaró a Constantino, quien a gatas imploraba su socorro. Gruesos canales de sangre escapaban de su garganta, cortada entre sus manos.

—¡Ayúdenle! —Ana vociferaba histérica.

Claudia tomó un teléfono portátil que yacía sobre la mesa y marcó los dígitos del número de emergencias. Detrás de ella Mario descubrió a Todd enarbolando una botella rota y cortante de cerveza. Cassandro y Orlando parecían rodearlo con sus brazos extendidos sin atreverse, no obstante el alboroto de sus gritos, a inmovilizarlo entre sus brazos.

—*Bitch!* —gritó Todd saltando de su silla de ruedas para avanzar a pasos tordos sobre el cuerpo de Claudia. El filo del vidrio surcó los aires y al caer rasgó su ojo y su mejilla izquierda. Mario se abalanzó sobre Todd. Sus brazos lucharon con los suyos hasta dominarlo. Todd, con mirada estrambótica, vomitó sobre sus piernas.

Su botella cayó y se deshizo en destellantes esquirlas, cual esmeraldas, sobre el suelo.

XII. Manhattan

Días después de la trifulca de la barbacoa en que Todd hirió a varios comensales, Mario recibió una llamada de Orlando, quien le informó que un oficial del departamento de inmigración preguntó sobre los antecedentes judiciales de Mario Suárez en la estación de policía. Mario telefoneó a varias oficinas del susodicho despacho usando las credenciales de Ernesto Suárez, hasta que una secretaria le confundió por equivocación con Sartorio Suárez. Según supo poco después, su tío abuelo había sido apresado antes de despegar hacia Madrid con un millón de dólares adheridos en pequeños fajos de diez mil dólares alrededor de su cintura. Condenado a ocho años de prisión Sartorio esperaba reducir su condena delatando a todos los hombres y mujeres ilegales que hubiera conocido durante su destierro. Mario ocultó el incidente a Claudia. Esperaba que su doble identidad no sería descubierta por las autoridades locales. Una vez recibió la carta del departamento de inmigración apostó su destino al matrimonio.

—Me mentiste —replicó Claudia luego de escuchar su relato.

Desplegaba ante sí la justificación imprescindible para alejarse de aquel recuerdo inoportuno de su infancia. La venta apresurada de su casa apenas la había tranquilizado por algunos días. Su despilfarro la mortificaba, un sacrificio supersticioso que apenas ofendía la memoria de Samuel. Si se hubiera desprendido de Mario, de Orlando, de Ana, de todos los hombres y mujeres con quienes había compartido su secreto, tal vez Claudia la habría conservado. Desde meses atrás sus recriminaciones inarticuladas la

amedrentaban. Oía gemidos y voces. Se despertaba en las mañanas delirante. Sus pesadillas albergaban íncubos y prostitutas. Samuel parecía insistir desde su tumba en integrarla a una secta demoníaca. Sus miembros le enviaban cartas por correo. Cierto día un hombre la abordó. Le habló de sus obligaciones con el amo del mundo. Ocurrió sobre la misma avenida por donde cruzó la ambulancia que le salvó la vida a Constantino. Su rápida mejoría atenuó la furia de la fiscalía contra Todd. Luego de un breve interrogatorio, en donde el argumento principal de la defensa había sido la ilegalidad de sus víctimas, Todd fue condenado a cinco meses de prisión. Claudia fue sometida a una cirugía minutos después de su accidente. Los médicos, al parecer demasiado contentos por la ausencia de heridas en su rostro, a la par que poco impresionados por la pérdida de su ojo izquierdo, la congratularon por su pronta recuperación. Aún convaleciente, Todd inició un juicio en su contra por haberlo forzado a contraer nupcias en vistas de obtener su ciudadanía estadounidense. La jueza, sin embargo, más impresionada por el rostro cíclope de Claudia falló en favor de la acusada, quien además obtuvo así un parecer legal que apresuró los trámites de su divorcio.

Mario asumió sus diligencias legales y cuidó de su salud durante su breve convalecencia fuera del hospital. La camaradería dio paso a la pasión y días más tarde Mario se acomodaba en el piso superior de su casa, una habitación minúscula sobre la terraza con vista al atardecer. Pocas horas bastaron para que Mario trasladase sus libros y cuadernos desde su cuchitril de Brooklyn.

Claudia recibió una visita de Clitemnestra una semana después de aquella francachela. Luego de una velada cordial Clitemnestra le imploró que la dejase cohabitar en su casa nuevamente. Con un rostro demacrado por el cansancio contó cómo un policía la había descubierto trabajando

ilegalmente en un bar de bailarinas desnudas. El gendarme le ofreció protección a cambio de una noche de placeres. Dada su negativa Clitemnestra se había visto obligada a abandonar su sitio de trabajo. Cassandro la había abandonado para viajar a Cuba, de donde ella temía él volvería desposado. Pese a la reticencia de Claudia, quien aún recordaba los desmanes de la tarjeta del Número de Seguridad Social, Clitemnestra fue admitida en su viejo cuarto bajo la condición de que lo abandonaría en cuanto fuese necesario.

Días después Constantino telefoneó a Claudia para preguntarle si ella podría organizar sus pertenencias para que Orlando las recogiese en su lugar. Claudia le pidió que viniese él mismo. Así dialogarían. Cierto pudor advenedizo trastornaba a su antiguo amante. Días después, cuando Orlando vino a recoger sus bienes, Claudia supo que Constantino había recibido una herida profunda desde su frente hasta su pecho. Dueño de un aspecto abominable, como él mismo pregonaba, Constantino había vuelto a las malas compañías de sus días mozos.

—Tendré que decirle que se vaya con su música a otra parte —murmuró Orlando—. Esas tonadas ya no resuenan en estos oídos viejos.

El ocio de su convalecencia otorgó a Claudia el tiempo indispensable para que reconsiderase sus desmanes después de varios años de trabajo. Concluyó que ya era tiempo de cohabitar con un hombre sensato.

—Mi tristeza empobrece mi voluntad —le diría a uno de sus amantes fortuitos dos años después.

Cierta tarde Mario regresó de sus andanzas por el metro con Eduardo. Se sentaron frente al atardecer y bebieron con Claudia una botella de vino de Oporto.

—Los celos sólo pueden medir nuestro egoísmo —agregó Eduardo luego de rememorar la historia de sus

desavenencias con Mario—. Mónica y yo queremos reconciliarnos con todos aquellos a quienes ofendimos a través de nuestras disputas.

—Ojalá toda la gente que conozco apreciara sus enemistades de la misma manera —repuso Claudia.

—No temo a las burlas. Ya Mario le habrá contado de nuestros excesos con el ron y las mujeres. En alguna ocasión él me dijo que usted era una ramera. Pero eso ya es pasado.

Claudia observó a Mario de reojo. Mario se arrellanó incómodo en su silla. No recordaba haber insultado a su amante.

—Pero con Mónica he aprendido a apreciar el amor desinteresado —añadió Eduardo—. No dejo de tener malos pensamientos con las mujeres que pasan ante mis ojos, incluso con usted. Tampoco puedo evitar el envidiar los bienes materiales de la gente acaudalada. Sólo soy más comprensivo conmigo mismo. Me perdono a mí mismo perdonando.

Cierta tarde Mario regresó de Manhattan con la buena nueva de que había sido contratado como cocinero de un restaurante en Soho. En la noche Claudia llamó a su amigo belga y una francachela tomó lugar en su apartamento hasta la madrugada.

—Cásate conmigo —Mario le propuso.

—Debemos estudiar una carrera universitaria —replicó Claudia.

—Nunca supe de tus ambiciones académicas.

—Ahora las tengo.

—Iniciaremos un negocio y compraremos nuestra propia casa con la venta de esta mansión.

—No te apresures —puntualizó Claudia.

Más tarde cavilaría sobre su inquietud. A medida que su afecto por Constantino se apagaba su relación con Mario se afianzaba imperceptiblemente. Tal vez las diatribas de

Helena contra el dominio masculino del mundo hubieran calado en su disposición. Un mes más tarde Claudia recibió una llamada para una entrevista de trabajo.

—No serás contratada —le dijo Clitemnestra—. No pierdas el tiempo. No vayas. Siempre prefieren a las mujeres nativas. Además, careces de un diploma universitario. Ningún crédulo podrá ayudarte.

—No hay obstáculos para quienes se encomiendan a quien todo lo ha creado —Mario la contradijo—. Claudia obtendrá su trabajo; confío en la intercesión de la Virgen María.

—Ojalá usted confiará por igual en las capacidades de Claudia —replicó Clitemnestra con sorna.

Claudia fue contratada un viernes por la tarde. Durante la víspera de su entrevista Clitemnestra y Claudia descubrieron a Mario orando frente a su ventana. Incapaz de conciliar el albur con la divinidad Clitemnestra acusó a Mario de hipocresía religiosa. Él, según Clitemnestra, al igual que el personaje de la obra de Molière, quería adueñarse de los bienes legados por Samuel Burne. Una disputa mediada por Claudia evidenció el creciente desprecio de Clitemnestra hacia su amante. Lo acusaba así mismo de usurpar sus privilegios. Aquel debate, y el reciente encuentro con el anciano de la secta demoníaca, impulsó a Claudia a rematar su propiedad. Contrario a lo que Mario esperaba, Clitemnestra recibió la nueva con alborozo, y luego de pedir perdón a Mario por sus juicios apresurados se despidió de Claudia con mirada alicaída. La casa fue vendida en EU$100.000 a una familia de emigrantes japoneses. EU$30.000 bastaron para que Claudia pagase la cuota inicial de un nuevo apartamento en Manhattan. La mudanza tuvo lugar a principios de la primavera. El nuevo trabajo de Claudia consistía en redactar cartas en inglés y español que enviaba a través de la telaraña electrónica a diferentes

compañías de seguros internacionales. Su único ojo se adaptó sin inconvenientes a una nueva visión del espacio. Por dos meses ambos se conocieron mutuamente, compartiendo pequeñas enfermedades y sinsabores y caminando en las tardes a lo largo del parque central de aquella isla atiborrada de tiendas y moteles. Cierta tarde Mario regresó a casa luego de haber causado una honda impresión en su clientela.

—El jefe está dispuesto a financiarme un curso universitario de culinaria —dijo mientras se servía un guisado de fríjoles con carne de cerdo—. Así podré obtener un mejor sueldo de tiempo completo.

—¿Le preguntaste por tu tarjeta de residencia? —Claudia le preguntó.

—No, pero estoy seguro que me la otorgará. Ahora se siente más a gusto con mi labor. Uno de sus amigos es mi tío abuelo.

—¿El pariente hosco de quien me hablaste? —preguntó Claudia con desconfianza.

Mario asintió apurando un bocado en su boca. Claudia no pareció compartir su entusiasmo.

—Hoy comienza la estación de lluvias —añadió Claudia observando el cielo nublado a través de la ventana de su apartamento.

Nuevas ocupaciones los alejaron por un tiempo. La paciencia no era en modo alguno un don común en las ciudades. Cierto viernes en la noche Claudia dejó una nota de ausencia en casa y tomó un bus a Atlantic City. Regresó el domingo por la tarde embriagada. Había dilapidado el dinero sobrante por la venta de la casa de Samuel. Mario ocultó su desilusión sin protestar. Desde aquel día Claudia continuó su relación sin entusiasmo. Al cabo Mario la aburrió y extrañó a Todd, el hombre agrio que sabía mofarse de las especulaciones metafísicas de los latinoamericanos, del

atraso de su economía y de la corrupción de sus gobernantes. La religión aparecía ante sus ojos como el mero consuelo de los desvalidos, el flagelo que la había obligado a escapar de su marido. El fervor católico, que prolongó la decadencia del imperio romano y expandió los abusos de Portugal y Castilla, asumía ahora un traje anticuado que cualquier mujer contemporánea habría de desdeñar. Reincidió en su desamor por Mario, un paisano con quien cohabitaba por mera nostalgia. Colombia era apenas una historia. Aun si regresase a Bucaramanga encontraría a un sitio y a una gente transformada por los gajes de la subsistencia y las ansiedades del consumo. Mario era una carga onerosa; un mesero que estudiaba inutilidades en su tiempo libre; náufrago aferrado a su canoa después de la tormenta. Cada tarde, al regresar del trabajo, Claudia lo encontraba desempolvando su colección de búhos de porcelana. Su servidumbre acicateaba su desconfianza. Mario la abandonaría en cuanto adquiriese su residencia estadounidense, así como ella había abandonado a Todd. La agresividad de su manera de amar también la hastiaba. Sólo amaría a hombres sumisos. A sus años aún podría obtener una beca que le permitiese estudiar en alguna universidad prestigiosa. Si progresaba, Dios, quien ya no era más que una coordenada personal de la fortuna, la ayudaría a enamorar a un hombre con un porvenir más promisorio. Su amabilidad se descubría entonces como su mayor debilidad. No perdonaría. Se vengaría, como Helena diría, de la falocracia que la subyugaba. Se esmeraría por encontrar nuevas ofensas en Mario, en Samuel, en Ana, y en cualquier otro incapaz de favorecer su voluntad.

—No quería preocuparte —respondió Mario.

—No me refiero a las intrigas de Sartorio —Claudia repuso—. Hace poco conocí en mi nuevo empleo a un hombre ecuatoriano. Humberto.

—No comprendo.

—Tomamos un café. Me confesó sus excesos en Brooklyn con un colombiano llamado Ernesto.

—Sé quién es —afirmó Mario con sorna.

—Ambos organizaban encuentros con prostitutas.

La pareja cenaba en un restaurante conspicuo por el precio de sus vinos y manjares. Mario sostenía en su mano izquierda una caja pequeña forrada en terciopelo rojo.

—Te perdoné tu relación con Ana.

Su trato con un hombre casi desconocido durante sus días de desempleo amenazaba con su compromiso. Se percató de que no era la información lo que prevalecía, sino su disposición. No valía la pena adelantar su propuesta.

—Soy débil —Mario replicó con voz quebrada—. El amor no precisa ni de motivos ni de consecuencias.

—Pudiste haberme contagiado de alguna enfermedad venérea.

El semblante de Mario palideció por algunos instantes. Podía descubrir obras de su pasado aún más condenatorias. A los cuatro años había torturado a la hija de una sirvienta de su abuela con fuego. Uno de sus hermanos había sufrido varias contusiones en su cráneo por su causa. Ya en su adolescencia había persuadido sin fundamento a un compañero de que sus padres cometían adulterio. Los crímenes de sus años universitarios eran aún más agravantes. Había asesinado, quizás, a la madre de Bárbara antes de escapar de su guarida.

—No puedo dar cuenta de mi pasado —dijo—. Hay sucesos que pasan contra nuestra voluntad.

—Mentiste.

—Podría excusarme.

—Inténtalo. No puedes. Esta vez no puedo ser tan comprensiva como tú quisieras.

El mesero los interrumpió. Pidieron sus platos y una botella de champaña.

—Hace unos meses no hubiera sido capaz de reconocerme como católico —añadió Mario—. No podía pensar que aceptaría las recriminaciones por mis pecados ante un confesor. Pero la divinidad llega a cada ser humano a través de nuestros enemigos. Sufriendo su inmundicia he sido redimido. Luego de tantos años de relajamiento las puertas de la regeneración se abrieron ante mí. Ya no puedo retroceder. Es el discernimiento entre el bien y el mal. Tampoco quise hundirme en la ingenuidad de un eterno comienzo hasta mi muerte. Creo en el entendimiento. Sólo la elaboración de nuevas creencias es una empresa artificial. La semilla del sembrador ha de caer en tierra fértil.

—¿No tienes otra motivación en tu vida? No puedo resignarme al olvido. Quiero tener dinero para comer en los mejores restaurantes, codearme con la gente de importancia, aparecer en las portadas de las revistas de moda. ¿Es tan negativo prevalecer? Ayer vi a Todd en la televisión. Su filosofía cobra importancia. Lo quieren; las multitudes lo admiran. Qué vergüenza pensar que lo dejé ir para conformarme con un resignado venido a menos.

La champaña fue servida por una mujer rechoncha.

—Soy un despatriado.

—Me das lástima —replicó Claudia alzando su copa con ironía—. ¿Es eso lo que quieres?

—No me malinterpretes. Quiero ofrecerte lo que soy. Quiero que te cases conmigo.

La lengua de Claudia se contorsionó contra las encías de sus dientes. Su quijada saltó en un impulso incontrolable y el líquido espumoso salpicó sobre la mesa. Los comensales aledaños la observaron.

—No tienes mucho que ofrecer —Claudia carcajeó— ¿No ves que te desprecio?

La mujer rechoncha limpió la mesa y revirtió más champaña en la copa de Claudia. Mario, deliberadamente,

había articulado su propuesta en el momento más álgido de su conversación. Su esfuerzo era una marisma acicalada.

—¿Qué querías de mí? —preguntó—. Lejos del trajín de las mañanas te pedía que emprendiéramos nuevos días. Un puerto de esclavos que asolado por tanta humanidad desatase todos los vicios en su seno, aun contra nuestra voluntad. Jamás discutiré las ocurrencias de mis tardes como desempleado en compañía de Humberto. Él no me ha acusado, o si lo ha hecho, asumo mi responsabilidad. Nadie ha sufrido, nadie ha muerto.

—¿Nadie? —preguntó Claudia sardónica.

—He disipado mis dudas acerca de las intenciones de Humberto —Mario se esforzó por conservar su compostura—. Si no soy amado poco me importa.

—No todos podemos alcanzar la santidad en el seno de esa institución de crédulos llamada iglesia —replicó Claudia aparentemente conmovida—, Mario.

—La iglesia se reformará. No me trates como a un mojigato. La acato sin preocuparme de sus desacatos, tal y como Jesucristo siguió los preceptos de los fariseos sin aprobar de su comportamiento. Algo recordarás de nuestro idilio, nuestra casa.

—Me arrepiento de haberla vendido —Claudia reordenó sus cabellos con impaciencia—. Debo marcharme.

—No hemos almorzado.

—No quiero escuchar más recriminaciones.

—Hablo de mí mismo. He tenido sueños que no puedo contar, pues el mundo desdeña las visiones. He oído voces que no puedo pregonar, pues el mundo menoscaba a la conciencia. He sufrido lo que no puedo confiar, pues nadie confía en quien sufre sin desangrarse. Ya sé que cohabitas conmigo reacia al matrimonio, pues tú misma obtuviste tu ciudadanía a través de un matrimonio sin enjundia.

—¡Todd es un gran hombre! ¿Cómo te atreves a

juzgarme por mis actos?

—Acabemos esta farsa. En tu rechazo descifro otro cambio en mi supervivencia, en mi modus vivendi, como hasta ahora lo he hecho a través de tantas ciudades y por tanto tiempo.

—Aprovéchalo —Claudia se levantó de su asiento—. Te doy tres días para que emigres de mi apartamento.

—Otra frase cruel que delata tus intenciones. Querías que te ofendiera.

Claudia palideció por un breve instante. Mario la vio asumir un rostro pétreo.

—Si Sartorio no te hubiese denunciado, yo lo habría hecho. Me cansas Mario. A veces me despierto atemorizada pensando que seré deportada por convivir contigo. No quiero problemas. Temo que tu ilegalidad me conduzca hasta la cárcel.

—Desvarías.

Mario sintió unas sierpes invisibles que endurecían sus brazos y enraizaban sus piernas a las placas de mármol sobre suelo. No se atrevió a reparar en la gente a su alrededor. Temía ser visto. Su rostro había adquirido una expresión de debilidad o muerte. La sangre se amotinaba en su pecho como una gleba antes de su revuelta. Súbitamente se levantó y aferró a Claudia por un brazo.

—¡Suéltame!

—¿A quién amas? —preguntó Mario haciendo acopio de sus fuerzas.

—A Constantino —mintió.

—¿Te satisface más?

Claudia presintió que Mario la denigraría. La presión de su mano sobre su brazo era dolorosa. Se abstuvo de gritar. Dejó que un sentimiento perverso la poseyera desde su cerebro hasta su lengua. Mario apuñeteó la mesa y volvió a sentarse. Claudia trastabilló reprimiendo un grito de temor.

Los meseros y la mujer rechoncha acudieron a socorrerla. Algunos comensales de las mesas circundantes se levantaron y rodearon a Mario sin atreverse a interpelarlo. Él tomó la botella de champaña y luego de servirse una segunda copa la mezcló con dos anillos dorados que extrajo de una caja aterciopelada.

Claudia lo disculpó ante los guardias del restaurante que ya entraban.

—¡Estoy seguro de que Helena te consolara! —sollozó Mario antes de ingerir las piezas de metal de un solo trago.

De vuelta a casa Claudia sostuvo una larga conversación telefónica con un delegado del departamento de inmigración.

Un mes más tarde Mario era deportado de vuelta a Colombia. Su separación ocurrió sin otro inconveniente que el distanciamiento de Orlando y Ana, quienes la recriminaron luego de enterarse de aquella disputa.

Su soltería reinstaurada la alivió en un principio, pero el peso de nuevos meses sin compañía renovó su apatía. Aunque se desempeñó con diligencia en su trabajo, su patrón apenas si reparó en su existencia en las mañanas, cuando entre sorbos de café le entregaba un documento con las funciones a cumplir durante el día. Sus compañeros de trabajo, jóvenes en su mayoría solteros, parecían demasiado abstraídos en su trabajo frente a los ordenadores. Claudia los sorprendía a menudo visitando sitios pornográficos de la red.

Sus paseos esporádicos con Helena acabaron luego de su impredecible connubio polígamo. Cierta tarde Claudia recibió una invitación anunciando el tercer matrimonio de Mr. Sheik. El sobre contenía así mismo una nota de Helena y un tiquete aéreo ida y vuelta a Salt Lake City. Helena le enviaba además una fotografía en donde abrazaba a un hombre canoso y escuálido. Luego de salvar sus

aprehensiones Claudia viajó y se hospedó en un hotel adyacente a la casa de una de las primeras esposas de Mr. Sheik, una mujer delgada y de rostro anguloso que le contó que Helena sostenía un romance secreto con aquel banquero acaudalado de la iglesia de Todos los Santos desde hacía cinco años.

—No nací para el estudio —fue el comentario que Claudia extrajo de su amiga feminista durante la fiesta—. Prefiero disfrutar de un hombre prestante. Teniendo a tantas mujeres no tendré que satisfacerlo cada tarde.

De regreso a su apartamento en Manhattan Claudia se propuso escribir a todos sus conocidos en los Estados Unidos. Así pasó las tardes de otro invierno inclemente. Por cuatro meses nadie pareció recordarla. Durante la primavera los paseos a Coney Island terminaron por hastiarla. Cambiaba de un metro al otro, como una rata que malgasta sus días miserables en las cloacas para arribar hasta una playa helada, de gente ensimismada.

Los centros comerciales la consolaron por un tiempo hasta que su apartamento no pudo guardar más enseres nuevos e imprescindibles. Reacia a aceptar que las largas jornadas frente a su televisor devendrían su único entretenimiento, Claudia se compró un auto nuevo en una concesionaria de New Jersey. Treinta minutos le bastaron para que su crédito fuese aceptado. Adquirió su licencia de conducción y viajó en un Cadillac convertible hasta Chicago. A medida que viajaba descubrió a la gente de cada nuevo poblado más fría que en el anterior. El paisaje, luego de embelesarla al comienzo de su viaje, también terminó por agotarla. Desilusionada volvió a los sinsabores de su trabajo. Dos meses más tarde hizo imprimir un aviso clasificado en un periódico local. Su auto se convirtió en un antojo que la endeudó en casi cuatro mil dólares. Lo vendió.

Clitemnestra fue quien primero contestó a sus cartas

desde Cherry Hill, ciudad adjunta a Filadelfia, en New Jersey, en donde el mercado de bailarinas desnudas parecía ofrecerle nuevas oportunidades de trabajo. Claudia recibió sus frases concisas detrás de una postal de la Campana de la Libertad. Agradeciendo aquella voz en el tedio de sus días, Claudia escribió en la noche una carta de treinta y siete páginas que acabó a la madrugada del día siguiente. Allí relataba a Clitemnestra los últimos acontecimientos de su vida con descripciones tan precisas como el color, el número de caballos y el diseño del interior de su automóvil. Jamás recibiría otra respuesta de su amiga. En años venideros, luego de varios desengaños amorosos, Claudia supo que Clitemnestra había conocido a un corredor de bolsa irlandés que sería su marido. Divorciada al cabo de tres años ella asumiría una existencia independiente como guardabosques de los alrededores de Mount Airy.

Cierta tarde Claudia recibió una carta de Constantino. Él le escribía que había ganado una demanda contra Todd por las cicatrices en su cara. Ahora tendría una renta de cuatro mil dólares anuales. Añadía que su enrolamiento en el ejército nacional de los Estados Unidos era inminente. Comprometido a marchar a la vanguardia de un contingente democrático contra un país asiático Constantino recibiría su ciudadanía estadounidense al término de sus servicios bélicos. Interpretando aquella hoja de papel como una insinuación emotiva Claudia buscó el número telefónico de Constantino a través de la telaraña electrónica y sin arredrarse lo telefoneó para pedirle que la desposase.

—Jamás me casaré con una mujer cuarentona —fue su respuesta lacónica antes de despedirse.

A partir de entonces Claudia sufrió los ocasos como una metáfora de su camino cuesta abajo, hacia un abismo. En un esfuerzo por dilatar sus ocupaciones se acostumbró a cenar fuera de casa.

Cierto viernes en la noche visitó un restaurante italiano. Luego de permanecer por una hora sin ser atendida Claudia se levantó impaciente de su asiento y buscó a uno de los meseros del restaurante. Entró a una cocina de mármol blanco donde dos muchachos robustos jugaban a las cartas.

—Disculpe —le dijo—. Llevó cuarenta minutos sin ser atendida.

—Yo misma la atenderé —respondió uno de los muchachos—. ¿Qué quiere?

Claudia contuvo su respiración airada. Era tratada con indiferencia, como a una mendiga que invadía la cocina para demandar sus sobras.

—No hay muchos comensales esta noche —repuso Claudia—. Usted bien podría haberme evitado el venir hasta aquí.

—De ese modo usted hace ejercicio y pierde peso —respondió el cocinero desde un mesón a su espalda.

Los mozos rieron al unísono. Claudia los insultó y tomando su abrigo salió del restaurante de vuelta a su apartamento.

Los días en Manhattan la hastiaron hasta el punto que decidió vender su apartamento y comprar una casa amplia, con patio, en su antiguo barrio en Queens. Aunque pudo contratar a una compañía de trasteos Claudia averiguó el nuevo teléfono de Cassandro a través de sus padres y lo llamó para que la asistiese en su mudanza.

—Me encantaría —Cassandro se excusó—, pero este domingo tengo tiquetes para el encuentro de béisbol entre New York y Cleveland. Voy acompañado.

—Podría mudarme el lunes o el martes si te parece —Claudia sugirió, incapaz de preguntarle con quién iría al estadio.

—Lo siento —Claudia escuchó un murmullo agudo al otro lado del teléfono—. Pero viajo a Miami para diligenciar

los documentos de naturalización de mi esposa.

—¡Felicitaciones! —exclamó Claudia en un intento por ocultar su amargura—. ¿Quién es la afortunada?

Cassandro le relató su romance de vuelta a Cuba, su matrimonio subrepticio con Rosalía y su abandono tranquilo de la isla. Claudia lo felicitó con voz quebrada por la envidia. Azuzado por sus parabienes Cassandro le contó que ahora hacía parte de un grupo de música afrocubana.

—Nos presentamos de jueves a sábado en un bar en Soho —explicó entre risas nerviosas—. Rosalía es una compositora promisoria. Tiene además una voz tan sonora que ya varias universidades le han ofrecido becas de estudio En cuanto obtenga su tarjeta de residencia estadounidense se inscribirá en el programa de composición musical de la Universidad de Illinois.

—¡Lamento que Clitemnestra no te haya inspirado lo suficiente! —sollozó Claudia con voz entrecortada antes de colgar el auricular de su teléfono sin despedirse.

La ciudad enmudeció a medida que un sentimiento creciente de abandono se apoderaba de su cuerpo. Su ceño se frunció y cayó al suelo doblegada por la angustia. La imagen de Mario se dibujó de nuevo claramente ante sus ojos. Lo veía despolvando su colección de búhos, escribiendo sus notas medievales con la diligencia de un tipógrafo. Corrió hasta una gaveta, de donde extrajo un directorio telefónico.

Marcó el número de información internacional

—¿Operadora? —contestó una voz cansada.

—Quisiera obtener el número telefónico de Mario Suárez, en Bucaramanga, Colombia.

—Mario Suárez… —le contestó la voz cansada después de unos minutos—. Hay cinco nombres registrados.

—Tomaré nota de todos.

—No puedo suministrarle más de dos nombres. Lo

siento. Es el reglamento. Pero podrá telefonearnos de nuevo.

—Entonces dícteme los dos primeros.

Cayó en cuenta de que Mario bien podría haber trocado su identidad por la de Ernesto Suárez. El primer hombre era un vendedor de seguros que la atendió confundiéndola con un cliente. Telefoneó una vez más a la operadora. Una voz amanerada pareció congeniar con sus nervios alterados; obviando el susodicho reglamento el segundo operador dio a Claudia los restantes tres números telefónicos que coincidían con el nombre de Mario.

—Deme también el número de Ernesto Suárez.

—¿Suárez?… Hay dos nombres registrados.

Claudia telefoneó el último número anotado. Esta vez la voz de un adolescente malhumorado le dejó saber que su padre había muerto hacía tres años. No se arredró. Marcó un segundo número.

—¿Aló? —contestó una cuarta voz.

—Soy Claudia —la voz resonó en su mente como un rumor de furias trágicas.

Un largo silencio se prolongó a través de la línea telefónica. Al fin Claudia se desató en un gemido agudo y continuo.

—¡Espero que me perdones! —sollozó.

A su regreso a Colombia, Mario se acogió a la amnistía general establecida entre la guerrilla y el gobierno colombiano. La ley contra los latifundios y el nepotismo ilustrado había establecido una tregua momentánea apenas apañada por la inflación y el desempleo.

—Jamás te he recriminado —contestó Mario distante.

—¡Te he causado tanto daño!

—Sin tu desdén jamás habría vuelto a Colombia; Dios cifra en el sufrimiento sus misterios.

—Tú siempre tan religioso. ¿Qué haces?

—Continúo escribiendo artículos sobre teología. Dirijo además una escuela de idiomas que fundé con préstamos otorgados a los amnistiados; estamos construyendo nuevos salones para nuevos estudiantes.

—¡Claro! —rio Claudia—. La gente quiere aprender inglés para abandonar su país.

Su broma se ahogó ante el silencio de Mario. Claudia se preguntó avergonzada si lo había ofendido.

—Disculpa. Me he acostumbrado a creer que toda la humanidad quiere vivir aquí. Pero la verdad es que Nueva York es una pila de escombros.

—Y tú —preguntó Mario—, ¿cómo estás?

—Devengo un mejor salario —Claudia se estremeció sin poder contener un grito entrecortado.

—Sufres demasiado —replicó Mario—. La vista de los rascacielos y los amplios panoramas agobia al cabo de tres meses. Varias veces me dije que mi mejor fortuna sería trabajar en los Estados Unidos, aun a costa de tantos sacrificios. Habité en pequeños cuartos en barrios de comunidades pobres. No lo lamento. No tengo alcurnia. No temo a la muerte. Un techo y un pedazo de pan bastan. Pero descubrí que mi destierro encubría un espejismo de prosperidad falsa. Quería escapar de mi pasado sin reconocer que él muere en el flujo del tiempo, jamás en las demarcaciones comprimidas de un cartógrafo. Espero que me perdones por haberte asustado en aquel restaurante de Manhattan.

—Podríamos casarnos —murmuró Claudia

—Deberías venir a visitarnos —replicó Mario ignorando su propuesta—. Bibiana es una mujer maravillosa. Vino desde Argentina. Nuestra boda tendrá lugar en tres meses.

Un largo silencio los separó a través de las ciudades y los pasajes de sus vidas.

—Al menos eres sincero —replicó Claudia zaherida—. ¡Cuánto me arrepentiré toda mi vida de haberte abandonado! ¡Soy capaz de vender mi alma y mi cuerpo al demonio por verte de nuevo!

—Si quieres regresar a Bucaramanga puedo ofrecerte un empleo en una academia de idiomas —Mario recuperó la frialdad en su voz—. No en la mía; espero que comprendas. Ahora debo despedirme. Tengo clase.

—¿No extrañas nuestras noches?

—Lo que extrañe ya no importa.

Claudia convirtió sus gemidos en una serie de estertores acompasados. Mario recordó a aquel cuerpo tantas veces amado, ahora denigrado ante su ausencia. Los gemidos agudos de su antigua amante llegaban intermitentes a través de la línea telefónica.

—Yo te deseo, Mario. Desde que regresaste no he podido conciliar mi genio con ningún otro hombre. Los compañeros de mi trabajo son demasiado bastos para mi gusto. Me has persuadido de que sólo podría amar a alguien de mi propia ciudad. Pero no quiero volver. Tú eres Bucaramanga. Dime que lo eres. Además, podrías obtener conmigo la ciudadanía estadounidense. ¿No te convendría?

—Debo irme —Mario se sumió en un silencio prolongado—. Siempre te amé Claudia.

El gemido del teléfono continuó emanando del mango yerto en la palma de su mano. Dejó que sus pesares se disolvieran con la caída de la lluvia a través de su ventana.

Tomó un abrigo y una bufanda y salvando las estradas se encaminó hacia el metro.

Estornudó.

El ayuno de varios días había deteriorado sus defensas. Pensó que su vida, aunque insoportable, podría mejorar. Quizás Fernando podría ayudarle a conseguir un nuevo empleo en Bogotá. También podría hablar con la secta

oscurantista para participar de algún tipo de actividad subrepticia. La sensualidad aparecía ante sí aún más provocativa.

Tomó un periódico de uno de los estantes adosados contra los postes frente a la estación del metro; sus últimas páginas contenían avisos de hombres a quienes podría poseer con la afinidad de quienes han perdido a sus seres queridos.

La primera nevada caía sobre las calles de Manhattan.

Philadelphia, New York, Besançon, Oporto, Manchester

Proof